



segunda época, año I, número 6
México, marzo-abril de 1980

Director: Carlos Quijano

CUADERNOS DE MARCHA

CHILE

**AUTOCRITICA Y
REAFIRMACION
DE LA**

**izquier
da**

50 pesos



CUADERNOS DE MARCHA

Segunda época, año I, número 6
México, marzo-abril de 1980

Director:

Carlos Quijano

Administrador:

Ruben Svirsky

Portada: Ariel Hernández

Edición: Héctor Islas

Consejo editorial:

Teresa De Barbieri, Samuel Lichtensztejn,
Carlos Martínez Moreno, Nelson Minello,
Carlos Quijano, José Manuel Quijano,
Ruben Svirsky y Raúl Trajtenberg.

Los artículos de *Cuadernos de Marcha* son exclusivos. Se autoriza, no obstante, su reproducción siempre que se cite la fuente.

Cuadernos de Marcha es una publicación bimestral editada en México por el Centro de Estudios Uruguay-América Latina (CEUAL, A.C.). Aparece el último día de cada bimestre. Sus oficinas están ubicadas en Av. Universidad 1900, Edificio 19, Depto. 3, México 20, D. F. Teléfono 550-99-63. Compuesta en Arte Sociedad Ideología. San Francisco 1539, México 12, D. F. Tel. 575-47-29. Impresa en Talleres de Imprenta y Offset "Policromía", Dr. Olvera 63, México 7, D. F. Teléfono 578-49-00. Distribuida en México por Epsilon Editores, Av. Patriotismo 512, Depto. 2, México 18, D. F. Teléfono 271-18-06.

La correspondencia y las solicitudes de suscripción, acompañadas de cheques u órdenes de pago, deben dirigirse a:

CEUAL, A. C.
Apartado Postal 19-131.
MEXICO 19, D. F.

Suscripciones (6 números)
México: \$ 250

América Latina: 15 dólares.
Otros países: 18 dólares.

(Los envíos al exterior son por vía aérea)

Certificado de licitud de título 046 (expediente 1/432/79/1130 de la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación). Certificado de licitud de contenido en trámite ante la misma Comisión. Reserva de derechos al uso exclusivo del título 597-79, expedida por la Dirección General del Derecho de Autor.

| | |
|--|-----|
| <i>Autocrítica y reafirmación</i> | 3 |
| Hugo Zemelman, Natacha Molina, Nelson Minello, Arturo Sáez <i>Crisis y vigencia del socialismo chileno</i> | 5 |
| Luis Maira <i>La lucha contra la dictadura y los problemas de la izquierda</i> | 21 |
| Entrevista con Manuel Sanhueza Cruz <i>"El pueblo, un sujeto consciente"</i> | 33 |
| Pío García <i>El Partido Socialista: crisis y perspectivas</i> | 39 |
| Belarmino Elgueta B. <i>La izquierda chilena: ¿condenada a la derrota?</i> | 51 |
| Alicia Gordon, Carlos Villagrán <i>Los medios de comunicación bajo la dictadura</i> | 63 |
| Documentos | |
| <i>Acta de Ariccia</i> | 76 |
| Del MAPU Obrero y Campesino <i>El futuro de la Unidad Popular</i> (José Miguel Insulza) | 77 |
| De la Izquierda Cristiana <i>"Activar el proceso de convergencia socialista"</i> (Segundo Pleno del Comité Central) | 87 |
| Manifiesto del MAPU a los trabajadores y al pueblo <i>Un camino para Chile</i> (Segundo Pleno Nacional en la clandestinidad) | 93 |
| Partido Comunista <i>Conferencia de prensa en la clandestinidad</i> | 99 |
| Sesenta días más | |
| José Manuel Quijano <i>El centro financiero: ¿una opción?</i> | 105 |
| Héctor Borrat <i>"En nombre de este sufrido pueblo"</i> | 117 |
| Cristina Peri Rossi <i>Apuntes sobre la cultura del posfranquismo</i> | 122 |
| Carlos Martínez Moreno <i>Un premio a Onetti y otro a Rosales</i> | 125 |
| David Huerta <i>De tigres y tabernas</i> | 127 |
| Marco Antonio Campos <i>Notas alrededor de Rulfo</i> | 128 |
| Oscar J. Maggiolo | 130 |
| Cartas de los lectores | 131 |

autocrítica y reafirmación

UNA pregunta domina nuestro quehacer, una pregunta a la cual la historia más reciente coloca en primer plano: ¿pueden los países de nuestra América lograr, por separado, su liberación?

Nuestro punto de partida en busca de una respuesta es muy simple, y, por supuesto, no pretende ser original.

En el mundo de hoy, los países subdesarrollados no pueden luchar aisladamente por su auténtica independencia.

A todos esos países los une, por encima de fronteras, una finalidad común; pero de la que aún no existe conciencia clara y que no constituye un firme aglutinante. La experiencia hasta ahora cumplida —Diálogo Norte-Sur, Movimiento de los No Alineados, Grupo de los 77, etcétera— lo demuestra. Los tiempos no están maduros ni las condiciones dadas para una empresa tal que abarque tanto, y urge concentrar el fuego.

Ese conglomerado de los subdesarrollados se compone de diversas regiones. Cada una de ellas, sin olvidar la finalidad de todas, debe cumplir su propio combate.

Así, nuestra América, la que está al sur del Río Bravo, que es región con un destino específico y que, además, está situada a la orilla del gran imperio, centro vital del sistema, en una de las regiones más conflictivas. Aquí, con más razón, el aislamiento es peligroso y puede tornarse, en cada caso, infecundo. Por tanto, hay que romperlo y la integración deviene una necesidad.

No se trata de reeditar el viejo y tan rico y esclarecedor debate sobre el “socialismo en un solo país”. Pero ya que se invoca tanto y tanto, en nuestra América, a Lenin, conviene recordar que él y todos quienes le acompañaron en la empresa, consideraron desde los inicios que la realización cabal de la misma, estaba sometida a dos condiciones. La alianza del proletariado y los campesinos era una; la otra, el triunfo de la revolución en Europa y, en primer término, en Alemania. Cuando esta segunda condición, inesperadamente, no se cumplió, la lucha asumió otras características, se trasladó a otro terreno, y recurrió a nuevas tácticas.

Al margen de la pugna entre Trotsky y Stalin, el socialismo en un solo país no fué el resultado de una decisión enteramente voluntaria. Fue una imposición de los hechos. La revolución socialista se vio obligada a replegarse sobre sí misma. Pero ese repliegue pudo hacerse con muchas dificultades y alto costo, en un inmenso país de veintitrés millones de kilómetros cuadrados y que ya entonces tenía muchos millones de habitantes.

Cuba, en 1961, fué condenada a la soledad. Ese es su drama y también el nuestro. Frente al bloqueo del imperio y a los repetidos atentados, de que éste la hizo víctima, sólo encontró, salvo la aislada solidaridad de México, el hostigamiento cobarde del resto de nuestros países, fieles servidores del dicho imperio, ¿Cómo no defender entonces, a la revolución cubana! ¿Qué autoridad tuvieron y tienen para achacarle errores o fallas, aquellos que le negaron apoyo y se lo siguieron negando después, en las horas más críticas, cuando, por la propia salvación, debieron ofrecérselo a manos llenas? Cabe afirmar pues, que en 1961, por culpa de los miopes, de

los tibios, de los empavorecidos, de los venales y de los lacayos, el curso de nuestro común destino cambió, una vez más, de rumbo o, peor aún, se bifurcó.

Algo no menos siniestro, ocurrió once años después en Chile. También tienen una inexcusable responsabilidad en la caída del gobierno de la Unidad Popular y en el sacrificio de Allende, los gobiernos de nuestra América, con las excepciones ya anotadas.

Destacar las dificultades que presenta la constitución del socialismo en un solo país, no significa —¿es necesario aclarar?— que deba renunciarse a la acción.

Únicamente decimos que una revolución, hoy y aquí en nuestra América, difícilmente puede triunfar y mantenerse si se circunscribe a un país. A poco andar, tendría que contar con el apoyo de otros. Si no lo encuentra en la zona de comunes intereses a la que pertenece, lo buscará afuera y ello puede crear otros peligros de los cuales ahora no es oportuno hablar. La historia nos los enseña. La independencia, hace más de ciento cincuenta años no obedeció a un plan; pero fue un movimiento continental.

¿Cuál habría sido el destino de los pueblos del sur si la rebelión no hubiera estallado también en el norte o viceversa?

La reacción lo sabe y porque lo sabe, ella misma ha empezado por saltarse las fronteras. Se ha internacionalizado. ¿Por qué no seguir su "ejemplo"? ¿La unión de las fuerzas populares de nuestra América es imposible? ¿No constituiría esa unión, por otra parte, la antesala de la necesaria integración?

SOBRE la experiencia chilena y sobre su trágico desenlace, mucho se ha escrito. Puesto que abundan los textos, ¿para qué otro más? No está todo dicho, creemos. Por otra parte, la visión y la interpretación de esa derrota común, es posible que no sean exactamente iguales ahora, a las que nos dio ayer la inmediatez.

Corresponde reconocerle a la resistencia chilena, algunos méritos que en nuestra América, no todos pueden ostentar. Ha tenido el valor de someter su gestión anterior, a una autocrítica lúcida y también el valor de entregarse a la tarea de elaborar una opción de gobierno mirando hacia adelante, y afrontando las muchas dificultades, fricciones y aun desgarramientos, que semejante empresa provoca. Más que otras, esa resistencia ha asumido la derrota en toda su magnitud; y sabe que los zurcidos y los zurcidores politiqueros nada resolverán. Más que otras, ha comprendido que el pasado no retorna y que la tarea del presente es construir el futuro. No se complace en mantener o redorar las formaciones caducas: prescinde del triunfalismo retórico y mentiroso, que confunde agitación con acción y realidad con deseos; se empeña en el análisis para evitar la esclerosis del pensamiento y no recurre a la machacona repetición de consignas vacías y a veces extrañas. Así, sin escapismos, sin escamoteos, sin elusiones, esa resistencia, no obstante sus divisiones o quizá gracias a ellas, rebosa de futuro.

Bajo el doble signo de autocrítica y reafirmación, los Cuadernos que dedicamos a Chile y de los cuales éste es el primero, dicen nuestra esperanza.

crisis y vigencia del socialismo chileno

hugo zemelman
natacha molina
nelson minello
arturo sáez

PESE a la infinita variedad de publicaciones sobre la experiencia popular chilena en estos casi siete años de dictadura, está todavía pendiente el análisis crítico de lo que significó esa experiencia desde el punto de vista de dirección política. Trascendiendo los marcos de la política nacional, el caso chileno ha llegado a plantearse como un desafío para el desarrollo de la teoría política del movimiento obrero internacional y, en ese marco, ha sido interpretado desde las más diversas orientaciones dentro del marxismo.

Ciertamente, la experiencia chilena, la historia del proceso popular y sobre todo los acontecimientos que ocurren desde 1970 en adelante, plantean un problema teórico político central al debate revolucionario; el proceso popular señaló los límites de la acción institucional del proyecto socialista —y los problemas concretos con que se enfrentan sus vanguardias—, más allá de una realidad determinada. Esto sin embargo, no remplaza ni exime a las fuerzas políticas chilenas de abordar el problema desde su propia historia y perspectivas. Se trata de una tarea política que exige ser emprendida a la brevedad, tanto más cuando se convierte en una carencia, manifestada precisamente en el uso político del caso chileno.

Nota. Queremos señalar, como expresión de agradecimiento, que participaron más personas en la preparación de este trabajo, que con su crítica contribuyeron a que nos acercáramos al objetivo de proporcionar una visión sintética, lo más completa posible, del tema.

¹ Nos referimos en especial a dos tipos de proposiciones: a) aquellas para las que la experiencia de la UP no hizo más que confirmar viejas tesis, sostenidas con anterioridad al golpe de estado e incluso a la UP, como por ejemplo la inviabilidad de la vía pacífica, o bien la necesidad del doble poder en los procesos revolucionarios.

El mundo entero conoce lo que fue la derrota del movimiento popular chileno, pero pocos conocen los antecedentes de ese movimiento, sus raíces y el proceso de gestación de sus vanguardias políticas. La forma concreta en que se ha ido configurando, para cada época y para cada situación, la estrategia revolucionaria en Chile, constituye un elemento central para comprender su redefinición en el momento actual.

De allí que analizar críticamente la experiencia popular, señalar los errores y aciertos de su dirección política, profundizar el debate ideológico responsable e iniciar, así, la tarea de renovación de esa dirección en las nuevas condiciones, es básicamente una tarea de las fuerzas políticas obreras y populares: los partidos de la Unidad Popular.

Sin embargo, el debate ha estado sesgado por elementos ideológicos a veces ajenos a la problemática chilena o bien, por la creencia de que la teoría marxista es suficiente para determinar esa estrategia. La polémica acerca de la relación Gramsci-Lenin es el ejemplo más claro de ello. Se busca entre ambos una síntesis o

rios. Tesis como éstas demuestran hasta qué extremos puede llegar la aplicación de esquemas cuya rigidez y fatalismo es impermeable, no sólo a la historia de los acontecimientos, sino además a la voluntad de los hombres para transformarlos; y b) aquellas que hoy hacen eco de las críticas de los PC europeos y ponen a Chile como un caso más del fracaso de los partidos tradicionales de izquierda en su papel dirigente. La estructura del partido —se dice— contiene en sí tendencias autoritarias y burocratizadas que se oponen a los principios democráticos que el socialismo debe tener. Sin discutir siquiera los riesgos de una democracia de base sin una dirección orgánica que los oriente hacia formas socialistas, riesgo que la propia historia de muchos procesos revolucionarios nos enseña; a nuestro juicio estas proposiciones confunden —sobre todo en AL— los procesos sociales con la dirección de esos procesos.

contradicción teórica, cuando no se atribuye a Lenin un pensamiento político endurecido, que contiene los gérmenes de las formas burocratizadas de lucha. De esta manera hoy se comienza a escuchar una lectura de Gramsci en abierta o encubierta oposición a Lenin, lo que tiene importancia para el caso de Chile con dos partidos de orientación marxista. En este sentido se aprecia un intento de reubicar al Partido Socialista como marxista no leninista.

El PS ha tenido tradicionalmente una capacidad especial para convocar al debate al resto de las fuerzas revolucionarias en momentos de crisis y de recuperarse cualitativamente en ese proceso. ¿Qué es lo que le da al PS esa capacidad?

Entendida como capacidad para responder a las aspiraciones de las grandes masas, de interpretar y proyectar esas aspiraciones articulándolas en el proyecto obrero, se ha ido configurando y enriqueciendo en la trayectoria misma de la práctica socialista. La gestación del proyecto socialista, en especial la forma histórica en que se han ido concretizando los problemas abstractos del socialismo, es lo que permite mostrar ese proyecto como un resultado, como un proceso de constitución y no como una definición a priori. La historia del PS —cuestión conocida por pocos— es aquí el punto central para el análisis.

La clave para la comprensión del proceso ha sido la capacidad del PS para recoger los elementos básicos de la teoría política marxista en la interpretación de la realidad chilena. No la ha hecho, sin embargo, libre de tensiones y altibajos.

Si pensamos en el socialismo desde el punto de vista de su revitalización actual, no cabe la menor duda de que éste tiene un saldo positivo; pero no se puede desconocer el alto costo orgánico que eso significó, en su historia.²

A menudo, la discusión y el desarrollo de tesis políticas en el PS estuvieron asociadas más a la justificación ideológica de posiciones de poder o de proyectos ajenos a la problemática obrera, que al debate revolucionario.

² Las crisis orgánicas, escisiones o fragmentaciones, son de larga data en el PS. Como se verá más adelante, el PS surge de la inquietud por mantener vivo el pensamiento socialista en las masas sin anquilosarlo en esquemas rígidos o extraños a la realidad chilena. Este proceso revitalizador significó su división en 1946, su reunificación en 1957. A partir de allí se han sucedido crisis parciales en las que se ha ido definiendo cada vez más su estructura como partido, pese a que no se ha dejado de responder a sus demandas como movimiento social.

Un nuevo problema surge entonces a la reflexión teórica: de qué manera es posible mantener vivo el debate y la confrontación de problemas prácticos con la teoría política sin pulverizar la organización o desgastarla en luchas fraccionales. Sin duda la homogeneidad política e ideológica de una vanguardia es la base más sólida de su organización y es además la clave para superar el burocratismo y los vicios de la organización por la organización. Esa homogeneidad sin embargo, es también un proceso que se construye en la práctica y análisis de situaciones concretas.

En los estrechos márgenes de que disponemos, estas notas están orientadas a dar una visión de lo que ha sido el PS hasta hoy, buscando responder más a fondo a estos problemas, en la medida en que ellos responden y aportan al debate político del conjunto de la izquierda chilena. Desde esa perspectiva nuestro análisis será necesariamente parcial, limitado sobre todo a problematizar los aspectos teóricos que definen al socialismo chileno como un proceso original, propio a las características de la lucha de clases y tradición histórica del movimiento obrero y popular. Tiene además el signo de buscar en el seno del proceso político que transcurre en Chile, los elementos que hacen comprensible la actual situación.

De este modo se descarta lo que ha sido el desarrollo y crisis de la izquierda en el exilio, pues allí se ha producido un inevitable deterioro a raíz del alejamiento del ámbito geográfico y social en que se desenvuelve la lucha de clases.

Finalmente, cabe señalar que las tesis aquí propuestas no son en ningún caso la voz oficial del PS. Aunque sí surgen del quehacer colectivo del socialismo chileno, de los cuales nosotros intentamos una visión lo más aproximada.

EL NACIMIENTO DE UN PENSAMIENTO SOCIALISTA EN CHILE

PERMÍTASENOS comenzar esta sección citando un documento orgánico del Partido Socialista:

“El socialismo es producto histórico de circunstancias nacionales concretas. No existe un camino exclusivo ni un modelo único para establecer y construir el socialismo. Dentro del objetivo común y esencial de sustituir la propiedad privada de los medios de producción por la propiedad social de los mismos, los pueblos y los partidos eligen las vías y las formas más adecuadas a las tradiciones, a las estructuras, a las con-

diciones geográficas, socio-económicas y culturales de cada estado.³

El entonces Secretario General del Partido Socialista, Raúl Ampuero, define, en pocas líneas, varias de las características singulares de un partido revolucionario y nacional, popular y marxista, policentrista y leninista; en fin, fiel intérprete de los intereses de la clase obrera y el pueblo chilenos.

Algunas notas históricas

COMPRIMIR en pocos párrafos la historia de Chile y en especial de sus masas obreras es tarea casi imposible; sin embargo, una breve descripción histórica permitirá arrojar luz sobre el tema que nos ocupa: el nacimiento de un pensamiento socialista, y señalar como éste no nace de la cabeza de unos pocos —cual Palas Atenea surgió de la cabeza de Zeus— sino como producto de la condensación de voluntades colectivas, exigidas de una conducta política determinada ante la situación objetiva de la lucha de clases en Chile.

Antes y durante la primera guerra mundial la expansión de la economía salitrera fue muy grande; pero entre 1925 y 1927 se produce una profunda crisis, debida fundamentalmente a que el mercado internacional no consume nitrato natural, pues prefiere el sintético descubierto a raíz del conflicto bélico.

Esta crisis salitrera hace tambalear peligrosamente el aparato económico del Estado chileno, basado fundamentalmente en los ingresos del nitrato y los préstamos extranjeros. La quiebra de las salitreras —de 134 oficinas, cierran 91— significa la desocupación de miles de obreros —no sólo salitreros, sino también ferrocarrileros, portuarios u otros, vinculados a la minería del salitre— que bajan sobre Santiago y las provincias agrícolas; es el momento en que se conocen en Santiago y otras ciudades grandes ollas comunes, instaladas como una forma de paliar, aunque sea en parte, la miseria popular. La cuestión social es visible en todo Chile.

Al mismo tiempo, comienza la penetración del capital norteamericano, no sólo en el cobre —1911, Braden Cooper con el Teniente, 1915 Chuquicamata por la Anaconda Cooper Mining y 1927 Potrerillos por la misma compañía—, sino también en otras ramas industriales y comerciales. La presencia pujante del capital norte-

americano provoca incluso una división en el núcleo oligárquico, algunos de cuyos personeros se mantienen aliados al capital británico mientras otros se vuelcan hacia el estadounidense.

En 1920 la situación del país es dramática. La crisis de pos-guerra, las especulaciones de la clase dominante, la ineptitud del gobierno, el crecimiento y maduración del movimiento obrero, la agitación de las capas pequeño-burguesas, se combinan para formar un clima político que se traduce en la quiebra del gobierno oligárquico. Desde ahora, deberá compartir el poder con la burguesía industrial y satisfacer a las capas medias en ascenso.

En esa década de 1920, el populismo de Alessandri desencadenó un amplio movimiento social y político que contó con el apoyo electoral de las capas populares; la desilusión de éstas, al comprender el contenido demagógico del alessandrista y su compromiso con la oligarquía dominante, la represión obrera desatada por su gobierno, la incapacidad del Senado oligárquico, forman un conjunto de circunstancias que propiciaron la intervención militar en la política nacional. El 5 de septiembre de 1924 un golpe militar derroca y destierra a Alessandri; un segundo golpe, el 23 de enero de 1925 llama al presidente constitucional a terminar su período.

Esa agitación social, las exigencias de las capas medias de una mayor intervención en la dirección del Estado, la presencia de militares pertenecientes a esas capas medias y en pugna con los representantes de la oligarquía —el famoso ruido de sables— culminan con la promulgación de la Constitución de 1925, que además de instaurar un gobierno presidencialista —la Constitución de 1883 fijaba un gobierno parlamentario— recoge diversos principios democráticos, especialmente en derechos populares.

De 1927 a 1931 gobierna el coronel Carlos Ibañez del Campo, quien “deportó algunos politiqueros profesionales de los diversos partidos históricos, persiguió a algunos oligarcas de mentalidad antidiluviana y dejó caer todo el peso de su dictadura sobre el movimiento obrero”⁴ y, aunque modernizó la organización administrativa del país, entregó Chile a los intereses de los monopolios norteamericanos.

La crisis capitalista de 1930 afecta gravemente a Ibañez y un clima de insurgencia ciudadana facilita el derrumbe del régimen ibañista, que es sucedido por un período liberal. La crisis económica, sin embargo, se prolonga durante el

³ Raúl Ampuero, *Informe al XX Congreso*, febrero de 1964; citado en J.C. Jobet, *El Partido Socialista de Chile*, Santiago, 1971, p. 99.

⁴ J.C. Jobet, *op. cit.*, tomo I, p. 29.

gobierno de Juan Esteban Montero (1931-1932) y se acelera la formación de una oposición pequeño-burguesa de izquierda que se convierte en la vanguardia de conglomerados proletarios.⁵

Entre 1931 y 1932 se formaron diversos grupos revolucionarios que investigan la realidad nacional inspirados en el marxismo, denuncian la realidad del régimen capitalista, movilizan a las masas populares y provocan una fuerte agitación social en ese período. Las principales de esas agrupaciones marxistas fueron la *Nueva Acción Pública*, NAP, liderada por Eugenio Matte Hurtado, abogado y Gran Maestro de la Masonería chilena; *Acción Revolucionaria Socialista*, ARS, orientada por ex-dirigentes estudiantiles como Eugenio González y Oscar Schnake; *Orden Socialista*, formada por profesionales; *Partido Socialista Unificado* y *Partido Socialista Marxista*, que agrupan a obreros y dirigentes de los sindicatos legales.

Estas organizaciones plantean una salida revolucionaria a la crisis económica y política y, entre la noche del 3 de junio y la tarde del día siguiente el Comodoro del Aire (Comandante en Jefe de la Aviación) coronel Marmaduke Grove Vallejos⁶ y las organizaciones mencionadas derriban al tambaleante gobierno de Montero e instalan una Junta Revolucionaria que proclama la República Socialista de Chile.

⁵ Señalemos a vía de ejemplo, dos de esos movimientos pequeño-burgueses radicalizados: el *Grupo Avance*, integrado por universitarios que años más tarde militarían en el Partido Comunista, o la *Acción Revolucionaria Socialista*, también integrada por universitarios que luego contribuirían a la fundación del Partido Socialista.

⁶ Marmaduke Grove Vallejos nació en Copiapó en 1878, en el seno de una familia de larga militancia en el Partido Radical. Ingresó a la Escuela Naval, de donde es expulsado pese a sus brillantes notas, por haberse solidarizado con los cadetes que protestaban por la calidad de la comida. Más tarde ingresa a la Escuela Militar donde también hace una brillante carrera. En 1920 es nombrado subdirector de la mencionada escuela; en su gestión se inscriben varias iniciativas destinadas a democratizar la Escuela. Una de ellas fue permitir a los cadetes que votaran por la aceptación o rechazo de los profesores, quienes debían, antes de ser designados, presentarse ante los estudiantes y hacerles una clase de prueba. En 1925 es nombrado Comandante en Jefe de la Aviación; más tarde Jefe de la misión de aviación en Europa cargo del que es exonerado por telegrama con prohibición de regresar al país. En 1932 es repuesto en su cargo de Comandante en Jefe de la Aviación, del que es relevado por órdenes del gobierno Montero.

Participa luego en la rebelión que implanta la efímera República Socialista y más tarde en la fundación del Partido Socialista. Caudillo personalista y mesiánico, es muy querido por las masas chilenas y contribuyó en gran medida al crecimiento del Partido Socialista. En 1944 se separa del PS para formar el Partido Socialista Auténtico.

Dos días después, esa República Socialista de Chile— que había disuelto el Congreso (que vegetaba desde 1930), amnistiado a los presos políticos civiles o militares, creado el Banco del Estado para regular el crédito, promulgado el co-gobierno universitario, colocado en manos del Presidente de la República la facultad de conceder y caducar las pertenencias mineras (y en condiciones de atacar los intereses británicos en el salitre o los norteamericanos en el cobre), suspendido los lanzamientos de habitaciones populares, regresado las herramientas de trabajo y útiles prendados en la Caja de Crédito Popular, etc.— es derribada⁷ por la dictadura encabezada por Carlos Dávila. Los socialistas como Grove, Matte Hurtado, González Rojas y muchos otros son apresados y varios de ellos enviados a la lejana Isla de Pascua.

Las organizaciones obreras⁸

EN el caso chileno, no es posible separar, las organizaciones de clase —llámense mancomunales, sociedades de resistencia, sindicatos, etc.— de los partidos políticos obreros. No en el sentido de que eran la misma cosa, sino en el sentido de que un eje necesario para comprender la realidad social chilena ha sido siempre la relación sindicato-partido. El uno no se comprende sin el otro; si la fuerza del sindicato hizo nacer y crecer a los partidos políticos obreros, estos le dieron a aquél la coherencia teórica necesaria para traspasar la valla economicista. Las concepciones acerca de cómo debía ser esa relación entre la organización de la clase y el partido fueron distintas a lo largo del tiempo; no es lo mismo la visión del Partido Demócrata surgido a fines del siglo pasado que la del Partido Socialista Obrero que nace en la primera década de este siglo. Tampoco coinciden, muchas veces, la visión sostenida por el partido comunista con la del partido socialista. Sin embargo, hay algo en común: la unidad de clase, mantenida tanto por el PS como por el PC por coincidir en que cualquiera sea la estrategia de poder debe éste quedarse en la clase obrera.

⁷ La caída de la República Socialista provoca una huelga general de dos días de duración, liderada por los ferrocarrileros y algunos sindicatos de la capital, que el gobierno Dávila reprimió duramente.

⁸ Para una información más detallada del desarrollo del movimiento popular chileno y de sus organizaciones sindicales y políticas en los años posteriores a la gran crisis de 1929 hasta los comienzos de los años 40', puede verse: Hugo Zemelman, "El movimiento Popular Chileno y el Sistema de Alianzas en la década de los 30" (en *Génesis del proceso político actual*, de E. Faletto, E. Ruz y H. Zemelman, Ed. Quimantú, Santiago, Chile, 1971; republicado en *América Latina en la década de los 30*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, 1977).

Por todo ello, en esta subsección veremos rápidamente pero en forma conjunta algunas organizaciones: la FOCH, el PC y el PS.

a) La Federación Obrera de Chile (FOCH)

La tradición de las luchas sindicales nace con los movimientos mutualistas de los artesanos, a fines del siglo XIX y con las mancomunales de los mineros nortinos a principios del siglo XX. Las primeras, según Barría, habrían tenido un embrión organizativo en 1896; las mancomunales inician una política de agitación y movilización que culmina con una huelga general en diciembre de 1907.

Ya en 1909 se funda la Federación Obrera de Chile, sobre bases mutualistas. A comienzos de 1918 Luis Emilio Recabarren⁹ se radicó en Antofagasta, fundó el periódico *El Socialista*, estimuló la organización sindical y bajo su influencia la FOCH se transforma en un organismo gremial revolucionario, como lo establece su Tercer Congreso, celebrado en 1919.¹⁰ En su declaración de principios, la FOCH dice:

“La Federación Obrera de Chile se ha fundado para... conquistar la libertad efectiva, económica y moral, política y social de la clase trabajadora (obreros y empleados de ambos sexos), aboliendo el régimen capitalista, con su inaceptable sistema de organización industrial y comercial, que reduce a la esclavitud a la mayoría de la población...”¹¹

⁹ Hablar del movimiento obrero chileno significa hablar de Recabarren. No porque fuera el único dirigente —podríamos citar desde Lafertte a Luis Heredia o Ramón Sepúlveda Leal— sino porque Recabarren —dentro de lo individual que puede ser un proceso social— transforma el sindicalismo mutualista en uno político y revolucionario.

Obrero tipógrafo, nació en Valparaíso en 1876, en el seno de una familia modesta. Se incorpora al Partido Demócrata en 1894 y en 1900 asume la dirección del periódico partidario *La Democracia*. En 1906 es electo diputado por Antofagasta pero las maniobras oligárquicas le impidieron asumir el cargo. Muere el 19 de diciembre de 1924. Organizador, educador, brillante polemista, su figura se destaca en el movimiento popular chileno.

¹⁰ En el mismo año de 1919 se fundó la rama chilena de la IWW. De tendencia anarcosindicalista, influyó en los gremios portuarios, panaderos, construcción, calzado y otros. Nunca llegó a tener la fuerza de la FOCH. Sin embargo, el anarquismo tuvo bastante influencia en el movimiento popular chileno, y dirigentes como Carlos Contreras Labarca y Juan Chacón Corona en el Partido Comunista u Oscar Schnake en el Partido Socialista fueron inicialmente anarquistas.

¹¹ Julio C. Jobet, “Los orígenes de la cuestión social en Chile”, en Alejandro Witker, *Chile: Sociedad y Política*, UNAM, 1978, p. 265.

b) Partido Comunista

Los movimientos o partidos socialistas o socializantes —en una amplia gama que va desde el socialismo utópico hasta el anarquismo— aparecen ya en la última década del siglo pasado. Y reconocen como antecedente ilustre la Sociedad de la Igualdad, establecida por Santiago Arcos y Francisco Bilbao en 1850.¹²

En el año de 1887 surge el Partido Demócrata, que nuclea a la pequeña burguesía urbana de la época y recibe el aporte del artesano urbano y sectores asalariados mineros. Con un carácter populista y reformador, llega a tener varios diputados y senadores. Su vinculación y contribución al desarrollo político de la masa trabajadora en el área salitrera —donde Recabarren, militante del Partido Demócrata, desarrolla buena parte de su accionar revolucionario— es permanente, por lo menos hasta 1912 cuando se fundó el Partido Obrero Socialista (POS), con un grupo separado del partido democrático. Aquél tuvo su primer congreso en 1915, presidido por Recabarren e integrado por delegados de las 16 secciones que tenía el partido en todo el país. En un principio, “llegaban miembros de todas las líneas políticas. Había militantes del partido democrático, anarquistas, personas sin partido, obreros, pequeños negociantes, intelectuales, profesionales, pero predominaba la clase obrera que venía de la pampa nitrera de Iquique y de los sindicatos panaderos. En nuestras filas florecían muchas ideas anarquistas;... No eramos realmente marxistas. El marxismo llegó a su hora al POS, después de leer libros provenientes de Europa, estimulados por los contactos internacionales, los viajes de nuestros camaradas, el contacto con la Internacional Comunista...”¹³

En el cuarto congreso (Valparaíso, 1920), el POS solicitó su admisión a la Tercera Internacional “... resolvió purgar al partido de sus elementos reformistas que solo servían para desviar al proletariado de su tarea de liberación”,¹⁴ tomar el nombre de Partido Comunista y adoptar el programa de la FOCH como el suyo propio.

El naciente Partido Comunista mantuvo su

¹² Fundada el 1 de abril de 1850, fue disuelta por el gobierno en octubre del mismo año, por estimarla un peligro público, y sus dirigentes enviados a la cárcel. Tanto Bilbao como Arcos son tributarios del pensamiento democrático y socialista francés de la primera mitad del siglo XIX.

¹³ Lafertte, Elías, *Vida de un comunista*, 1961; citado por Alan Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*, México, Era, 1974, p. 41.

¹⁴ Ramírez Necochea, Hernán, *Origen y formación del PCCh*, 1965, citado por Angell, *op. cit.*, p. 42.

vinculación con la clase obrera a través de su organización más importante, la FOCH; sin embargo, una política que posteriormente hubiérase calificado de “ultraizquierdismo” —como, de hecho, lo señaló en 1932 la Internacional Comunista— hizo que algunos sindicatos obreros se separaran de la FOCH y del partido; poco a poco, políticas sectarias e intransigentes lo aislan de las masas trabajadoras.

Aunque, según parece Recabarren no compartía la idea de transformar a la FOCH en un partido político¹⁵ la vinculación entre ésta y el joven PC, la afiliación de la central obrera a la Internacional Sindical Roja, el hecho de que la FOCH tendía a concentrar sus actividades en las mismas zonas de actividad del PC provocó una división en el clase obrera. Ya en 1923 lo ferrocarrileros se separan de la FOCH y posteriormente lo hacen otros gremios. La pérdida de influencia de la central sobre la clase contribuye a aumentar el aislamiento del Partido Comunista.

En el plano ideológico, el Partido Comunista mantiene una profunda lucha interna, desgarrada entre los partidarios de Trostki y aquellos que quieren delimitar el campo comunista de la época, más orgánicos pero también más sectarios. Al mismo tiempo, el Partido Comunista combate a los grupos pequeño burgueses, y en su Congreso de 1933 decidió: “. . . crear un profundo abismo entre el partido comunista y todos los partidos burgueses y pequeño-burgueses, sobre todo el grovismo y el hidalguismo. . .”¹⁶

¹⁵ Según el testimonio de Chacón Corona; véase José Miguel Varas, *Chacón*, Santiago, 1970.

¹⁶ Resoluciones del Congreso Nacional del Partido Comunista, julio de 1933, citado por Angell, A., *op. cit.*, p. 99. *Grovismo*, por Marmaduke Grove, significa aquí Partido Socialista. *Hidalguismo* se refiere a Manuel Hidalgo, dirigente del ala trostkista del PC, luego en la Izquierda Comunista y más adelante en el Partido Socialista. En ese mismo Congreso el PC, al referirse a Recabarren señala que sus ideas liberales “respecto al patriotismo, a la revolución, a la construcción del partido son, actualmente, un serio obstáculo en nuestro camino”. En la misma posición, el Buró Sudamericano de la Internacional Comunista, después de reconocer las grandes virtudes de Recabarren, dice: “Sus ilusiones democráticas, su fe en el sufragio universal, su patriotismo burgués, su formación del partido como un partido de reformas sociales, conformado y estructurado como una federación de organizaciones para fines puramente electorales, su ignorancia y absoluta falta de comprensión de la revolución obrero-campesina como etapa necesaria impuesta por el desarrollo, su idea abstracta de la ‘revolución social’ como ideal remoto, y finalmente su colaboración con la burguesía explicada y disculpada como ‘política realista’ habían impedido al partido proseguir su verdadera tarea de llevar a cabo la revolución”. Citado por Angell, A., *op. cit.*, p. 99.

c) El Partido Socialista

Pero volvamos a aquella efímera República Socialista de 1932. Una de las más importantes experiencias obtenidas fue la demostración —frustrada a poco andar— de que los trabajadores y las capas medias radicalizadas podían asumir el poder político, rompiendo así el monopolio de la oligarquía.

Grove, Matte Hurtado y otros relegados discutían en Isla de Pascua el mismo tema que Eugenio González, Oscar Schnake y tantos militantes anónimos lo hacían en Chile continental. Uno de los participantes en las conversaciones de Grove y Matte narra:

“El tema que luego embargó la total atención de los prisioneros políticos en las tertulias nocturnas de la Isla de Pascua fue el problema de haber carecido la República Socialista de un poderoso partido de la clase obrera que lo apoyara y colaborara en el Gobierno. Matte creía que Chile estaba maduro para que mediante la dialéctica marxista interpretara la realidad chilena y propusiera soluciones que dieran verdadero bienestar a los proletarios. Estuvo de acuerdo con Grove en que la masa obrera que seguía al Partido Comunista era abnegada, disciplinada y de una actividad encomiable, pero sus reacciones siempre estaban más subordinadas a la realidad internacional que a las necesidades nacionales. Un Partido Socialista chileno, con una doctrina marxista, con un programa absolutamente nacional, sin sujeción a la autoridad de ninguna Internacional, estaba indicado para realizar la conquista del poder político, económico y social para la gran masa proletaria.”¹⁷

Al mismo tiempo, Eugenio Matte opinaba que el Partido Socialista debía ser exclusivamente de Chile, para los chilenos y con los chilenos. Con ello quería explicar la absoluta libertad en el plano internacional y una tendencia hacia soluciones nacionales, al margen de otros intereses foráneos. Aplicaba una organización piramidal sobre la base de pequeños “núcleos” como las “células” comunistas pero, a diferencia de éstas, existiría una absoluta democracia para la designación de los integrantes de los núcleos y los jefes de estos núcleos, debiendo corresponder más por residencia que por actividades. Con ello se pretendía diversificar al máximo las estructuras básicas, donde estuvieron en cada núcleo elementos profesionales, empleados, obreros e intelectuales. Consideraba indispensable dar una batalla política para otorgar plenos derechos cívicos a la mujer. . .¹⁸

¹⁷ Charlin, Carlos, *Del avión rojo a la república socialista*, Santiago de Chile, Quimantú, 1972, p. 868.

¹⁸ Charlin, C., *op. cit.*, p. 870.

El 19 de abril de 1933 el sueño de Grove, Matte y de tantos otros chilenos se convierte en realidad. En una reunión de las agrupaciones marxistas Nueva Acción Pública, Acción Revolucionaria Socialista, el Partido Socialista Marxista y la Orden Socialista (el Partido Socialista Unificado ya se había fusionado con la Acción Revolucionaria Socialista) se funda el Partido Socialista de Chile, su primer secretario general fue Oscar Schnake, quien no pudo asumir el cargo pues pesaba sobre él una orden de arresto por sus actividades políticas; en su remplazo se desempeña Eugenio Matte Hurtado, protegido por su fuero de parlamentario.

El joven partido tiene un crecimiento espectacular, corroborado por las cifras electorales: en 1933 su candidato obtiene sólo el 2.9% de los votos; en 1937 asciende al 14.7% y llega al 23.1% en 1941, declinando posteriormente.

Como señala Julio Cesar Jobet, en un principio reunió obreros, artesanos, campesinos, trabajadores de cuello blanco, estudiantes, muchos de los cuales nunca habían militado en un partido político, pero muchos otros venían del Partido Radical, del Democrático, del Comunista (en especial la fracción izquierda, de orientación trotskista), de grupos anarquistas, etc.

“Era una masa diversa, tumultosa, e impaciente; aunque carecía de una formación ideológica seria, estaba decidida a la acción y a la lucha.”¹⁹

La línea política del Partido Socialista refleja la heterogeneidad de su base partidaria. Largo sería hacer un recuento de las posiciones a través de sus congresos.²⁰ Intentaremos, sin embargo, dar una visión rápida de las etapas, para terminar esta sección con un análisis de la declaración de principios y el programa del partido.

La primera de estas etapas va desde la fundación del partido hasta su entrada en el Frente Popular. Signada por una posición de clase paradójicamente tiene como abanderado a un caudillo mesiánico y personalista. Marmaduke Grove Vallejos. Es todavía más un movimiento que un partido leninista, y esta característica será a la vez una ventaja y un obstáculo en el desarrollo posterior del partido.

¹⁹ Jobet, Julio César, “Tres semblanzas de socialistas chilenos”, *Arauco*, octubre de 1965, citado por Angell, A., *op. cit.*, p. 105.

²⁰ Remitimos a los lectores interesados a la obra de Julio César Jobet, *El partido socialista de Chile*, Santiago, PLA, 1971, (3a. edición), dos tomos.

Grove precipita un movimiento con características multiclasistas, en una alianza entre grupos medios y la clase trabajadora emergente. Es el germen de un movimiento social que descargado del peso de su liderazgo pequeñoburgués llegó, objetivamente, a desafiar al poder oligárquico. Es la época del Bloque de Izquierda, formado a instancias del partido en diciembre de 1934 y que agrupa junto al mismo a los partidos Radical-Socialista, Demócrata y el ala izquierda del Comunista.

Faltaba encontrar el equilibrio entre un liderazgo de masas y un partido con sólida base de clase. Pero en un país como Chile, con tendencia a un claro predominio de las fuerzas mesocráticas, los liderazgos de masas se afianzan por su arraigo en las capas medias. Las tendencias mesocráticas asumen tal gravitación que frustran el intento de consolidación política como expresión de clase, e imponen los líderes de masa.

La segunda etapa está marcada por el ingreso del partido al Frente Popular, una creación del Partido Comunista (que aplica aquí las resoluciones del VII Congreso de la II Internacional) y el ala izquierda del Partido Radical.

En un primer momento, el Partido Socialista rechaza la idea frentista, sobre la base de que la coalición tendría un carácter de colaboración de clases y que conduciría a la subordinación de la política popular a la pequeña burguesía y a un sector de la gran burguesía.

Como es conocido, el PS termina por integrar el Frente Popular, sumar sus votos al candidato frentista Pedro Aguirre Cerda y ocupar varias carteras ministeriales en su periodo. La resistencia socialista se rompió por la fuerte propaganda de los interesados en constituir el Frente Popular, la influencia de los acontecimientos mundiales —en especial, la epopeya de los republicanos españoles— y por la dramática situación económica interna aunada a la represión política del gobierno de Alessandri y Ross.

El Partido Socialista mantuvo y mantiene una férrea defensa de la unidad de clase, y es por ello que, en aquel momento, retira la candidatura de Grove a la presidencia y apoya la de Aguirre Cerda. El I Congreso General Extraordinario resuelve apoyar la Convención Presidencial de Izquierdas, celebrada entre el 15 y el 17 de abril de 1938.

Al abandonar una línea clasista, el PS comienza a perder fuerza revolucionaria y se desprestigia frente a las masas que habían reci-

do con esperanza su fundación. La disputa por el poder en un régimen burgués de gobierno debilita al partido. Entre 1939 y 1946 sufre varias escisiones. El costo orgánico es muy grande: de un partido revolucionario, se pasa a un partido colaboracionista con los regímenes burgueses, y se provoca la desorientación no sólo en la masa partidaria sino también en toda la periferia socialista, en los sindicatos, en fin en el pueblo chileno que esperaba otra conducta de los dirigentes socialistas.²¹

En octubre de 1946 se celebra en Concepción el XI Congreso General Ordinario, que pauta la nueva etapa de reorganización interna y de recuperación política. En noviembre del año siguiente se celebra la Conferencia del Programa, que permitió una mayor claridad y firmeza revolucionarias en su línea política.

El renacimiento socialista, sin embargo, encontró fuertes obstáculos internos por parte de la fracción derrotada en el Congreso de Concepción y externos en el gobierno de González Videla. En 1948, cuando González Videla promulga la Ley de Defensa Permanente de la Democracia —llamada justamente por el pueblo Ley Maldita— un grupo escisionista minoritario se apodera del nombre Partido Socialista y la mayoría debe adoptar el de Partido Socialista Popular (PSP).

La etapa del PSP marca una revitalización del partido como expresión política de las clases populares, y se extiende hasta el Congreso de Unidad celebrado en 1957, importante tanto por la unificación de las huestes socialistas como por el planteo de la tesis del Frente de Trabajadores.

El PSP comprendió la importancia que tenía para las masas —desencantadas de un decenio de colaboración de los partidos populares con los partidos demoburgueses— la aparición de un caudillo como Carlos Ibáñez del Campo. Consciente de las debilidades del líder populista, sopesó esas dificultades junto a la importancia de colocarse en estrecho contacto

con las masas populares y en el centro de la política popular. Carlos Ibáñez del Campo simbolizaba el rechazo a los partidos históricos y el profundo descontento nacional después de los gobiernos colaboracionistas y, especialmente, luego de la traición de González Videla, aliado al imperialismo y a las capas más retrógradas de la burguesía nativa.

Participó entonces activamente en la campaña presidencial e Ibáñez es electo con el 48% de los votos; el PSP tuvo en el gobierno dos ministerios. El viraje a la derecha de Ibáñez encontró a un Partido Socialista Popular que abandonaba el poder para pasar a una fuerte oposición.

A partir de este momento el PSP abrió el camino para una nueva estrategia del movimiento popular, de claro sentido socialista. La empresa exigía la unidad del socialismo, y, como ya se dijo, en julio de 1957 se realiza el Congreso de Unificación que junto a la fundación del Frente de Acción Popular (FRAP) en marzo de 1956 hace posible la alianza de los partidos obreros, el socialismo y el comunismo, y allana el camino de la conquista del poder.

Es también la época en que se plantea la tesis del Frente de Trabajadores, que en lo sustantivo rechaza la idea de una revolución democrático-burguesa y plantea la toma del poder por parte de las fuerzas del movimiento obrero y los partidos obreros, en una revolución socialista. La tesis implica por un lado la exclusión de partidos o sectores comprometidos con el statu quo, y por otro señala que la alianza socialista-comunista debe ser el motor que lleve a la conquista revolucionaria del poder para constituir una sociedad sin clases.

Y ahora entramos ya en terreno más conocido. A fines de la década de 1960, los partidos Comunista, Socialista, Radical y Social Demócrata, y los movimientos MAPU y API forman la Unidad Popular.

Con la constitución de la Unidad Popular la izquierda materializa la alianza política de la clase trabajadora con los sectores medios que a lo largo de los últimos años habían alcanzado una efectiva radicalización ideológica. Aunque formalmente podría considerarse como un equivalente del Frente Popular de los años treinta, por constituir una alianza de estos mismos agrupamientos sociales, difiere sustancialmente en su línea estratégica. A diferencia de aquel que definía esencialmente una posición anti-oligárquica y de respaldo al proyecto de desarrollo de la naciente burguesía industrial, la Unidad Popular se plantea el tránsito hacia un esquema de

²¹ Véase Jobet, J.C., *El partido socialista*. . . , tomo I, p. 138. En 1940 cinco diputados y un número apreciable de militantes, la mayor parte de los exmiembros de la Izquierda Comunista, levantaron la bandera del "inconformismo"; en 1942 fue expulsado todo el Comité Central de la Federación Juvenil Socialista, que tenía una clara posición anticollaboracionista y había criticado duramente al partido; en 1943 Grove y sus seguidores, partidarios de una política de colaboración, abandonan el IX Congreso al ser vencidos por la "corriente de recuperación"; poco después se unificaban bajo una dirección colegiada; en 1944 Grove funda el Partido Socialista Auténtico.

construcción de las bases materiales para un desarrollo socialista (como lo era el área de propiedad social, la nacionalización de los bancos, etc.). No obstante esta definición programática estratégica, todavía no logra expresar una efectiva identidad de posturas, lo que conduce a que en su seno coexista una gama ideológica en cierta medida heterogénea y que se materializa en sus propias contradicciones de dirección. A este respecto son sintomáticas las diferentes interpretaciones que los principales partidos hacen de la naturaleza política de la alianza de fuerzas.

Mientras el Partido Comunista consideraba que la Unidad Popular era una concreción de la fórmula del Frente de Liberación, para el Partido Socialista encarnaba en embrión la posibilidad de imponer su línea del Frente de Trabajadores. Esta oposición, encubierta aunque no siempre por los intereses pragmáticos de los partidos, determina que las potencialidades de la combinación de fuerzas se vean mutiladas en sus posibilidades transformadoras. La presencia del Partido Socialista en la Unidad Popular debe entenderse como la de una organización en condiciones, después de haber sido capaz durante casi medio siglo de aunar su postura marxista con un auténtico proyecto popular y nacional, de impulsar una política revolucionaria en que pudieran converger vastos sectores de la población. Sin embargo, el subjetivismo de su dirección, la preeminencia de una concepción principista de las formas tácticas de lucha que dificulta una verdadera comprensión de la naturaleza transicional del Gobierno de Allende, pero sobre todo la falta de eficacia orgánica, impiden que asuma un real liderazgo al interior de la alianza, lo que facilita una lucha por la hegemonía de cada partido en desmedro de la unidad de dirección.

De esta manera se crean las condiciones para una profunda penetración ideológica de la burguesía en las capas sociales donde se ejercía influencia, pero que continuaban siendo vacilantes y contradictorias en su compromiso con la alianza.

La Unidad Popular para el Partido Socialista ha representado y todavía representa el campo de fuerzas capaz de impulsar la lucha revolucionaria de liberación y por el socialismo, garantizando la autonomía del proyecto socialista sobre la base de la constitución de un bloque con fuerzas afines, marxistas y no marxistas, pero que asuman una efectiva representación de fuerzas sociales. Pero al problema del proyecto socialista dedicaremos la sección siguiente de este artículo.

En apretada síntesis hemos intentado dar una rápida visión de la historia del Partido Socialista. Preguntémosnos ahora ¿qué justifica la existencia del PS?

Duramente golpeado, quizá uno de los más duramente golpeados, pierde luego del golpe de 1973 buena parte de su Comité Central; dirigentes regionales, seccionales, dirigentes sindicales socialistas fueron presos, muertos o desaparecieron, con el agravante de que buena parte de sus cuadros medios y de dirección, casi todos intelectuales pequeñoburgueses, debieron emigrar. Pero el partido no murió. Con dificultades y retrocesos se recompone pudiendo llegar a realizar tres plenos nacionales clandestinos, el último de los cuales se celebró en septiembre de 1979.

La explicación está en el arraigo del partido en la masa popular chilena. Arraigo que está basado en la correcta interpretación de la lucha de clases en Chile, que le permitió asumir la representación política de vastos sectores populares: obreros, empleados, intelectuales, sectores medios, pequeños productores y comerciantes, pobladores sin casa, campesinos y estudiantes.

La misma heterogeneidad de su base política, mayoritariamente obrera pero también con capas medias y pequeña burguesía, explica a la vez su ya tradicional inorganicidad que lo acerca más a un movimiento social que a un partido, y, paradójicamente, explica también la búsqueda de un partido fuerte, centralizado pero no sectario, que busca la hegemonía de la clase dentro de sí para trasmitirla a la sociedad en su conjunto.

Ya en su declaración de principios de 1933 el partido reconoce: "como método de interpretación de la realidad el marxismo rectificado y enriquecido por todos los aportes científicos del constante devenir social".

Esto es, el marxismo no como una serie de reglas inmutables —de acuerdo con una interpretación "talmúdica", al decir de uno de sus secretarios generales—, sino como herramienta revolucionaria capaz de transformar la sociedad.

Al mismo tiempo, reconoce la lucha de clases, preconiza la tesis del Frente de Trabajadores como la forma que adopta la dictadura del proletariado en las especificidades de la sociedad Chilena, define el carácter de clase del Estado, adhiere al internacionalismo proletario, propugna la creación de una Federación de Repúblicas Socialistas en Latino América.

Se separa por igual de la II Internacional

(socialdemócrata) y de la III Internacional Comunista, pues "los socialistas rehusamos incorporarnos al llamado 'campo socialista' y someternos a cualquier centro dirigente. Propiciamos en cambio, un multilateral, democrático y activo intercambio de ideas y experiencias, entre todas las fuerzas, movimientos, partidos y estados anticapitalistas, sobre la base de la más estricta igualdad de derechos. . ."²²

En cuanto a su visión del Estado futuro rechaza "como esencialmente contraria al Socialismo la concepción totalitaria del Estado que implica una regimentación coercitiva de las conciencias individuales".²³

En resumen, el partido existe porque se constituyó como agrupación de trabajadores manuales e intelectuales, en alianza para conquistar el poder e instaurar una República Democrática de Trabajadores, utilizando el marxismo como herramienta de lucha, definiéndose marxista-leninista desde 1957 para dar vida a un partido orgánico, disciplinado, fuerte y poderoso pero con una vida democrática interna que permita evitar los vicios de la burocratización a la vez que mantenga una línea de acción única.

SINETIS IDEOLÓGICA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

LOS cauces institucionales y políticos por los cuales había transitado el movimiento obrero y popular chileno se vieron profundamente modificados a partir del golpe militar fascista del 11 de Septiembre de 1973. La derrota política y militar agravada por la implacable represión provocó desconcierto y temor en las bases al destruir toda posibilidad de articular formas orgánicas de resistencia. Todo hacía prever que esta situación provocaría inevitablemente el derrumbe del movimiento popular, más aún cuando ya en los meses anteriores al golpe se advertían serias divergencias en torno a la definición de los lineamientos tácticos y estratégicos adecuados para enfrentar exitosamente la crisis, desde el punto de vista de los intereses populares. Tal situación puso en tensión las estructuras internas del conjunto de los partidos de izquierda y sus organizaciones de masas. De ellos, han sido el P.S.CH. y el Ma-

pu los que han manifestado más públicamente la crisis. La división del Mapu en 1972 demostró —ya en los meses anteriores al golpe de estado— las diferentes apreciaciones para enfrentar con éxito los problemas que acarrea la conquista del poder por la vía institucional. Pero las manifestaciones más agudas en ese momento se dan en torno del P.S.CH. El hecho no es extraño: su fuerte presencia de masas, su configuración histórica como partido independiente, obrero, nacional y popular; el hecho de ser el partido del Presidente Allende y su declaración marxista-leninista, pone al PS en el centro del debate ideológico y político de la izquierda ya durante la Unidad Popular. El partido es demandado no tan sólo como partido obrero, sino además como un movimiento social. Sin embargo, son precisamente sus rasgos de movimiento que acompañan su estructura los que llevan a neutralizar internamente su capacidad de conducción.

En esas condiciones el golpe militar encontrará una organización dividida ideológica y políticamente, con una dirección central que cada vez más asume el papel de negociador entre las partes en conflicto sin capacidad real de liderazgo, ni de conducta orgánica, ni política. El proceso que se vive con posterioridad al golpe militar pone nuevamente al socialismo chileno en el centro del debate ideológico. Esta vez sin embargo el desarrollo de sus contradicciones internas, agravadas por la magnitud y profundidad de la derrota, lo colocan también ante la posibilidad cierta de sufrir una pulverización orgánica de sus estructuras.

¿Por qué el socialismo chileno logra recuperarse de una situación de crisis que parecía inevitable?; ¿qué ha hecho posible que haya logrado avanzar sustantivamente en la recuperación política?; ¿Por qué los grupos que se han escindido no lograron configurar un tejido orgánico? Las respuestas aquí desarrolladas son una primera aproximación a esas preguntas y pretenden ser un reflejo lo más fiel posible —aunque no oficial— de lo que ha sido el debate teórico, ideológico y político que ha vivido el socialismo. El análisis se realizará en función de cuatro dimensiones: unidad de clase, unidad del pueblo; socialismo y democracia; internacionalismo y nacionalismo, y finalmente, partido y masas.

Unidad de clase, unidad del pueblo

UN problema central en la definición estratégica del socialismo es la caracterización de las fuerzas sociales presentes en una sociedad y el papel, que ellas juegan en

²² J.C. Jobet, *El Partido Socialista. . .*, op. cit., tomo I, p. 79.

²³ Respuesta del C. C. del Partido Socialista al Partido Comunista, marzo de 1962, en *Pensamiento teórico y político del Partido Socialista*. Julio César Jobet y Alejandro Chelen Rojas (compiladores), Quimantú, Santiago de Chile, 1972.

la formación de las vanguardias políticas. Básicamente, el problema se refiere a la determinación de los contenidos que confirman el papel revolucionario de la clase obrera y al análisis de las formas en que se establece la relación entre ésta y los sectores populares.

Sin duda, esto no puede ser resuelto sin acudir al análisis de las formas históricas en que esas fuerzas surgen a la escena política nacional y su trayectoria pues es el carácter de proceso del acontecer social el que va delimitando, configurando y recomponiendo potencialidades en la lucha de clases.

¿Cómo interpreta el P.S.CH. este proceso?

La existencia de dos partidos obreros en el seno de la sociedad chilena plantea problemas teóricos y políticos de gran significación pues, de hecho, la unidad de la clase no se alcanza, como en la experiencia bolchevique, a partir de la capacidad de conducción demostrada por el partido obrero, en este caso el ASDR más tarde PCUS. La unidad de la clase se constituye —en el proceso chileno— a partir de una dialéctica distinta, donde la presencia de socialistas y comunistas reconoce la posibilidad histórica de la existencia de más de un partido obrero. La relación entre fuerzas proletarias, pasa a ser efectiva y real; se da en un plano de igualdad y de debate, alcanzado en el devenir de su desarrollo histórico y sobre todo en la comprensión del carácter estratégico que la alianza tiene en términos de sus objetivos finales.

La principal consecuencia del modelo económico social impulsado por la junta militar es el empobrecimiento generalizado de la población.²⁴ Sobre este antecedente es posible apreciar profundas modificaciones en lo que había sido hasta entonces el desarrollo de la estructura social chilena.

El predominio del capital monopólico, ligado a los intereses multinacionales significa rearticular la economía en los marcos de la crisis general del capitalismo. Este hecho, junto a un alto nivel de desarrollo en la conciencia política de las masas, impone un tipo de desarrollo nacional que excluye toda forma de participación en la distribución del producto nacional, más allá del nivel de subsistencia, para la gran mayoría de la población. No disponemos, es cierto, de un informe pormenorizado de los cambios que se inician a partir de 1973; pero las simples tendencias observadas en la compo-

sición de la estructura productiva evidencian que éstos han dañado no sólo los niveles de vida de la población, sino que han reubicado a ésta estratégicamente, en cuanto a sus papeles sociales y políticos. Tal situación, evaluada además en el marco del nuevo orden político institucional, ha significado romper la trayectoria democrática que tradicionalmente canalizó la negociación del conflicto y, en consecuencia, la regularización de las demandas populares.

Se crean así nuevas condiciones en el terreno objetivo y subjetivo que permiten integrar en la lucha por el socialismo a amplios sectores de la población. La lucha se redefine en función de esos cambios, pues la unidad del pueblo así entendida adquiere un contenido de clase que trasciende el ámbito de los pasos tácticos, proyectándose como tendencia estratégica por un período de duración imprevisible. ¿Significa esto desestimar el papel revolucionario de la clase obrera? Para el P.S.CH., ubicado en un país dependiente, la función dirigente de la clase obrera no está puesta en duda. Es la propia trayectoria de esa clase la que le da esa función, básicamente como capacidad para resistir los altibajos de la dominación capitalista. El planteamiento se dirige a apreciar la potencialidad de la alianza estratégica del proyecto obrero, dándole fuerza de masas y la posibilidad de convertirse en proyecto nacional y popular, resistente a toda forma de dominación burguesa. En este sentido, la función revolucionaria de la clase obrera no es un principio metafísico; sí es, en cambio, un principio leninista en el sentido que surge del análisis de situaciones concretas: para Chile la presencia obrera en las luchas sociales ha garantizado grandes conquistas populares y ha resguardado su autonomía con respecto a proyectos alternativos para las masas populares, cuestión que no ha ocurrido en otros países.

Autonomía, entendida como capacidad de construir un modelo de sociedad alternativo, donde el mundo obrero define una nueva cotidianeidad de vida, superior por sus contenidos ideológicos, culturales y políticos, surge así como una tarea a ser alcanzada y renovada constantemente, más aún cuando las condiciones históricas de su desarrollo han sido hoy profundamente modificadas en Chile. En la nueva situación, el socialismo chileno define su estrategia política sobre la base de valorar el papel revolucionario que la clase obrera tiene en la actual coyuntura: la fuerza principal en torno a la cual es posible configurar un proyecto alternativo de sociedad. Tal cuestión supone valorar lo que ha sido la experiencia política de la clase obrera; la existencia de dos partidos y una larga tradición de lucha sindical unitaria, elementos

²⁴ J.C. Jobet, *El Partido Socialista...*, op. cit., tomo II, p. 207, "Directivas fundamentales del Programa de 1947".

que hoy se constituyen en la "memoria histórica" del movimiento obrero y popular. El desarrollo del tejido social ha permitido históricamente la articulación de una sólida unidad que hace posible hoy día, cuando los espacios políticos son mínimos, recuperar ciertos niveles de organización del movimiento obrero.

Enfrentada a las nuevas condiciones objetivas, la "memoria histórica" juega un doble papel en el proceso de renovación de la izquierda: como factor positivo, pues, a pesar de la represión ideológica y física existente, ha permitido mantener un potencial de acción orgánica; pero es también un factor negativo en tanto perduran en ella niveles de conciencia y prácticas políticas que obstaculizan el desarrollo del movimiento popular. Un ejemplo es la tendencia al burocratismo que se advierte en las organizaciones sindicales de carácter nacional.

Existen, en consecuencia, condiciones objetivas para la unidad política de la clase obrera y por lo tanto para la configuración de un bloque de fuerzas sociales y políticas que asuman estratégicamente la opción socialista como proyecto de sociedad.

El elemento básico en la formulación estratégica del P.S.CH. a partir de su Tercer Plano, se constituye así en una necesidad histórica que proyecta y renueva la tesis del Frente de Trabajadores, garantizando la continuidad de lo que ha sido la unidad de clase y del pueblo. Su constitución, sin embargo, sólo ocurrirá si las fuerzas de izquierda que actualmente participan en la Unidad Popular son capaces de superar viejos estilos y dan paso a este nuevo proceso. La crítica de los vicios de la izquierda, plantea el P.S.CH., deben ser objeto de análisis y reflexión del conjunto del movimiento popular, cuidando de entender que tal cuestionamiento se hace a partir de las condiciones objetivas del desarrollo orgánico y de conciencia actualmente existentes. Si ello no ocurre así, surge el peligro de que tal crítica alimente desviaciones de derecha o de izquierda. No es posible negar ni prescindir hoy de las fuerzas políticas que han representado al movimiento obrero; pero si es necesario revitalizar el contenido socialista del proyecto de sociedad que impulsa, integrando creadoramente la "memoria histórica" de la clase obrera con las nuevas condiciones en que ese proceso se da. A partir de allí es posible generar alianzas de clases que articulen a la gran mayoría del pueblo.

Socialismo y democracia

La relación socialismo-democracia aparece hoy día como uno de los problemas centrales del desarrollo teórico y político del movimiento obrero internacional. El ca-

rácter de clase del estado, la forma burocrática que asume la configuración del poder en la sociedad socialista y su relación con formas democráticas de gobierno, son problemas de carácter estratégico, cuya resolución se vincula a las condiciones históricas objetivas en que dichos procesos se desenvuelven. Por su significación histórica y por su desarrollo en el tiempo, la experiencia bolchevique asumió un carácter paradigmático que comienza a ser cuestionado en función de lo que han sido sus reales deficiencias y tal cuestionamiento exige replantear el problema en función de las experiencias concretas y delimitar desde allí los problemas teóricos e ideológicos implícitos.

En la experiencia chilena, la problemática socialismo-democracia tuvo históricamente un tratamiento teórico relativamente escaso. Salvo el P.S.CH. que desde muy temprano realizó la crítica del estalinismo, aunque sin avanzar sustantivamente en la misma, el resto de la izquierda no tocó mayormente el problema. Tal cuestión comienza a adquirir actualmente un importante rango en la configuración del proyecto socialista para Chile, y si bien es cierto que el debate recién comienza, interesa recuperar los elementos centrales en torno a los cuales se ha dado.

Es evidente que en las actuales circunstancias la demanda democrática aparece como el eje en torno del cual se concitan los más amplios sectores de la sociedad chilena. En la lucha por la democracia en consecuencia, aparecen mezclados diversos intereses de clase, que intentan darle sus propios contenidos a ella. El abanico social e ideológico en torno al cual es posible constituir un frente antifascista, presenta por tanto niveles de complejidad y heterogeneidad que exigen ser considerados por las fuerzas populares. La burguesía carece de posibilidades y alternativas reales para impulsar un retorno a formas republicanas liberales de gobierno; su clase política que puede aspirar, a lo más, a iniciar un ciclo entre formas civiles y militares de dominación, donde la participación social y política de las mayorías nacionales se verá restringida por la presencia de las Fuerzas Armadas como guardianes del orden establecido y reguladores efectivos de los límites de expresión del conflicto social, más allá de lo cual es "legítima" su intervención permanente o contingente.

En tal situación es necesario determinar con claridad cuáles son las fuerzas en torno a las que es posible constituir una política de alianzas para avanzar en el aislamiento y derrocamiento de la dictadura. Las características de la coyuntura política y la correlación de fuerzas existente permiten que la clase obrera —plantea el P.S.CH.— impulse un proyecto alternativo de

sociedad en donde la lucha por la democracia y el socialismo aparecen como un todo integrado, como proceso unico e indivisible. Socialista en tanto la crisis que afecta a la sociedad chilena requiere de soluciones estructurales, que reorganicen la economía sobre la base de la transformación de las relaciones en la vida económica y social. Democrática, en cuanto señala la necesidad de la plena incorporación desde la base de todas las fuerzas sociales, políticas e ideológicas que aspiren al socialismo, en cuanto busca la participación y dirección de los productores en la vida económica, el control del aparato estatal, todo ello regulado por el consenso de las mayorías.

La autonomía obrera, en la perspectiva del P.S.CH., es una tarea impostergable en la lucha actual, que se asume como problema a resolver en la práctica política concreta, a partir de la capacidad y habilidad de los partidos obreros para dar respuestas a las demandas populares y nacionales. En este sentido hay en el socialismo chileno un intento por rescatar la tesis de Gramsci en términos de que el partido asuma la tarea de ganar la sociedad civil, es decir la necesidad de construir hegemonía como un proceso que responde a las características de la lucha de clases. En la perspectiva del movimiento popular, la democracia liberal fue una conquista, alcanzada por un largo proceso de lucha que permitió ganar la sociedad civil otorgando viabilidad al triunfo de Allende. La dictadura militar destruye esa sociedad civil. Se trata entonces, en la particularidad de la situación chilena, de construir la nueva sociedad civil sobre la base de contenidos obreros que hacen posible la articulación de socialismo y democracia.

Más aún si concordamos en que la democracia no es inherente al capitalismo y ha sido, la mayor parte de las veces, producto de las luchas populares, acogido en el discurso político dominante cuando las condiciones de la acumulación capitalista lo han permitido.

La aspiración democrática en el socialismo significa precisamente vencer el individualismo, la despersonalización y fragmentación que caracterizan las relaciones de explotación; significa impulsar una práctica social consecuente con el desarrollo de nuevas relaciones de producción. En este sentido el desarrollo democrático no sólo supone la socialización de la producción sino que además, e integrado orgánicamente a ese proceso, se plantea la socialización de la vida política, cultural y social. Es la participación plena y consciente de las mayorías populares en la generación periódica del poder y en la gestión del mismo.

La lucha democrática hacia el socialismo no niega en consecuencia la exigencia histórica del derrumbe del estado burgués, pero se dirige a transformar ese momento de ruptura (de derrumbe) en un hecho del pueblo, de las mayorías, y a hacer del ejercicio del poder una aspiración de las grandes masas. Se trata —plantea el P.S.CH.— de un proceso único de organización y educación de las fuerzas sociales populares bajo la conducción del proyecto político del proletariado, que integra estratégicamente a esas fuerzas en la lucha por el socialismo, garantizando su realización frente a las propuestas pseudo-democráticas de la burguesía. No es un decreto, es la alternativa objetiva de salida a las demandas democráticas, tal cual acontecen los hechos en Chile.

En consecuencia el problema socialismo y/o democracia puede ser enfrentado en dos sentidos. Como transición del capitalismo al socialismo, que para Chile describe el contenido antifascista de la lucha en el momento actual y define la capacidad hegemónica de las fuerzas políticas obreras en la lucha por el socialismo; y como modelo de sociedad, cuyo contenido democrático se refiere a las formas de expresión social e ideológicas del Estado de clase, lo cual se encarna en la proposición formulada por el P.S.CH. de la República Democrática de Trabajadores.²⁵

²⁵ El deterioro del nivel de vida de la población, particularmente de los sectores populares, lo encontramos en los niveles de cesantía alcanzada por la fuerza de trabajo existente en el gran Santiago. Para Septiembre de 1978 ésta llegó a un 10.7% mientras que durante el gobierno U.P. no sobrepasó el 3.5%. Fuente: Departamento de Economía U. de Chile. Otros indicadores de orden cualitativo expresan la preocupación y malestar de los sectores asalariados respecto de la defensa de su nivel de vida. En la carta de las 126 organizaciones sindicales dirigida a la Junta Militar, del 1º de mayo de 1977, se señala lo siguiente: "una canasta que incluye los 17 productos básicos no basta para vivir, sólo para subsistir, y no obstante que esta canasta costaba en la segunda semana de abril \$1.727,64. En esa misma fecha el ingreso mínimo era de \$1.190,00, es decir con el ingreso mínimo sólo se podía consumir un 68.9% de la canasta. Hablando más claro, la posibilidad de alimentación en estas condiciones sólo alcanza para 21 días en el mes". Antecedentes en el mismo sentido los encontramos en la encuesta de opinión pública realizada por el semanario *Estrategia* y publicada en su edición del 16 de octubre de 1979; en ella se señala que el 63.4% de las familias chilenas declararon no cubrir satisfactoriamente sus necesidades fundamentales en razón de sus bajos ingresos. Por sectores socio-económicos las diferencias son mayores; el 77.7% de las familias de bajo nivel socio-económico declaró no cubrir sus necesidades básicas en función de los bajos ingresos que percibían, en cambio sólo el 27.8% de los sectores de alto nivel socio-económico señaló la misma insatisfacción.

Internacionalismo y nacionalismo

EL proceso de internacionalización del capital aparece como la base objetiva a partir de la cual se va definiendo progresivamente el carácter universal que asume el conflicto de clases. Tal cuestión ha avalado teórica y prácticamente el énfasis internacionalista del proyecto revolucionario por parte de la clase obrera. Esta cuestión, sin embargo, debe ser asumida como problema a partir de las condiciones específicas en las cuales ese proceso de internacionalización del capital se hace posible y real. Su análisis, entonces, se integra al problema nacional, pues es en ese ámbito donde se produce la articulación concreta entre el capital, en su dimensión internacional y las condiciones específicas en que el desarrollo del capitalismo se sitúa históricamente.

El socialismo busca recuperar lo nacional desde una perspectiva de clase pues éste no es un fenómeno necesariamente reaccionario, ya que es un nacionalismo con un contenido popular y revolucionario. Lo nacional aparece entonces como una dimensión del quehacer político de la clase obrera y el movimiento popular que debe ser resuelta en función de lo que ha sido la experiencia concreta del movimiento obrero a nivel mundial, y en nuestro caso particular de lo que ha sido su expresión en la lucha revolucionaria de América Latina.

La manera como esta cuestión es asumida en la propuesta política del socialismo chileno es uno de los rasgos más "originales" del P. S. CH., que le otorgan vigencia y presencia más allá del ámbito estrictamente chileno, situándolo en una perspectiva latinoamericana mundial.

Lo nacional aparece como un rasgo integrado a la historia del PS a la naturaleza misma del proceso social en el cual el socialismo chileno se originó y se desarrolló posteriormente. Hoy más que nunca —afirma un documento reciente de esa organización— se materializa la internacionalización de la lucha de clases, a medida que las fuerzas socialistas avanzan y que el imperialismo chileno se inscribe estratégicamente en la defensa del campo socialista a nivel mundial, manteniendo su autonomía como partido no afiliado a la internacional comunista. Tal situación sin embargo supone gran capacidad crítica para enfrentar los problemas del desarrollo socialista, particularmente de aquellos que surgen como fruto del estalinismo, en cuanto ello supone una cierta esclerosis del marxismo. Los excesos del burocratismo, de la falta de participación de las masas en la gestión estatal, es un

asunto que puede y debe ser resuelto en la práctica cotidiana a partir de las lecciones teóricas que se desprenden de las diferentes experiencias revolucionarias. Sin necesidad de rupturas confusionistas supone abrirse sin dogmatismo ni sectarismos al creciente desarrollo teórico e ideológico que señala la existencia de un interesante proceso de revitalización y enriquecimiento del pensamiento marxista. Es cierto que ello no está exento de peligros y serias deformaciones del pensamiento y práctica política del movimiento obrero, de lo cual la experiencia china es sin duda su principal expresión en la hora actual. Sin embargo a juicio del P.S.CH., ello no debe ser obstáculo para avanzar en el desarrollo de la teoría política revolucionaria.

En términos sustantivos la posición internacionalista del P.S.CH. se traduce en su identificación con las luchas obreras y populares de contenido anti-imperialista y anticapitalista y de respaldo crítico al proceso de construcción del socialismo que hoy se vive en diversas partes del mundo.

En América Latina ámbito natural de su acción política internacionalista, el P.S.CH. señala la necesidad de convocar a todas las fuerzas revolucionarias y democráticas del continente a unir y coordinar sus fuerzas en la tarea de derrotar al imperialismo y a las burguesías nativas. La posibilidad de coordinar el esfuerzo de las organizaciones revolucionarias no aparece sin embargo como una tarea de fácil o de inmediata solución. Ello no significa no valorar esfuerzos ya realizados en este sentido, como lo fue la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) de la cual el P.S.CH. fuera uno de sus impulsores, pero que no logró cristalizar con la fuerza necesaria, pues objetivamente no existía un nivel de homogeneidad mínimo en las fuerzas que allí participaron.

La tarea permanece como un desafío a la capacidad de dirección del movimiento popular en el continente. La actual coyuntura permite desarrollar niveles importantes de coordinación entre fuerzas revolucionarias latinoamericanas, en la medida en que ocurren procesos de convergencia popular en distintas partes del continente. Entre ellos se destaca la experiencia sandinista, el compromiso revolucionario de las fuerzas insurgentes en el Salvador y los procesos unitarios que hoy viven fuerzas de izquierda en México, Venezuela y Costa Rica. En la medida además en que surgen partidos socialistas de ideología proletaria con postulados revolucionarios, nacionales y populares que permitirán grados crecientes de identificación y coordinación entre ellos. Hoy tiene planteado el movimiento popular lati-

noamericano la posibilidad de establecer una base común para su quehacer político.

Partido y masas

OTRA cuestión central que define al proceso de maduración ideológica que ha vivido el P.S.CH., en los últimos años tiene que ver con la forma como intenta enfrentar y resolver el problema de la organización partidaria, su relación con las masas populares y sus organizaciones de base. El partido como el instrumento que permite elevar los niveles primarios de la conciencia de clase (revindicativa) a niveles superiores de la misma (política) es una tarea, que en la experiencia del movimiento obrero chileno se ha ido resolviendo a través de un proceso de diferenciación entre sindicatos y partido desde los orígenes mismos del movimiento. En consecuencia la definición leninista que el P.S.CH. hace de su concepción orgánica aparece como un proceso ligado a su propio desarrollo histórico y a las condiciones objetivas en que se desenvuelve la actual coyuntura política. Una lectura y práctica dogmática del leninismo ha significado que prevalezca, en muchas ocasiones, una comprensión equívoca del mismo, suponiendo que leninismo, verticalismo y práctica burocrática son la misma cosa. El socialismo chileno que en su historia se ha caracterizado por la crítica de las concepciones burocráticas y dogmáticas, hace una lectura de Lenin que pretende recuperar creadoramente, a partir de las condiciones específicas del proceso chileno, toda la riqueza teórica y política del mismo, en cuanto éste entrega la posibilidad de hacer el análisis concreto de la situación concreta, cuestión que otorga sentido histórico al problema de la organización partidaria.

La experiencia de la Unidad Popular entregó al respecto enseñanzas muy importantes que exigen ser recogidas e integradas a la práctica política actual y futura. La complejidad de la lucha social, desde el punto de vista ideológico, político y militar, y los niveles alcanzados por el enemigo de clase, hacen indispensable la articulación de una vanguardia capaz de enfrentar con un alto grado de homogeneidad ideológica y fuerza orgánica el contenido que asume la lucha de clases en el Chile de hoy. Ya no es posible mantener estructuras partidarias relativamente amorfas y abiertas, aptas para la lucha legal, cuando el régimen institucional de corte liberal se mantenía

intacto. En Chile se agotó la posibilidad de liderar a las masas populares desde perspectivas orgánicas fluidas y laxas, donde por ejemplo el clientelismo político electoral de líderes locales permitía una cierta forma de representación de los intereses de clase. Evidentemente, tal cuestión, que parece obvia, plantea desafíos teóricos-prácticos de gran magnitud, que deben ser enfrentados y resueltos para evitar el aislamiento y la defensa del aparato por el aparato. Ninguna estructura se justifica a sí misma, sino en función de los objetivos políticos que pretende alcanzar y en su vinculación orgánica con las masas populares.

Las condiciones actuales en que se desenvuelve la lucha social y política plantean la tarea de privilegiar la defensa de la estructura partidaria, pues es allí donde se encuentra el núcleo dirigente capaz de otorgar orientación clasista a las diversas y variadas expresiones de protesta popular que surgen a raíz de las condiciones de extrema pobreza a que se encuentran sometidas. El problema central es cómo resolver la relación entre trabajo clandestino —requisito indispensable de este momento— y trabajo de masas, condición que hace real la tarea de conducción y que tiene necesariamente un carácter público, posible de ser detectada con mayor facilidad por el enemigo. La necesidad de ganar la sociedad civil en el proceso de construir la hegemonía proletaria, supone una incesante tarea de dirección ideológica de las masas, significa estar al frente de las pequeñas y grandes batallas por la democracia y el socialismo. Es allí donde se hace real la constitución de una voluntad colectiva, nacional, popular y revolucionaria.

Es necesario entonces resolver correctamente el problema de la relación partido-organizaciones populares-masas, pues es allí donde en definitiva se hace visible el carácter que asume la organización revolucionaria. Es cierto y la historia se ha encargado de demostrarlo, que el fortalecimiento de la estructura orgánica conlleva necesariamente el peligro de la burocratización, con su carga de dogmatismo y sectarismo. En la medida en que no se da una relación de identidad entre el partido y la compleja articulación de organizaciones populares de base, esta cuestión debe ser resuelta en función de la capacidad de conducción que la vanguardia tenga hacia esas mismas organizaciones.

la lucha contra la dictadura y los problemas de la izquierda

luis maira

A casi siete años de ejercicio del poder de la dictadura que dirige Augusto Pinochet, surge entre los observadores externos del proceso chileno, un conjunto de preguntas que, también preocupan a los militantes de los partidos de la Izquierda Chilena: ¿Por qué en un país en donde el movimiento popular exhibió un grado importante de combatividad y organización, la oposición contra la dictadura no logra articularse en forma más activa y levantar el tipo de lucha que, en cambio, presentan frontalmente otros países del Continente con menor tradición política?, ¿cuál es el sedimento que quedó en la memoria de las masas, de las profundas transformaciones intentadas durante el gobierno del presidente Allende en el nada despreciable lapso de 3 años? ¿cuál es la disposición política real de aquel segmento del país que antes se vinculó a las fuerzas de izquierda y que, en las condiciones políticas más adversas contabilizó, en marzo de 1973, más de un millón y medio de voluntades de los cuales casi medio millón tenían una vinculación orgánica con los partidos de izquierda?

Lo anterior plantea cuestiones de fondo para quienes se interesan por la democracia y el socialismo en Chile. Por lo mismo, resulta indispensable asumirlas e intentar una respuesta que recoja en perspectiva la trayectoria histórica del movimiento popular chileno y sus opciones actuales. Solo de este modo, pensamos, será posible despejar en el futuro muchos mitos políticos, lo cual es ya un asunto muy importante en un país en que la mitología política es, cuando menos, tan relevante como la verdadera historia.

1. LAS RAICES Y EL ESTILO DEL MOVIMIENTO POPULAR CHILENO.

LA singularidad de las historias políticas de los diferentes países latinoamericanos tiene naturalmente mucho que ver con la forma peculiar en que se despliegan y com-

portan los diferentes elementos que articulan sus procesos políticos: qué grado de fuerza presenta el Estado Nacional y desde cuando; cuál es la correlación de sus aparatos principales; cómo se articula la sociedad civil tanto en su polo dominante como en su polo dominado y cuáles son sus fuerzas más representativas; con qué instancias de expresión cuentan tanto "los que mandan" como los que luchan por la edificación de una sociedad de trabajadores.

Situadas las cosas en esta óptica, la clave del desarrollo político chileno no reside tanto en la gestación temprana de un Estado Nacional fuerte a través del conocido proceso de liquidación de la anarquía con Portales que, a partir de 1830, dentro de una matriz conservadora institucionalizó la existencia de una autoridad política civil, subordinó a las Fuerzas Armadas a las determinaciones de ésta y creó las bases para un desarrollo capitalista que poco tiempo después frustrarían tanto la pérdida de vitalidad de los segmentos más importantes de la burguesía chilena, como las condiciones limitadas de un país que no contaba ni con los recursos básicos, ni con las economías de escala, ni con la posición geográfica que le permitiera conquistar una posición en el reducido círculo de los actuales países capitalistas desarrollados.

Todo este proceso resulta importante como también lo fue la capacidad de ciertos sectores de la clase dominante para reacomodar el funcionamiento del régimen político y la estructura normativa frente a los desafíos que progresivamente fué colocando el proceso de modernización y la organización popular ampliada. Sin embargo, el factor que explica por qué Chile fue una experiencia significativa en el mosaico de los desarrollos y evoluciones políticas de América Latina, residió sobre todo en la capacidad creciente del pueblo chileno para organizarse en una gama cada vez mayor de instancias

que hicieron del movimiento popular una trama a la vez sumamente compleja y rica.

Esta organización tuvo, a su vez, el mérito de superar desde sus primeras etapas las distorsiones corporativas para asumir una perspectiva global y, por lo tanto, política de sus diferentes luchas. Bajo este signo, emerge al término de la guerra del Pacífico, hacia 1885, y se cristaliza en el esfuerzo organizador de Luis Emilio Recabarren en los primeros años de este siglo, la clase obrera. El movimiento sindical entra en acción rompiendo desde 1909 la estructura reformista de la Federación Obrera de Chile, convirtiéndola en pocos años en una trinchera que tiene como perspectiva precisamente la "abolición de la explotación del hombre por el hombre".

Esta clase trabajadora, encuentra muy pronto la solidaridad de un movimiento estudiantil que cambia también en corto plazo las perspectivas de la pura rebeldía juvenil por los esfuerzos encaminados a la construcción de una sociedad diferente. Desde la fundación de la Federación de Estudiantes de Chile, en 1906, como una instancia puramente asociativa de los estudiantes de la primera Universidad del país, hasta su activo enfrentamiento con la oligarquía en los acontecimientos políticos de 1920, transcurre un período corto, pero signado por una misma trayectoria.

Semejante será la emergencia del movimiento campesino, desgarrado y marcado muy pronto por masacres como la de Ranquil a principio de los años 30, que se explican precisamente por el cuestionamiento de la estructura de propiedad capitalista en el campo y la resolución para avanzar hacia la conquista de un pedazo de tierra para el productor directo. Del mismo modo el crecimiento y la multiplicación de las organizaciones campesinas desde fines de los años cincuenta, estará estrechamente asociada a la demanda primero y a la realización después, de la Reforma Agraria.

Y lo propio ocurre cuando los espejismos de la modernización atraen a una masa de trabajadores rurales a las grandes ciudades y se amplían las zonas pobres urbanas hasta configurar los cinturones de miseria que en la segunda posguerra hicieron brotar a montones las poblaciones "callampas". Ellas surgieron del proceso de organización de los "sin casa" de las tomas nocturnas de terrenos en las que a veces participaban sincronizadamente varios miles de personas y de la capacidad de éstas para organizarse a pesar de las amenazas represivas y las exigencias políticas del orden público de los gobiernos conservadores.

Los ejemplos podrían multiplicarse. Lo concreto, es que frente a cada problema o a cada amenaza, los pobres en Chile, concebían una respuesta en términos de organización hasta configurar el fenómeno complejo de una sociedad económicamente dependiente y explotada, pero políticamente vasta en la amplitud y vitalidad de su organización social, particularmente en lo que se refiere, a la expresión de los intereses de los grupos más pobres del campo y la ciudad y de las capas medias.

Pero además es interesante anotar otro rasgo característico en las acciones concretas que impulsan las organizaciones populares a lo largo de la historia de Chile. Se trata del énfasis casi exclusivo en la movilización de masas lo que implica casi un descuido por el problema de la expresión de la fuerza popular. Reivindicar algo frente a las autoridades públicas era casi un sinónimo de amplitud en el número de participantes y de capacidad para "hacer demostraciones" en favor de una determinada plataforma. Pero, todo esto se concebía en condiciones de extremo pacifismo y legalismo, sin imaginar nunca la eventualidad de una represión violenta por parte del gobierno y una resistencia activa frente a ésta. Quizá por esto la historia del movimiento obrero y popular en Chile es más una historia de masacres que una historia de enfrentamientos. Cada vez que las acciones de los mineros, los campesinos o los obreros llegaron a un punto de actividad que hizo perder la paciencia a la clase dominante y esta hizo intervenir a las fuerzas del orden, se asistió al espectáculo de grandes masas de trabajadores y mujeres inermes y desarmados que fueron acribillados y asesinados por las balas de los carabineros y del ejército. La lista es larga: en la escuela de Santa María de Iquique, en la Coruña, en San Gregorio, en Ranquil, en El Salvador, en Pampa Irigoín. Siempre fué lo mismo, . . . hombres y mujeres del pueblo luchando con piedras contra soldados y policías con fusiles y ametralladoras.

Creemos que a partir de aquí es preciso estudiar la relación entre los partidos de izquierda y el movimiento popular. Desde la fundación del Partido Comunista en 1922 y, especialmente a partir de la organización por fusión de organizaciones anteriores, del segundo gran partido de la clase obrera, el Partido Socialista en 1933, toda una relación sui generis ha caracterizado la vinculación y el trabajo entre las masas populares chilenas y las fuerzas políticas que aspiran a conformar su vanguardia. Los sectores que integran el movimiento popular aprenden primero a valorizar el significado de la unidad entre quienes los representan porque los años negros de la dispersión y la derrota coinciden con los años de la

confrontación y la lucha interna entre socialistas y comunistas por la hegemonía de la clase obrera y el control de los espacios que la legalidad existente les ofrecía. Pero luego, progresivamente las organizaciones sociales se integran en un método de trabajo en que el ámbito de autonomía legítima de las diversas instancias del movimiento social se ve anulado por la función mediadora que en relación al Estado, van desempeñando los partidos de izquierda para la obtención de algunas de sus reivindicaciones más urgentes e inmediatas.

En los cuarenta años que separan a las dictaduras de Ibañez y Pinochet, los administradores tradicionales del Estado chileno, llevan al movimiento popular, representado por los dos grandes partidos, a una política de creciente integración en las reglas del juego existentes y a una canalización de las demandas del pueblo por los distintos niveles de la estructura del poder estatal.

Así, a medida que se incrementan las fuerzas de izquierda y se va acercando el tiempo que posibilitaría la victoria popular, ellas se van ligando en forma más estructural a los rasgos y procedimientos que organiza un Estado negociador —como es el chileno— entre los diversos grupos y sectores de clases de la sociedad. En ausencia de un control del gobierno central al que la izquierda accedesolo fugaz y parcialmente en esos cuatro decenios (con el Frente Popular y Pedro Aguirre Cerda en 1938, y en los períodos iniciales de las presidencias de Ríos, González Videla y la segunda de Ibañez) la instancia natural de mediación es el Parlamento. Aquí los partidos de izquierda gestarán a sus dirigentes de estatura nacional y, combinando el uso de los mecanismos de fiscalización con la búsqueda de los objetivos perseguidos por sus representados, organizarán la negociación a través de la asignación del gasto fiscal, la mediación para resolver las huelgas o el reconocimiento legal de las instituciones populares.

Como resultado de este proceso el movimiento popular, en la realidad concreta de sus innumerables organizaciones en la base, devendrá un ente contradictorio, casi esquizofrénico. Por un lado, seguirá manteniendo el cuestionamiento de la sociedad capitalista y optará por un proyecto de socialismo en concordancia con el ahora denominado por los politólogos soviéticos “socialismo realmente existente” al que correspondería organizar en términos compulsivos la nueva dominación política; pero, por otro lado, se lleva a las masas a una relación primordialmente de clientela con los partidos de izquierda que bregaban en favor de sus intereses al interior de la estructura de poder estatal para obtener nuevas conquistas y ventajas.

A partir de aquí, se pueden discernir mejor ciertas verdades parciales y a veces contradictorias en la retórica de la izquierda chilena tales como la de que el triunfo de la Unidad Popular fue el resultado de haber preservado por largos años el comportamiento legal de los partidos, la de que el carácter avanzado de la democracia chilena no era otra cosa que el fruto de las luchas y ofensivas impulsadas de los representantes de izquierda en el Parlamento o de la que todo esto permitió finalmente obtener el reconocimiento de la Central Unica de Trabajadores, de todas las Federaciones Obreras, de las Juntas de vecinos, de las Federaciones Campesinas y del Movimiento Estudiantil.

Ahora bien, lo fundamental en este proceso de asociación del movimiento popular y los partidos de izquierda a las pautas fundamentales de un sistema político que se veía obligado, en aras de su propia legitimidad, a abrir espacios cada vez más amplios, fue nuestra incapacidad para percibir el agotamiento del propio sistema que enmarcaba nuestra conducta. En una visión retrospectiva resulta hoy nítido que la llegada de la Unidad Popular al poder coincidió con un período avanzado de erosionamiento del sistema político chileno que ya había estado al borde de desplomarse en el fallido intento de golpe de estado del General Roberto Viaux contra el presidente Frei en octubre de 1969. Percepción anticipada que, además, había permitido a las fuerzas de derecha organizar durante el proceso electoral de 1970 una activa ofensiva por “una nueva república” más autoritaria, en que la idea fuerza era el ataque a un Parlamento que institucionalizaba y servía de vehículo a demandas sociales calificadas como demagógicas e irracionales.

El cuestionamiento del régimen político chileno, anterior a la elección de Salvador Allende venía a fracturar, la coherencia de éste y de hecho lo privaba de eficacia. Esto hace más paradójico el que las fuerzas de la izquierda intentaran la vía al socialismo mediante el empleo de un conjunto de mecanismos institucionales que estaban al borde del colapso y que no se advertiera que las tensiones inevitables que desataba el proceso de cambios sociales sólo podía dar por resultado la destrucción definitiva de dicho sistema político.

En síntesis: los partidos de la Unidad Popular intentaron su histórica empresa y el Presidente Allende llevó adelante su programa de transformaciones, ciertamente las más importantes que ha vivido la sociedad chilena, en el marco de una relación entre los partidos y el movimiento popular que inevitablemente subordinó a éste último. A esto se agregó un conjunto de

métodos de trabajo en que la variable de la acumulación de fuerza propia era asumida, por una parte, en términos políticos tradicionales (representación) y en que por otra, se excluía su dimensión militar. En este sentido, es importante notar que, aunque ha sido asimétrica la autocritica de los diversos partidos de la Unidad Popular, en todos ellos este punto ha figurado claramente.

2. ¿CONSOLIDACION DE LA DICTADURA DE PINOCHET...?

PERO no conviene apartarse tan pronto del tema de la autocritica sino detenerse en los alcances que ha presentado el uso de este importante instrumento en la acción de las organizaciones revolucionarias chilenas. Entre nosotros la autocritica se ha intentado de distintas maneras, pero ninguna de ellas ha conducido a la corrección específica de las fallas y errores cometidos.

En algunos casos se ha entendido por autocritica un discernimiento lúcido de las causas de la derrota para luego endosar el error a quienes dentro de la izquierda sustentaron los puntos de vista contrarios, convirtiéndolos a éstos en responsables exclusivos de la derrota. De acuerdo a estas versiones, para algunos el 11 de septiembre se explica porque "la ultra izquierda con sus acciones aventureras asustó a las capas medias y aisló al proletariado", mientras que, para otros, la misma situación encuentra su explicación en la "línea de los sectores reformistas que impidieron la constitución del poder popular y el planteamiento de una oportuna ofensiva antifascista". Así las cosas, no hay errores propios y todo habría salido bien si se hubiera podido imponer la "línea correcta".

En el otro extremo hallamos la autocritica como catarsis, casi como forma de expiación. Se trata de proclamar muy alto las fallas cometidas para luego no sacar ninguna conclusión pertinente de lo que recién se acaba de sostener. Entonces resulta perfectamente posible que los dirigentes más importantes de la izquierda, con un dominio "culto" de la sociología y la ciencia política expliquen que una de las razones de la derrota fue la completa ausencia de política militar de la UP para, acto seguido, organizar la oposición a un régimen militar con total prescindencia de los factores de fuerza e incluso volviendo a declarar este tema como tabú. Por eso, nunca se insistirá lo suficiente en que para que las cosas comiencen a cambiar en la izquierda chilena debemos entender las discusiones auto-

críticas no como la descripción a veces algo masoquista de las insuficiencias de conducta del pasado, sino como la voluntad de corregir en el futuro las circunstancias que fueron la causa de nuestra derrota.

El punto ayuda para aproximarse a la evaluación del ya prolongado ejercicio de Pinochet en el poder. Hoy día la palabra clave para describir la posición de éste es "consolidación". Se sostiene por muchos que el modelo económico de la dictadura, al mantener durante un tiempo importante sus ideas centrales, ha acabado por configurar un nuevo contexto estructural estable, que permitiría al régimen buscar una institucionalización política que le daría una mayor estabilidad. En este cuadro, las fuerzas de izquierda devendrían marginales por un período prolongado, la capacidad de constitución de un acuerdo democrático se cancelaría, lo que determinaría también para las fuerzas de centro, en particular para la Democracia Cristiana una reducción proporcional de sus espacios de acción política.

Conviene analizar con algún detalle la consistencia de ésta versión, particularmente, porque la experiencia enseña que desde el golpe de estado hasta ahora nuestra conducta ha sido más bien refleja y que ello, a su vez, ha estado condicionado por ciertos estados de ánimo que derivan de la imagen de fuerza o debilidad de la dictadura y no de su situación real. Entonces del mismo modo que sin mayores argumentos durante los primeros años se pronosticó el colapso de Pinochet, ahora se le estaría regalando su "consolidación".

a) Los cambios ocurridos en Chile

No cabe duda que el Chile de 1980, es sustancialmente distinto al de 1973 o al de cualquier otro período anterior. La aplicación sistemática y reiterada de los diferentes elementos que conforman éste nuevo modelo global de organización de la dominación tienen que acabar por producir un resultado en todos los planos. Así hoy es diferente la estructura productiva, es distinta la correlación existente entre las clases y los sectores de éstas en la estructura social y ha cambiado también el contenido de la ideología dominante.

La dirección del país ha estado estos años en manos de un nuevo bloque formado por dos sectores claves: los dirigentes de los principales grupos financieros y los generales y altos oficiales de las Fuerzas Armadas, en especial del Ejército. Pero, la diferencia entre ambos sectores, es que mientras los primeros han suministrado el proyecto histórico, los segundos

sólo han aportado la fuerza material que resultaba indispensable para instrumentarlo.

Las circunstancias de que el sector financiero, que ha pasado a ser hegemónico en el campo de la burguesía, sea a la vez el más transnacionalizado y el más ligado a actividades no productivas, y que las fuerzas armadas sean, en última instancia, un segmento de la burocracia del Estado ha marcado todo el quehacer y los proyectos de la dictadura, originando el entremezclamiento de dos lógicas que imprimen carácter a su gestión: de una parte, la que emana de los conceptos de seguridad nacional que fundamentan el contenido represivo permanente en el enfrentamiento del "enemigo interno" y de otra la tendencia al desmantelamiento o desnacionalización de las principales actividades productivas que el país había organizado desde que en los tiempos del Frente Popular se decidiera a impulsar una industrialización nacional propia.

Como resultado de la aplicación sistemática de estos criterios se registra una serie de transformaciones:

i) En el sector agrario se ha desarrollado en la zona central un tipo de empresa capitalista de corte moderno, fuertemente tecnificada y cuya producción está casi íntegramente orientada a la exportación. Estas unidades de tamaño mediano han permitido la liquidación de la reforma agraria sin una reconstitución del antiguo latifundio y de las relaciones sociales de producción que le eran características. Asumiendo jurídicamente caracteres variados, ellas tienden a prefigurar una Sociedad Anónima rural y expresan la inserción en el mundo agrario de nuevos sectores urbanos que imaginan la actividad agro-industrial como una empresa básicamente ligada a la obtención de mercados extranjeros y la ganancia de divisas.

Entre tanto, en las provincias del sur, a partir de Ñuble, se mantiene la organización agraria tradicional, apoyada en la gran propiedad y produciendo para los mercados domésticos. Este segundo segmento ha sido fuertemente castigado por la supresión de líneas de apoyo estatal en materia de créditos y de ayuda técnica, así como por las políticas de precios establecidas por la dictadura, todo lo cual ha creado un dualismo también nuevo en la agricultura chilena.

Como apropiadamente ha concluido un trabajo técnico recientemente difundido en Chile, "el modelo agrario implementado es un corespondiente directo del modelo económico

global. El término de la reforma agraria y la entrega de dos tercios de las tierras expropiadas a empresarios capitalistas, la liquidación en términos expropiatorios para los campesinos de las sociedades de reforma agraria, la asignación de un tercio de las tierras en unidades familiares, la represión al movimiento campesino, el quiebre del movimiento cooperativo, los estímulos para el aprovechamiento de algunas ventajas comparativas naturales, la desaparición del Estado como apoyo y ordenador de la producción, la eliminación casi total de los subsidios y la asignación de recursos por la vía del mercado, han significado grandes cambios en el sector agrario. A seis años de aplicación del modelo económico se observa una agudización de las diferencias productivas regionales y entre tipos de empresas."

ii) La industria, por su parte, ha experimentado sensibles reducciones que resultan enteramente funcionales a la inserción transnacional de la economía chilena y se explican precisamente por la decisión política de reajustar las actividades productivas del país conforme a la nueva división internacional del trabajo. Sectores completos que tenían gran impacto en el dinamismo y capacidad de ocupación en el sector industrial, han sido desbaratados en forma casi completa como la industria metalmecánica, los textiles y la industria automotriz. Esto ha determinado que entre 1972 y 1977 la contribución de la actividad manufacturera en el producto geográfico bruto haya descendido de un 30.4% a un 22.2%. Pero para visualizar este fenómeno en términos más concretos en cuanto a su impacto político y social interno, bastaría con señalar que en los cuatro primeros años de aplicación del nuevo modelo económico el sector textil que daba trabajo a 150,000 personas redujo sus márgenes de ocupación a menos de 90,000 trabajadores.

Esta "jibarización" del sector industrial ha adquirido proyecciones estratégicas a partir del retiro de Chile del Pacto Andino en 1975, puesto que con esto se han cerrado todas las posibilidades de complementación subregional, lo que era una de las piezas claves en la estrategia de desarrollo industrial independiente definida por el país desde los años sesenta.

iii) El sector financiero, entre tanto, ha pasado a asumir plenamente un rol de conducción de la economía y de determinación de las estrategias de desarrollo. No debe extrañar por lo tanto que sea el único sector que ha crecido significativamente (de acuerdo a los mismos indicadores del Producto Geográfico Bruto, ha pasado de una contribución del 3.5% en 1972

al 5.6% en 1977). Pero lo más importante es que en torno a esta actividad financiera con fuertes connotaciones especulativas que han quedado de manifiesto en las quiebras espectaculares de algunas sociedades financieras y en el virtual colapso de algunos de los principales bancos (como el Banco Español de Chile), se ha posibilitado el desarrollo de toda una red de servicios ligados a los nuevos patrones de consumo de los grupos de más altos ingresos a través de empresas exportadoras, de importación, consorcios turísticos, etc.

iv) La estructura de clases del país ha variado igualmente. A este respecto el dato más importante es la reducción del proletariado industrial. Centenares de miles de trabajadores, los más calificados en las industrias de punta han sido empujados al exilio o colocados en listas negras que se circulan entre los empresarios y han debido salir del sector secundario de la economía. Muchos de ellos han ido a dar a las poblaciones marginales donde su experiencia y sabiduría políticas han provocado un interesante proceso de radicalización en sectores que anteriormente ordenaban su comportamiento de acuerdo a pautas puramente reivindicativas. Cambios igualmente profundos se han originado entre los trabajadores del campo donde la reducción de la mano de obra, la definitiva desaparición de los resabios del antiguo inquilinaje y la pauperización de los pequeños y medianos propietarios son los fenómenos más importantes.

v) En este cuadro, las opciones políticas y económicas domésticas han determinado de manera muy precisa el espacio internacional de la dictadura. Pinochet cuenta con una amplia solidaridad de la comunidad financiera y de las grandes corporaciones transnacionales, como se comprobó en la reciente conferencia de hombres de negocios realizada en Montreaux, Suiza. Estos consideran las políticas económicas vigentes en Chile como el ideal a conseguir en las relaciones que se establecen entre los inversionistas del primer mundo y los gobiernos de los países en desarrollo. Pero al mismo tiempo por su política de violación sistemática de los derechos humanos, el régimen militar chileno, no ha logrado una normalización de las relaciones interestatales ni un reconocimiento, por formal que fuera, en los órganos de la comunidad internacional.

vi) El gobierno de Pinochet se ha empeñado, finalmente, en un cambio profundo de los valores y percepciones que orientan el comportamiento de la mayoría de los chilenos. Ha buscado recubrir con un manto "técnico" su

opción política en favor de los grupos más acudados; ha intentado romper la antigua tradición de solidaridad de los sectores populares con una exaltación de la competencia, el individualismo y los destinos personales; ha tratado de convertir el consumo suntuario y las importaciones de bienes superfluos en una válvula de escape de las carencias de los que apenas reciben lo necesario para subsistir; ha intentado debilitar la voluntad nacional presentando como promotores del progreso a las inversiones extranjeras y a las grandes empresas de los países capitalistas; ha hecho una persistente ofensiva contra la actividad política intentando persuadir a la mayoría de los chilenos de que no están capacitados para ejercer las opciones propias de la democracia, etc.

En la difusión de todos estos mensajes ha jugado un importante papel el control monopolístico de los medios de comunicación social de todo tipo y el trazado de estrategias bien planeadas a cargo de equipos y organizaciones de especialistas, chilenos y extranjeros.

Pensamos que sería absurdo desconsiderar cualquiera de éstos elementos, más aún cuando el tiempo ha probado que ellos forman parte de un proyecto único y articulado y que no se trata de lineamientos aislados y contradictorios, como importantes sectores de la izquierda creyeron en los primeros años. Es más, como ya anotábamos estas políticas han cambiado al país.

Sin embargo, una cosa es la existencia de transformaciones esenciales y otra bien distinta, es la vitalidad y capacidad de consolidación a largo plazo del régimen que las impulsa. Y esta distinción es clave para evaluar los márgenes que las fuerzas democráticas y de izquierda tienen para hacer frente al régimen de fuerza en Chile.

A este respecto se puede sostener más bien que el mayor factor de poder de la dictadura de Pinochet es la dispersión y falta de voluntad política de los sectores democráticos que le son antagónicos. Porque un recuento de los elementos favorables para emprender una lucha abierta por la liquidación del régimen, que surgen tanto de los fenómenos ya descritos, como de otros factores, resulta bastante impresionante. Para decir lo menos, muchos pueblos han emprendido la resistencia y han conquistado su liberación en la historia contemporánea en condiciones muchísimo más adversas que aquellas en las que deben planear su trabajo los dirigentes de la izquierda chilena.

b) *La correlación internacional de fuerzas.*

EN un recuento de este tipo, el balance más detallado de las "condiciones internacionales" del gobierno de Pinochet permite anotar:

i) Graves dificultades con todos los países vecinos:

- ruptura de relaciones con Bolivia en 1978;
- grave conflicto limítrofe con Argentina que en dos ocasiones, durante ese mismo año, colocó a Chile al borde de la guerra;

● expulsión del embajador chileno en Perú luego de ser declarado "persona no grata".

ii) Problemas con los países capitalistas desarrollados:

● suspensión de relaciones diplomáticas por parte de Suecia e Italia y durante un período largo, Inglaterra;

● diferenciando con Estados Unidos a raíz de la política de derechos humanos del Presidente Carter y en especial, por la participación directa de los servicios de inteligencia chilenos en el asesinato del ex canciller Orlando Letelier y de la ciudadana norteamericana Ronnie Moffit, efectuado en Washington en septiembre de 1976;

● participación en resoluciones de condena de las políticas de Pinochet de todos los demás países capitalistas de importancia: Francia, República Federal Alemana, Japón, España, Austria, Holanda, Bélgica, etc.

iii) Abierta condena del bloque de países no alineados:

● expulsión de Chile del Movimiento de Países No Alineados acordado en 1973, y con vigencia, "mientras dure el gobierno de la Junta Militar";

● ruptura masiva de relaciones diplomáticas por parte de los principales países del Tercer Mundo;

● resoluciones especiales condenatorias del régimen de Pinochet en la Quinta y Sexta Conferencias Cumbres del Movimiento de Países No alineados, efectuadas en Colombo (1976) y La Habana (1979);

● participación prácticamente en bloque de estos mismos países en el apoyo a las resoluciones especiales de la Asamblea General de Naciones Unidas que durante cinco años consecutivos han condenado al gobierno de Pinochet con márgenes de votación aproximados a los votos de 100 países;

● ruptura de relaciones con Chile de México, Jamaica y Guyana.

iv) Conflicto abierto con un sector importante del campo socialista:

● política de confrontación por parte de la Unión Soviética y de todos los países socialistas con la sola exclusión de la República Popular China y Rumania.

● política de choque y confrontación permanente en todos los foros y organismos internacionales con Cuba, probablemente el país latinoamericano con una política internacional más dinámica en la última década.

¿Podría razonablemente esperarse más de la situación internacional para entender que existen condiciones apropiadas para un enfrentamiento mucho más activo de la dictadura Chilena?

c) *La correlación de fuerzas internas.*

POR su parte en el campo propiamente interno el gobierno de Pinochet enfrenta también situaciones críticas que conviene sistematizar:

i) Su base de apoyo sigue experimentando importantes reducciones. Varios de los sectores más dinámicos y organizados que patrocinaron el golpe en 1973 o que asumieron posiciones de colaboración en las fases iniciales de su gobierno, hoy se pronuncian en contra de sus políticas. Tal es el caso de los trabajadores del cobre, los transportistas y las organizaciones de pequeños y medianos comerciantes.

ii) Los problemas derivados del relevo de dirección al interior de la burguesía: la clara hegemonía de los grupos financieros más importantes en particular el conocido como "Los Pirañas" que han desplazado de sus tradicionales posiciones de poder a los sectores más ligados a las actividades productivas y originan el germen de diversas disidencias públicas. Un buen ejemplo, son las posiciones expresadas desde hace tiempo por el antiguo presidente de la Sociedad de Fomento Fabril, Orlando Saenz. Esto hace que sea importante considerar la alternativa de una oposición más activa de derecha al interior del sistema que exprese el criterio de ciertos grupos industriales castigados por la política económica vigente. Se puede decir que hasta ahora este sector no pasa por una oposición activa, entre otras cosas porque el régimen les permite opciones de reacomodo y altos márgenes de ganancias. Pero ciertamente hay que tener en cuenta su vocación empresarial y la histórica relación que mantuvieron con las empresas que crearon, lo cual tiene una dimensión política potencial.

En este mismo rubro, se pueden ubicar las críticas y los reclamos expresados reiterada-

mente por el Consorcio de Agricultores del Sur y por otras agrupaciones empresariales menores que expresan los intereses de los productores lecheros, trigueros y ganaderos, que objetivamente no han sido beneficiados con la política agraria impulsada por la dictadura.

iii) Al interior mismo de las Fuerzas Armadas. Es aquí donde Pinochet dispone de una situación más sólida, hasta el punto que muchos observadores consideran que ésta ya ha llegado a ser una base de apoyo incondicional. En lo fundamental ésta es una apreciación correcta. Con todo, debe tenerse en cuenta la existencia de una rama completa, la Fuerza Aérea, que como se comprobó en la crisis de julio de 1978, tiene una visión política distinta de la de Pinochet, aún cuando ésta se inscriba en pautas que sólo constituyen matices respecto a la forma de ir institucionalizando el proceso. Pero en este campo otro dato importante es que Pinochet ha marginado de toda participación en el poder político a la Marina y a Carabineros, un hecho que es ampliamente percibido por los oficiales de esas ramas. De aquí se derivan condiciones para una posible reducción de la solidaridad que éstas den a Pinochet antes situaciones de crisis futuras. Esta misma situación puede originar, en otros casos, intentos de renegociación de sus estatutos con consecuencias difíciles de prever.

iv) En el campo de las instituciones religiosas la experiencia de estos años ha tenido un profundo impacto en un cambio de la posición tradicional de la Iglesia en materia de sus opciones políticas. La percepción creciente de las condiciones de extrema miseria de amplias capas populares, las evidencias de la represión y de otras prácticas inhumanas, la vivencia inmediata de la proscripción de toda forma de pensamiento libre que sus miembros tienen en la Universidad Católica y en los establecimientos educacionales dirigidos por religiosos han ayudado a una valorización profunda de los principios democráticos al interior de la Iglesia Católica. El compromiso de ésta con los grupos más duramente castigados por la dictadura ha fortalecido, por una parte, el carácter y la vocación popular de un sector importante de la Jerarquía y ha establecido, por otra, una gran distancia entre los criterios de la Conferencia Episcopal y del Cardenal Silva Henríquez con las políticas y objetivos trazados en los proyectos político y económico que impulsa el régimen militar.

v) Todas las situaciones anteriores referidas a fuerzas tradicionales que se ubican en la periferia del nuevo modelo se complican aún más por las pugnas y el debate que se hace público

al interior del propio gobierno en la nueva coyuntura que antagoniza por primera vez abiertamente a los sectores que incluso la prensa oficial reconoce como "duros" y "blandos". El punto central del debate se refiere al carácter de la institucionalización que el gobierno militar debe darse y en particular a los plazos de permanencia del propio Pinochet en su cargo. Esta discusión, en círculos privados había tenido expresiones muy activas durante el segundo semestre de 1979 en torno al tema de que si debía promulgarse como una nueva Constitución el texto que había preparado un grupo de especialistas designado por la dictadura y encabezado por el ex-Ministro de Justicia Enrique Ortuza o si sólo se debía reformar la antigua Constitución de 1925. Tal debate se activó bruscamente después del fallido viaje de Pinochet a Filipinas. La destitución del Ministro de Relaciones Exteriores, Hernán Cubillos, considerado el vocero más importante del sector moderado desató una ofensiva pública de los medios de comunicación partidarios de esa postura, como la revista "¿Qué Pasa?" y el diario "El Mercurio" los que sostuvieron que su alejamiento equivalía a un cambio de línea del gobierno y configuraba una situación de predominio definitivo del grupo que se empeña en dar un carácter indefinido al régimen militar, en endurecer todavía más el tratamiento frente a los sectores desidentes y en ir abriendo camino a mediano plazo a soluciones de carácter corporativo (posiciones éstas últimas que se atribuyeron a los generales Badiola y Contreras y a los sectores civiles encabezados por Hugo Rosende, Pablo Rodríguez y otros que en el pasado tuvieron la dirección de la organización de ultraderecha "Patria y Libertad").

La existencia de fisuras abiertas por discrepancias de línea política al interior del régimen militar es un hecho nuevo de una enorme importancia que sólo la gran debilidad actual de los sectores democráticos impide valorizar y aprovechar. Pero constituye un elemento más que se debe considerar seriamente si se trata de evaluar las condiciones reales que existen en Chile para intentar una oposición más activa a la dictadura que pueda ir posibilitando finalmente la perspectiva de avanzar a su liquidación.

3. LAS INSUFICIENCIAS EN LA CONDUCCION POLITICA DE LA IZQUIERDA.

EL cuadro político se torna todavía más claro si incorporamos a él al movimiento popular chileno. Esto nos confronta a otro fenómeno que asume una importancia central en la actual coyuntura: la creciente disparidad entre la recuperación de las organizaciones popu-

lares de la base y la capacidad de dirección política de los partidos de izquierda. Hasta 1976 el fenómeno del reflujo y desorganización alcanzó por igual a partidos políticos e instituciones sociales. La expansión de los aparatos represivos y la política de control permanente que sobre ambos definió la dictadura reflejaba uno de los supuestos importantes para su propia consolidación. El proyecto imponía la desarticulación de la red de organizaciones populares que expresaban los intereses de aquellos sectores que los nuevos planes excluían abiertamente; sin embargo esta condición se reveló imposible de cumplir, y antes de tres años, por diversos canales la reconstrucción orgánica de las fuerzas sociales desbordó al régimen y lo obligó a ir ampliando los espacios políticos de actividad tolerada.

Los dos primeros grupos en reorganizarse fueron el movimiento sindical y las organizaciones juveniles, en especial las estudiantiles.

El movimiento sindical levantó primero plataformas con reivindicaciones básicas como el reconocimiento del derecho de reunión y organización libres, para avanzar rápidamente hasta dotarse de estructuras nacionales capaces de coordinar los intereses de centenares de miles de trabajadores. Aunque en este proceso no se ha producido la creación de una organización única de trabajadores, las diversas entidades que se crean como la Coordinadora Nacional Sindical, el Frente Unitario de Trabajadores, el denominado "Grupo de los diez" o la Confederación de Empleados Particulares, logran, en forma rápida, una cierta aproximación en sus programas y campañas y tienen especial éxito en privar de todo espacio y representatividad a la organización sindical oficialista: la denominada Unión Nacional de Trabajadores de Chile, organizada con el apoyo de la dictadura, cuya debilidad se ha traducido incluso en la aparición de importantes contradicciones en su seno.

Aunque en una estimación seria no pueden equipararse las expresiones actuales del movimiento sindical con las que tuvo históricamente, ya éste ha alcanzado una expresión nacional y un reconocimiento que ni siquiera las maniobras más hábiles del régimen, como la puesta en marcha del llamado Plan Laboral, han anulado.

El movimiento estudiantil, entre tanto, se ha reorganizado en base a otros criterios. El punto de partida ha sido el rechazo mayoritario de la juventud en las universidades y los establecimientos secundarios a los criterios de la enseñanza oficial y la exigencia de una educación libre, una cultura crítica y condiciones de apoyo público al sistema educativo que impiden su subor-

dinación a los criterios de mercado. A partir de aquí, los propios espacios que la dictadura abre al autorizar la elección de representantes estudiantiles con funciones restringidas han sido aprovechadas para expresar un repudio al régimen que en las principales Universidades llegó casi al 80% en 1978 y 1979. Luego se ha pasado al cuestionamiento político de la dictadura misma para lo cual se aprovechan inteligentemente coyunturas internacionales como los acontecimientos de Nicaragua y el Salvador. La mejor prueba del dinamismo en el comportamiento de este sector es de percepción que las propias autoridades militares universitarias tienen, lo que origina una política de constante hostigamiento y expulsión de los dirigentes activos pero que tampoco logra poner término a la creciente oposición organizada.

Un tercer terreno en que la dictadura también pierde la batalla es el amplio campo que abre la lucha por los derechos humanos. Desde 1976 el problema de los 2,500 presos políticos desaparecidos se convierte en una cuestión central de la sociedad chilena y origina una difusión masiva que pone en evidencia la naturaleza represiva del régimen. Igualmente el inicio de la lucha por el retorno de los exiliados y las batallas por el ejercicio más amplio de la libertad de pensamiento y expresión constituyen factores significativos de una confrontación que tiene una dimensión social y de lucha ideológica respecto del régimen. Aunque en el frente social se debe considerar el hecho de que todavía se mantienen rezagados dos sectores que en el pasado desempeñaron papeles importantes como son el movimiento poblacional y el campesino, en su conjunto los sectores más dinámicos han creado una situación de reconstrucción del movimiento popular y suministran una base suficiente para operaciones más amplias encaminadas a tender un cerco sobre el gobierno de Pinochet.

Por lo mismo es inquietante que al tiempo que se produce este ascenso en la expresión de las fuerzas sociales, se registre una declinación progresiva en la capacidad de las direcciones de los partidos de izquierda para dar una dimensión política a la lucha, para acompañar los esfuerzos de los distintos grupos y sectores, para entrelazar las plataformas reivindicativas y para ir haciendo confluir todas las manifestaciones de oposición hacia un cuestionamiento de la dictadura que permita generar un acuerdo en torno al objetivo de su derrocamiento y a la alternativa que, en su reemplazo, se ofrecería al país. Nada de esto ha resultado hasta ahora posible, porque los efectos de la derrota en 1973 se han expresado en forma retardada en algunos de los partidos, alcanzando su punto culminante con

la división del Partido Socialista en abril de 1979. Hasta ese momento la Unidad Popular había funcionado en el exterior como una instancia de coordinación de las campañas de apoyo internacional a la lucha del pueblo chileno y como un centro de coordinación de algunas iniciativas políticas. Pero a partir de entonces, han desaparecido las condiciones para su funcionamiento efectivo, al punto que ya se han cumplido más de dos años desde la realización de la última reunión de su Comité Político Exterior, efectuada en marzo de 1978 en la ciudad de Roma, y al interior de Chile donde la constitución de la Unidad Popular había sido más tardía, la secuela de la crisis socialista ha repercutido en forma más reciente, pero con los mismos efectos paralizantes.

De este modo, el período actual sitúa a la mayoría de los partidos de izquierda dentro de una lógica que, en lugar de colocar en el centro al enemigo común que es la dictadura, privilegia las disidencias, los matices de los planteamientos de la propia izquierda y plantea, ante todo, cuestiones de lealtades y reconocimientos oficiales de partidos, situación que acaba por dispersar toda capacidad de expresión colectiva. Si a esto le sumamos el mantenimiento de los antiguos estilos de trabajo político, los crecientes desajustes entre las visiones de aquellos dirigentes que viven la experiencia del exilio y los que encabezan las luchas en el país; las tendencias al hegemonismo o la implementación por separado de las líneas que cada uno define como las mejores, todo apunta a configurar un cuadro claro e irrefutable de crisis en la izquierda chilena.

De toda esta situación han surgido algunas tendencias y errores que son muy característicos del período reciente. El primero es la delegación de la iniciativa política para el enfrentamiento con la dictadura. Naturalmente ni la Unidad Popular ni ninguno de los partidos de izquierda han señalado nunca esta opción de manera explícita; sin embargo, ella resulta clara en los hechos. En la práctica se ha procedido como si obtener la caída de la dictadura fuera una tarea de otros, de tal modo que las responsabilidades de una inserción política protagónica comenzarán para la izquierda chilena y el movimiento popular después de la salida de Pinochet. Así primero se apuesta a que el régimen no podrá consolidarse dadas las contradicciones que se producen entre el propio Pinochet y otros generales golpistas como Bonilla y Arellano, partidarios de una más rápida transición hacia un gobierno civil. Luego, se hace confianza en que la dictadura caerá como resultado de sus conflictos con la Iglesia Católica y el Partido Demócrata Cristiano que, hacia 1975 asume una línea de oposición. Más tarde, se

imagina que Pinochet saldrá del poder como resultado de las políticas de derechos humanos del Presidente Carter. Más tarde se confía en que lo que acabará con la tendencia hacia la personalización del poder será la oposición que realiza al interior de la Junta el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, Gustavo Leigh. Pero resulta que ninguna de estas acciones "externas" rindió frutos y, por el contrario, se perdieron oportunidades importantes para haber incidido con una línea propia en estas situaciones y haber capitalizado sus resultados.

Una segunda táctica que se ha probado infructuosa ha sido la "convocatoria" a constituir un "Frente Antifascista" al Partido Demócrata Cristiano y otras fuerzas democráticas de centro. En la práctica este esfuerzo ha sido emprendido de una manera que ha llevado a postergar las acciones autónomas en espera de obtener una acogida a las proposiciones de alianza. Esto, se ha traducido en un factor que excluye o reduce la presencia política de la izquierda en varios momentos importantes a contar de 1975, fecha en que la Unidad Popular proclama su disposición de buscar este objetivo. Esta situación tiene el agravante de que, en todo este tiempo, no se avanzó tampoco en acciones concretas en la base con la Democracia Cristiana y que, finalmente, ésta ha hecho público —por conducto de su presidente nacional Andrés Zaldívar y luego de los sucesos de Afganistán— que, en cualquier caso, su partido excluirá de todo posible acuerdo al Partido Comunista.

De esta manera, al comenzar la década de los ochenta, los partidos de la Izquierda chilena, se enfrentan a una situación en que además del impacto de los factores de la crisis internacional que distan de haberse resuelto, se tiene que asumir la inviabilidad de los esfuerzos que se consideraron prioritarios en los años recientes y que llevaron a la anulación de los esfuerzos para acumular la fuerza propia.

4. EL FUTURO DE LA LUCHA CONTRA LA DICTADURA.

Lo anterior podría llevar, en apariencia, a la conclusión de que el balance que hoy se puede realizar en relación al curso de la "guerra" que Pinochet declarara hace casi siete años al movimiento popular chileno pudiera aparecer como desalentador. Sin embargo, no es así. Porque más allá de las insuficiencias de nuestros partidos y de sus direcciones, la opción profunda se mantiene abierta por la reconstitución progresiva del movimiento popular y por la disposición de lucha que incluso en las adversas condiciones actuales, despliegan muchos de sus in-

tegrantes. De aquí surgen un conjunto de desafíos y exigencias muy concretas que las fuerzas de izquierda no podremos eludir en un período breve. Frente a nosotros hay un universo de búsquedas y experiencias individuales que se reflejan en innumerables testimonios que hablan de un compromiso definido y profundo. En cuanto al exilio, esto se refleja en el hecho de que en la lucha del pueblo nicaragüense contra la dictadura de Somoza existió una presencia muy importante, en número y calidad, de militantes chilenos, muchos de ellos enrolados en forma espontánea. Esto demostró que para una confrontación abierta con la dictadura existe mucha más voluntad de la que algunos suponen. Y dentro de Chile, está la actitud de tantos sectores que se han atrevido a desafiar las amenazas y la represión, como lo demuestra la conducta de los mineros del carbón en Lota, de los obreros siderúrgicos en Huachipato o de los trabajadores del cobre en el Teniente. Todo esto se refuerza, aún más si consideramos las acciones y la disposición de los trabajadores que no hacen caso a las prohibiciones de la dictadura y que han realizado actos políticos como el del primero de mayo pasado, o al recordar a los estudiantes que arriesgaron sus propias matrículas en las universidades al exigir el término del control militar en éstas.

Por ello, el primer requisito para asegurar una conducción política que amplie y difunda todas estas energías latentes arranca de un principio muy simple que no se puede soslayar más tiempo: la tarea de liquidar a la dictadura de Pinochet recae fundamentalmente sobre las propias fuerzas de la izquierda y sobre su capacidad para desarrollar la movilización del movimiento popular. Hoy día cada partido debe entender que su primera responsabilidad es asegurar su contribución en este proceso. Dicho en palabras más simples, el objetivo básico de la hora actual, es transformar la pura oposición en resistencia y convertir el simple sentimiento de rechazo a Pinochet —que hoy manifiestan más del 70% de los chilenos, de acuerdo a las estimaciones más serias— en una disposición activa, amplia y coordinada.

Naturalmente, la organización de una auténtica resistencia al régimen militar en Chile atraviesa en éste momento por la resolución de algunos problemas centrales.

En primer término, se trata de efectuar una lectura correcta y de sacar conclusiones de los cambios efectuados en estos años por la propia dictadura dentro de la sociedad chilena. Esto implica muchas cuestiones ¿cómo se encara la lucha ideológica contra los valores y concepciones

que busca imponer el régimen de Pinochet y cómo se exaltan, en cambio los elementos que constituyen la reserva histórica del pueblo chileno como la solidaridad, la voluntad nacional y la capacidad de organización?

¿De qué manera se reflejan en estas ofensivas la disminución del proletariado industrial y del campesinado y el incremento de los trabajadores que se desempeñan en el área de los servicios?

¿Cómo se encara en una nueva estrategia la situación de extrema miseria que afecta al 25% de los chilenos impidiendo que su falta de integración a los sectores productivos reduzca sus posibilidades de movilización?

¿Cómo se pueden encarar las contradicciones entre la desnacionalización y la inserción progresiva de Chile en los esquemas de transnacionalización, y la amplia y antigua opción de sectores muy amplios del país en favor de un desarrollo con independencia nacional?

¿Cómo se puede convocar a la lucha a aquellos sectores medianos y pequeños de productores del campo y de la ciudad, a los que el modelo de la dictadura simplemente excluyó?

Un segundo gran campo de problemas a resolver es la definición del camino que se debe proponer a todos los chilenos para luchar contra Pinochet y terminar con su régimen. Hasta ahora no ha sido nunca posible discutir, entre las fuerzas de la izquierda chilena, la forma en que se deben articular los pasos tácticos y estratégicos que lleven a este propósito. No obstante que una de las grandes lecciones de la experiencia de Nicaragua, es que la cuenta regresiva de Somoza principió cuando los sectores más resueltos trazaron el itinerario y definieron las modalidades concretas que esta tarea debía asumir. Los partidos de la izquierda nunca han realizado una discusión seria de este punto. En el caso chileno, esto impone contestar algunas preguntas muy precisas:

¿Cuáles son las reivindicaciones que producen la máxima dinamización de cada fuerza social?

¿Cómo se trabaja en las etapas iniciales para vencer el natural temor que provoca la represión?

¿Qué relación debe producirse entre las viejas y nuevas formas de organización del movimiento popular?

¿Cómo se lleva a cabo el proceso de acumulación de fuerzas sociales, para asegurar que culmine en una presión política que cuestione al régimen militar en su conjunto?

¿Qué relación debe existir en el futuro entre partido y masas para asegurar la necesaria autonomía y legitimidad de las organizaciones sociales e impedir la subordinación que éstas padecieron muchas veces en el pasado?

¿Cómo se enfrenta el problema de la fuerza material propia del movimiento popular en el proceso de lucha y su adecuada complementación con los esfuerzos de movilización de masas?

¿Cómo se puede enfrentar uno o más de los eventuales recambios del gobierno actual que pudieran dar paso a una experiencia de democracia restringida?

Finalmente, un tercer campo decisivo es el de la preparación de un nuevo proyecto histórico que otorgue un sentido coherente a las acciones que se emprenden en cada fase de la lucha, y asegure una alternativa real con posterioridad a la liquidación del régimen militar. Es en este nivel precisamente, en el que las fuerzas de la izquierda chilena deben dar cuenta de su capacidad para asumir las exigencias de renovación ética, teórica y orgánica que la actual situación plantea. Aquí se trata de definir en forma muy precisa cómo se entiende el contenido de la democracia y del socialismo que en términos globales casi todos los partidos que trabajan en el campo popular señalan actualmente como el objetivo a conseguir.

A principios de los ochentas, hemos entrado a una época en la que los conceptos políticos han perdido el sentido unívoco que alguna vez tuvieron y se hace preciso definirlos de manera más exacta. Hoy no basta con declararse partidario del socialismo.

El amplio debate registrado en los últimos años en el marxismo y la teoría revolucionaria, así como el surgimiento de nuevas fuerzas internacionales y de nuevas experiencias, han diversificado las opciones, del mismo modo que la división, en apariencia definitiva del campo socialista a partir del conflicto chino-soviético, ha impuesto a todas las fuerzas de izquierda de los países latinoamericanos la necesidad de expresar en forma muy nítida su postura internacional y el nivel de autonomía que para sí mismos imaginan. Lo propio ocurre con la noción de democracia. Hasta hace poco el concepto de "democracia popular" del socialismo real europeo constituía el modelo obligado para las fuerzas revolucionarias; ahora en cambio se les presenta el desafío de que el socialismo no puede principiar donde la vieja democracia termina, sino que, -es-

pecialmente en los países del Tercer Mundo-, el socialismo es la única opción concreta para desbordar en términos de participación y libertad los límites que inevitablemente presenta la democracia liberal y las injusticias que su opción de clase conlleva.

De todo esto, resulta preciso ocuparse en términos concretos. Definir los grandes conceptos que den respuesta a estas cuestiones para luego elaborar la propuesta de reorganización de la economía que ponga en marcha el proceso de producción de bienes y servicios en función de las necesidades de los trabajadores, que afiance el espacio siempre complejo de la determinación de la soberanía nacional y que garantice aquellas formas de participación popular que permitan a las fuerzas sociales más activas de Chile, convertirse en el elemento decisivo para la construcción de la nueva sociedad.

Estas son algunas de las cuestiones que figuran en el orden del día, y que los diversos partidos de la izquierda chilena debemos abordar y resolver en una acción de conjunto. Para lograrlo, pensamos que en ellas hay las reservas suficientes de imaginación y compromiso, con la sola condición de que su resolución se considere importante. Ahora más que nunca es conveniente recoger la enseñanza de la historia de que en los grandes períodos de crisis se pueden gestar las más importantes corrientes renovadoras. El movimiento popular y los partidos de la izquierda cuentan con todas las condiciones para superar el inmovilismo y la crisis, que se han constituido en sus mayores lastres.

Es probable que en la situación actual, no todos estén en condiciones de emprender al mismo tiempo este esfuerzo. Esto hace que sea mayor la responsabilidad de los que enfrentan menores dificultades y conflictos internos. Son ellos quienes tienen, en principio, la obligación de desatar la movilización y romper con el punto muerto a partir de una acumulación de masa crítica y de fuerza social en la base que les permita tener la capacidad de convocar para tareas más amplias. En la reanimación unitaria del movimiento popular chileno, es preciso imaginar círculos concéntricos en constante ampliación que sumen en una perspectiva realmente amplia a todos los que se definan por la empresa de la democracia y el socialismo como horizonte final de la sociedad chilena.

Este y no otro es el sentido del proceso de acumulación de fuerzas y de voluntad política, que en el último tiempo se conoce en Chile con el nombre de "convergencia socialista".



“el pueblo, un sujeto consciente”

entrevista con el presidente de la comisión de estudios constitucionales

Después de seis años y medio de régimen militar en Chile, personas de diversos grupos sociales han venido conquistando espacios de encuentro y expresión públicos.

En medio de una vida dañada profundamente por un régimen de explotación y terror, comienzan a brotar voces más fuertes. Son los sentimientos, las reflexiones y las iniciativas del pueblo. Es su resistencia a someterse a la esclavitud que pretende imponerle una minoría plutocrática. Esta es la clase que manda con la protección dada por las Fuerzas Armadas. Estas voces están multiplicándose en la vida cotidiana del pueblo, pese a la vigilancia, la amenaza y la persecución siempre presentes, aunque, ahora, en forma solapada.

En este contexto, el 11 de agosto de 1978, se creó la Comisión de Estudios Constitucionales. Un Grupo de 24 personalidades políticas, académicas y profesionales convocó a participar en la elaboración de sugerencias constitucionales democráticas para Chile, que posteriormente puedan ser consideradas por una Asamblea Constituyente, elegida libre y soberanamente por el pueblo.

Un año después de su creación, el Grupo ha dado a conocer su propuesta constitucional. En ella han intervenido directa o indirectamente más de tres mil personas, provenientes de diversas escuelas filosóficas y políticas: liberales, socialcristianos, socialdemócratas y marxistas. La Comisión efectuó 76 sesiones de trabajo y las 11 subcomisiones celebraron 250 reuniones. Además, la Comisión contó con la colaboración y apoyo de centenares de personas agrupadas, como filiales del Grupo, en diversas regiones del país.

Los estudios realizados, después de un año, demuestran que es posible el consenso democrático sobre la base de la discusión y el diálogo. La mayoría de los acuerdos se lograron sin someterlos a votación y son excepcionales los puntos de disenso.

Sin embargo, este esfuerzo no fue fácil. El gobierno inicialmente ordenó una verdadera “conspiración del silencio” respecto del “Grupo de los 24”. Posteriormente ha prohibido, mediante ordenanzas ministeriales, la realización de actos públicos masivos, necesarios para que la alternativa constitucional se conozca. Ha prohibido que los miembros del Grupo puedan exponer su pensamiento a través de los medios de comunicación. Algunos de éstos, por su parte, se han encargado de tergiversar los contenidos y los propósitos de la propuesta constitucional. Además, varios de quienes han participado sufrieron amenazas, injurias públicas y persecuciones que derivaron en la pérdida de su fuente de trabajo.

El documento presentado por el Grupo parte de la necesidad de crear una verdadera democracia política, económica, social y cultural. Para ello plantea, en síntesis, las siguientes proposiciones:

- 1. La Constitución Política debe establecer en Chile un régimen verdaderamente democrático.*
- 2. El único titular del Poder Constituyente es el Pueblo mismo y sólo puede ejercerlo previo restablecimiento de su libertad.*
- 3. Chile no necesita una nueva Constitución, sino perfeccionar, mediante algunas reformas, la Carta de 1925 como se encontraba vigente en 1973.*
- 4. Dentro de la tradición presidencial de la democracia chilena, deben establecerse reglas que faciliten la formación de mayorías estables de gobierno, y hagan efectiva la responsabilidad política.*
- 5. El parlamento debe seguir siendo íntegramente generado por votación popular, tener preponderancia en el ejercicio de la función legislativa y disponer de efectivos poderes de control y fiscalización.*
- 6. Los partidos políticos son instrumentos esenciales en la vida de una democracia y especialmente en la generación de los poderes ejecutivo y legislativo.*
- 7. Han de crearse cauces institucionales de participación de las instituciones representativas de los intereses económico-sociales.*
- 8. La Constitución Política debe establecer las bases fundamentales de un orden económico-social democrático, dejando la definición de los modelos aplicables a la decisión política de las mayorías.*
- 9. Incorporar al derecho constitucional la garantía de todos los derechos y libertades reconocidos en la declaración universal de los derechos humanos y pactos complementarios ratificados por Chile.*
- 10. La Constitución debe regular restrictivamente los regímenes de emergencia.*
- 11. Introducir sustanciales reformas al poder judicial a fin de asegurar su real independencia y eficacia.*
- 12. Robustecer la representatividad y atribuciones del Tribunal Constitucional.*

Cuadernos de Marcha ha entrevistado al señor Manuel Sanhueza Cruz, Presidente del Grupo de Estudios Constitucionales. He aquí las respuestas del señor Sanhueza a las preguntas que le fueron formuladas.

P *LA democracia como sistema de convivencia social se postula como una idea universal. Sin embargo, ésta se expresa históricamente en forma particular en cada país. De acuerdo a la experiencia del sistema democrático chileno y su ruptura producida en 1973, y a la experiencia autoritaria de los últimos seis*

años y medio, ¿qué novedades ha introducido el Grupo de los 24 en el proyecto constitucional presentado al país? Lo que ustedes plantean, ¿es una restauración del sistema democrático anterior o una democracia de nuevo tipo?

R *LA democracia es una sola. No creo que existan dos o tres tipos de democracia. Esta es un sistema de organización social que se funda en el consentimiento y participación de las personas. Es el arreglo político social y económico de la asociación formulado, impuesto y realizado por el pueblo real con el*

fin de hacer efectivo el pleno goce de los derechos humanos.

Nosotros hemos partido del principio de la soberanía popular y no de la entelequia de la soberanía nacional. En esta última, el soberano es una abstracción: la nación. Es ella quien representa los valores, la idiosincracia, y quien los interpreta. Es el representante o los representantes de esta abstracción, no del pueblo.

El pueblo en este sistema es un elemento de designación y no de decisión. Los representantes actúan sin considerar la voluntad popular e imponen sus designios.

Nosotros hemos cambiado ese principio al adoptar la soberanía popular, porque estimamos que el que debe determinar las estructuras políticas, económicas y sociales, el pacto social y sus formas, es el pueblo mismo.

De esta premisa fundamental se desprenden nuestras proposiciones de establecer una forma de gobierno semidirecta, es decir, la intervención directa del pueblo en la gestión misma del gobierno. Así, por ejemplo, postulamos la iniciativa popular de ley, facultad que podrá también canalizarse a través del Consejo Nacional Económico Social. En esta instancia participarán representantes de intereses diversos. Consideramos que los sindicatos jugarán un papel importante en la planificación estatal por intermedio de sus representantes en este organismo, tanto a nivel nacional como regional.

Pensamos que la Constitución Política de 1925 estaba marcada por el liberalismo, pero, a través de sus 10 reformas, fue enriqueciéndose hasta constituir una democracia social. Esto es lo que nosotros queremos fortalecer, robustecer y enriquecer. Así creemos que el pueblo, como efectivo soberano, dejará de ser objeto y pasará a ser sujeto, consciente de sus derechos y obligaciones, del devenir político de la Nación.

P *USTED ha señalado el principio de la soberanía popular como criterio esencial del sistema democrático. El Poder Judicial y las Fuerzas Armadas son dos poderes del Estado, cuyo funcionamiento interno no ha contado con mecanismos que garanticen su representatividad en la sociedad o que en su acción expresen la voluntad popular. A su juicio, ¿cuáles deben ser los criterios que deben estar presentes en el funcionamiento del Poder Judicial y de las Fuerzas Armadas en un sistema democrático?*

R **RESPECTO** al Poder Judicial sostenemos que este debe ser efectivamente independiente de los demás poderes, pero a su vez integrado al sistema democrático y no aislado de él. Así podrá defender los derechos humanos, misión que no ha cumplido. Por el contrario, ha permitido que el sistema político se arrogue facultades que son propias de los Tribunales de Justicia.

El Grupo sostiene que la independencia de la función judicial y su integración al sistema democrático se puede obtener a través del Consejo Nacional de la Justicia. En este organismo estarán representados los Tribunales de Justicia, el ejecutivo, el parlamento e instituciones académicas y profesionales especializadas. Este Consejo deberá encargarse de formular y ejecutar una política judicial independiente y democrática.

Las Fuerzas Armadas no constituyen un poder, no pueden tener ninguna intervención en el devenir político. Son profesionales y no deliberantes y deben garantizar la seguridad exterior del Estado. Las Fuerzas Armadas deben ser instrumento del Poder Político y deben actuar bajo la tuición de éste y obedeciendo a sus decisiones.

Es verdad que en el pasado hubo un abandono de su función. Creo que hay que democratizarlas desde sus bases, desde las escuelas formadoras. El Poder Político tendrá que preocuparse que su función se desarrolle de acuerdo con los criterios propios del sistema democrático. Las Fuerzas Armadas pueden y deben participar en muchas tareas públicas encomendadas por el Poder Político (educación, comunicación, transporte, etc.). La experiencia señala que no deben permanecer enclaustradas en sus cuarteles, sino integradas al proceso de desarrollo del país.

P *EL régimen militar, en el marco de su proyecto de institucionalización de un nuevo sistema político, habla de que se está produciendo una apertura política. ¿Qué significa para usted el discurso aperturista del régimen? ¿Qué requisitos deben darse para que se haga efectiva una apertura política? ¿Cuáles deben ser sus proyecciones?*

R **NO** hay apertura política, ni transición. Ambos procesos suponen la voluntad real de pasar de una situación a otra. En este caso de una dictadura a una democracia. Si observamos la situación actual con objetividad no podemos reconocer ninguna institución, ni acción del gobierno que nos pudiera parecer el

comienzo de una etapa de transición. Por el contrario, vemos fórmulas que se disfrazan semánticamente para consolidar la autocracia. La institucionalidad sectorial (por áreas de la actividad social) lleva consigo los criterios y mecanismos propios de un sistema político autocrático y un sistema económico liberal. En definitiva, esta acción del gobierno es una táctica para consolidar la dictadura.

Una etapa de transición pasa por el reconocimiento de las Fuerzas Armadas de que ellas se han arrogado los derechos que pertenecen al pueblo, y por el inicio de su ejercicio por éste. Esta etapa requiere de una autoridad independiente de este régimen, que se encargue de su realización. Las Fuerzas Armadas deben someterse al proceso de transición y garantizarlo. Para que este proceso ocurra se requiere de un gobierno provisorio, formulado por hombres de gran prestigio y condiciones, que no hayan colaborado directa ni indirectamente con la dictadura. Ese gobierno deberá restablecer las libertades fundamentales y reorganizar los registros electorales y convocar al pueblo a la elección de una Asamblea Constituyente. Por su parte los partidos políticos deben adherirse a este proceso y colaborar en su propósito mediante una participación activa. Ellos deberían establecer un pacto con las autoridades provisionales sobre lo que debe hacerse, toda vez que son los únicos que pueden reclamar al inicio del proceso cierta representación popular.

P *EL régimen militar ha declarado que en su futuro sistema serán excluidos los partidos políticos que se definan con los postulados del marxismo leninismo. ¿Usted qué piensa respecto a este problema? ¿Cree usted que estos partidos constituyen un aporte para la democracia?*

R El "Grupo de los 24" no acepta el delito de opinión. Ningún partido por sus ideas puede ser marginado, pues esto compromete la esencia de los derechos humanos. Nosotros hemos establecido sanciones a las conductas antidemocráticas aplicadas jurisdiccionalmente. Sean éstas cometidas por personas, asociaciones o partidos políticos. Las sanciones podrían determinar hasta la disolución de la tienda partidista.

Pienso que los partidos marxistas en Chile pueden aportar al restablecimiento de la democracia. El programa de la Unidad Popular tuvo una inspiración socialista democrática independientemente de su posterior implementación y a él concurrieron las fuerzas marxistas. Hay también que considerar que el marxismo vive procesos interesantes de revisión como el conocido

en Europa occidental. Los partidos marxistas, por lo tanto, son importantes fuerzas políticas y es indispensable que tengan voz y derechos como cualquier otro.

P *EL "Grupo de los 24" ha culminado su estudio sobre un proyecto constitucional. Esta experiencia del Grupo ¿en qué medida puede incidir en la gestación de un consenso político amplio?*

R EL "Grupo de los 24" ha sido una instancia de convergencia de personas provenientes de diversos partidos políticos. Todo lo que hemos hecho ha sido por consenso. Nunca ha habido votaciones y son escasas las alternativas en el seno del grupo, que obedecen a diferentes apreciaciones científicas y no a posiciones de ideologías políticas.

El consenso político es tema que corresponde a los partidos políticos, pero yo creo que se ha producido un acercamiento convergente entre las personas que han participado en las labores del Grupo. Este consenso es un cimienta para que los partidos se aboquen al estudio de un programa político integral. Lo que nosotros hemos hecho es la base para este quehacer de los partidos políticos. Hemos definido un orden público político, económico y social que puede ser el marco de referencia para el acuerdo político.

P *TRADICIONALMENTE las constituciones son obra de políticos y expertos que debaten las reglas del juego del funcionamiento político de un país. Los pueblos difícilmente acceden a este debate. Son observadores que finalmente toman partido en un referendium. ¿El Grupo se ha planteado masificar su proyecto en los diferentes sectores sociales?*

R PIENSO que la vocación democrática del pueblo permitirá que éste no sea un mero espectador de la definición constitucional. Tiene que ser el principal actor y no puede llegar tardíamente a darle una aquiescencia en un referendium. A través de sus representantes en la Asamblea Constituyente debe sostener sus ideas. Esta debe considerar los planteamientos de las organizaciones sociales y proponerle al pueblo las ideas matrices que estructuren la Constitución. También es posible la participación del pueblo a través de un adecuado empleo de los medios de comunicación social. Los partidos políticos deben ser verdaderas escuelas cívicas que estimulen la participación del pueblo y su comprensión de las alternativas que se propongan. Así el pueblo, será un sujeto

consciente de la gran definición política-constitucional.

P *USTED ha señalado que el fin último de un sistema democrático es el pleno goce de los derechos humanos. ¿Cómo entiende usted el problema de los derechos humanos?*

R LOS derechos humanos individuales o políticos son indivisibles de los derechos sociales y económicos y viceversa. Nada se obtiene con tener garantizados unos sin hacer efectivos los otros. La libertad integral y la jus-

ticia exigen el reconocimiento y la garantía de todos.

Hoy hablamos de libertad en todos los planos, no sólo en el individual o político. Postulamos la liberación porque queremos una democracia social. Todos los procesos que genere esta democracia deben converger hacia los derechos humanos. Estos procesos dependerán en gran medida de las estructuras que se creen. De allí que la posibilidad de que los derechos humanos sean una realidad para todo el pueblo, está íntimamente vinculada al orden público, económico y social que contenga la Constitución Política.



REVISTA TRIMESTRAL
DE EDICIONES ERA

23

CUADERNOS
POLITICOS

Pablo González Casanova ▶ Explotación e ideologías socialistas ⊕ Göran Therborn ▶ Capital y democracia ⊕ Atilio Borón ▶ América Latina: entre Hobbes y Friedman ⊕ Juan Felipe Leal ▶ Burocracia y sindicalismo ⊕ Gustavo Gordillo ▶ Pasado y presente del movimiento campesino en México ⊕ Asa Cristina Laurell ▶ La política de salud en los ochenta ⊕ Carlos Toranzo ▶ Obreros y militares en Bolivia

EDICIONES ERA / AVENA 102 / MEXICO 13, D. F. ☎ 5-81-77-44
AGENCIA GUADALAJARA / FEDERALISMO 958 - SUR / GUAD., JALISCO
☎ 12-60-37

el partido socialista: crisis y perspectivas

pío garcía

1. HISTORIA Y PARTIDOS.

EL rasgo más característico de la sociedad chilena es el grado de organización político partidaria con que a través de la historia se expresó la evolución de su estructura social; al punto que la historia de Chile puede considerarse una historia de partidos.

Aunada a la tradicional solidez y estabilidad del orden institucional, la formación de partidos le confirió al desarrollo del país un acendrado sello de adelanto político.

La metáfora de país centauro, mitad hombre mitad bestia, de complexión contradictoria entre una base material pobre y rezagada, de subdesarrollo económico, y una superestructura adelantada, de desarrollo político, no pasa sin embargo de ser una aproximación superficial infortunada. En su enunciado subyace un reduccionismo mecanicista que, impedido de comprender el desarrollo de la historia salvo como reflejo de la economía, termina por sorprenderse frente a lo que aparece entonces como falta de correspondencia entre economía y política.

Los partidos representan en último término siempre intereses de clase, pero no es llanamente que se pueden equiparar a ellos

Las condiciones de desarrollo material engendran tendencias históricas, esto es, clases, fracciones y grupos que se expresan en fuerzas sociales cuya relación contradictoria se resuelve en un orden de dominación determinado que se encarna en la realidad del Estado. La vigencia de un orden de dominación o las posibilidades de

su transformación o remplazo, residen en la capacidad de las distintas fuerzas para establecer su ascendiente social, concertar las fuerzas afines y, en definitiva, identificar sus propios intereses con los intereses de la nación, dotándose de los medios materiales necesarios para imponerse a las fuerzas antagónicas mediante la conquista del poder del Estado.

Es en relación a esta lucha que se constituyen los partidos políticos.

La especificidad de los partidos radica en el plano de las concepciones, la organización y las proposiciones concretas de acción, mediaciones a través de las que los intereses materiales se refractan de distinto modo, aumentando o disminuyendo sus posibilidades de repercusión. La entidad política real de los partidos no se desprende directamente de los intereses de clase a que corresponden, sino de la amplitud, pertinencia y consecuencia con que el contenido de sus definiciones teórico prácticas animan efectivamente la conjunción y alineamiento de fuerzas necesarios para sustentar su realización histórica.

Ahora bien, en razón de su carácter de clase, todo orden de dominación no sólo expresa una relación de fuerzas, sino que actúa sobre ella tendiendo a sostenerla y reproducirla, influyendo sobre el conjunto de la sociedad, incluidas las clases dominadas, en procura de asegurar su subordinación.

En el caso de Chile, al cabo de las luchas por la independencia, se produjo un temprano afianzamiento del Estado nacional. Este hecho tuvo su origen en particulares condiciones históricas, que permitieron la pronta aglutinación de los in-

tereses fundamentales de las clases y grupos dominantes surgidos de la sociedad colonial.

El Estado oligárquico representó la forma política de transición al capitalismo por vía reaccionaria que tuvo lugar a lo largo del siglo XIX. En Chile, el desarrollo capitalista no engendró una revolución democrático burguesa, sino la progresiva transfiguración de las clases dominantes que, aún sin omitir las convulsiones sociales que le son consustanciales (1851, 1891, años 20 de este siglo), permitió la imposición paulatina del capital hasta la expresión de la hegemonía burguesa en la dirección del Estado, que se termina de afianzar en 1938 con el gobierno del Frente Popular.

Es a la imbricación entre las condiciones que permitieron el temprano surgimiento de un Estado en forma y la modalidad específica del desarrollo capitalista en América Latina que se debe en el caso de Chile la estabilidad política de su desenvolvimiento histórico.

La supeditación al capital imperialista basada principalmente en la explotación de enclaves mineros, que se agregó a la subordinación congénita de la economía nacional al mercado capitalista mundial, al mismo tiempo que gestar la tradicional asociación entre oligarquía e imperialismo —que subyugaría a la propia burguesía inhibiendo su desarrollo como burguesía nacional—, no hizo sino reforzar la primacía del aparato estatal, constituyéndolo en la instancia decisiva de articulación entre los intereses dominantes internos y foráneos.

Durante el transcurso de todo este proceso histórico, el Estado no cesó de asimilar políticamente el surgimiento de las fuerzas sociales emergentes, hasta culminar en la avanzada forma de dominación democrático parlamentaria en que se tradujo el afianzamiento de la hegemonía burguesa.

Es en el marco de este desarrollo estatal que se engendraron y desarrollaron los partidos políticos, desde los viejos partidos oligárquicos, creados como contraparte de la oligarquía al ejercicio autoritario del poder ejecutivo, hasta los partidos a través de los que se expresó el auge de la burguesía y los propios partidos populares.

La preminencia política del desarrollo nacional responde pues a las condiciones particulares del desarrollo capitalista en el país. Más entraña a su vez profundas implicaciones históricas.

La vida nacional se identifica prácticamente

desde sus orígenes con el orden de dominación establecido. Su historia es la historia de este orden, que cala profundamente en la conciencia nacional. Las clases dominantes reafirman su hegemonía triunfando en las sucesivas empresas que plantean a la nación en el terreno de la guerra, la organización del derecho y la cultura, la preservación del orden institucional que se sobrepone a las transformaciones sociales. El forjamiento de la clase obrera, jalonado de luchas heroicas y de represión, no llega a vulnerar el consenso en que se funda la dominación. La irrupción del movimiento popular sirve primero de base a la imposición de la burguesía en el bloque dominante y luego a la ampliación y perfeccionamiento democrático del régimen político que desde la Constitución de 1925 regula los conflictos sociales.

Es durante este último período que, junto a la continua redefinición de la representación política partidaria de la burguesía, se conforman los partidos del movimiento popular. Surgen y se desarrollan, de hecho, en relación a la forma democrático representativa cada vez más avanzada que asume el régimen de dominación. El movimiento popular se desarrolló así sobre la base de la satisfacción de reivindicaciones que le permitía la inserción de sus partidos en el régimen democrático, al mismo tiempo que en la concepción de que la forma democrática del Estado se contraponía fundamentalmente a la realización de sus propósitos estratégicos. En ausencia de una reinterpretación de la historia que le permitiera asimilar el contenido progresista de la democracia a los intereses de las clases explotadas, el movimiento popular no consiguió reducir decisivamente la subordinación de sectores populares que el ejercicio de la democracia permitía a la burguesía, constituyéndose por el contrario, en términos generales, en la representación política de sus sectores de mayor fortaleza y organización sindical.

Las consecuencias de este desarrollo marcaron la suerte del movimiento popular cuando la exacerbación de las contradicciones interburguesas provocadas por su propio auge, en medio de la crisis a que había llegado el patrón de capitalismo imperante, le permitieron su triunfo electoral y asumir el Gobierno. La conducción de la Unidad Popular y sus partidos resultó entonces incapaz de superar el obstáculo que representaba principalmente la Democracia Cristiana y la dirección predominante en ella para, por una parte, consolidar una sustentación social mayoritaria y, por otra, dotarse del respaldo militar necesario al desenlace favorable del proceso revolucionario.

a) Principales rasgos constitutivos.

La fundación del Partido Socialista el 19 de abril de 1933 mediante la unificación de diversas agrupaciones políticas de reciente surgimiento, representó la cristalización orgánica de las tendencias y personeros que, ante las vicisitudes sociales provocadas por la azarosa imposición de la hegemonía burguesa, intentaron una solución revolucionaria de la crisis oligárquica implantando la llamada República Socialista de efímera vida.

El Partido nace así en los albores de la moderna historia política de Chile, ligado a las convulsiones de su gestación con un decidido sello revolucionario.

Once años antes, el Partido Obrero Socialista —creado por L. E. Recabarren en 1912 como escisión del viejo Partido Democrático— se había constituido en el Partido Comunista de Chile, proclamando su carácter de sección chilena de la Internacional Comunista que mantuvo hasta que ésta se disolvió.

La formación del Partido Socialista encarnó de hecho una reacción frente a los virajes impuestos por la Komintern al P. C. chileno y, en particular, a su aislamiento del movimiento popular provocado por la extrema intransigencia con que asumió la táctica de “clase contra clase” resuelta en 1928 por el VI Congreso de la Internacional a inspiración de Stalin, definición que en 1932 lo llevó a oponer al gobierno de la República Socialista la opción de “consejos revolucionarios de obreros, campesinos, soldados y marineros”.

El Partido Socialista, por el contrario, proclamó desde sus orígenes su autonomía frente a todo centro de dirección revolucionaria internacional, frente a todo “Vaticano ideológico”. Al mismo tiempo, no obstante, sostuvo también desde su primera Declaración de Principios la exigencia de solidaridad y coordinación planteada a los trabajadores del mundo por la concepción del socialismo como realización universal, proponiéndose impulsar su materialización, propugnando la unidad económica y política de los pueblos de América Latina hasta llegar a la creación antimperialista de una Federación de Repúblicas Socialistas.

En contraste con la política del P. C. en aquella época, y su consecuencia aislacionista de la clase obrera, el Partido Socialista, arrancando de reconocer la división de la sociedad en

clases y el desarrollo de la historia como resultado de sus luchas, se constituyó definiéndose con amplitud como partido de la clase “que trabaja, que produce y que no tiene otro medio de vida que su salario”, en oposición a la clase “que se ha apropiado de los medios de producción y los explota en su beneficio”.

Más aún, reconoce desde su creación la naturaleza de clase del Estado, la imposibilidad de la transformación evolutiva del Estado capitalista por medio de la democracia burguesa, la necesidad para el establecimiento del socialismo de una dictadura de los trabajadores.

Como fundamento de tales postulados, el Partido nace sosteniendo su adhesión al marxismo conceptuado entonces, frente al predominio de su comprensión dogmática por el stalinismo, “como método de interpretación de la realidad (. . .) enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos del constante devenir social”.

Con el surgimiento del Partido Socialista se dió pues en Chile el caso singular de la formación de un partido que, fundado en las concepciones generales del marxismo, se contrapuso tanto al oportunismo de la II Internacional como a la orientación impuesta al movimiento comunista, definiéndose como partido revolucionario que a su vez tampoco respondía a la tendencia trotskista de reacción frente al stalinismo.

Moldeado genuinamente por la realidad nacional, expresando ciertamente el desarrollo vigoroso de un movimiento obrero forjado durante el medio siglo anterior, el Partido Socialista se templó durante sus primeros años de existencia en la lucha sin concesiones frente al auge del nazifascismo, que alcanzó en el país considerable fuerza.

El carácter revolucionario, la dirección autónoma y latinoamericanista con que asumió el internacionalismo, su profunda identidad nacional, le valieron desde entonces un sólido arraigo obrero y popular. Aún en sus momentos más aciagos, no dejó nunca de representar a extensos sectores sociales. Sosteniendo permanentemente sus diferencias con el P. C., en su trayectoria se impuso la convicción de la unidad indispensable de las organizaciones de clase de los trabajadores. Ya sea separado políticamente o en alianza con el P. C., el Partido Socialista constituyó de hecho, en conjunto con éste, el histórico real del creciente fortalecimiento del movimiento popular en Chile.

Es este enraizamiento en el movimiento popular, adquirido por el Partido al contribuir de-

cisivamente a su desarrollo mediante la constante reafirmación de sus rasgos definitorios principales, el que constituye su patrimonio histórico fundamental.

Ahora bien, tanto como en razón de sus atributos constitutivos primordiales, el Partido Socialista forjó su real entidad a través de la elaboración de sus formulaciones políticas y las condiciones concretas de su accionar.

b) El decurso de planteamientos.

Apoco de fundado el Partido, la lucha contra el fascismo y la línea asumida por la Internacional Comunista frente a su implantación en Europa, redefinieron la actitud del P. C. produciendo la gestación del Frente Popular. Formado bajo la preminencia del Partido Radical, partido democrático de la burguesía y sectores intermedios, en 1938 Chile se convirtió en uno de los tres casos en que el Frente Popular alcanzó el Gobierno llevando a la Presidencia de la República a Pedro Aguirre Cerda. El Partido Socialista, no sin resistencias debidas en parte a la posibilidad de candidatura propia ofrecida por la popularidad de su dirigente Marmaduke Grove, adhirió al Frente y participó luego de la gestión de los gobiernos que se sucedieron durante ocho años.

Esta experiencia de gobierno marcó profundamente la trayectoria ulterior del Partido. Desde luego, provocó conflictos internos y escisiones que lo debilitaron por largo tiempo. Llevado a las alturas de la administración, el bisoño organismo partidario sufrió los trastornos de la claudicación y el burocratismo, los que a su vez generaron la creciente reacción que impulsó a su separación del Frente Popular y terminó por imponer el alejamiento del Gobierno.

Más fundamentalmente, es en relación a este período que el Partido consume su comprensión sobre la burguesía chilena. El gobierno del Frente Popular abrió en efecto las puertas al progreso social en Chile, impulsando el proceso de industrialización, extendiendo el gasto público social, readecuando el aparato de Estado. No obstante, su significado sustancial fue de afirmación del capitalismo y la primacía burguesa en el bloque dominante. Los impulsos progresistas de la burguesía resultaron de corto aliento frente al imperialismo y desfallecieron en la misma medida que, cerrando paso a las transformaciones agrarias y la impugnación de los grupos financieros, se aseguraba su imbricación con la oligarquía; proceso ilustrado por la evolución de los gobiernos radicales que culmina, ya desatada la guerra fría, con la mutación de González Videla.

Fue ante el progresivo acentuamiento de este significado de clase de los gobiernos iniciados por Aguirre Cerda que el Partido reconsideró su posición. En 1940 se desahució el Frente Popular. A fines de 1943, Salvador Allende, entonces secretario general del Partido, le escribía al P. C. : "No somos partidarios de exagerar ni contribuir a trizar la solidaridad de todos los hombres y sectores que están en lucha contra el fascismo; pero tampoco podemos renunciar a conquistar para los trabajadores manuales e intelectuales los derechos y las reivindicaciones a que legítimamente son acreedores". En 1946, el Partido se negó a respaldar la candidatura radical de González Videla apoyada por el P. C., dándose término definitivo a toda colaboración gubernamental.

El Partido se hallaba para entonces notablemente disminuído. Su sentido originario, constitutivo de un amplio partido de trabajadores, nacional, empeñado en gestar una opción revolucionaria para la resolución de la crisis oligárquica, había sido trastocado por el curso de los acontecimientos mundiales. La política asumida por el Partido había conducido al afianzamiento de la hegemonía burguesa y su recomposición del orden de dominación. De esta manera, lejos de servir a su propio fortalecimiento y la creación de un bloque popular revolucionario, se había reforzado la subordinación a la burguesía de extensos sectores intermedios y refrenado los impulsos revolucionarios de masas. El Partido afrontaba no sólo sus propios quebrantos y debilitamiento, sino también la ruptura del movimiento sindical unitario que había contribuído a forjar y las sustanciales consecuencias que sobre la incidencia de la izquierda chilena entre los campesinos tendría su postergación del problema agrario durante este período.

El proceso de recuperación, iniciado por el Partido en su Congreso de 1946, tuvo su principal referente de orientación teórica en la fundamentación del proyecto de programa elaborado el año siguiente.

En este documento, acerbamente crítico de la realidad del socialismo en la U. R. S. S. y de la conducción de los partidos comunistas, por sobre una comprensión filosófica del marxismo cargada de resonancias humanistas, destaca la lúcida caracterización de la formación social en Chile y América Latina. "Nuestra estructura económico social —se afirma— presenta las contradicciones de fondo propias de los países semicoloniales y dependientes que dificultan la acción revolucionaria de los partidos populares: junto a formas de vida y de trabajo de tipo feudal, como las que existen en la agricultura bajo el régi-

men del latifundio, tenemos una fragmentaria producción industrial dependiente en sus principales rubros del control técnico y financiero del capitalismo internacional (. . .) las clases dirigentes tomadas en su conjunto, se encuentran psicológica y socialmente retrasadas en el campo de las rápidas transformaciones de la economía moderna. No están en condiciones de llevar a cabo la política constructiva de gran alcance que ha de colocar a nuestros países a la altura de las circunstancias históricas. . . ”

La conclusión que su experiencia había enseñado al Partido sobre la burguesía del país, emerge entonces con toda nitidez: “Nuestra burguesía no ha conseguido desarrollar, ni en lo económico ni en lo político, la totalidad de sus posibilidades como clase dominante (. . .) corresponde en el momento actual a los partidos socialistas y afines de la América Latina llevar a término en nuestros países semicoloniales las realizaciones económicas y los cambios jurídicos que en otras partes ha impulsado y dirigido la burguesía (. . .) Por ineludible imperativo de las circunstancias históricas, las grandes transformaciones económicas de la revolución democrático burguesa —reforma agraria, industrialización, liberación nacional— se realizarán, en nuestros países latinoamericanos, a través de la revolución socialista”.

De esta manera, el esclarecimiento sobre la incapacidad de la burguesía para realizarse como burguesía nacional, planteamiento cardinal de las formulaciones políticas sostenidas por el Partido, conduce a su vez a la afirmación del carácter socialista que corresponde asumir al desarrollo de la revolución en Chile. Este segundo planteamiento se contrapone desde entonces al sustentado en el programa del P. C., que mantiene hasta ahora la definición de la revolución en Chile como de “esencia y objetivos antimperialistas y antioligárquicos, con la perspectiva del socialismo”. En la práctica, tal diferencia constituyó la discrepancia fundamental entre ambos partidos, aún restablecida su alianza política, provocando las discusiones que en 1969 amenazaron con impedir la constitución de la Unidad Popular, las que se resolvieron formalmente con la aceptación del planteamiento socialista que definió el contenido revolucionario del que sería su programa de gobierno.

Por otra parte, en el transcurso de su desarrollo, el Partido fue decantando su comprensión sobre el papel dirigente de la clase obrera en la revolución socialista. Reiterando su condición de partido de la clase trabajadora, concebida por sus fundadores como integrada por trabajadores manuales e intelectuales, obreros, campesinos y

aún por pequeña burguesía, que en conjunto constituían el Partido, ya en la fundamentación del proyecto de programa en 1947, en lo que se puede interpretar como consecuencia del desarrollo capitalista experimentado por el país, se sostenía asimismo: “La clase trabajadora es, en todos los países, la mayoría nacional (. . .) comprende desde los profesionales libres hasta los campesinos a jornal. Todos experimentan, en mayor o menor grado, los efectos de la inseguridad económica propia del régimen capitalista y deprimente para la persona humana. No hace el socialismo distinción esencial alguna entre las diversas formas de trabajo. Todas son igualmente dignas y necesarias en el dinámico complejo de relaciones que constituye la realidad social. Ello no obstante, es la clase obrera la que experimenta en sí, con mayor intensidad, su condición explotada en la sociedad capitalista. Es ella en consecuencia, también, la que objetivamente representa el núcleo central del movimiento revolucionario de los trabajadores”.

Es el conjunto de estos tres planteamientos —supeditación de la burguesía a la oligarquía y el imperialismo, afirmación del carácter socialista de la revolución, reconocimiento del papel dirigente de la clase obrera— el que habría de desembocar más tarde en la formulación de la línea política de Frente de Trabajadores.

El desarrollo de estos planteamientos partidarios representó una contribución decisiva para el fortalecimiento y la preservación de la autonomía del movimiento popular, permitiendo reconstituir la unidad de las organizaciones sindicales y políticas de los trabajadores, resistir las tendencias conciliatorias surgidas ante el gobierno reformista de la Democracia Cristiana, imprimir su sentido revolucionario a la Unidad Popular. Constituyen, en conjunto, el acervo ideológico que fraguó la identidad y el significado histórico del Partido. Los términos estructurales del desarrollo social en Chile, que han culminado en el nuevo patrón de acumulación impuesto por la dictadura militar, no han hecho sino confirmar su pertinencia. Representan pues, más que un legado, el fundamento teórico propio de la vigencia del Partido.

Con todo, si se trata de asumir efectivamente las condiciones de la realidad actual y las exigencias que plantea la prosecución de la lucha revolucionaria, se requiere a la vez superar las limitaciones que en el pasado afectaron la capacidad de realización partidaria y el propio triunfo del proceso revolucionario.

A este respecto, cuando se rememora la historia del Partido, se suele presentar, en lo que

concierna a la apreciación de sus planteamientos, una tendencia autocomplaciente que linda con su apología. El defecto de la historia parece haber consistido así en no ceñirse a los predicamentos del Partido, desde su Declaración de Principios hasta las cartas escritas a nombre de su comité central al Presidente Allende, antes que un defecto del Partido el no haber alcanzado la capacidad de conducción requerida por la historia.

No obstante, los planteamientos partidarios distaron de adquirir su debida profundidad y consistencia. Es con propiedad que se les califica como las acertadas *intuiciones* del Partido. De hecho, al menos desde el Congreso de 1967, que acordó reemplazar el elaborado veinte años antes, terminaron por no expresarse en la existencia de un programa partidario, instrumento sin embargo indispensablemente necesario para plasmar ideológicamente la unidad política de un partido, en especial de tan abigarrada composición de clase como el nuestro. Con toda su lucidez, los planteamientos partidarios fueron directamente derivados de la experiencia política, sin enriquecerse orgánicamente por la investigación efectiva de la realidad nacional ni generar una interpretación propia de su historia. Sin perjuicio de notables excepciones, como sostiene uno de sus historiadores más acuciosos, desde su fundación predominó "tanto en los planos directivos como en la base (. . .) un gran apego a la acción política inmediata, practicista y, a menudo, con un fuerte descuido por los estudios teóricos, las discusiones de principios y el examen amplio y honesto de la realidad histórica y de los problemas nacionales". Todavía hacia el período del Gobierno Popular, no hubo en Chile un análisis de la estructura de clases, la realidad del Estado y aun ni una historia completa del movimiento obrero. En la asimilación misma del marxismo, se sobrepusieron insuficiencias de carácter reformista, tendencias de interpretación humanista, visiones catastrofistas del desarrollo capitalista, expresiones de mecanicismo economicista. Es con razón que el secretario general del Partido ha señalado como causa fundamental de la derrota del movimiento popular la debilidad de su desarrollo teórico.

c) Hegemonía y Frente de Trabajadores

LA consecuencia más general en que redundó la precariedad de las concepciones partidarias fue la disminución de sus posibilidades de proyección social en que se tradujo el sentido restrictivo que, de hecho, se impuso progresivamente a la línea de Frente de Trabajadores.

Su definición, en efecto, dista de haber sido invariable.

Desde luego, remontar la línea de Frente de Trabajadores a la constitución original del Partido es una extensión abusiva. Surgido como organización que comprende sectores pequeño burgueses, el Partido evolucionó justamente hacia su reconocimiento del papel dirigente de la clase obrera como fundamento de su condición revolucionaria de partido de los trabajadores. La línea de Frente de Trabajadores en su sentido real, de proyección exterior al Partido y repudio a la conciliación con sectores de las clases dominantes, emerge de la crítica a la participación del Partido en el gobierno del Frente Popular desatada por la corriente inconformista que, escindida del Partido, dió por primera vez lugar a su enunciado explícito en el segundo Congreso de su propia organización, en 1941.

Tras el Frente Popular y su ruptura con la Alianza Democrática mantenida por el P. C. con el Partido Radical, el Partido se pronunció en su V Congreso, en 1945, por la constitución de un Frente del Pueblo: "Hay que saltar-sostuvo-por encima de las doctrinas y de los programas consagrados, por encima de Izquierdas y Derechas políticas para crear un movimiento popular revolucionario de carácter nacional y continental. . ." Concebido así como un "tercer frente", este movimiento fue definido como "un amplio Frente del Pueblo, orientado por el Partido Socialista y un reagrupamiento de las masas de acuerdo con sus necesidades económicas y sociales, proyectado hacia todos los sectores populares: obreros, campesinos, pequeños propietarios, profesionales y sectores independientes".

Con la misma amplitud, la concepción del Frente de Trabajadores se halla en cierne ya en los fundamentos del proyecto de programa de 1947. Se afirma en este documento: "La unidad de la clase trabajadora es condición necesaria de la revolución socialista, tanto en el orden económico como en el orden político. El socialismo propicia, por lo tanto, la organización unitaria, nacional e internacional de los trabajadores para la lucha por sus reivindicaciones específicas de clase. Esta unidad es la base indispensable para la acción revolucionaria que deberá llevar, en un momento determinado, a los sindicatos y demás organismos obreros a la lucha directa contra la sociedad capitalista en su conjunto". Con igual sentido, agrega más adelante que "la política constructiva de gran alcance", que es ajena a las clases dominantes, "sólo podrá realizarla la voluntad organizada del pueblo mismo, a través de los partidos nacionales que efectivamente lo representan con sentido revolucionario y conciencia responsable. . ."

De manera todavía incipiente en los deba-

tes del Congreso partidario de 1955, presente prácticamente en la formación del FRAP que al año siguiente restableció la alianza con el P. C., la formulación de "un solo y vasto Frente de Trabajadores, manuales e intelectuales, bajo el comando y la hegemonía de la clase obrera e inspirado en la ideología socialista", se planteó por primera vez en las resoluciones del Congreso que en 1957 reunificó los sectores en que se había dividido el Partido.

La línea de Frente de Trabajadores surge en contrapartida a la de Frente de Liberación Nacional sustentada por el P. C., que su entonces secretario general definía así: "Se basa en la unidad, en la lucha sindical, en el entendimiento socialista-comunista, en la alianza obrera y campesina, en la unión de los partidos y burguesía o parte de la burguesía cuyos intereses chocan también con los del imperialismo y los de la oligarquía latifundista y los grandes capitalistas de tipo monopólico. Es una línea aplicable en todo un período histórico y no puede juzgarse por el hecho de que en ciertos momentos la burguesía mantenga posiciones reaccionarias que imposibilitan su aplicación en cuanto a esta clase. Estas posiciones no son definitivas. Buena parte de la burguesía tendrá que ir cambiando a medida que se agudice la contradicción fundamental con el imperialismo y la oligarquía. . ."

Esto es, socialistas y comunistas concurren al FRAP evaluándolo de distinto modo: para el Partido Socialista es la consumación del Frente de Trabajadores; para el P. C., una base a la que tendría que agregarse la evolución de buena parte de la burguesía. . . Se trata, en el fondo, de distintas concepciones de la revolución: el Partido la concibe como un proceso ininterrumpido de carácter socialista; el P. C., ceñida a la definición stalinista de la revolución por etapas, democrático burguesa primero, de perspectiva socialista luego.

Tras la adversa experiencia frente populista y el fracasado intento de su corriente mayoritaria por encauzar el populismo ibañista, llevado sin duda por la promisoría existencia del FRAP a la vez que por la constante confrontación práctica con el sentido de la línea comunista; a partir de su Congreso de Unidad, el Partido de hecho disuelve progresivamente la amplitud concerniente no a su composición, sino a las proyecciones con que concibió al inicio el Frente de Trabajadores.

Ya en el Congreso de Chillán en 1967, se le define, en efecto, como "la unidad de acción del proletariado, campesinado y clases medias pobres, bajo la dirección del primero", a las que

se añade la incorporación de "sectores estudiantiles y de intelectuales revolucionarios". Pese a que se registra que "paralelamente a la izquierdización de sectores cada vez más amplios de la población, en el seno de los partidos burgueses, radical y demócratacristiano, surgen directivas izquierdistas que reflejan la inquietud en sus sectores de clase media", no se plantea formulación alguna encaminada a atraer el respaldo de los sectores intermedios y de pequeña burguesía en contradicción con el desarrollo monopólico pro imperialista del capitalismo dependiente.

Así entendido, el Frente de Trabajadores no representaría, tal como sorprendentemente se sostiene aún en ciertas formulaciones, sino la redición de "una estrategia basada en el principio de 'clase contra clase'", en contraposición a la cual, sin embargo, surgió históricamente el Partido.

En los hechos, tal contenido restrictivo tendría una base de rectificación hacia el período que precedió a la formación de la Unidad Popular, cuando el Pleno Nacional de junio de 1969 se pronunció por impulsar un Frente Revolucionario constituido por "todos los partidos, organizaciones y personas abiertamente comprometidos en la lucha antiimperialista y que estén por la sustitución del régimen capitalista por una sociedad socialista".

En términos generales, no obstante, a lo largo de los años 60, guiado por el propósito justo de evitar la supeditación a las clases dominantes, el Partido se caracterizó por desestimar las posibilidades de socavar la extensiva sustentación en sectores intermedios y populares de los partidos representativos de la burguesía, que no fuera mediante la frontal contraposición con sus organizaciones y el impulso directo a la agitación popular.

Por otra parte, fue asimismo durante esta fase, en los Principios Básicos de Organización y los Estatutos elaborados en 1966 en la Conferencia Nacional de Organización consiguiente al Congreso de Linares, que el Partido declaró sustentarse en "la ideología marxista-leninista" y regirse junto a su doctrina y objetivos políticos por "sus principios marxista-leninistas." Su condición de "organización marxista-leninista" se proclamó por primera vez en un Congreso partidario en 1967.

En realidad, en el Partido existió desde su fundación una concepción revolucionaria del marxismo consistente con el pensamiento de Lenin. Sus planteamientos posteriores sobre el carácter de la burguesía y la revolución en el país se corresponden también con las ideas de

Lenin, cuyo conocimiento por la época ciertamente no ha debido ser ajeno a las definiciones partidarias. Su comprensión creativa del marxismo, sobre todo, responde plenamente a las afirmaciones de Lenin, quien precisamente escribió: "Nosotros no consideramos, en absoluto, la teoría de Marx como algo acabado e intangible; estamos convencidos, por el contrario, de que esta teoría no ha hecho sino colocar las piedras angulares en la ciencia que los socialistas *deben* impulsar en todos los sentidos, siempre que no quieran quedar rezagados en la vida. Creemos que para los socialistas rusos es particularmente necesario impulsar *independientemente* la teoría de Marx, porque esta teoría da solamente los principios *directivos* generales que se aplican *en particular* a Inglaterra, de un modo distinto que a Francia; a Francia de un modo distinto que a Alemania; a Alemania de un modo distinto que a Rusia. . ." (Subrayados en el original).

En rigor, el propósito principal que anima la declaración "marxista-leninista" del Partido es su adecuación orgánica; en especial, la aceptación del principio del centralismo democrático, que debería fundarse en "una alta conciencia política de los militantes que les permita desprenderse de sus tendencias anárquicas, personalistas o caudillistas que distorsionan y debilitan la acción partidaria", a la vez que aplicarse en modo que impida "la deformación de sus conceptos, convirtiéndose en el dominio de un aparato dirigente sobre la masa militante". Y se agrega: "Sólo una amplia y profunda democracia interna, que permita oportunamente la discusión sobre los problemas que atañen al Partido y una actividad permanente común podrán impedir la deformación de este principio y el desarrollo de una burocracia dirigente y despótica".

Mas se trata sin duda también de reafirmar el carácter revolucionario del Partido en consonancia con la nueva realidad mundial representada por la existencia del campo socialista y, principalmente, el curso de las definiciones de la revolución cubana. Es este propósito de fondo el que se traduce en la introducción de una fórmula ajena por entero a los propios señalamientos de Marx y Lenin, que ha terminado por no tener otro sentido básico que el de una comprensión anquilosada de su pensamiento, de carácter dogmático y escolástico, contrapuesto por lo tanto a la trayectoria misma del Partido.

Ahora bien, consignándose a la representación de los sectores de más resuelta determinación revolucionaria, al prescindir de sus posibilidades de ampliar su ascendiente social asu-

miendo una actitud de intransigencia política, el Partido no hacía sino facilitar la persistencia de la hegemonía burguesa.

La burguesía, en efecto constituye a la democracia parlamentaria en su forma óptima de dominación en la misma medida que ésta se presta para confinar a las clases explotadas a la representación corporativa estrecha de sus intereses, inhibiendo su capacidad de proyectarlos a la dirección de la nación. La disposición revolucionaria, por denodada que sea, resulta entonces inevitablemente infructuosa.

De aquí la ambivalencia en que se debatió el Partido frente a la democracia existente en Chile, al mismo tiempo uncido a ella que menospreciando las posibilidades que el régimen vigente ofrecía al desarrollo de la lucha revolucionaria.

De aquí también el mérito sustancial de la actividad política desplegada por Salvador Allende, no por acaso frecuentemente distanciada del Partido, permanentemente empeñada en extender los alcances del movimiento popular y en emplear las condiciones institucionales existentes para proponerse la conquista del poder.

La experiencia del Gobierno Popular mostraría, sin embargo, que en ausencia de una política correcta y una efectiva capacidad partidaria para promover un respaldo mayoritario real y generar una correlación militar favorable, el apoyo en la institucionalidad se desvirtúa inexorablemente, desbaratando su sentido revolucionario, sin bastar por sí mismo para impedir la imposición de la violencia reaccionaria.

d) Democracia parlamentaria y consecuencia orgánica

EL funcionamiento de la democracia parlamentaria, perfeccionado por la reforma del régimen electoral aprobada a fines del segundo gobierno de Ibañez, perturbó en efecto hondamente el desarrollo del Partido.

Los esfuerzos por asimilar correctamente su significación, sin desmedro de los objetivos revolucionarios, fueron de hecho debilitados por la persistencia en el Partido de tendencias de parlamentarismo vulgar. En ocasión de la campaña presidencial de 1964, a más de aceptarse el apoyo doloso de desprestigiadas figuras de la derecha, se llegó hasta a admitir, incluso cuando el gobierno reaccionario de la época decretó el rompimiento de relaciones, que se mezquinara el respaldo a la revolución cubana,

con la que el Partido ha sostenido siempre, sin embargo, mantener invariable solidaridad.

Fue en buena medida en contraposición a la deformación parlamentarista que envolvió al Partido que se produjo el surgimiento del MIR y otros grupos como el E.L.N. que, inspirado por una interpretación foquista de la revolución cubana, alcanzó considerable importancia en la organización partidaria.

La ambivalencia inconducente en que incurrió el Partido llegó a manifestarse en la contradicción flagrante entre declaraciones como la del Congreso de Chillán, tajantemente opuesta a concurrir en conjunto con el Partido Radical a una siguiente elección extraordinaria de senador, y el apoyo que en la práctica se prestó luego a su candidato.

Como resultado de la incoherencia entre las declaraciones y el comportamiento directivo, en la actividad del Partido se gestó una virtual desociación. Junto al ejercicio parlamentarista de la dirección, las fuerzas partidarias que animaron decididamente las luchas obreras, campesinas, estudiantiles y de pobladores —hasta los preparativos militares de militantes que cuando fueron sorprendidos la dirección del Partido se apresuró a desconocer—, contribuyeron determinantemente al auge revolucionario que en especial durante el gobierno D. C. alcanzó el movimiento popular. Aún así, el limitado alcance de la orientación política del Partido se reflejó a la vez en su menguado crecimiento electoral durante el período, inferior a los del P.C. y la abstención. . .

Pero todavía más, el marco de democracia parlamentaria en que se desarrolló tradicionalmente el Partido trascendió también a la marcha de su propia organización.

Se ha hecho un hábito generalizado señalar como el principal defecto del Partido su incapacidad orgánica para materializar sus resoluciones.

Pues bien, en rigor, esta realidad responde no sólo al reiterado divorcio entre planteamientos y conducción práctica. Partido de composición social amplia, expresiva de la compleja estructura de clases y capas explotadas, carente de una sólida formación teórica y de concreción programática de sus definiciones, el Partido se debatió permanentemente en la querrela de fracciones y tendencias caudillescas. El esfuerzo de las direcciones se desgastó normalmente en la composición y recomposición del equilibrio entre sus distintas corrientes; de hecho, el equilibrio en el filo de la correlación de fuerzas

internas llegó a concebirse como el propósito mismo de la dirección.

En estas condiciones, sin menoscabo alguno de la honestidad de convicciones y personal de quienes impulsaron su desarrollo, el sostenimiento y aprobación de posiciones políticas en el Partido tendió a responder a la espontánea disposición revolucionaria de su militancia y procurar su representación, antes que a asegurar su realización efectiva. Es tal trasfondo, ejemplarmente ilustrado por la discordancia entre las resoluciones y la composición de la directiva generadas en el Congreso de Chillán, el que obstaculizó tradicionalmente la capacidad de acción orgánica del Partido, y no la presunta ineptitud para solventar su disciplina que se suele atribuir a sus bases.

3. CRISIS Y DIVISION PARTIDARIA

CONSTITUIDO el Gobierno Popular, en su Congreso de 1971 el Partido reemplazó su anterior dirección desplazando a los sectores identificados con el hasta entonces secretario general Aniceto Rodríguez, los que se retiraron del Congreso, para generar un comité central definido básicamente por el propósito de impulsar el desarrollo revolucionario de la situación gestada en el país y compuesto en buena medida por cuadros dirigentes de las nuevas corrientes surgidas durante los últimos años en la organización.

Los contornos de la dirección partidaria se delinearon desde entonces en relación a los problemas impuestos por la conducción del proceso revolucionario en las condiciones de Gobierno y las exigencias de superación orgánica que planteaban.

Hacia mediados de 1972 gravitaba ya fuertemente en la dirección del Partido la tendencia en que habían terminado por confluír sectores de orígenes foquistas y elementos, en buena parte provenientes de la juventud junto a funcionarios de responsabilidad en el Gobierno, ligados por una comprensión de los acontecimientos y la propia teoría revolucionaria proclive a la sustentada por el P.C.

Producido el golpe de Estado, en medio de la cruenta represión desatada y el virtual desmantelamiento de la organización partidaria, esta tendencia se hizo predominante en la dirección que el Partido mantuvo en el interior.

Sus planteamientos se expresaron entonces en el llamado Documento de marzo. Se des-

taca en éste como causa de la derrota, con justeza, "la ausencia de una real fuerza dirigente capaz de hacer uso, con posibilidades de éxito, de la potencialidad revolucionaria latente en la fuerza de las masas y en los instrumentos de poder institucional al alcance del Gobierno"; señalándose en consecuencia su construcción en las nuevas condiciones como la tarea esencial de la reorganización partidaria.

Mas este enunciado, en general correcto, se asocia en el documento, presentado como "elemento central de una lucha ideológica que busca consolidar el punto de vista proletario en el seno del Partido", al de gestar "una dirección única proletaria", basada en "pasar a nuevos niveles de unidad en las relaciones socialista-comunista"; a la vez que se responsabiliza al Partido como "principal portador (...) de la dispersión política que impidió consolidar la hegemonía de la clase obrera en la conducción del proceso".

Más sustancialmente, se desvirtúa la concepción partidaria sobre el carácter de la revolución, reproduciéndose en cambio la del P.C.: "antiimperialista, democrática, popular, con perspectiva socialista".

En las condiciones existentes en Chile, extremadamente adversas para el desarrollo de un debate orgánico de tales planteamientos, el documento referido resintió todavía más las posibilidades de por sí arduas de reestructurar el Partido, contribuyendo a provocar la gestación de la Coordinadora Nacional de Regionales como mecanismo de dirección alternativo.

La persistencia o redición de grupos desprendidos del Partido, las diferencias entre la dirección interior y el secretariado exterior, y en el propio seno de éste, no hicieron desde entonces sino agravar la crisis partidaria.

Los esfuerzos desplegados principalmente por el secretario general del Partido para promover su unificación y constituir una dirección única integrada por los distintos sectores, resultaron en buena medida infructuosos. Por una parte, la C.N.R. se negó a su aceptación, proclamando por el contrario su pretensión de erigirse por sí misma en la representación del Partido; las tendencias extremistas tradicionales que, se habían impuesto para entonces en su dirección, reduciendo su significación en Chile, terminaron desconociendo a los personeros que la representaban en el exterior. Por otra, se mantuvo en Chile la autonomía de grupos desprendidos del Partido de significación más bien reducida, mientras el sector identificado con Aniceto Rodríguez, que sostiene vinculaciones propias con la socialdemocracia internacional,

persistía en su prescindencia de hecho frente a la dirección.

En estas circunstancias, a comienzos de 1978 se realizó el Pleno de Argel, que reconstituyó el comité central, la dirección interior y el secretariado exterior del Partido. La impresión alentadora que se ofreció a la militancia en cuanto a la definición de una política partidaria para el período y la superación de los principales conflictos orgánicos no tardó en disolverse. La reiteración de las controversias en el secretariado exterior no hizo sino expresar la agudización de la crisis de dirección existente en el Partido. El contenido y la evolución del conflicto se mantuvieron sin embargo ajenos al conocimiento de la militancia, y en el interior, con el agravante de intencionados sesgos en la información.

La división provocada en abril de 1979 vino pues prácticamente a sorprender a la militancia. De hecho, representó la consumación de las erróneas prácticas de dirección impuestas al Partido. La confrontación equívoca entre personeros y grupos dirigentes, con entera desconsideración de la base, sin esclarecimiento de las opciones planteadas, sustituyó todo debate extensivo de los problemas partidarios que pudiera conducir a su superación. Sin que el Partido en cuanto tal hubiera sido capaz de responder por sus responsabilidades en la derrota histórica a que se condujo a los trabajadores chilenos, su división se precipitó en los precisos momentos que el movimiento popular cobraba nuevo impulso en el país.

La responsabilidad principal por la división reside en el sector de la dirección que, contrariando los acuerdos del último Pleno interior en orden a trasladar la secretaría general a Chile, pretendió destituir —y luego expulsar— al secretario general en funciones para reemplazarlo por la designación, siempre en el exterior, de Clodomiro Almeyda. Más la propia posibilidad de que se haya planteado tal intento de solución burocrática del conflicto, de marcado sello personalista, tuvo su origen fundamental en la permanente marginación en que se mantuvo a las bases del Partido de la discusión de los problemas existentes, prácticamente durante todo el período posterior al golpe militar. De estos términos de conducción son responsables en conjunto todos los integrantes de la dirección del Partido que, por sobre el carácter democrático de la organización, redujeron las diferencias partidarias a la condición de pugnas y búsqueda de acuerdos en la cúpula dirigente.

Las condiciones en que se produjo la división plantearon pues al grueso de las bases partidarias, en especial en Chile, la disyuntiva de

resolver su opción de militancia aún sin un debido esclarecimiento político de las diferencias que la originaron. Los alineamientos provocados, más allá de las estimaciones de uno u otro sector, de difícil evaluación en el país, no pueden pues considerarse definitivos.

Pese a las dificultades incluso intencionalmente introducidas para apreciar las razones de fondo del rompimiento, existen sin duda diferencias sustantivas que lo explican.

En el orden político, se remontan a la distinta interpretación sobre el periodo del Gobierno Popular y la validez de las concepciones partidarias fundamentales. Existen en efecto diferencias entre el sector representado por Almeyda, que ha buscado eludir el tratamiento de las causas de la derrota del proceso revolucionario, lo ha abordado de manera parcial o concluyó en apreciaciones erróneas, denegatorias de los planteamientos del Partido, que frente al rechazo de la militancia se procuró desdibujar sin por ello abandonarlas; y quienes como el secretario general, cualesquiera sean los matices, han coincidido en reconocer que la causa principal de la derrota residió en una desviación reformista, consistente en la expectativa de que el problema del poder se resolvería a través de un proceso gradual, de progresiva adaptación institucional a las transformaciones socioeconómicas en curso, desviación confluyente con la concepción del desarrollo de la revolución "por etapas".

Tal diferencia tiene proyecciones directamente vinculadas a las definiciones prácticas sobre el principal problema del período actual, el de asegurar la hegemonía de los trabajadores en el desarrollo de la lucha democrático revolucionaria y la constitución de un frente amplio en contra de la dictadura, replanteándose así entre quienes de hecho tienden a limitarse a una política de respaldo a la Democracia Cristiana y quienes se niegan a reducir las fuerzas populares a la condición de apéndices de pretendidas soluciones burguesas.

En relación a tales diferencias, se trata por otra parte de concepciones distintas sobre la reconstrucción del Partido, la valoración de su significado, el sentido y la forma en que superar sus debilidades tradicionales.

En el sector representado por Almeyda, la constatación de las diferencias partidarias generó una reacción desbordante a su vez en una concepción orgánica rigidamente monolítica, que pretende sustituir al Partido por sus aparatos, con un carácter burocrático autoritario que buscó implantarse verticalmente mediante la imposición en los organismos dirigentes. Este pro-

yecto de partido se asocia a una comprensión dogmática de las ideas de Lenin, propende a resolver el "rezago" partidario en un proceso de asemejanza a la estructura y formulaciones del P. C., desvirtúa el acervo ideológico del Partido y vulnera la autonomía de su definición internacionalista.

En el sector que ha mantenido su reconocimiento de Carlos Altamirano como secretario general, predomina en cambio la convicción de que la superación de los problemas partidarios no puede fundarse sino en sus propios rasgos de identidad histórica y la renovación de sus alcances mediante la confluencia constructiva, justamente invocada al crearse la Comisión de Unidad del Partido Socialista y el socialismo chileno, que orienta la realización del Congreso.

4. PERSPECTIVAS: UN CAMINO DE AMPLITUD Y RENOVACION

EN Chile, la política reaccionaria de la dictadura militar ha provocado una profunda transformación de la sociedad y de su propia estructura de clases. Se han generado así nuevos planos de acción social, vínculos distintos de solidaridad entre los sectores populares, formas diferentes de expresión política de la conciencia social, desafíos ineludibles para el desarrollo de la acción revolucionaria. Es esta transformación profunda la que inevitablemente repercute en la tradicional formación de partidos. La llamada "crisis de la izquierda", que diversos de sus sectores no vacilan en reconocer, no representa sino la necesaria búsqueda de los nuevos términos de conducción requeridos para enfrentar las nuevas condiciones. A las distintas disyuntivas teóricas, políticas y orgánicas planteadas por este proceso de readecuación obedece la división misma del Partido Socialista.

Tanto como ocurrió históricamente, la vigencia real de los partidos revolucionarios se sostiene en su capacidad de expresar y dirigir el movimiento popular. Nada ha impedido que en Chile, sobreponiéndose a los designios de la dictadura, a la implacable persecución de sus organizaciones, el movimiento popular conserve su pujanza y determinación. Su abierta confrontación con la dictadura no ha cesado por el contrario de acrecentarse. Más se trata también de un movimiento popular profundamente renovado, en el que despuntan nuevas formas de confluencia, iniciativas necesariamente distintas a las del pasado, un sentido más amplio de la unidad.

La reactivación del movimiento popular en el país responde a su vez, sin duda posible, a la subsistencia de sus partidos y aun a la oposición a la dictadura de la D. C. Pero su impulso y unidad son sin embargo considerablemente más amplios

que la organización y la unidad de los partidos: como también ocurrió antes con frecuencia, la iniciativa popular rebasa la de sus direcciones partidarias y descubre por sí misma nuevos caminos.

El sentido renovado del movimiento popular en curso en Chile ha llegado a expresarse inequívocamente en sus propias afirmaciones. Ya en ocasión de las manifestaciones del 1º de mayo del año pasado, todas las organizaciones sindicales existentes, representativas de todas las tendencias partidarias de los trabajadores, suscribieron una declaración de repudio a la dictadura en la que se sostiene a la vez: "Los partidos políticos tienen que comprender que se espera de ellos una modernización de sus criterios, una democratización de sus estructuras internas y una profunda renovación espiritual e intelectual de sus dirigentes, que permita una nueva conducta y un nuevo estilo en el quehacer político. Una democracia renovada exige de partidos y de dirigentes políticos renovados. Ello es una expectativa muy profunda entre los trabajadores chilenos y a ella invitamos a los partidos políticos para que asuman su alta responsabilidad sin defraudar al pueblo chileno".

Es en relación a este reclamo, que transcribe las exigencias planteadas por la nueva realidad existente en Chile, que tiene su verdadero sentido el Congreso partidario próximo a realizarse.

El Congreso cumplirá sus objetivos, ante todo, en la misma medida que represente —o genere las condiciones necesarias para reunir— a los distintos sectores y personeros que mantienen su identidad histórica con el Partido.

La responsabilidad primordial del Partido consiste en restablecer su capacidad orgánica de cauce principal de expresión y dirección política del movimiento popular.

La confluencia de los distintos sectores en que se ha escindido, en buena parte como resultado de la confrontación interna con el surgimiento de la tendencia que ahora representa Almeyda, no resolverá sin embargo por sí misma la definición política del Partido. Entre sus distintas corrientes, existen diferencias reales de diversos alcances, que no permiten concebir la adecuada definición de la línea política del Partido como resultante mecánico de su contraposición o de su simple agregado.

La formulación de los debidos planteamientos partidarios sólo podrá surgir, por el contrario, de un permanente proceso creativo de elaboración y debate democrático.

El Partido necesita pues adecuar su organi-

zación a las condiciones de su lucha en el país, a la vez que reafirmar su estructura democrática, impidiendo la redición del predominio de grupos dirigentes por sobre la disciplina consciente de los militantes en que reside su capacidad de acción revolucionaria.

Sólo de esta manera, por lo demás, podrá el Partido vincularse efectivamente al movimiento popular en Chile y desarrollar en la práctica su concepción democrática del socialismo, creando las condiciones necesarias para realizar su objetivo de establecer en el país una República Democrática de los Trabajadores.

Es sobre la base de reconstituir con amplitud su unidad orgánica y su condición democrática, que el Partido podrá asumir también la renovación de contenidos del movimiento popular y gestar la capacidad material indispensable para asegurar la hegemonía de los trabajadores. En el Partido existen las fuerzas necesarias para impulsar su propia renovación, desde luego entre la militancia que heroicamente sostiene su lucha en Chile, y también entre quienes aun en el exilio han desarrollado sus convicciones, ejemplarmente representados por los cuadros partidarios que contribuyeron al triunfo del F.S.L.N. en Nicaragua y colaboran con su proceso revolucionario.

Todavía más, la renovación del Partido debe responder al proceso de convergencia en cierce entre las distintas fuerzas partidarias de la izquierda chilena que se identifican con el curso histórico del socialismo en el país. Al ofrecer la base necesaria para su efectiva confluencia, lejos de debilitar la unidad de todas las organizaciones de los trabajadores que ha propugnado siempre, y en especial con el P. C., el Partido contribuirá así a su indispensable fortalecimiento, fundado en la expresión y el acuerdo real entre el conjunto de fuerzas del movimiento popular.

Para impulsar este desarrollo, el Partido enfrenta la necesaria tarea de profundizar su comprensión de la realidad nacional esclareciendo su propuesta socialista para Chile. Este desafío, sin embargo, no representa un mero esfuerzo de elaboración teórica, como con frecuencia suele aparecer, sino sobre todo la exigencia de resolverlo en consonancia con el desarrollo mismo del movimiento popular en Chile, nutriéndose de sus iniciativas y reforzando orgánicamente su articulación.

Tal es el camino de amplitud y renovación del Partido Socialista de Chile, partido revolucionario de los trabajadores, obrero y popular, nacional y democrático, de dirección autónoma e internacionalismo de inspiración latinoamericana.

la izquierda chilena: ¿condenada a la derrota?

belarmino elgueta b.

I. ANALISIS DE LA SITUACION ACTUAL

1. Los desafíos históricos

EL socialismo es la superación histórica de las sociedades capitalistas, fundada en el propio desarrollo dialéctico de éstas. Tal tránsito se posibilita por la maduración de las contradicciones engendradas por el capitalismo. Sin embargo, ese proceso no requiere la maduración plena de dichas contradicciones, sino que ellas al menos hayan comenzado a gestarse, en el marco complejo de la crisis del imperialismo contemporáneo, como la propia experiencia histórica lo ha corroborado, de acuerdo al principio de la diversidad. El conjunto de estos factores nos coloca ante el problema de la desigualdad del desarrollo en las distintas formaciones sociales.

En un trabajo reciente, formulado en común con Pedro Vusković, señalamos que las posibilidades de un capitalismo autónomo en América Latina —y, particularmente, en Chile— se estrechan cada vez más, exhibiendo obstáculos, que impiden la continuidad de ritmos siquiera discretos de desarrollo de las fuerzas productivas. En los marcos del capitalismo dependiente, el mantenimiento y las expansiones adicionales de los sistemas económicos nacionales requieren la doble condición de una articulación más íntima y completa con el capitalismo internacional y de una limitación severa de la participación de las masas trabajadoras en los frutos del proceso productivo.

La profundización de la dominación exterior y de la explotación interior, que involucran una y otra de esas condiciones, resulta crecientemente incompatible con el desenvolvimiento

democrático, aun si se lo circunscribe a los limitados ámbitos de la democracia burguesa, y lleva por consiguiente a la imposición de regímenes políticos de fuerza y al retroceso de las conquistas populares. Las limitaciones al desarrollo de las fuerzas productivas y el estrechamiento de la evolución democrática, en nuestra específica realidad nacional, constituyen en requerimiento actual *objetivo* la transformación directamente socialista de la sociedad chilena. Es el primer desafío histórico que debemos afrontar.

Esta necesidad objetiva se contrapone, sin embargo, con grados todavía relativamente bajos de socialización de la producción, aunque no necesariamente en la centralización capitalista de la industria y la banca, así como con estructuras sociales en las que el proletariado no constituye sino una proporción relativamente menor del conjunto de la población y del total de las masas trabajadoras. Resulta conducente destacar que los patrones de desarrollo capitalista dependiente, particularmente durante las fases dinámicas de la llamada industrialización sustitutiva, han alentado transitoriamente la esperanza de ascenso material y de un acceso a consumos característicos de las sociedades capitalistas más avanzadas en amplias capas sociales, favoreciendo la extensión de elementos ideológicos y de prácticas reformistas que tienden a perdurar a pesar de que la realidad de la evolución económica muestra su inviabilidad.¹

Pero no es sólo eso lo que dificulta el avance y triunfo de la revolución socialista. En Chi-

¹ Pedro Vusković y Belarmino Elgueta, *Las fuerzas subjetivas del socialismo en la lucha latinoamericana*, México, 1979.

le se alza, como obstáculo adicional, la dictadura brutal, caracterizada como régimen de contrainsurgencia, que somete por la fuerza de las armas a las masas trabajadoras a una superexplotación comparable, por muchos conceptos, a la que predominara durante el proceso de acumulación originaria del capitalismo. Derrocar a esta dictadura y abrir paso a un nuevo proceso democratizador, que culmine con el socialismo, es el segundo desafío histórico —que en el tiempo es el primero— que debemos vencer.

2. Las condiciones objetivas

CON el propósito de salvar la crisis de acumulación, ya endémica, de la economía chilena, la dictadura ha impuesto un profundo cambio en la estructura económica del país. Sus rasgos principales pueden sintetizarse en la apertura de las más amplias facilidades a las inversiones extranjeras, el desmantelamiento del estado empresario, el traslado de las funciones económicas y de servicios públicos al área privada, la libertad absoluta de precios, el congelamiento de los aumentos salariales y la política de libre cambio en materia de comercio exterior. El conjunto de estos rasgos estructurales ha producido un vuelco en la orientación económica del estado chileno.

Este proceso encuentra a su vez explicación en los cambios que se despliegan en el sistema capitalista mundial. La dictadura es, en efecto, una respuesta histórica a requerimientos que emanan desde dos fuentes básicas. De una parte, las exigencias del capitalismo internacional y, particularmente del imperialismo norteamericano, que buscan afianzar sus condiciones de reproducción y para ello también sus relaciones de dominación, en una fase en que tanto su patrón de acumulación como el orden económico internacional se redefinen ante variados pero constantes proyectos de impugnación. De otra parte, el agotamiento de los modelos de crecimiento económico interno, en los que se asentaron las formas de relativa convivencia democrática con su evolución a lo largo de varias décadas, los que resultan ahora contradictorios con los nuevos modelos de reproducción capitalista.

En este sentido, la privatización de la economía pública ha resultado, por sobre otras cosas, en la centralización del poder económico de ciertos grupos y en la consiguiente oligopolización de algunas industrias. Más que en la extensión y expansión del sector empresarial, esta centralización del poder económico se traduce en el desplazamiento de sectores pequeños y medianos de empresarios. Las operaciones de

transferencia de las empresas estatales se hicieron con sigilo, sin fiscalización y en un ambiente de irregularidades, algunas de las cuales salieron a la luz pública.

La extensión y acentuación del proceso centralizador y concentrador de la economía chilena aparece demostrada con evidencia por la detección de control sobre sociedades anónimas y empresas. El simple cruzamiento de la información de las empresas licitadas con las empresas controladas por los principales grupos sugiere que el desmantelamiento del estado, la privatización de la economía y la acentuación extraordinaria del poder oligopólico son facetas de un mismo proceso. Las interrelaciones entre estas tres facetas se convierten, a partir de ahora, en elementos centrales de todo análisis de la economía nacional.

Para completar el marco de las condiciones objetivas presentamos, a continuación, un breve balance de la economía en los inicios del año siete de la dictadura. Siguiendo un análisis reciente de Pedro Vuskovic, podemos decir que la política económica de la dictadura significa renunciar a cualquiera forma de desarrollo que se sustente en la expansión de un mercado interno de masas, no sólo en lo inmediato, sino como estrategia económica de largo plazo. Sus esperanzas de expansión, más allá de la actual fase de recuperación, quedan depositadas:

a) en el crecimiento de las exportaciones primarias (mineras y forestales) como resultado de fuertes inversiones extranjeras directas en los sectores correspondientes;

b) en el crecimiento de exportaciones “no tradicionales” sustentadas en la articulación con grandes corporaciones transnacionales y en bajos niveles de salarios que les aseguren “competitividad” en el mercado internacional, y

c) en el desarrollo exportador de una agricultura especializada, basada en altos grados de eficiencia técnica y en unidades que comprendan, cada una, grandes extensiones de tierra.

En suma, una economía moderna agrominera-exportadora, en la que el comercio de importación se hace cargo de una cuota muy alta de los abastecimientos del mercado interno, principalmente de productos industriales. Características todas que pueden constituir a una economía subdesarrollada en un paraíso para grupos privilegiados y en un infierno para las masas trabajadoras.

Desde este punto de vista, es engañosa la imagen de que la contención relativa de la infla-

ción, el equilibrio del presupuesto fiscal y la balanza de pagos, así como la recuperación de los niveles productivos servirán de base para la restitución plena del poder de compra de las remuneraciones y la absorción de la cesantía. Por el contrario, aquellos "éxitos" se mantienen sólo en tanto estas últimas condiciones, es decir, la contención de los salarios reales y la mantención de niveles relativamente altos de desempleo, son requisitos para sostener esos equilibrios y condiciones de su política económica que tienden a ser permanentes.

La "reestructuración" provocada del sector externo, más allá de sus éxitos aparentes y transitorios, contiene al menos tres factores de debilidad:

a) las inversiones directas del capital extranjero se han movido casi exclusivamente en función de los recursos naturales, a pesar de todas las concesiones acordadas para crear condiciones "atractivas" para ellas;

b) el endeudamiento externo se ha constituido en mecanismo principal y permanente de financiamiento de la balanza de pagos, no obstante el rápido crecimiento de las exportaciones "no tradicionales", y

c) en el curso de estos seis años no ha logrado perfilarse otro ámbito de especialización internacional de la economía chilena a largo plazo que el que se corresponde con su disponibilidad de recursos naturales: cobre y forestales.

En los marcos esenciales del "modelo" económico de la dictadura no hay, pues, perspectivas reales de desarrollo de actividades capaces de reemplazar en su capacidad de empleo a las que vienen desapareciendo por el proceso interno de concentración y por la competencia de las importaciones. De ahí que unos niveles relativamente muy altos de desocupación se constituyan en una consecuencia permanente del esquema.

Por su parte, el restablecimiento de características menos regresivas de la distribución del ingreso encontrará límites objetivos en factores como los siguientes:

a) la insuficiencia ocupacional inherente al modelo;

b) el proceso persistente de concentración de capital y de la propiedad de la tierra, y

c) el requerimiento de no comprometer la capacidad competitiva de las exportaciones no tradicionales.

Las formulaciones "teóricas" que han sustentado el esquema económico de la dictadura tienden a legitimarse como consecuencia de los índices actuales de recuperación. Con ello, se posterga el reconocimiento, a la postre insoslayable, que no han representado sino la más sofisticada cobertura "intelectual" de intereses monopólicos internos y del capital transnacional, con graves consecuencias sobre la economía nacional y su futuro.²

3. Las condiciones subjetivas

LA sociedad capitalista, al reproducirse, genera permanentemente al proletariado como una clase explotada, una clase no propietaria que es despojada de una parte del producto de su trabajo. Esta situación es el fundamento objetivo de la potencialidad revolucionaria del movimiento obrero. Sin embargo, la lucha de clases del proletariado no constituye, inmediata ni permanentemente, una praxis revolucionaria.

La toma de conciencia sobre la necesidad de la revolución socialista pasa históricamente, en una primera fase, por la lucha economicista, para elevarse, con posterioridad, al desafío político de la totalidad del sistema capitalista mediante su constitución en clase para sí. Este tránsito de la lucha por los intereses inmediatos a la lucha por los intereses reales del proletariado, supone la definición de una teoría, un programa y una estrategia de carácter revolucionario, así como la construcción de una organización coherente con dichos objetivos. De ahí que, en última instancia, la conciencia de clase sea sujeto de la historia.

En Chile, donde relaciones capitalistas de producción coexisten con otras no completamente desarrolladas, que pueden genéricamente designarse como precapitalistas, pero insertas en un mercado capitalista, el amplio sector popular, en el que la clase obrera es la fuerza motriz, tiene contradicciones abiertas con las clases dominantes, que sólo pueden ser resueltas en el marco programático de un tránsito ininterrumpido hacia el socialismo. Este marco excluye toda colaboración en proyectos de la burguesía o de fracciones de ésta destinados a consolidar el actual sistema de explotación.

Dentro de este concepto, el análisis de las actuales condiciones subjetivas supone la consideración de los siguientes aspectos:

² Pedro Vusković, *Balace de seis años de dictadura*, conferencia en el Centro de Estudios Socialistas (CES-CHILE), México, 1979.

a) *Efectos políticos de la nueva estructura de clases.*

Durante los seis años de dictadura militar, la estructura de clases de la sociedad chilena ha sido violentamente alterada en virtud del proceso de reorganización capitalista, en los términos que sumariamente ese pasa a caracterizar.

● *La burguesía.*

El nuevo patrón de acumulación tiende a operar un proceso de diversificación entre las clases dominantes. De un lado, los sectores burgueses beneficiados por la monopolización de la economía, política y financieramente vinculados con el gran capital internacional y, de otro, los sectores industriales más relacionados al mercado interno, con empresas de baja composición orgánica capitalista. El sector dominante orienta su política económica a estrechar y desarrollar su vinculación con el mercado mundial, realizando así la consolidación del proceso de internacionalización del capital.

Todo ello hace que el comportamiento de los sectores burgueses que mantienen el control del gobierno sea muy poco sensible a las fluctuaciones de las dimensiones del mercado interno, obligando con ello al conjunto de los sectores burgueses a acentuar al máximo la explotación de la fuerza de trabajo y creándole especialmente a los más pequeños productores considerables problemas para la realización de sus mercancías.

De esta manera, se desarrollan rasgos permanentes de estabilidad y contradicción dentro del bloque dominante. Las diferenciaciones en el seno de la burguesía asumen un carácter orgánico permanente, que las hace difícilmente conciliables en las orientaciones coyunturales, pero que tienden a sustentar objetivamente la estabilidad del actual modelo de dominación, sobre la base del incremento progresivo de la centralización de capitales.

La burguesía industrial, pese a las dificultades vividas y a su mayor o menor dependencia del consumo interno, no tiene ningún proyecto alternativo al de la dictadura. Así lo expresa la negativa de la democracia cristiana a un "compromiso histórico" que renegocie las condiciones de explotación de los asalariados. Prisionera de la reestructuración de la división regional del trabajo, esa burguesía industrial se revuelve contra la actual situación y opta, más bien, por mantener su capital como capital dinerario, utilizándolo en la especulación o en el financiamiento de operaciones de importación.

En la economía rural se observa un proceso relativamente correspondiente. Las tendencias a la reconstitución del latifundio, revitalizadas por los decretos-leyes que hicieron tabla rasa de las disposiciones de la ley 16.640 sobre reforma agraria no han vuelto, sin embargo, al punto de partida. El despojo de tierras a los campesinos no se ha hecho sólo para reconstruir el latifundio ausentista, sino además para operar una reorganización de la explotación, que se asienta en bases capitalistas indiscutibles.

● *La pequeña burguesía.*

Este sector ha experimentado un proceso de diferenciación bastante significativo. La pequeña burguesía propietaria que no utiliza casi mano de obra para la explotación de su negocio o taller, excepto la de su propia familia, sufre los efectos de la situación recesiva. Para enfrentarla, consumió sus ahorros, así como sus niveles de ingresos y de vida fueron duramente afectados por el actual modelo de acumulación. Los trabajadores por cuenta propia, difícilmente distinguibles en muchos casos de la categoría social anterior, experimentan una situación similar.

Los propietarios minifundistas han visto agravarse igualmente su situación. La constante subdivisión de sus propiedades, los bajos índices de productividad de sus suelos desgastados, la desaparición de los mecanismos estatales de crédito y la voracidad de las empresas comercializadoras de los productos agrícolas, dejan la mayor parte de la renta de la tierra en manos de intermediarios. Los campesinos sometidos a este régimen pasan a constituirse en una clase de pauperada.

La enorme masa de campesinos sin tierra, afectados por la devolución de los latifundios en sus esperanzas de acceder a la propiedad, experimentan una situación todavía más grave. La reconversión industrial del país y la disminución de los servicios sociales en las ciudades, ha desalentado la migración campo-ciudad, ante la inmensa masa de desempleados, que han pasado a constituir el ejército industrial de reserva. Es posible incluso, que se haya operado una contramigración, al menos en las fases más duras de la crisis económica.

De ahí que amplios contingentes pequeño-burgueses opten por la oposición a la dictadura, encuadrándose hoy en la política burguesa del recambio. En el fondo, sin embargo, ellos tienden a que se revitalice el papel del estado en la economía, a recobrarlo como un contrapeso institucional ante la voracidad de los clanes fi-

nancieros. Una activa resistencia popular puede fisurar y revertir su actual adhesión al bloque burgués del recambio, con las inevitables divisiones que en ese caso se producirían en su seno.

● *Los trabajadores.*

La llamada clase media asalariada, al igual que la pequeña burguesía propietaria, ha tenido notables diferenciaciones. Los sectores tecnócratas han experimentado un incremento rápido en sus ingresos debido a la instalación de empresas extranjeras o de grandes monopolios nacionales que precisan de su concurso organizativo y de planificación del proceso económico. En contraposición a ellos, los trabajadores del estado, cuando no han sido golpeados por la disminución de personal o por la rebaja de los gastos variables en la administración civil, han mantenido remuneraciones bajísimas.

El proceso de diferenciación en la clase obrera, limitado por las condiciones objetivas del actual padrón, tiene como rasgo común la superexplotación, con el agravante de la supresión de los mecanismos de negociación colectiva durante casi seis años, hoy restablecidos de manera mediatizada. Los últimos cambios introducidos en materia laboral podrán favorecer eventualmente a los sectores más fuertes y organizados del movimiento obrero, sin que los más débiles puedan revertir su situación actual.

Los trabajadores asalariados del campo han retrogradado aun más sus condiciones de vida. No cabe descartar la reconstitución de relaciones semi-serviles, si bien el trabajo asalariado, especialmente temporal, es una tendencia inherente al desarrollo capitalista del agro. Son enormes las facilidades actuales para superexplotar esta mano de obra, desprotegida en el sentido más dramático de la palabra, sin leyes sociales efectivas. No puede trazarse, en consecuencia, ninguna divisoria objetiva entre estos asalariados rurales y los obreros de la industria.

Conviene considerar, finalmente, a los sectores subproletarios y marginales, que hoy día se han visto acrecidos por los efectos de la reconversión industrial, además de su tradicional fuente generadora: la migración campo ciudad. Su condición social, el modo no proletario de vida, especialmente en situaciones históricas como los existentes en el país, tienden a que muchos de ellos se transformen de manera objetiva en un *lumpen proletariado*.

b) La situación del movimiento obrero.

Actualmente se puede afirmar que el movimiento obrero ha superado la etapa más dura,

que fue de retroceso continuo debido a la salvaje represión de la dictadura. A partir de 1976, los trabajadores empiezan a rehabilitar sus organizaciones sindicales, adoptan posiciones de fuerza frente a la dictadura en demanda de mejoramientos salariales y propician la constitución de estructuras superiores de coordinación de sus luchas reivindicativas.

No fue fácil, por cierto, poner nuevamente en marcha a la organización obrera. En estado de guerra interior, primero, y estado de sitio y de emergencia, después, no era posible siquiera que los sindicatos se reuniesen para examinar los problemas de sus asociados. Cuando se les permitió hacerlo, con toda clase de limitaciones, por ejemplo, permiso previo y la presencia policial, se encontraron que poco era lo que podían avanzar ya que la dictadura había suspendido la negociación colectiva y el derecho a huelga.

Sin embargo, esta reanimación del movimiento obrero marca ascensos sucesivos. Pero cada ascenso de la lucha sindical ha sido reprimido para estrechar más todavía sus posibilidades de acción. En los últimos cuatro años, el movimiento obrero chileno ha repetido el mismo ciclo recorrido históricamente por el conjunto del movimiento obrero mundial, es decir, el paso de limitadas demandas economicistas al desafío del sistema de explotación y opresión.

En el curso de estos últimos años, han surgido varias estructuras de dirección sindical con el carácter de confederaciones, al margen de la legislación de la dictadura. Ellas son las siguientes:

● el Grupo de los Diez, dirección crítico-negociadora, que ofrece una línea de contención, un punto de referencia para situar las demandas todavía difusamente planteadas, a través de rogativas al ministerio del trabajo, en casos excepcionales;

● la Coordinadora Nacional Sindical, que comprende a organizaciones obreras importantes, con la orientación tradicional de la izquierda, y constituye evidentemente el paso más avanzado;

● el Frente Unitario de Trabajadores, de orientación social cristiana, que ha evolucionado hacia la realización de acciones comunes con la Coordinadora Nacional Sindical, y

● la Unión Nacional de Trabajadores de Chile, organización oficialista que se alzó a comienzos de la dictadura como un intento de

controlar y mediatizar el movimiento obrero, fracasando por la rígida política económica gubernamental.

De estas estructuras, el eje político de la reactivación sindical es el Grupo de los Diez. Este, llamado también Consejo Nacional de Organizaciones Sindicales Democráticas, se inscribe en una perspectiva moderada de recambio. Por eso, sus dirigentes se han empeñado en el continuo emplazamiento de la dictadura, la negociación con ella, la exclusión del trabajo conjunto con la Coordinadora Nacional Sindical y el acercamiento con la Unión Nacional de Trabajadores de Chile. Sus pasos se orientan a la búsqueda de un espacio institucional desde donde actuar.

El movimiento obrero ha realizado numerosas jornadas de lucha. En 1977, la mayoría de los trabajadores del mineral de cobre de El Teniente realizó un paro por mejores salarios, en rechazo a la política económica de la dictadura y como repudio a los dirigentes colaboracionistas. Se sucedieron otros movimientos, como el paro en la Fundición de Fensa en 1977, la huelga de las viandas en el mineral de cobre de Chuquicamata en 1978, los conflictos de los trabajadores de la Compañía de Acero del Pacífico, de la Compañía de Papeles y Cartones de Punte Alto y de la Pequeña y Mediana Minería en 1979.

Durante el último trimestre del mismo año, pese a las severas restricciones del plan laboral a la organización de los obreros, éstos sostienen importantes movimientos reivindicativos, en los que, más allá de conquistas inmediatas, siempre anuladas por la inflación, se pone a prueba el carácter patronal de las normas que regulan la negociación colectiva y la huelga. A los avances en el terreno de la organización, pronto habrá de sumarse un verdadero juego de fuerzas en torno al instrumento de la huelga, juego posible hoy por la existencia de una situación política en la que la solidaridad del trabajo puede expresarse. La dictadura busca desde ya amedrentar por la represión a estos movimientos, pero las condiciones han variado y aquélla puede ser derrotada en este decisivo terreno.³

Dentro del proceso de ascenso de las luchas del movimiento obrero, pueden señalarse otras actividades de proyecciones políticas. Ellas se refieren a las conmemoraciones públicas, desafiando las prohibiciones de la dictadura, del

³ En los primeros meses de 1980 se han sucedido varios movimientos huelguísticos, de grandes y pequeñas empresas, de acuerdo con las normas de la nueva legislación laboral y con resultados variados.

primero de mayo de los dos últimos años, la solidaridad expresada en 1978 a la gran huelga de hambre, en el interior y el exterior, realizada por los familiares de los prisioneros políticos desaparecidos y por los sectores políticos más radicalizados de la izquierda, y las demandas públicas por el retorno a la democracia.

La dictadura ha mantenido una política combinada de represión y negociación. Ante las salidas a la calle de los trabajadores, ha respondido con detenciones masivas, que han cesado en cada caso gracias a la presión sostenida de la opinión pública. A la conducción dada al descontento siguió el Decreto-Ley que disolvió siete federaciones sindicales, ordenó la realización de nuevas elecciones con draconianas cláusulas de exclusión a quienes registraran en su pasado participación política y a los dirigentes sindicales entonces en ejercicio, y cuyos resultados de ninguna manera favorecieron los designios de la dictadura.⁴

Forzada a negociar por el anuncio de un boicot internacional, a comienzos de 1979, la dictadura respondió con un parto de los montones: el plan laboral. Esta nueva legislación restablece aparentemente la negociación colectiva y el derecho de huelga, ya que los condiciona de tal modo que les resta eficacia. Es el posterior intento de mediatizar el movimiento sindical para asegurar indefinidamente la supere explotación de las masas trabajadoras.

Por cierto, tal designio no será logrado, porque el movimiento obrero chileno tiene una tradición de lucha que se remonta a más de un siglo. Ella le ha permitido enfrentar, por medios pacíficos, el periodo más brutal de la ofensiva patronal, apoyada en las metralletas de la dictadura. Pero, no cabe duda alguna que una vez reconstituídas plenamente sus representaciones políticas —los partidos de la izquierda— el movimiento obrero dará pasos más atrevidos en la lucha democrática, poniendo en tensión creadora todas sus fuerzas potenciales.

c) La recomposición de los partidos.

La sangrienta represión ejercida por la dictadura desde el primer día, con el asesinato masivo de cuadros políticos de los partidos obreros y populares, desestimuló toda acción de resistencia. Declarados fuera de la ley, estos partidos entraron en un reflujo absoluto. La magnitud

⁴ Recientemente, la dictadura dictó un decreto-ley por el cual incorporó, como facultad del estado de emergencia, la de relegar dentro del territorio del país a quienes atenten contra la *paz social*. En virtud de dicha facultad se ha empezado a aplicar esta medida.

de la derrota no se refiere sólo a sus organizaciones políticas, sino que atañe inclusive a sus más elementales mecanismos de autodefensa y resistencia económicas. El movimiento político de masas continúa, en general, inactivo a más de seis años del golpe militar.

No obstante, la dictadura no ha logrado destruir completamente a los partidos de la izquierda, a pesar de su persistente campaña por desarticular su recomposición y avances. A la represión genocida de los primeros años ha seguido una represión selectiva y graduada, que si bien no ha conseguido su designio destructivo, sí ha dificultado su reorganización, haciéndola lenta, discontinua y parcial. Estos tres rasgos del accionar de la izquierda, cuyos militantes tratan de revertir, expresan la carencia de una línea política organizativa de masas.

Todos los partidos de la izquierda han realizado esfuerzos dirigidos a remontar su reflujo, con logros significativos, como quiera que tienen hoy una organización clandestina, que les permite dar una orientación esencial a las masas. Pero todos también sufren una crisis muy profunda, derivada de sus discrepancias internas y su incapacidad para formular un proyecto propio. La sola discusión en su seno ha precipitado la crisis que los agobia y que no han podido superar a más de seis años de su derrota.

Las contradicciones se expresan hoy en términos absolutos. Las tendencias reformistas desembocan, en definitiva, en una complicidad resignada con el proyecto de recambio, e influyen en el movimiento obrero para adaptar a este solo propósito su reorganización y lucha. Los sectores tendencialmente revolucionarios conciben, a su vez, la resistencia popular como una línea irreconciliable con el recambio, y tratan de desplegar una política independiente, en el seno de las masas, que no renuncie a la lucha por el socialismo.

La derrota de los trabajadores chilenos ha sido demasiado aplastante como para esperar una recomposición fácil de sus fuerzas. La superación de la crisis sólo puede provenir de los mismos trabajadores, y esta tarea supone su reconstrucción como clase revolucionaria así como su representación política. El proceso —aunque parezca increíble— apenas comienza y está abierto a todos los revolucionarios. Para eso, hay que levantar formulaciones políticas coherentes que permitan abrir un camino por el cual marchar resueltamente.

Prescindiendo de contradicciones secundarias y coyunturales, la crisis tiene un trasfondo

mayor. Es el que de verdad importa considerar, como quiera que se refiere a serias discrepancias sobre estrategia y táctica en el pasado y en el presente. En este sentido, lo primero concierne a las distintas valoraciones que se hacen de la derrota de 1973, el retroceso político más grave de la historia de lucha del movimiento obrero, sobre todo por las lecciones que se extraen de esa derrota así como por su proyección en las perspectivas políticas que se formulan.

Para unos, la derrota ha sido tan aplastante que excluye toda posibilidad socialista —aunque sólo se refiera a lo declarativo— del horizonte político previsible. Así, pues, la cuestión sería ahora hacerse perdonar los “pecados” y luchar por el simple restablecimiento de algún ámbito democrático. En otras palabras, hacer méritos para un pequeño espacio político. Para otros, el retroceso estratégico, con toda su gravedad, y a pesar de las complejidades de la reorganización que es preciso desarrollar, debe entenderse como un punto de reinicio de la lucha revolucionaria.

No es éste, sin embargo, el único punto de diferencia. En el fondo de la crisis, en sus orígenes y fundamentos, como en el hecho de que sea precisamente ahora cuando ella se precipita, subyacen las diferentes formas en que se entienden la política de la dictadura, los proyectos de recambio, las formas de lucha, la reanimación del movimiento sindical y la represión actual. Se encuentran también insertas en ella las distintas visualizaciones de las perspectivas revolucionarias, la actualidad del socialismo y la gravitación de la conciencia social de las masas en todo este proceso.

Hoy afrontamos interrogantes cruciales, cuya respuesta no puede demorarse más: ¿Está la izquierda condenada a la derrota nuevamente? ¿Es imposible remontar su actual dispersión? Definitivamente, afirmamos que no. La condición es situar los niveles y la dimensión en que la unidad debe ser trabajada. Para ello, señalemos que quienes concebimos el socialismo como actual no nos negamos ni nos restamos a la unidad del conjunto de la izquierda, ni tampoco a utilizar todas las fuerzas disponibles en el curso de la lucha contra la dictadura. A lo que nos negamos y nos restamos es a empantanarnos en un supuesto realismo destinado a uncir a los trabajadores al carro burgués.

Los hechos lo confirman: la izquierda existe. Sus partidos, estrechamente vinculados al movimiento obrero, representan de la misma manera que éste una larga tradición en la formación de la conciencia de clase, el desarrollo

ideológico y la praxis de las masas. A las vertientes solidaristas y marxistas, que se remontan a más de medio siglo, se unen en el último tiempo nuevos afluentes surgidos de las experiencias revolucionarias latinoamericanas de la década de los sesenta y del cristianismo social radicalizado. Esta izquierda unida representa una fuerza política potencial *superior* a la de cualquiera otra sociedad de nuestro subcontinente.

La lucha por la democracia y la reapertura del camino hacia el socialismo, interrumpido en 1973, exige la formulación del proyecto de la izquierda. Este supone forjar una fórmula eficaz de articulación de las fuerzas sociales y políticas que supere la dispersión y el inmovilismo exhibidos por la Unidad Popular y desarrolle las fuerzas propias en la lucha contra la dictadura. Al respecto, la unidad del movimiento popular debe ser objeto de una cuidadosa actividad, cuya metodología es imprescindible formular en sus términos más precisos.

II. BASES DE UN PROYECTO POLITICO POPULAR

1. La unidad de la izquierda

DESDE 1953, la izquierda chilena experimentó notables avances en su unidad. En esa fecha se reunió el movimiento sindical, con la fundación de la Central Unica de Trabajadores, para avanzar más lentamente hacia la unidad política. La construcción del Frente de Acción Popular en 1956 logra dicho objetivo, el cual se replanteará a un nivel superior doce años después con la Unidad Popular, que formula un programa básico de gobierno y conquista con Allende la victoria del 4 de Septiembre de 1970.

Para comprender el conjunto de factores que determinan este proceso, no debe perderse de vista que el movimiento obrero chileno presenta, como dinámica, una acción política que se impulsa en lo esencial desde dos polos de inspiración estratégica diferentes —el Partido Socialista y el Partido Comunista— alrededor de los cuales tienden a agruparse otros partidos de la izquierda. En este hecho —la alianza de ambos partidos marxistas— reside un rasgo explicativo del éxito obtenido por el movimiento popular hasta conquistar el gobierno en 1970.

Así esta alianza básica, que tuvo su más alta expresión ideológica en el programa de la Unidad Popular, resultaba contradictoria y sus divergencias eran debatidas en el seno del pueblo. Contrariamente a lo que muchos piensan,

el dinamismo del movimiento popular chileno se incrementa a medida que la lucha ideológica se hace más viva. En cambio, cuando un partido se subordina al otro se producen la dispersión política en la base del partido subordinado y, como consecuencia, un franco retroceso del conjunto de la izquierda.

La unidad de la izquierda no consiste, pues, en la renuncia de uno de estos partidos a su línea estratégica para adoptar la del otro. Esta unidad, por el contrario, se fortalece cuando ambos partidos logran ponerse de acuerdo en cuestiones esenciales, una vez que han debatido sus divergencias de cara a las masas, de modo que éstas puedan decidir cuál es la posición correcta.

El golpe militar de 1973 y la perduración de la dictadura a través de seis años han replanteado, como una de las cuestiones fundamentales para el desarrollo de un proyecto político, la unidad del pueblo chileno, todavía disperso, desorganizado y en repliegue. Siendo la unidad preocupación principal de todos los partidos de la izquierda, es preciso definir cuál es su contenido actual, porque los problemas de hoy, como es natural, no son exactamente iguales a los de ayer.

Ahora, el problema de la unidad de la izquierda es un factor decisivo para la lucha democrática contra la dictadura militar. Pero ella debe superar a la desfalleciente Unidad Popular, cuya crisis definitiva ha quedado en evidencia con la declaración unilateral de su sector hegemónico —el Partido Comunista— de apoyo a un eventual gobierno de la democracia cristiana.⁵ Todos los partidos y fracciones de la izquierda reconocen esta crisis y exploran una nueva articulación del movimiento popular chileno. Sólo los comunistas se aferran a ese mascarón con que pretenden encubrir una política de alianza con la burguesía.

Asumir la tarea de la reunificación del pueblo chileno supone hacerse cargo de algunas premisas que requieren un análisis muy cuidadoso, las cuales por obvias suelen excluirse de los acuerdos y declaraciones rituales de los partidos. Si no se precisan estas premisas, continuaremos practicando una confusión de lenguas como en Babel, nos engañaremos nosotros mismos y —lo que es más grave— confundiremos a las masas que pretendemos unir. He aquí dichas premisas:

⁵ Luis Corvalán, *Nuestro proyecto democrático*, 1979.

a) Carácter del cambio que se requiere.

Todos los sectores de la izquierda están contestes en que la crisis capitalista y la situación específica de dominación burguesa existente en Chile requieren perentoriamente un cambio social y político. No obstante, no hay consenso sobre el carácter de este cambio, como quiera que unos se contentan con una simple sustitución de la dictadura, manteniendo el sistema de dominación burguesa, en tanto que otros se plantean la lucha por una "nueva sociedad".

b) Dimensión de la unidad

La unidad de la izquierda se ha limitado hasta ahora a la de los partidos, y esa ha sido una fuente de su permanente debilidad, tanto a nivel de sus métodos para resolver sus inevitables contradicciones, como para que sus directivas se traduzcan en un fortalecimiento de la conciencia y organización de las masas. El acuerdo sobre acciones inmediatas, un programa común o, incluso, la fusión en una sola organización reviste considerable importancia. Si esta convergencia se desarrolla simultáneamente en la base y en la cúpula, tanto mejor. Pero ello no basta, porque las fuerzas revolucionarias no se mueven sólo a través de las organizaciones políticas, sino que actúan en toda la variada gama de la estructura social.

c) Determinación de la etapa de lucha.

La dimensión de la unidad está condicionada a su vez por la caracterización de la etapa actual, la que en sus términos generales enfrenta al pueblo con la dictadura y tiende a aislar a ésta de ciertas fracciones burguesas interesadas en un recambio. El objetivo fundamental es el derrocamiento de la dictadura apoyándose en la más amplia unidad del movimiento popular, para impulsar la democratización del país y abrir paso al socialismo.

d) La estructura de clases

No debe olvidarse al respecto que la movilidad social y las modificaciones en la estructura de clases, con su secuela de desplazamientos y contradicciones de intereses, constituyen factores decisivos en la lucha por la democracia y el socialismo. Por eso, para unificar los esfuerzos de los revolucionarios se requiere una interpretación común de dichos cambios sociales, teniendo presente que algunos segmentos o capas de las clases trabajadoras sirven, muchas veces, de base de sustentación al sistema capitalista y a las dictaduras.

e) La conciencia de las masas

El estado de la conciencia social de las masas, así como el grado de desarrollo de sus representaciones políticas y sindicales, son el resultado de la inserción de aquéllas en el desarrollo histórico nacional. Por lo mismo, es preciso interpretar correctamente sus aportaciones y tradiciones de lucha, considerando que, en las actuales condiciones de reflujo existentes en Chile, no basta reivindicar dichos elementos para recuperar la conciencia revolucionaria, sino que debe promoverse, a partir de estas experiencias, nuevas condiciones subjetivas.

f) Las fuerzas motrices del cambio

En las condiciones concretas del desarrollo capitalista chileno, las masas trabajadoras tienden a constituirse en la clase mayoritaria. Los obreros de la industria, por su situación objetiva, sus tradiciones organizativas y su peso político sobre el conjunto del proletariado, deben ser indudablemente la vanguardia de todo cambio revolucionario, una vez que adquieran conciencia de clase, asimilen la teoría de clase y se organicen políticamente. Por eso, la unidad comienza por aquélla en torno a un programa revolucionario que una, de manera indisoluble, la lucha por la democracia con la lucha por el socialismo.

g) El frente de trabajadores.

La condición anterior es fundamental, pero la clase obrera sola, incluso organizada políticamente, con su vanguardia revolucionaria, tampoco es suficiente para alcanzar los objetivos señalados. Conjuntamente con los obreros coexisten en el capitalismo dependiente una franja muy grande de trabajadores asalariados, pequeños productores urbanos y rurales, intelectuales comprometidos con el socialismo, profesionales libres que viven de su trabajo. Con todos ellos se configura un frente de trabajadores, que representa la mayoría social del país, que se convierte por lo mismo en el agente del cambio revolucionario, hegemonizado por la clase obrera. El frente de trabajadores es el eje en toda política de unidad de la izquierda.

h) El marco internacional

Por último, ha de señalarse que la experiencia revolucionaria demuestra cada día de manera más categórica que la lucha por el socialismo requiere una concepción internacional. Si la burguesía en tanto clase dominante se sustenta en el poder del sistema imperialista no cabe duda sobre la necesidad de unir a los trabaja-

dores, no sólo nacionalmente, sino a escala internacional. En tanto exista el imperialismo habrá países opresores y oprimidos, en cuya confrontación la burguesía interna de estos últimos se pone de parte del país opresor. De esta realidad surge la primera línea divisoria: La lucha antiimperialista.

2. El programa común

La primera condición para avanzar en el difícil proceso de la unidad de la izquierda es contar con un programa común. Pero la formulación de un programa no es tarea sencilla, sino muy compleja. No se trata, por cierto, ni de una proclama ni tampoco de una recopilación de consignas. El programa tiene por objeto demostrar a través de la organización del movimiento de los trabajadores que la democracia y el socialismo son posibles en una realidad determinada, por lo cual parte del análisis de esa realidad e intenta ofrecer una respuesta a los problemas de la lucha revolucionaria.

En las actuales condiciones de Chile, el programa de la izquierda unida debe articular precisamente la lucha por el socialismo con la lucha por la democracia. El primero de estos objetivos sólo se logrará mediante la conquista del poder político por los trabajadores organizados, no pudiéndose reducir el combate al segundo, porque tal comportamiento destruiría la relación entre el movimiento obrero y el socialismo. Combinar ambos objetivos en una lucha ininterrumpida, orientada a realizar las transformaciones democráticas y nacionales que la burguesía no pudo desarrollar, así como a movilizar a las masas hacia el socialismo, debe ser la directiva programática central.

De acuerdo con lo anterior, el programa comprenderá objetivos diferenciados para dos fases de lucha íntimamente relacionadas que hoy afrontamos.

a) A partir de la realidad actual, el objetivo táctico inmediato es el derrocamiento de la dictadura militar mediante todas las formas de lucha, la restauración de las libertades democráticas logradas durante el gobierno popular y la plena vigencia de los derechos sindicales, incluidos los de organización y de huelga. En esta lucha revisten una importancia fundamental las organizaciones de masas como los sindicatos y las organizaciones clandestinas como las comisiones obreras, los comités de resistencia y otros.

El derrocamiento de la dictadura es un objetivo táctico ineludible, es condición previa de toda política de democratización del

país. Sin su cumplimiento resultan ociosas las discusiones sobre un nuevo gobierno popular y revolucionario así como los planes aplicables a *partir* de la constitución de dicho gobierno. Ellas son entretenimientos escapistas, que desvían la atención y debilitan la concentración de las energías colectivas del problema principal. Los objetivos programáticos y el régimen que sustituirá a la dictadura están indisolublemente unidos a la lucha democrática y serán resultados de este mismo proceso.

Durante esta lucha previa, por el objetivo táctico inmediato, las masas agitan reivindicaciones como las siguientes:

- Término de la represión con el esclarecimiento de la situación de los prisioneros políticos desaparecidos, la libertad de todos los presos políticos con el derecho de permanecer en su propio país, el retorno de los exiliados sin condiciones, la supresión del soplónaje, de las detenciones arbitrarias y de las torturas, así como la derogación de la legislación represiva.

- Lucha por un nivel de ingresos de los trabajadores compatible con la satisfacción de sus necesidades básicas, para lo cual deben tener la posibilidad de organizarse libremente y presentar pliegos de peticiones en todos los sindicatos y gremios de la ciudad y del campo, reclamando reajustes automáticos de sus remuneraciones conforme al incremento de los precios y recurriendo a la huelga si es necesario.

- Defensa del derecho al trabajo, el más legítimo de todos los derechos en la sociedad capitalista, mediante planes de obras públicas y otras iniciativas para absorber la desocupación, el pago de salarios justos a los trabajadores del empleo mínimo y el goce de los derechos previsionales, así como de subsidios de cesantía mientras se establecen esas fuentes de trabajo.

- Restablecimiento de los servicios sociales suprimidos por la dictadura como la gratuidad de la educación en todos sus niveles, el desayuno o almuerzo en el nivel primario, la atención hospitalaria y el funcionamiento de postas de primeros auxilios en las poblaciones, sin desembolso alguno para los trabajadores, el derecho a la vivienda y a la previsión social.

b) Derrocada la dictadura, corresponde propiciar para el período inmediato la constitución de un gobierno provisional, con todas las fuerzas que participen en dicha empresa, que tendrá como funciones inmediatas:

- Restauración de todas las libertades democráticas, particularmente las de organización,

reunión, opinión, comunicación, etc., así como el pleno respeto a los derechos humanos y a la soberanía popular, hoy conculcados por la dictadura.

- Liquidación del aparato represivo del estado burgués, mediante la reorganización de las instituciones armadas y policiales, cuyos mandos deben pasar a manos de elementos fieles a la clase trabajadora; reincorporación de los militares democráticos e ingreso a sus filas de cuadros provenientes de la lucha por la libertad.

- Reconstrucción del poder judicial, previa destitución de todos los elementos prevaricadores y cómplices de la dictadura, designando nuevos jueces que respondan a la orientación política del gobierno revolucionario.

- Castigo ejemplar para los responsables, civiles y militares, de crímenes contra la humanidad y genocidio, de enriquecimiento ilícito y de actos de traición y entrega del patrimonio público a nacionales y extranjeros.

- Recuperación de todas las empresas desnationalizadas y del sistema bancario, rematados a vil precio por la dictadura, lo que supone restablecer el índice alcanzado por la capitalización pública al 11 de septiembre de 1973, en la gran minería, en la banca, en la industria de transformación, en la agricultura y en la distribución reconstituyendo el área de propiedad social.

- Reformulación del programa de reforma agraria y devolución a los campesinos de la tierra que les fue arrebatada, sea por restitución a sus antiguos dueños, sea por compra efectuada por los latifundistas aprovechando su extrema pobreza, así como su organización en cooperativas de producción.

- Desconocimiento de los convenios celebrados por la dictadura con empresas transnacionales que sean lesivos para el interés nacional como, por ejemplo, los relativos al pago de indemnizaciones a las empresas nacionalizadas por el gobierno de Allende, en cuyos casos no se cancelarán las cuotas pendientes de dichas indemnizaciones.

- Respeto y ayuda a la pequeña y mediana empresa (industria, minería, agricultura y comercio) mediante políticas adecuadas en materia de crédito, asistencia técnica, suministro de maquinaria e insumos, promoviendo una alianza entre el proletariado y los sectores explotados de la pequeña burguesía.

- Establecimiento del más amplio sistema nacional de participación de los trabajadores en

la dirección de las empresas del área de propiedad social de la economía, así como el control obrero en las áreas mixta y privada.

- Creación de las bases humanas, materiales y tecnológicas para la edificación del socialismo, en el marco de un proceso continuo de transformación de la sociedad.

Para dar apoyo al gobierno provisional, habrá de promoverse un vasto movimiento social, que haga posible el cumplimiento del programa con el cual deberá superarse la herencia previsible de la dictadura, que será el desafío de remontar una economía de hambre y desocupación.

3. La política de alianzas

DIRECTAMENTE relacionada con el programa, la política de alianzas es una parte esencial en el proyecto político popular y, en general, en la lucha revolucionaria, como quiera que ella es una proyección de la estrategia y sus lineamientos tácticos. Toda política de alianzas exige, pues, definir claramente, a lo menos, los objetivos estratégicos y tácticos, el enemigo principal, la fuerza motriz de la revolución y los sectores sociales susceptibles de ser ganados por ésta.

En cualquier caso, como ya hemos dicho, es la clase obrera la que dispone del mayor potencial revolucionario, por lo cual es la única clase capaz de agrupar, bajo su hegemonía, a los demás sectores explotados de la sociedad, a los asalariados e, incluso, a núcleos importantes de la pequeña burguesía propietaria urbana y rural. En esta gama de sectores asimilables se ubican las llamadas "capas medias", entre las cuales cabe mencionar a los empleados del estado y de las empresas privadas, a los intelectuales, a los técnicos y a los estudiantes.

No obstante, el hecho de que dichas fuerzas sociales puedan ganarse para la lucha revolucionaria constituye sólo un paso en este proceso. Las diferenciaciones ideológicas y contradicciones de intereses existentes entre la fuerza motriz y sus eventuales aliados determinan la necesidad de superarlas mediante el programa, exaltando la contradicción principal y aglutinando aquellas fuerzas dispersas en torno al proletariado, por el desarrollo de los objetivos programáticos comunes y con respeto a sus formas de conciencia.

Esta alianza de clases explotadas, que el Partido Socialista ha denominado Frente de Trabajadores, supone un programa que comprende,

en el largo plazo, los intereses reales o históricos del proletariado, pero comprende también los intereses inmediatos de las clases aliadas. En este aspecto se presenta de manera nítida su diferencia con movimientos populares conducidos por la burguesía, o una de sus fracciones.

En el primer caso, los intereses de las clases explotadas se proyectan a través de la radicalización del proceso revolucionario en una orientación socialista. Es el proceso de *autonomización* política de los trabajadores que les permite ordenar programáticamente sus alternativas de acción. En el segundo, sólo se consideran soluciones para los intereses del corto plazo de dichas clases por intermedio de programas pluriclasistas, basados en la consolidación del sistema capitalista.

La concepción del Frente de Trabajadores diferencia a los sectores sociales de las fuerzas políticas que *tratan* de representarlos. Por lo cual en cada circunstancia concreta busca expresarse como la unidad más amplia posible desde el punto de vista de la lucha por la democracia y el socialismo. En consecuencia, el frente supone la unidad de los partidos y sectores que efectivamente representan los intereses de las masas explotadas o subordinadas en la sociedad burguesa. Es la proyección que tuvo la Unidad Popular en el período 1970-1973. En las actuales condiciones de represión existentes en Chile, debe reformularse el reagrupamiento

popular de acuerdo con la orientación del Seminario de Ariccia, a través de dos fases:

a) el área socialista, definida como un bloque revolucionario, con autonomía política y unidad estratégica, y

b) la izquierda unida, definida como un frente político amplio, con diferenciaciones estratégicas, pero con un programa común.⁶

Ambas instancias unitarias, con sus respectivas alianzas de clases sociales, deben asumir un proyecto político que comprenda, a lo menos, el derrocamiento de la dictadura, las definiciones programáticas señaladas anteriormente, la constitución de un gobierno revolucionario y la determinación de las formas de lucha tanto para la conquista del poder como para su defensa y transformación. Armadas ideológicamente de esta manera, deberán luchar por movilizar tras sus banderas a los sectores todavía dominados por la dictadura o temerosos de actuar políticamente, así como *disputar* a la oposición burguesa la conducción de amplias capas sociales, con intereses contradictorios con los de la dictadura, que tampoco ese sector del bloque dominante podrá satisfacer.

⁶ Este seminario, patrocinado por la Liga por los Derechos y la Liberación de los Pueblos fundada por Lelio Basso, realizó dos ruedas de discusión en marzo de 1979 y enero de 1980.



Federico Fasano
EDITORIAL
NUEVA IMAGEN
Mertens
**DESPUÉS
DE LA
DERROTA**
un eslabón
débil
llamado
URUGUAY

Pídale en su librería
o al Apartado Postal 600 México 1, D.F.

los medios de comunicación bajo la dictadura

alicia gordon
carlos villagrán

El golpe militar del 11 de septiembre de 1973 terminó con una larga etapa de la vida política de Chile caracterizada, entre otras cosas, por un amplio desarrollo democrático, que se inicia en los años veinte con la incorporación de significativos sectores de las capas medias a las iniciativas de cambio promovidas por el populismo, y que culmina con el proyecto democrático-popular que generó el Gobierno de la Unidad Popular.

A lo largo de seis años y medio de dictadura, las clases dominantes dotadas de un poder absoluto, producto de la persecución y aniquilamiento de las organizaciones políticas, sindicales, culturales e ideológicas de los trabajadores, han logrado imponer profundos cambios estructurales en todos los ámbitos de la formación social chilena.

A nivel de la economía, el aparato tecnocrático-militar de la dictadura ha intentado desarrollar un nuevo patrón de acumulación de acuerdo a las necesidades y requerimientos del gran capital, que a grandes rasgos se puede caracterizar por lo siguiente:

a) Desmantelamiento del área de propiedad social de la economía controlada por el Estado, con miras al establecimiento de una "economía social de mercado" que ha favorecido la concentración de la propiedad en un puñado de grupos económicos.

b) Superexplotación del trabajo asalariado, con una caída brutal de los salarios reales.

c) Liberalización absoluta de precios, acompañada de restricciones en los aumentos salaria-

les, sin participación alguna de las organizaciones laborales.

d) Reprivatización de los Bancos, antes en manos de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO). Esto ha significado la restricción o cancelación del crédito a pequeños, medianos y algunos grandes empresarios en beneficio de los grupos económicos que controlan el capital financiero.

e) Derogación de las normas que controlaban la inversión extranjera, ofreciendo amplias facilidades a las empresas transnacionales.

La aplicación de este modelo económico, ha significado en la práctica el control absoluto del aparato del Estado por un reducido número de grupos económicos que han acrecentado su capital a lo largo de los años de gobierno militar. Poco tiempo después de consumada la asonada golpista, el Estado pasó a ser controlado por las fracciones más poderosas de la burguesía, que habían consolidado su patrimonio a finales de la década de los sesentas, y que dirigían las empresas privadas más importantes del país durante los años de Gobierno Popular. "Estos grupos transformaron al estado en un agente de realización de sus intereses económicos dejando de lado los sectores (pequeños y medianos empresarios) en los cuales se sustentaron. El modelo económico que comienza a orientar las actividades económicas nacionales, tanto públicas como privadas, sería la expresión de los intereses del reducido número de empresarios que hoy en día controlan gran parte de la actividad económica privada".¹

¹ Fernando Dahse, *El mapa de la extrema riqueza*, Ed. Aconcagua, Santiago, Chile, 1979, p. 14.

La capa tecnocrático-militar que hoy dirige el estado chileno no estuvo ausente del proceso de consolidación de las minorías que hoy imponen la política económica. El verdadero proceso de expansión y consolidación de los grupos económicos se concreta a partir de la licitación de las empresas del área de propiedad social. En 1974 se inicia el desmantelamiento del estado, con la venta de empresas controladas por CORFO. A pesar del indudable atractivo que significaba la licitación de empresas, a niveles inferiores de su valor real, las inversiones nacionales y extranjeras no participan debido a la estabilidad relativa con la que se mantiene la Junta Militar en el poder. Por otra parte, el gobierno militar "no ofreció en venta ni tampoco dió la oportunidad para que las acciones que había adquirido volvieran a manos de sus antiguos propietarios o a otros pequeños inversionistas, sino que licitó simplemente las empresas o cantidades de acciones que por su monto hacían imposible la participación de estos últimos."² De tal manera, que los que concurren a la venta de las empresas del estado, fueron los grupos económicos que tenían una identificación política e ideológica total con la Junta Militar, y que por lo tanto estaban dispuestos a jugarse hasta el fin por el mantenimiento del gobierno y su política. Estos grupos económicos eran además los únicos que tenían los recursos suficientes o el acceso al crédito extranjero, para poder apoderarse de las empresas del estado. Si agregamos a esto, que el gobierno militar realizó traspasos subsidiados de activos y empresas del área de propiedad social a los grupos económicos mencionados, se puede comprender hasta que punto existe una completa identificación entre los sectores monopólicos de la burguesía nacional y la capa tecnocrática-militar que controla al estado.

Pero estos no son más que los inicios de la llamada "economía social de mercado" de la que el profesor Milton Friedman se considera mentor y padre putativo. La aplicación del modelo económico requería dos condiciones previas para su funcionamiento:

a) La seguridad de que el estado no ejercería ninguna forma de control social sobre las actividades económicas, y

b) el mantenimiento del orden social interno, de manera que los inversionistas pudieran tener la absoluta seguridad de que en el libre juego del mercado no intervendrían para nada las demandas de los trabajadores.

La puesta en marcha de la política económica de la dictadura, sobre estas bases se tradujo de hecho en un completo desmantelamiento de las propiedades del estado, y/o la adecuación de las agencias estatales y servicios públicos a los requerimientos del gran capital. En general todas las agencias del estado "tales como las Cajas de Previsión, Banco del Estado, e inclusive servicios, han estado realizando ajustes en su patrimonio que se acomodan a criterios de portafolio y de eficiencia financiera. En general, estos ajustes articulan el objetivo de que el estado no interfiriera en actividades económicas o estratégicas."³

Sobre las formas como la dictadura ha mantenido el orden social interno hay poco que agregar a lo ya muy conocido. La represión, el asesinato, la tortura, son cotidianos, tanto así que después de seis años de gobierno militar, la comunidad internacional sigue repudiando la constante violación a los derechos humanos en Chile. Pero el orden interno no se mantiene solamente con los aparatos represivos. La dictadura comprendió muy pronto que para lograr imponer su política al conjunto de la población, debía reprimir, controlar y acallar toda forma de opinión disidente sobre su proyecto político.

Desde un primer momento los medios de comunicación masiva se convirtieron en un objetivo estratégico de vital importancia para el gobierno militar. La minuciosa preparación del golpe de estado, contemplaba entre sus planes el silenciamiento inmediato de los medios de difusión afines al Gobierno Popular. Era preciso impedir a toda costa, cualquier forma de comunicación entre el gobierno y las masas. A pesar de la eficiencia militar desplegada el 11 de septiembre los generales golpistas no pudieron impedir que Salvador Allende dirigiera un último mensaje al país, que ha quedado profundamente grabado en la conciencia del pueblo chileno, como ejemplo de un compromiso revolucionario, que ninguna traición podía quebrar.

Los medios de comunicación masiva, fueron amordazados, bombardeadas sus instalaciones, asaltados sus centros de trabajo y asesinados, detenidos o perseguidos los miles de profesionales que en ellos se desempeñaban.

³ Thomas Dragger, *El Desmantelamiento del Pool de Empresas Estatales y la Concentración Económica en Chile*, (mimeo.), UAM, México 1979, p. 6.

² Fernando Dahse, ob. cit., p. 175.

Una vez en el poder, los militares golpistas, intentaron definir una política específica sobre medios de comunicación, acorde con el modelo económico que pretendían imponer a la nación.

En una primera etapa esta política se basó en el acallamiento, mediante la represión directa, de toda forma de expresión. Posteriormente, con el paso de los años, la dictadura fue dando forma a su estrategia comunicacional.

Los objetivos de este trabajo son exponer las líneas generales de esa política nacional de medios de comunicación y sus vinculaciones con el modelo económico vigente.

PRENSA

ESCRIBIR la historia de la prensa chilena después de 1973, significa hacer una larga referencia a decretos leyes, bandos militares, decretos supremos, artículos de ley, etc., que han constreñido severamente la libertad de expresión que la burguesía chilena tanto defendió para sí y de la que pudo hacer uso indiscriminado durante los años 1970-1973.

El mismo día del golpe de estado, las nuevas autoridades militares, anunciaron a través de los bandos 11 y 12, la clausura de todos los periódicos del país, con excepción de *El Mercurio* y *La Tercera*. De esta ordenanza militar, sólo sobrevivirían además de los ya mencionados, *Las Últimas Noticias*, *La Prensa*, *Tribuna*, y *La Segunda*, es decir todos los diarios que habían conformado la oposición al Gobierno Popular. Los cinco periódicos de circulación nacional que controlaba la izquierda fueron clausurados definitivamente. Estos eran *El Siglo*, *Puro Chile*, *Clarín*, *Las Noticias de Última Hora* y *La Nación*. Conjuntamente con estas medidas, la dictadura creó una oficina de censura de prensa, que tendría la tarea de revisar cuidadosamente toda la información que aparecería en los diarios con autorización para circular.

En un primer momento estas disposiciones fueron del agrado de los periódicos de derecha. Por obra y gracia de la autoridad militar, se había suprimido a un enemigo con el cual habían mantenido un violento combate ideológico, durante los años de la Unidad Popular. Pero a la burguesía le costaba acostumbrarse a las nuevas disposiciones de censura previa que restringían su accionar. En octubre de 1973, a menos de un mes del golpe militar, *El Mercurio*, en sus páginas editoriales, expresaba:

“El estado legal de guerra interna en el que el país se encuentra tiende a restringir la liber-

tad de comunicación entre las autoridades y el público. La garantía de éxito de ciertos operativos impone la reserva, en tanto que la búsqueda de la paz social exige eludir temas conflictivos, pero ninguna de esas dos limitaciones nos puede hacer olvidar que la autoridad suprema debe saber lo que piensa la ciudadanía y que esta última ha de estar impuesta de las verdaderas intenciones y propósitos de sus gobernantes. Para obtener dicha finalidad, es indispensable una comunicación social libre y ágil, aunque las circunstancias no permitan una plena libertad de expresión”⁴.

El Mercurio reconocía que la guerra que las Fuerzas Armadas habían emprendido contra el pueblo y su gobierno, era “legal”, reconocía también que “la garantía de ciertos operativos impone la reserva” y la historia ha demostrado fehacientemente el carácter de esos operativos de asesinatos, persecuciones, tortura y muerte. Pero el secular vocero de la reacción chilena, se preocupaba más en esos momentos por la existencia de una comunicación social libre y ágil, que por la suerte de miles de chilenos hacinados en las cárceles del nuevo régimen.

La dictadura era incapaz de satisfacer estas demandas. Dedicada a su tarea represiva, no podía permitirse el lujo de liberar a la prensa de las ataduras impuestas, aunque los periódicos tolerados proclamaban a los cuatro vientos su adhesión a los principios de la Junta Militar.

La eficiencia de la Oficina de Censura creada por la dictadura fue tal, que los diarios se fueron uniformando en sus informaciones hasta tal grado que no valía la pena leerlos. En febrero de 1974 quiebra el diario *La Prensa* órgano oficial de la democracia cristiana, acusando un déficit mensual de más de 16 millones de escudos. En el primer semestre del mismo año, desaparece *Tribuna* representante de los sectores de ultraderecha durante el Gobierno Popular. Su desaparición se debió a que ya no tenía una finalidad política que cumplir. El diario *Tribuna* había sido creado por el Partido Nacional, para cumplir las tareas sucias que la reacción se había propuesto en contra del gobierno de Allende. A través del sensacionalismo, la mentira y la diatriba el diario *Tribuna* intentó por todos los medios la desestabilización del gobierno constitucional.

A la dictadura no le preocupó demasiado la desaparición de más del 60% de los diarios

⁴ *El Mercurio Internacional*, 15 al 21 de octubre de 1973, Chile.

santiaguinos; aunque ante el quiebre y clausura de *La Prensa* hizo público su desagrado por la medida. A mediados de 1974, el general Gustavo Leigh explicó la posición de la Junta Militar con respecto a la prensa: "El diario *La Prensa* quebró económicamente y en el fondo ocurrió lo mismo con *Tribuna*, pues trató de aumentar su venta con el sensacionalismo. Yo creo que el periodismo está contribuyendo a sanificar a los chilenos al prescindir de noticias escandalosas. A la libertad de prensa le veo el mismo destino que a la libertad de precios. Ambos tenderán a balancearse de acuerdo a la demanda".⁵

Pero la demanda de diarios por los lectores chilenos es cada vez menor y la caída de la circulación llega a cifras abrumadoras. Durante el año 1972 el tiraje anual de los diarios chilenos llegó a 320 millones de ejemplares; a fines de 1975 esta cifra había caído en términos absolutos a 244 millones de ejemplares.

La dictadura comprendió muy pronto que la prensa estaba en desventaja ante la televisión y la radio. El régimen de autocensura, aplicado desde 1974 uniformó las informaciones e hizo perder todo interés por la lectura. Por otra parte, la prensa no tuvo la capacidad de cambiar su contenido hacia el "entretenimiento y diversión sanas" como lo han tenido que hacer la radio y la TV. La constatación de estos hechos va a presionar para que el régimen militar prefiera dejar los periódicos en manos de los grupos económicos más poderosos, sin intentar la intervención estatal. Es así como a principios del presente año la propiedad de los cinco periódicos de circulación nacional, se repartía de la siguiente manera:

1) *El Mercurio*, *Ultimas Noticias* y *La Segunda* son propiedad del grupo Edwards-Eastman, que a fines de la década de los sesenta fue el más poderoso de Chile. En la actualidad controla además: *El Mercurio de Valparaíso*, *La Estrella de Valparaíso*, *El Mercurio de Antofagasta*, *El Mercurio de Atacama*, *La Prensa de Tocopilla*, *La Estrella de Iquique*, la empresa *El Norte Sociedad Periodística Ltda.*, la *Sociedad Chilena de Publicaciones S.A.* y la *Editorial Lord Cochrane*.

2) *La Tercera*, periódico de mayor circulación actualmente es propiedad del grupo Picó-Cañas, que lo posee desde el año 1950.

3) *El Cronista* propiedad de la Junta Mili-

tar, reemplaza a *La Nación*, periódico que tradicionalmente perteneció al estado desde 1927.

Para completar el cuadro, habría que agregar la cadena SOPELUR (Sociedad Periodística del Sur), que posee seis diarios regionales, perteneciente al grupo Luksic, el sexto más poderoso del país.

Como se puede apreciar, la política de la dictadura en torno a la prensa es dejarla en manos de los grupos económicos más solventes que avalan sin restricciones la gestión gubernamental, guardando para sí *El Cronista*, no sin ciertas reservas por parte del grupo económico que asesora a la Junta Militar, que era partidario de su entrega a manos privadas. En mayo de 1979 se produjo la renuncia de Silvia Pinto, directora del periódico gubernista al conocer las opiniones de Pinochet en el sentido de que era partidario de una Radio y TV en manos del gobierno, pero no de la prensa, porque ésta sufre un constante desgaste y no tiene la repercusión informativa requerida.

De esta forma, la prensa chilena pasa por el momento más negro de su historia. Ahogada toda opinión disidente, inclusive la de la oposición burguesa, la lectura de los diarios se ha transformado en un hábito, que fomentado en el pasado, ha perdido en la actualidad toda significación.

Con cuatro de los periódicos de circulación nacional en manos de los grupos proclives a su política y el quinto bajo su absoluto control, la dictadura chilena pudo haber utilizado el medio para ampliar su base social de apoyo más allá de los sectores identificados con el gran capital. Para ello hubiera necesitado de un ministerio de propaganda organizado a la manera hitleriana y un Goebbels criollo que lo dirigiera, pero el gobierno militar no ha sido capaz de crear ni lo uno ni lo otro.

INDUSTRIA EDITORIAL

EN la cuestión editorial es donde se expresa con mayor fuerza la política de aniquilamiento cultural que la dictadura ha llevado a cabo en Chile. Muy a su pesar, la Junta Militar chilena fue conocida internacionalmente por las quemadas de libros realizadas durante los primeros meses de su gobierno. Ha sido difícil cuantificar el número de libros consumidos por las hogueras de la dictadura, sólo se puede afirmar que en la Editorial Quimantú, perteneciente al estado, se eliminaron más de tres millones de volúmenes.

⁵ *Ercilla*, 17 al 23 de abril de 1974, Santiago, Chile.

Después de más de seis años de gobierno militar, las hogueras han cesado, para ser remplazadas por innumerables decretos leyes que imponen la censura, la autocensura, la requisición, la prohibición de importaciones, etc. todo lo cual ha configurado un verdadero "apagón cultural" cuyas dimensiones son difíciles de precisar con exactitud, pero que permiten afirmar que a lo largo de la historia de Chile nunca se había realizado una tarea tan devastadora y oscurantista contra las manifestaciones culturales del pueblo.

Chile tenía una larga tradición editorial, que había colocado al país entre los primeros en América Latina, si tomamos en consideración la relación entre títulos publicados y número de habitantes. Los datos recogidos por *Unesco*, demuestran la magnitud que asume en la actualidad el problema editorial:

CUADRO 1

Cantidad de títulos editados en Chile 1965-1978

| Año | N. de títulos | Año | N. de títulos |
|------|---------------|----------------------|---------------|
| 1965 | 1 497 | 1971 | 1 090 |
| 1966 | 1 478 | 1972 | 997 |
| 1967 | 1 556 | 1973 | 652 |
| 1968 | 1 546 | 1974 | 796 |
| 1969 | 1 100 | 1975 | 618 |
| 1970 | 1 370 | 1977/78 ^a | 172 |

Fuente: *UNESCO, Anuario Estadístico*

a. Se incluye sólo el primer semestre de 1978

Las cifras que aparecen en el cuadro son bastante elocuentes. Pero podría pensarse que, coherente con su política de apertura a las importaciones, la dictadura se hubiese preocupado de sustituir las publicaciones hechas en el país por publicaciones extranjeras, seleccionadas según sus particulares criterios. Lamentablemente las cosas tampoco han marchado por ese lado y el análisis de los últimos nueve años de importaciones de libros y revistas, demuestra una violenta caída también en este rubro.

CUADRO 2

Importaciones de libros y revistas 1969-1977

| Año | Miles de dólares | Año | Miles de dólares | Año | Miles de dólares |
|------|------------------|------|------------------|-------------------|------------------|
| 1969 | 12 000 | 1972 | 10 800 | 1975 | 6 100 |
| 1970 | 11 300 | 1973 | 7 200 | 1976 ^a | 3 400 |
| 1971 | 12 400 | 1974 | 6 500 | 1977 ^a | 2 144 |

Fuente: Cámara de Comercio de Santiago. Citado por Pelayo Sala B. en *Jornadas del Libro y la Cultura*, Editorial Universitaria, Santiago, 1979.

a. Sólo incluye primer semestre de 1977.

Esto significaría que la actividad editorial en Chile cayó un 88.5% con relación al año base de 1965. Por su parte los editores agrupados en *La Cámara Chilena del Libro* estiman que las importaciones de libros han disminuído a lo largo de los nueve años estudiados en más de un 65%.

Vistas estas cifras no deja de resultar cómico lo afirmado por el Ministro de Educación del gobierno militar, contralmirante Luis Niedmann: "Estamos ciertos que Chile recobrará muy pronto su lugar de vanguardia entre los países lectores de habla hispana, respondiendo así al imperativo de nuestra hora, a nuestra tradición cultural y a las expresas instrucciones de S.E. el Presidente de la República".⁶

La herencia cultural traicionada

Como decíamos anteriormente, la magnitud de la destrucción cultural resulta difícil de evaluar en los marcos de este trabajo. Tomemos, simplemente con fines comparativos, la labor que desempeñó la editorial *Quimantú*, perteneciente al Gobierno chileno, durante el breve período que transcurre entre febrero de 1971 y septiembre de 1973.

A comienzos de 1971 el gobierno de Salvador Allende adquirió los talleres de la *Editora Zig-Zag*, con el propósito de crear una nueva editorial que tuviese como misión "servir al desarrollo cultural de Chile, especialmente a los sectores marginados de la lectura, recogiendo las ricas tradiciones de nuestro pueblo y lo más valioso del pensamiento y la literatura universales".⁷

La *Editorial Nacional Quimantú*, orientada bajo estos principios editó millones de ejemplares. La mayoría a precios tan reducidos que podrían competir fácilmente con los más baratos del mercado. Las obras de Chejov, García Lorca, Andreiev, Gorki, Alan Poe, T. Mann, H.G. Wells, Gogol, Hemingway, Puskin, M. Twain, J. London, Dostoyewski, entre muchos otros magnos representantes de la literatura universal fueron difundidas por toda la república. La obra de autores chilenos de la talla de Baldomero Lillo, Nicomedes Guzmán, Francisco Coloane, Manuel Rojas y muchos otros, fueron impresas en diferentes formatos, como parte de colecciones diversas, todas ellas al alcance del gasto popular.

⁶ Discurso del ministro de Educación, contralmirante Luis Niemann. En el libro *Jornadas del Libro y la Cultura*, Ed. Universitaria, Chile, 1979, p. 15.

⁷ Sergio Maurin, *Los crímenes culturales en el campo editorial*. Declaraciones al Tribunal de Helsinki.

Veamos como se repartía esta gigantesca labor editorial: "La colección *Minilibros* lanzaba semanalmente ediciones de 80 000 a 120 000 ejemplares de un título de literatura universal o chilena. El mismo género abarcaba la colección quincenal *Quimantú para todos*, con tirajes de 30 000 a 50 000 ejemplares. La colección *Nosotros los chilenos* aparecía con más de 25 000 ejemplares dos veces al mes, mostrando facetas desconocidas o ignoradas de la vida, trabajo y costumbres de nuestro pueblo. La colección *Camino Abierto* ofrecía obras de divulgación y análisis de los problemas más palpitantes de la actualidad nacional e internacional, en tiradas fluctuantes entre 7 000 y 20 000 volúmenes. Iguales cifras tenía *Clásicos del Pensamiento Social*, que entregaba obras fundamentales en el campo del pensamiento marxista. *Cuncuna*, única colección de cuentos para niños que ofrecía una editorial chilena, incluía lo mejor de la literatura infantil con lanzamientos de 20 000 a 40 000 ejemplares. La vida, pensamiento y obra de próceres del continente se recogían en *Figuras de América*, que en 10 000 a 15 000 ejemplares alcanzó a difundir títulos dedicados a Bolívar, Sucre, Artigas, Carrera y Sandino, quedando en prensa la obra de Emiliano Zapata.⁵⁸

Sin embargo, la gran tarea editorial de *Quimantú* no se limitó a la impresión de las obras mencionadas. En su corta existencia, la editorial instaló 38 librerías en los Asentamientos Campesinos, donde nunca antes había llegado una obra impresa y 94 librerías sindicales, operadas por sus propios trabajadores con la asesoría de *Quimantú*.

Todo este trabajo cultural en beneficio de las grandes mayorías, fue considerado altamente subversivo por las nuevas autoridades militares. Desde el mismo 11 de septiembre las tropas de la dictadura se dedicaron a destruir sistemáticamente los productos culturales de las editoriales consideradas adictas al Gobierno de la Unidad Popular. La editorial *Quimantú* fue asaltada siendo destruido ese mismo día más de un millón de obras que esperaban su distribución. Editoriales que habían hecho una labor encomiable, tales como *PLA* y *Austral*, fueron destruidas. Las maquinarias de la editorial *Horizonte*, perteneciente al Partido Comunista de Chile, fueron incautadas y sus trabajadores detenidos.

Además de la total destrucción de las obras almacenadas, de la quema de archivos históri-

cos, manuscritos en proceso de edición etc., la dictadura prohibió la impresión de las 12 publicaciones periódicas de la editorial estatal, que al momento del golpe tenían una tirada conjunta de un millón 800 000 ejemplares por mes.

La tarea cultural de la Junta Militar

En una primera etapa el gobierno militar dicta una serie de medidas que reprimen directamente la actividad editorial. Entre éstas podemos mencionar:

- a) desconocimiento del derecho a emitir, sin censura previa, opiniones de palabra o por escrito;
- b) censura para la importación y comercialización de libros, impresos y revistas;
- c) restricción a la circulación, remisión y transmisión de escritos, impresos y noticias.

En noviembre de 1973 la dictadura dió apariencia legal al despojo que había realizado contra la industria editorial. Se dictó el Decreto Ley N. 77 que estableció que todos los bienes pertenecientes a colectividades políticas integrantes del depuesto régimen, debían pasar a manos del fisco.

Con esta disposición la editorial *Quimantú* pasó a ser propiedad del nuevo gobierno bajo el nombre de *Editorial Gabriela Mistral*. La dictadura inició varias publicaciones destinadas a difundir "los principios del nuevo régimen", con tan poca fortuna que al cabo de un corto período la Editorial Nacional debió ser vendida a particulares, quienes la explotan actualmente sin mayor éxito.

En diciembre de 1975 la política represiva de la dictadura con respecto a los medios de comunicación social se hace más explícita al dictar el Decreto 1 281 que modificaba la Ley de Seguridad del Estado. Este decreto faculta al Jefe de la Zona en Estado de Emergencia para:

"suspender la impresión, distribución y venta, hasta por seis ediciones, de diarios, revistas, folletos e impresos en general y las transmisiones —hasta por seis días— de las radiodifusoras, canales de TV, o de cualquier medio análogo de información, que emitan opiniones, noticias o comunicaciones tendientes a crear alarma o disgusto en la población. En caso de reiteración —prosigue el mencionado decreto— podrá disponerse la intervención o censura de los respectivos medios de comunicación, de sus talleres e instalaciones".⁹

⁹ Emilio Filippi, *Libertad de Pensar, Libertad de Decir*, Ediciones CISEC, Santiago de Chile, 1979, p. 63.

⁸ Sergio Maurin, ob. cit., p. 209.

Fue tan violento el alud de críticas que recibió el Decreto 1 281, que la dictadura debió tratar de explicar lo inexplicable. Dos años después para desanimar a los que aún insistían en recuperar una parte de las libertades tradicionales, se emitió el bando N.107 en el que se establecía que:

"(...) la fundación, edición, publicación, circulación, distribución, y comercialización en cualquier forma de nuevos diarios, revistas, periódicos e impresos en general, deberán contar con la autorización previa de la Jefatura de Zona en Estado de Emergencia; asimismo la importación y comercialización de toda clase de libros, diarios, revistas e impresos en general, estarán sujetos a censura previa."¹⁰

Durante este tiempo y con base en estas disposiciones, la democracia cristiana sufre severos golpes por parte del gobierno militar. En abril de 1975 el libro de Claudio Orrego Vicuña *Un ideal en la Historia* es reducido a pulpa por ser considerado "atentatorio contra la armonía y la seguridad del país, razón por la cual el material fue requisado". Pero no sólo el libro fue destruido, sino que además Radio Balmeada propiedad del mismo partido democristiano, recibió una clausura de 10 días por hacer comentarios sobre el mismo. Siete meses más tarde la revista *Política y Espíritu* que dirigía Jaime Castillo Velasco fue clausurada por el general Rolando Garay por considerar que la mencionada publicación contenía artículos que distorsionaban la realidad nacional, perjudicando la imagen exterior del país.

Así puestas las cosas, entre bandos, decretos y atropellos de facto, la autoridad castrense va desarrollando su actividad cultural, que en esencia es la negación misma de toda cultura.

Finalmente para culminar con este conjunto de medidas represivas hacia la industria editorial, se derogó la exención al IVA (impuesto al valor agregado, que en el caso de Chile es de 20%) de la que pudieron gozar por un tiempo los propietarios de editoriales. La aplicación del IVA significó un encarecimiento desmedido en el precio de los libros, revistas e impresos, con lo cual se produjo el cierre de más de 40 librerías de la capital. A pesar de que las arcas del gobierno militar recogieron en un año alrededor de 220 millones de pesos por concepto del IVA aplicado a los impresos, sólo el 5.1% se había reinvertido en el mismo rubro.

Todas estas medidas terminaron por sepultar la tarea editorial del pasado. Las nuevas edi-

toriales tienen como meta básica el éxito comercial y el consiguiente enriquecimiento de sus propietarios.

TELEVISION

La televisión chilena comenzó su tarea en el año 1960, pero adquiere su madurez en 1962 con motivo de la realización en el país del Campeonato Mundial de Fútbol. Desde sus inicios fue un medio restringido a las universidades y al estado.

La importancia de la T.V. como canal de difusión de ideas políticas quedó demostrada en Chile, a raíz de su utilización en el proceso electoral que llevó al gobierno a Salvador Allende. La democracia cristiana, entonces en el poder, comprendió mejor que nadie las posibilidades que se podían derivar del empleo de la T.V. por parte del nuevo gobierno. Como el candidato triunfante requería de la ratificación del Congreso Nacional —al no haber obtenido la mayoría absoluta— el partido demócrata-cristiano condicionó su apoyo a la aprobación de una serie de "garantías constitucionales", dentro de las cuales incluyó un proyecto de ley que enmarcaba bajo preceptos legales la actividad de la televisión estatal.

Esta ley N. 17 377, aprobada sobre la marcha en octubre de 1970, establecía:

- 1) La televisión no estará al servicio de una ideología determinada.
- 2) Sólo se podrán operar los canales ya existentes.
- 3) La tarea de supervigilar y fiscalizar la actividad televisiva del estado estará a cargo de un Consejo Nacional de Televisión, en el que el gobierno participará como un miembro más.
- 4) Se otorgarán espacios de comunicación política a los partidos opositores, al gobierno y al parlamento.
- 5) Se establecerá el derecho a réplica.
- 6) Se prohibirá la difusión de propaganda política fuera de los espacios legales para ella fijados.

Indudablemente esta ley que restringía severamente la influencia que el Gobierno Popular podía ejercer a través de la televisión, tal como lo había hecho el gobierno de Frei, sirvió para que la oposición impulsara una gigantesca ofensiva ideológica dirigida a minar la base social del gobierno de Unidad Popular.

Con el golpe militar del 11 de septiembre la T.V. Nacional fue puesta bajo control militar de la Fuerza Aérea, asumiendo la dirección el

¹⁰ Emilio Filippi, ob. cit., p. 75.

coronel Eduardo Sepúlveda. En esta ocasión los sectores democristianos que habían impulsado la aventura golpista, tratando de sacar las castañas con la mano del gato, no tuvieron la suerte de conseguir un estatuto de garantías como lo habían hecho anteriormente.

La dictadura comprendió de inmediato la vital importancia que tenía el control del sistema televisivo. Durante los primeros meses los canales continuaron sus emisiones, con el escaso material que pudo sortear la censura militar. Desde septiembre de 1973, la legislación sobre T.V. y radiodifusión va a tener un tratamiento especial y diferente con respecto a los otros medios de comunicación. La dictadura quiere reservarse especialmente la T.V. como medio estatal, bajo su absoluto control, vislumbrando la importancia de su carácter masivo, su rapidez y su extensión territorial.

A pesar del evidente interés por controlar y mantener bajo su égida el sistema televisivo chileno, la Junta Militar debía resolver la contradicción entre la existencia de un monopolio estatal de la T.V. y los principios de la "economía social de mercado". La fórmula encontrada fue mantener la exclusividad de las estaciones de T.V. para las universidades y el estado, tal como había sido siempre, pero con la salvedad de que éstas debían autofinanciarse. Con esta medida la contradicción antes señalada, quedaba obviada porque por una parte permitía a las universidades continuar con su tarea, cuestión que de no haber sido así habría generado una nueva oleada de críticas y tras el aparente interés por lo cultural, el gobierno militar se aseguraba a través de sus "rectores delegados" que los canales universitarios no se transformarían como en el pasado en una fuente de oposición y críticas. Por otra parte, el "autofinanciamiento" sólo podía operar mediante el concurso de la publicidad, dado que desde 1976 las estaciones universitarias no pudieron recibir apoyo financiero de sus instituciones, por prohibición expresa de la Contraloría General de la República.

Con la modalidad de una televisión estatal y universitaria, autofinanciada, la dictadura no hacía otra cosa sino poner la totalidad de los canales de T.V. bajo la fiscalización de la publicidad, controlada en su mayoría por el gran capital.

Además de esta "fiscalización de mercado" ejercida por la publicidad, la autoridad militar utilizará el Consejo Nacional de Televisión antes creado, para cumplir tareas de control, sólo que con una composición modificada, dentro de la

cual la opinión estatal es completamente dominante. El nuevo organismo quedó integrado por: el Ministro de Educación, que lo preside, dos Ministros de la Corte Suprema, los rectores de las universidades y aunque parezca redundante un representante directo del presidente, que es un miembro de la DINACOS (Dirección Nacional de Comunicación Social).

En el mes de mayo de 1979 la política comunicacional del gobierno militar se afina aún más en lo referente a la televisión, al hacer pública la nueva ley de telecomunicaciones. El subsecretario de Telecomunicaciones ratificó que en el país no se autorizará la instalación de estaciones privadas de T.V. Para el teniente coronel Gerson Echavarría: "se trata de que las telecomunicaciones queden insertas dentro del juego de la libre competencia, manteniendo para el estado un rol puramente subsidiario".¹¹

El carácter no privado de la televisión era mantenido debido a que en la opinión del gobierno militar se necesitaba disponer de un medio para difundir materias de su responsabilidad como: soberanía, chilenidad, cultura e información. "Como la T.V. tiene gran impacto en el comunidad, debe ser usada para estos fines. Pero —advertía el subsecretario— para ofrecerle programas alternativos a los espectadores, se contempla que en cada región existan uno o más canales en manos de las universidades".¹²

Con estas medidas, formuladas a nivel de "anteproyecto constitucional", el gobierno militar coloca a la T.V. y a la Radiodifusión bajo un tratamiento diferente, que no incluye el principio de privatización, imperante para los demás medios. Lanzado el sistema televisivo chileno al autofinanciamiento, en enero de 1975, el único favorecido en términos de inversión publicitaria ha sido el canal nacional, que anunciaba a finales de 1977, que un 95% de su financiamiento provenía de la publicidad. Los canales universitarios, excepción hecha de Canal 13 de la Universidad Católica, han resultado muy rezagados en este aspecto.

Este retraso en términos de inversión publicitaria significó para los canales no favorecidos la imposición de una política drástica de reducción de personal, principalmente entre los años 75 y 78. En el año 1975 se detectaron más de 600 desempleados sólo en las plantas de personal de los canales de T.V. y sobre 1 500 entre los catalogados como "free lancers". Pese a estas me-

¹¹ Hoy, No. 105, Santiago, Chile, p. 23.

¹² Hoy, ob. cit., p. 25.

didadas, los canales 4 y 9 trabajan en la actualidad con pérdidas significativas lo cual los mantiene constantemente ante el riesgo de desaparecer. En el caso del canal 9 de la Universidad de Chile, el peligro de quiebra fue evitado en 1978 gracias a una erogación de 2 millones de dólares hecha por el Ministro de Hacienda, pero en cambio la Universidad de Chile perdió el control del canal en beneficio del mencionado ministerio.

CUADRO 3

Facturación y segunda mensual en TV (octubre de 1978)

| Canal | Miles de segundos | Miles de dólares |
|------------------------------|-------------------|------------------|
| Nacional | 183 | 3 688 |
| 13 Universidad Católica | 168 | 2 243 |
| 4 Universidad Católica de V. | 108 | 285 |
| 9 Universidad de Chile | 77 | 212 |
| Total | 536 | 6 628 |

Fuente: Raquel Salinas Bascur, *El sistema de comunicaciones en Chile: Bases legales, características y formas de funcionamiento*, mimeo.

El poner a funcionar las estaciones de T.V. bajo los imperativos de la publicidad ha significado el retorno al país de las grandes agencias norteamericanas, que habían disminuido considerablemente durante los años 70-73. Por otro lado, el desarrollo de la publicidad y sus influencias en la programación de la T.V. ha implicado un vuelco en las proporciones entre programación nacional y extranjera. Ha sido tan brutal el aumento en los porcentajes de material importado, que el propio Consejo Nacional de Televisión ha debido bajar el porcentaje mínimo de programación nacional exigido, de un 40 a un 25%, para que las transgresiones no fuesen tan flagrantes.

El siguiente cuadro nos muestra la relación entre programación nacional e importada, durante el periodo comprendido entre 1972 y 1978.

CUADRO 4.

Relación entre programación nacional e importada en TV (Porcentajes)

| Canales | 1972 | | 1974 | | 1978 | |
|-------------------|------|------|------|------|------|------|
| | Nac. | Imp. | Nac. | Imp. | Nac. | Imp. |
| Nacional | 65 | 35 | 26 | 74 | 34 | 66 |
| 9 Univ. de Chile | 27 | 73 | 42 | 57 | 22 | 78 |
| 13 Univ. Católica | 62 | 38 | 35 | 65 | 32 | 68 |

Fuente: Compilado con base en informaciones recogidas de las revistas *Ercilla* y *Hoy*.

Regidos por un criterio puramente comercial los canales de televisión han debido optar por la programación envasada en el extranjero, lo cual se traduce en un aumento de la dependencia cultural, área en la que se habían logrado importantes avances durante los años del Gobierno Popular.

La política de autofinanciamiento impuesta a las estaciones de T.V. por la dictadura, ha hecho de Chile el limbo del quehacer publicitario subdesarrollado. La lucha por conseguir el financiamiento derivado de la publicidad ha modificado sustancialmente el contenido de los programas de televisión. Los programas de crítica política: foros, mesas redondas, comentarios, etc., que atrajeron la atención de miles de chilenos durante los años 68 a 73 han desaparecido absolutamente para dejar lugar a programas de "entretención" que cumplen con una evidente finalidad de difusión ideológica.

En el año 1977 los contenidos de la T.V. chilena se distribuían del siguiente modo:

CUADRO 5.

Contenidos de la TV chilena (Promedio mensual de horas 1977)

| Contenido | Tiempo | | % del total |
|--------------------------|--------|---------|-------------|
| | horas | minutos | |
| Educativo | 40 | 37 | 3.06 |
| Cultural | 78 | 03 | 5.88 |
| Infantil | 126 | 51 | 9.55 |
| Periodístico | 176 | 52 | 13.32 |
| Entretención | 809 | 44 | 60.99 |
| Publicidad comercial | 89 | 46 | 6.76 |
| Publicidad institucional | 5 | 45 | 0.43 |
| Total | 1 327 | 38 | 100 |

Fuente: Raquel Salinas Bascur, *El sistema de comunicaciones en Chile*.

Ya en 1974 las autoridades castrenses se habían encargado de precisar que la televisión pasaría a cumplir un papel verdaderamente importante en el nuevo régimen. Su tarea no será la de "concientizar" sino simplemente la de entretener y liberar al hombre de sus tensiones.

Bajo estos presupuestos la T.V. chilena organizará sus contenidos, con base en la importación masiva de series policiales, shows musicales, telenovelas, espectáculos deportivos, festivales, etc. En 1977 el Consejo Nacional de Televisión, preocupado por la ausencia de "programas culturales, dispuso que todos los canales deberían establecer una *Franja Cultural*, de una duración no inferior a una hora en la cual deberían tener cabida programas hechos en el país." No obstante las buenas intenciones del Consejo Nacio-

nal de T.V. el "análisis de las 204 horas correspondientes a la *Franja Cultural*, muestra que un 76% de ellas correspondió a programas envasados."¹³

RADIODIFUSION

Pocos medios de comunicación jugaron un papel tan importante para el gobierno de Allende como la radiodifusión chilena. Desgraciadamente su concentración mayoritaria en manos del gran capital, expresado en violenta oposición política, marcó una tendencia contraria al Gobierno Popular y a cada una de sus medidas, políticas y acciones.

Existían al momento del golpe de estado 180 estaciones de radiodifusión. De estas sólo 40 eran de izquierda o estaban bajo la tutela del gobierno.

Con el advenimiento de los militares estas 40 radioemisoras fueron clausuradas y traspasadas al patrimonio de Radio Nacional, antes Corporación de propiedad del Partido Socialista. Actualmente Radio Nacional conforma la cadena más poderosa del país, controlando 49 emisoras, de un total de 203. En esta cifra se incluyen las estaciones universitarias, que dependen de los rectores delegados designados por la autoridad militar. Si bien la cadena radial gubernista, controla sólo un 24.1% del total de la sintonía, su poder real es abrumador si consideramos que su potencia conjunta excede los 1500 Kw., lo que constituye un 83% de la potencia total en funcionamiento en el país.

La concentración de la radiodifusión en manos del estado, nos replantea nuestra hipótesis de que radio y T.V. están bajo una política comunicacional diferente a los demás medios, producto de su mayor alcance y poder de penetración. La tendencia es hacia un total control y administración por el gobierno militar, más específicamente por las Fuerzas Armadas.

Si bien la dictadura no tuvo vacilación al clausurar toda emisora que hubiera estado comprometida con el gobierno de Unidad Popular, pronto la represión alcanzó también a los sectores de la burguesía proclives al golpe, que manifestaban reticencias en relación al proyecto político de la Junta Militar. Es así como la demócraciacristiana, luego de sucesivas clausuras temporales ve a Radio Balmaceda, la más poderosa radioestación de las que controlaba, clausurada definitivamente en 1977.

En 1978 Radio Cooperativa Vitalicia, también de tendencia demócraciacristiana, pierde la concesión de 8 estaciones de un total de 10. Los motivos aducidos por la autoridad hacen referencia a cuestiones de carácter técnico y al término de los plazos legales de utilización de frecuencias.

En 1976 se dicta un decreto confiscatorio en contra de Radio del Pacífico, que contaba entre sus accionistas al Partido Radical, siendo traspasados sus haberes a Radio Nacional.

Por su parte el Arzobispado de Santiago, que controla Radio Chilena, entrega la concesión a la Orden Salesiana, debido a que el equipo de laicos que la había manejado no pudo mantenerla a un nivel de solvencia económica.

Las demás radioemisoras han estado regidas por el mayor censor que es la "autocensura". El inminente peligro de las clausuras temporales y el cierre definitivo han significado que muchas de ellas se hayan adherido a la política de la dictadura.

El financiamiento mediante la publicidad comercial o estatal, ha hecho que las radioemisoras deban reducir su costo de operaciones. Lo que antes se dedicaba a espacios informativos, ha sido remplazado por programas de "gusto popular". Con respecto a la publicidad, el sistema radial chileno se ha visto en natural desventaja, con relación a la televisión. En 1975 el 70% de la inversión publicitaria era canalizada hacia la T.V. El 30% restante era repartido entre los restantes medios. A finales de 1978, la inversión publicitaria en radio sólo llegaba al 11%.

La dictadura de una u otra manera ha fomentado el proceso de concentración monopólica de la radiodifusión, fenómeno ya conocido en la realidad chilena, pero que después de 1973 se ha agudizado.

Las principales radioemisoras en el espectro nacional, son actualmente:

Radio Minería, con 5 estaciones a lo largo del país, propiedad del grupo Cruzat-Larrain, el más importante por el número de empresas que controla y por los capitales que maneja.

Radio Agricultura. Mantiene 5 estaciones de radio en el territorio nacional. Esta emisora fue la tradicional vocera de los terratenientes chilenos agrupados en la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA). Actualmente pertenece a Publicación y Difusión Ltda.

¹³ Raquel Salinas Bascur, *El sistema de comunicaciones en Chile*, (mimeo.), Chile, 1980, p. 29.

Radio Portales, con 3 estaciones en el país es propiedad del grupo BHC (Banco Hipotecario de Chile), segundo grupo más poderoso del país. Este grupo controla además el 100% del patrimonio de *Radioemisoras Unidas S.A.* y *Radiodifusora Latinoamericana S.A.*

Radio Chilena, con 3 estaciones a lo largo de la república, es propiedad del Arzobispado de Santiago.

Esta tendencia a la monopolización de la radiodifusión, se va a acrecentar en el futuro con la nueva Ley de Telecomunicaciones, que cambia el sistema de concesiones por el de licitaciones públicas, en las que obviamente los sectores económicos más poderosos tienen las mayores posibilidades de asegurarse los espacios radiales.

A pesar del cambio de las concesiones radiales a las licitaciones públicas, la dictadura no está dispuesta a dejar el férreo control que ejerce sobre la actividad radial. En 1977 se crea la Subsecretaría de Telecomunicaciones que queda encargada de la centralización de la radio y la televisión. Este organismo "tendrá como misión controlar, dirigir, organizar y coordinar las telecomunicaciones dentro y fuera del territorio nacional". Posteriormente, en 1978 se dicta el decreto supremo N 423, que fija la Política Nacional de Telecomunicaciones. En este decreto se anuncia la creación de un Consejo Nacional de Radio y T.V. que será un organismo presidido por un representante directo del presidente de la República. De esta manera, la política de la Junta Militar, con respecto a la radiodifusión es centralizarla bajo organismos fiscalizadores y controladores emanados directamente del gobierno.

Si bien podemos afirmar que la radiodifusión chilena, al igual que la prensa y la industria editorial, está en gran parte controlada por sectores económicos insertos en el modelo de dominación imperante, hay que señalar que desde los inicios del régimen ha existido una pugna entre estos grupos económicos y el aparato estatal. La empresa privada presiona al régimen para que se le entregue el control total de la radiodifusión, aduciendo su capacidad y experiencia en la movilización de la opinión pública.

La ARCHI (Asociación de Radiodifusores Chilenos), que reúne a los propietarios de estaciones de radio, logró tras una larga batalla ser incluida en la subcomisión encargada de crear un anteproyecto de estatuto jurídico de los medios de comunicación. Los trabajos de esta subcomisión finalizados en 1975, debían servir de

base para su incorporación y aprobación en la "nueva constitución" que prepara la dictadura. Sin embargo, todas las disposiciones que de esta fecha en adelante han sido tomadas por el gobierno militar, han desvirtuado completamente el sentido de las proposiciones adelantadas por la subcomisión mencionada.

CINE

Hablar de cine chileno hoy en día es hablar de la producción de los cineastas exiliados. La gran mayoría de los directores, técnicos y trabajadores de la cámara debieron salir del país y empezar a crear en el exterior.

Desde 1973 hasta la fecha se han producido 22 largometrajes y 33 medianos y cortometrajes en el extranjero. El cine chileno se ha vinculado a la rica experiencia cinematográfica de países como Francia, Cuba, y México, para mencionar sólo algunos. En la diáspora chilena se destacan directores de la talla de Patricio Guzmán, Helvio Soto, Miguel Littin, Raúl Ruiz y muchos otros. Mientras tanto en el Chile de la dictadura, durante el mismo tiempo se han producido dos largometrajes, ambos estrenados durante el año 1979: *Julio Comienza en Julio* del director Silvio Caiozzi y *El Zapato Chino* de Cristián Sánchez.

Pero creer que todos los talentos creadores están en el exilio es simplificar la cuestión. Si bien es cierto que hay un numeroso éxodo de cineastas, producto de las condiciones políticas imperantes, el hecho de que actualmente Chile sea un país sin imagen visual, se debe además a muchas otras causas.

Las razones que limitan la producción cinematográfica, son similares a las que sufren todas las expresiones culturales bajo la dictadura: rígida censura, falta de apoyo financiero, tanto estatal como privado, y altos gravámenes a la producción fílmica, que suelen llegar hasta un 22%.

El cine chileno sale a la luz pública en la primera década del siglo. En 1910 se filma la primera película argumental *Manuel Rodríguez*. Por los años veinte, la producción nacional es de aproximadamente 10 filmes anuales. En 1934 se inaugura la etapa del cine sonoro, con el largometraje *Norte y Sur* de Jorge Délano.

No obstante esta temprana producción, el impulso definitivo a la cinematografía empieza en 1942, año en que CORFO creada en la época del Frente Popular que llevó al gobierno de Pedro Aguirre Cerda, funda CHILE-FILMS, con la

canalización de aportes fiscales. El cine chileno recomienza su existencia con renovado entusiasmo, pero es hasta los años sesenta cuando llega a su mayoría de edad. Por una parte se funda *Cine Experimental*, bajo el alero de las universidades con lo cual el cine documental va a recibir un impulso significativo. Además en 1967 se aprueba la Ley del Cine que permite mayores facilidades a un grupo de directores que por esa época se inician: Helvio Soto, Alvaro Covacevic, Raúl Ruiz, Miguel Littin, entre otros.

La ley N.16.617 promulgada ese año significa la liberación de impuestos para la internación de equipos fílmicos, los cuales estaban sujetos a altos gravámenes aduaneros. La mencionada ley también exime de impuestos a las exhibiciones de películas nacionales. Los tributos recaudados en las salas de proyección son devueltos al productor.

Ambas medidas van a incidir en el aumento de la producción cinematográfica, la cual muchas veces es llevada a cabo en las mínimas condiciones posibles. La Junta Militar toma bajo su cargo CHILE-FILMS y de inmediato es despedido gran parte del personal, llegando la reducción de este a un 40% durante el primer año de gobierno.

CHILE-FILMS queda bajo la presidencia del general(r) René Cabrera, quien afirmaba: "Un país sin imagen visual disminuye la imagen de su soberanía. Debe definirse una política cultural en que el cine esté en el centro para afirmar los valores de la nacionalidad."¹⁴

Entre 1973 y 1975 CHILE-FILMS se dedica fundamentalmente a producir documentales para el gobierno militar, que tienen como destino ser material de apoyo a las embajadas. Así una de sus primeras tareas fue filmar el *Libro Blanco*, versión de las autoridades castrenses sobre los supuestos atropellos a la libertad que se habían realizado durante los mil días de la Unidad Popular.

Junto a esta tarea de apoyo ideológico a la imagen exterior de la Junta Militar, CHILE-FILMS se convierte en productor de "spots" publicitarios, destinados principalmente a la TV.

En 1975 el estado llama a licitación pública para vender la empresa, que es adquirida por el empresario Luis Gana Matte, en 8 millones 300 mil pesos.

El nuevo propietario declara que sus objetivos serán: abaratar la producción de "spots" publicitarios y dar cabida a las producciones para T.V. En el mismo año el cerco contra la producción fílmica se acentúa con la derogación de la Ley N.16.617, por lo cual los productores y directores quedan definitivamente sin apoyo económico comercial, ni institucional.

El cine chileno floreció con el apoyo estatal y universitario. Este último se dedicó básicamente a formar profesionalmente a los directores y técnicos y a explorar nuevas vetas como es el caso del cine documental.

En 1979 la Escuela de Cine de la Universidad Católica cierra sus puertas hasta nuevo aviso. A pesar de que allí se estaban produciendo más que nada cortometrajes, muchos de los cuales nunca pudieron ser exhibidos. Uno de los últimos egresados de esta escuela señala que dada la censura aplicada (5 películas en 1978), se consultó a las autoridades para que explicaran qué se podía filmar: "Nos dijeron que no a la violencia, no al sexo, no a la pobreza."¹⁵

Sin embargo la política de la Junta Militar es clara y taxativa al respecto. La cultura debe ser asumida por la empresa privada.

Es el concepto nuevo de la "cultura-negocio", que en la práctica implica que los artistas sean auspiciados y publicitados por empresarios que "hagan rentable" su trabajo.

El estado, dice el Director de Extensión Cultural del Ministerio de Educación, Germán Domínguez, "tiene otras prioridades en materia de gastos sociales como la vivienda y la salud, que debe atender con más urgencia".¹⁶

Dadas las dificultades económicas, la inflexible censura, más el auspicio y patrocinio de la empresa privada, es difícil pensar que la actividad cinematográfica pueda resurgir, o siquiera remontar esta etapa.

La dictadura está próxima a cumplir siete años. El gigantesco poder, que usurpó al pueblo para volverlo en contra de éste, se ha empezado a resquebrajar.

Desde 1977 el movimiento de masas chileno vuelve a dar signos de vida. Las contradicciones al interior del bloque de clases hegemónicas

¹⁴ *Ercilla*, 31 de octubre al 6 de noviembre de 1973, Santiago, Chile, p. 45.

¹⁵ *Hoy*, No. 85, Santiago, Chile, p. 45.

¹⁶ *Hoy*, No. 111, Santiago, Chile, p. 42.

han llegado a ser manifiestas. La tan proclamada unidad monolítica de las Fuerzas Armadas, no existe.

Pero lo más importante es que en Chile se ha perdido el miedo a la represión. El movimiento sindical y amplios sectores de las masas: estudiantes, empleados, mujeres, pobladores, intelectuales, artistas, pequeños empresarios, etc., han empezado a manifestar sus opiniones desbordando el marco dictatorial.

Las masas chilenas resurgen de su reflujó buscando nuevas formas de organización y de combate sin desestimar los estrechos espacios

legales que la dictadura ha sido incapaz de cerrar.

En las filas de la resistencia popular que se estrechan contra la tiranía, hay muchos que luchan por una cultura libre al servicio del pueblo.

Los grandes medios masivos han sido copados por el poder dictatorial y por los grupos económicos más poderosos, pero el pueblo ha encontrado formas de expresión propias.

Cuando las dictaduras prohíben hablar, porque suponen que el que no habla no piensa, nuestros pueblos encuentran nuevos canales, nuevos caminos, nuevos medios de comunicación para hacer oír su voz de combate y esperanza.



acta de ariccia

En el mes de enero de 1980 se realizó en Italia el seminario sobre "El socialismo chileno: historia y perspectivas", en su segunda fase conclusiva. Concurrieron a este encuentro dirigentes y militantes de organizaciones o partidos, invitados a título personal, y también un selecto grupo de independientes.

Al seminario se presentaron informes elaborados por los compañeros Raúl Ampuero, Oscar Garretón, Pedro Vusković, José Miguel Insulza, Luis Maira, Bosco Parra, Oscar Waiss, Anibal Palma, Javier Ossandón y Belarmino Elgueta, en torno a los cuales se suscitó una reflexión y debate de gran interés y actualidad.

Valorando los avances de la oposición democrática y el movimiento de masas en Chile durante el último tiempo, en la lucha decidida contra el régimen dictatorial, pero constatando a la vez las dificultades y carencias que todavía la afectan, especialmente al nivel de la dirección política de la izquierda y sus instancias unitarias; los participantes en el encuentro debatieron respecto del aporte que la vertiente socialista puede y debe hacer para contribuir a su superación.

Se coincidió en que en la vertiente socialista se está incubando un proyecto renovado y un camino de lucha que puede transformarse en la respuesta acertada del movimiento popular para el combate contra el fascismo y por la plena democratización del país. La concepción profundamente democrática en todos los ámbitos del socialismo que se aspira a construir, su carácter nacional y capacidad para representar una respuesta de fondo a los problemas de Chile que recoja las aspiraciones e intereses de todos los trabajadores y capas sociales oprimidas; la valoración del papel decisivo y autónomo que debe jugar el movimiento de masas y sus organizaciones en el proceso revolucionario; la voluntad de forjar el más amplio bloque social y político de fuerzas en torno a un compromiso de luchar por la democracia y la plena realización y vigencia de la soberanía popular en la decisión de los destinos de Chile; la permanente defensa de la autonomía política y de la no alineación internacional, sin perjuicio del apoyo a las mejores causas internacionalistas, son algunos de los principios estratégicos que la vertiente socialista debe concretar en acción política y que tienen validez fundamental en la lucha contra Pinochet y el régimen de los clanes monopólicos aliados con las transnacionales y el imperialismo.

Hoy, en el marco de una resistencia en todos los terrenos y con todos los medios para derrocar la dictadura, la unidad real y no formal de los chilenos y las fuerzas democráticas adquiere una gran significación y constituye el principal objetivo de la

izquierda. Los hombres y mujeres comprometidos con la vertiente socialista han hecho un aporte decisivo en el combate anti-dictatorial, encabezando e impulsando el desarrollo del movimiento de masas; fortaleciendo y democratizando sus organizaciones; intentando dar una proyección política global a cada uno de los combates que se libran en la base social. Lograr en la unidad de acción las condiciones concretas para avanzar hacia una unidad superior de la izquierda y de todas las fuerzas que están por derrocar a la dictadura es su mayor aspiración.

Pero también hubo consenso en que, tanto en el conjunto del movimiento popular como en la propia vertiente socialista y en cada uno de los destacamentos que la componen, han existido y existen precariedades e insuficiencias teóricas y prácticas, que han limitado la capacidad de convocatoria de quienes luchan por el socialismo. De allí, la necesidad de una renovación profunda del movimiento popular y de la izquierda chilena. El pilar y base de este proceso de renovación se está plasmando en la nueva avanzada social y política que, al calor de la resistencia contra la dictadura, comienza a expresarse en nuestra Patria.

Coincidieron los participantes en el seminario en que la dispersión y la falta de coordinación entre los diversos destacamentos e individuos que se identifican con la vertiente socialista, es un factor que debilita su aporte y gravitación. De allí la necesidad de impulsar decididamente un proceso de convergencia socialista que articule esta emergente vanguardia social y política que se gesta desde los partidos y desde fuera de ellos. Junto con favorecer el entendimiento en el seno de esta corriente y abrir perspectivas de unidad superior en el futuro, la convergencia contribuirá a perfilar nítidamente —en el proyecto, pero también y sobre todo a través de los hechos políticos en que éste se materialice— una forma superior de resistir contra la dictadura. Con ella, entonces, se hará más fecunda la cooperación de las dos corrientes principales —la socialista y la comunista— a través de las que se han expresado los trabajadores chilenos.

Finalmente, se ha acordado que el comité de iniciativa constituido en el seminario anterior se encargue de difundir los informes y debates de este seminario; de dar a conocer a las direcciones partidarias e instancias unitarias de la izquierda chilena las proposiciones de acción que en él se presentaron, y de buscar nuevas iniciativas que contribuyan a la mayor unidad y desarrollo de la vertiente socialista chilena.

Al mismo tiempo este seminario ha sido una contribución valiosa al proceso general unitario del conjunto de la izquierda y al fortalecimiento de sus instancias unitarias.

Roma, 13 de enero de 1980

del mapu obrero y campesino el futuro de la unidad popular

josé miguel insulza

DIEZ años del Partido son diez años de la Unidad Popular. En efecto, poco después del nacimiento del Movimiento de Acción Popular Unitaria, los esfuerzos conjuntos de los partidos de izquierda, en los cuales el recién llegado juega un importante papel, fructifican en la formación de la alianza política que elegiría presidente a Salvador Allende. De allí en adelante, el quehacer de nuestro Partido estaría siempre ligado al de la UP. Parece natural, entonces, que en un recuento de estos diez años de vida, una parte importante de nuestra reflexión esté dedicada a ella.

Por lo demás, el tema de la UP está hoy en el centro de una polémica: en los últimos meses han aumentado las críticas a la falta de iniciativa, a la carencia de programa, a la ausencia de discusión, al escaso funcionamiento colectivo en Chile. Se escuchan al mismo tiempo, llamados a reformular la UP o a renovarla; implícita o explícita en esos llamados, está la insatisfacción de muchos con el actual orden de cosas. En la medida en que las condiciones objetivas para un cambio de situación en Chile van siendo mejores, las insuficiencias de la UP se hacen más patentes y resurgen, de este modo, las dudas acerca de su vigencia. Es natural que así ocurra: el rechazo que provoca la experiencia fascista exige hoy una alternativa unitaria y democrática; la UP debe promoverla y participar en ella. Cuando ni lo uno ni lo otro ocurre de modo suficiente, quedan más al desnudo nuestros problemas.

Es cierto que algunas de las opiniones negativas acerca de la UP provienen de sectores —incluso al interior del movimiento democrático— interesados en debilitarla y posibilitar el surgimiento de fórmulas diversas. Pero en otros casos, las críticas se originan en el interior mismo de la alianza, reflejando un malestar genuino de muchos militantes. Peor aún, las querrelas internas de algunos partidos, que a nuestro juicio no son sino reflejo de la confusa situación que se vive, aumentan el escepticismo. Así se llega a pensar que los problemas de la UP son endémicos, un “dato de la situación”.

Por nuestra parte, estamos convencidos de que tales problemas no son puramente coyunturales. Ellos tienen sus raíces en toda nuestra experiencia de lucha, en la concepción misma de la alianza, en la forma en que se ha desarrollado nuestra línea común, en las relaciones entre nosotros, en nuestros métodos de trabajo

interno, etc. Si se han podido arrastrar por tanto tiempo, ha sido por la absoluta falta de voluntad o hábito para discutirlos o solucionarlos. La UP es, crecientemente, un colectivo donde no se discute sino formalmente, donde los problemas de fondo son examinados, en aras de un concepto de unidad estático que al final terminará por ser contraproducente. Estamos por abrir esa discusión en la Unidad Popular, sobre su sentido, su historia, su carácter, su programa. Creemos que sin hacerlo, seguiremos condenados a la inactividad, incapaces de renovarnos para dar la dirección política que la clase obrera y el pueblo exigen.

En este trabajo examinamos algunos de los temas que a nuestro juicio deben esclarecerse en este debate. Algunos de ellos tienen carácter histórico, otros se refieren a hechos del presente; todos, a nuestro juicio, tienen relevancia para solucionar las dificultades de hoy.

Compartimos la opinión, recientemente entregada de que “la Unidad Popular no ha asumido la magnitud de la derrota sufrida”.¹ Ello tiene que ver con la forma de hacer autocrítica, pero no sólo con eso. A estas alturas, el examen de nuestra historia, en particular de la experiencia de gobierno, tiene sentido para comprender realmente en que condiciones nos dejó la derrota y, principalmente para *cambiar*, para innovar radicalmente en la línea, los métodos, la táctica, la organización, a partir de la experiencia de estos años. Implícita en esta idea, está la convicción de que ese cambio es posible, que se puede superar los problemas y poner a la UP en situación de participar de modo importante en la solución de la crisis del país. Pero no creemos que ello pueda ocurrir sin una discusión franca y a fondo.

1. LA UNIDAD POPULAR COMO ALTERNATIVA DE IZQUIERDA

UNA forma simple de describir el cuadro político de Chile a fines de los años sesenta era hablar de un país políticamente dividido en tres tercios: uno en la izquierda, otro en el centro

¹ José Antonio Viera Gallo, “Renovar la Izquierda”

(principalmente en la DC) y un tercero en la derecha. Mirando hacia dentro de la Democracia Cristiana, el cuadro se hacía más complejo; ese partido distaba mucho de ser un todo coherente; coexistían en él un importante sector progresista que planteaba la unidad con la izquierda como la única manera de llevar adelante un proceso de cambios en la altura de las exigencias del país, con un sector ligado al gobierno de Frei que estaba por la alianza con la derecha o, en el mejor de los casos, por el "camino propio", que abría paso al triunfo electoral de Alessandri.

La forma de romper el cuadro tripolar que en esa época veía la izquierda, era la de atraer a los sectores más progresistas de los partidos de centro. Ello se daba a través de la exclusión de los dirigentes derechistas del Partido Radical, y la formación de un frente con ese partido; y de la ruptura de la Democracia Cristiana, pasando sus dirigentes de izquierda a una nueva fórmula política.

Ambos hechos tuvieron lugar; no por alguna acción específica de los partidos de izquierda, sino más bien como consecuencia natural de un proceso de radicalización que vivían los partidos de centro, producto del fracaso de la experiencia reformista y del ascenso dentro de ellos de corrientes jóvenes, que, influidas por el avance del movimiento de masas y por la nueva situación creada en el país y en América Latina en los últimos años, cuestionaban la orientación y vigencia de sus partidos. El triunfo de la izquierda en el PR y la formación del MAPU son los dos hechos fundamentales que posibilitan la formación de la Unidad Popular.

Más de alguien ha intentado presentar a posteriori la formación de la UP como la expresión política de una amplia alianza con representación de la clase obrera, el campesinado y las capas medias. En realidad no fue así, ni en la concepción que entonces imperaba en la izquierda, ni en la expresión práctica de su política.

Por cierto, la política de Unidad Popular suponía forjar una alianza con las capas medias. Pero no dentro de la UP misma, sino a *partir de ella*. En la UP se buscaba forjar la fuerza conductora, en la cual la hegemonía obrera fuera incuestionada, para desarrollar una política de Gobierno que tomara en cuenta los intereses de los sectores medios, pero que no les entregara un rol de dirección en el proceso. La UP no era una alianza de todas las fuerzas democráticas; era una alianza de partidos de izquierda, con un objetivo socialista.

En la práctica todos los Partidos que entraron a formar parte de la UP cumplían esa condición; pero, ninguno de ellos podía aspirar a representar los intereses fundamentales de las capas medias, siquiera a competir suficientemente por su representación. El PR había salido debilitado en su fuerza de la lucha interna, y el MAPU no era —como más de alguien hubiera querido— la "Democracia Cristiana de izquierda". Correspondía más bien al fenómeno de grupos de juventud, campesinado, clase obrera, que venían de la experiencia reformista, pero que habían roto terminantemente con ella. Nadie menos capacitado para servir de puente a la pequeña y mediana burguesía o a la burguesía o a la burguesía nacional.

La alianza que se propugnaba con los sectores medios no incluía sin embargo, el forjar una alianza política con la Democracia Cristiana. Por diversas razones que examinaremos más adelante, la opción de la Uni-

da", *Chile-América* 50-51, enero-febrero de 1979, p. 61.

dad Popular no era sólo la de ser una coalición de izquierda, sino también la de *gobnar como tal*. Sin duda, atraer a la DC a la alianza y al gobierno hubiera significado una mucho mayor fuerza y estabilidad, asegurar el éxito del proceso. Pero eso significaba también concebir un camino distinto, alterar el carácter de la alianza, poner en cuestión la base misma del diseño político, cual era la hegemonía obrera sobre el proceso, según la concepción que de esa hegemonía existía en ese momento. No había, en efecto, voluntad de forjar alianzas con partidos de centro para un *proyecto político común*. La experiencia UP era vista en lo social como una amplia unidad del pueblo. Pero en lo político, ella significaba sólo una amplia unidad de la izquierda.

Esta política debía permitir, y de hecho permitió, el triunfo electoral. Se suponía que, sobre la base de la política económica y social del gobierno y de la fuerza que las organizaciones populares fueran capaces de desarrollar dentro y fuera de él, sería posible ampliar la alianza para abarcar a los sectores medios, manteniendo la hegemonía y la conducción obrera. La noción simplista de que la alianza era susceptible de ser tratada desde una perspectiva puramente económica no demoró en demostrarse falsa. Como lo ha señalado Jaime Gazmuri, "toda alianza de clase —si bien se fundamenta en la existencia de intereses económicos compartidos por los aliados— no puede desarrollarse si no existe, en primer lugar, la conciencia de esa identidad de intereses y, además la conciencia de un proyecto político común, en el cual los aliados vean la posibilidad de realizar sus principales intereses históricos".² Ninguno de estos elementos se daba subjetivamente para las capas medias en relación a la UP. La ausencia de un agente político propio en la alianza contribuyó a hacerlos aún más inaparentes.

Sobre este punto se ha discutido posteriormente y es bueno detenerse algo en él. Se ha dicho que la UP mantenía la puerta abierta hacia la DC y que las coincidencias objetivas entre los programas de Tomic y Allende abrían nuevas posibilidades de acuerdo. Había, además, entre la derecha y la DC grandes diferencias, particularmente después de la campaña electoral. "Durante la campaña presidencial, la Democracia Cristiana coincidió con la Unidad Popular en objetivos tan importantes como la nacionalización del cobre y la culminación de la Reforma Agraria. Muchos de sus militantes, tomando en cuenta su propia experiencia, consideraban indispensable también la profundización de los cambios y, por boca de su candidato, Radomiro Tomic, hasta proclamaban que el capitalismo era incapaz de resolver los problemas del país. En esas condiciones fue posible que, pasadas las elecciones, la Democracia Cristiana y la Unidad Popular llegaran a acuerdos, que el entendimiento se abriera camino en los más amplios sectores democráticos, modificándose así la correlación de fuerzas en favor del pueblo".³

Pudo ser así, tal vez debió ser así. Pero la realidad es que el antagonismo entre DC y UP, lejos de disminuir después de la victoria de Allende, aumentó. La responsabilidad de esto no está sólo en la UP, pero la UP no puede eludir la parte que le toca. Al margen de las maniobras de los grupos derechistas de la DC, no cabe duda que no hicimos mucho por alentar los es-

² Jaime Gazmuri, *Aprender las lecciones del pasado para construir el futuro*, Ediciones Barco de Papel, Roma, 1977, p. 60.

³ Luis Corvalán, "Cómo se dio en Chile la vía no armada", *Revista Internacional*, enero de 1978, p. 23.

factores que los dirigentes progresistas de ese partido llevaron a cabo por lograr un entendimiento. El vacío que se creó por el fracaso de la propuesta de Tomić de enfrentar en conjunto la elección complementaria por Valparaíso sobre la base de candidatos de la izquierda DC que, aparentemente, pasaron poco después a la Izquierda Cristiana es sólo una de muchas muestras del desinterés con que la Unidad Popular miraba un entendimiento entre partidos. Ese desinterés, compartido sin excepción por todos los componentes de la UP, se mantuvo durante todo el primer período de éxitos del Gobierno.

Queremos enfatizar que nos referimos a las posibilidades de un entendimiento entre partidos. No había desinterés para el paso de grupos de la DC a la UP. Por el contrario, la salida de un grupo progresista de la DC para formar la Izquierda Cristiana, es mirada como una confirmación de la validez de nuestra línea, que partía de la base de que el proceso revolucionario acentuaría de tal modo las contradicciones al interior de la DC, que este partido terminaría por dividirse perdiendo toda vigencia. No se rechazaba con ello la unidad con los sectores medios. Ella tenía otras sedes y otros mecanismos a través de los cuales producirse, sin amenazar nuestra noción de hegemonía.

Todo lo anterior no debe conducirnos, en caso alguno, a afirmar a priori que una alianza más amplia era, en las condiciones de Chile en 1970, una posibilidad real. Lo que hemos pretendido demostrar es que la UP se constituyó en Chile y entró a gobernar el país, como una opción de izquierda, en que la alianza con los sectores medios, siendo fundamental al logro de sus objetivos, no era vista como un componente inicial del bloque político de Gobierno. Esta definición nos plantea dos preguntas de interés: 1: ¿Por qué razones se da en Chile la alternativa de izquierda? y 2: ¿Qué validez, o más bien, que posibilidades reales de éxito tenía esa alternativa?

2. POR QUE SE DIO EN CHILE LA ALTERNATIVA DE IZQUIERDA

La respuesta cabal a esta primera pregunta supondría un análisis detallado de la historia del país en las últimas décadas, que no está a nuestro alcance. Que hubiera una coalición de izquierda, que pudiera obtener la victoria electoral, que no se planteara desde la partida una alianza política más amplia, son hechos que obedecen a causas complejas, que en caso alguno son coyunturales. Aquí sólo podemos esbozar algunos elementos:

a) La crisis política que enfrenta el país a fines de la década de los sesenta, es producto del agotamiento definitivo de un modelo de desarrollo político, económico y social implantado en el país en los últimos treinta años. En lo económico, el proceso de industrialización diversificada iba acompañado de una fuerte dependencia externa en los sectores estratégicos de la economía, de un incremento del rol del Estado como soporte a una burguesía poco dinámica y de una expansión de los servicios públicos. Este Estado "asistencial" encuentra su base social en una cierta expansión industrial, en un crecimiento del sector servicios y en un ascenso de las condiciones objetivas de vida para la burguesía nacional y los sectores medios. En lo social, el fenómeno principal es el acelerado proceso de urbanización, que genera toda una nueva capa de subproletariado, al cual el sistema no es capaz de absorber productivamente. Urbanización e industrialización se acompañan, a diferencia de otras experiencias, por una expansión de la democracia y la participación política, producto sobre todo de la acción que desde mucho an-

tes desplegaban el movimiento obrero organizado y sus partidos. El resultado es, necesariamente, una situación explosiva de presión sobre el sistema, incapaz de responder a las demandas crecientes de la clase obrera en aumento, de los campesinos y del ejército de desocupados que puebla la periferia de la capital y las principales ciudades.

b) El Gobierno de Frei es el último intento por resolver, dentro del modelo, las contradicciones generadas. Su política de Reforma Agraria, de expansión en la construcción de viviendas, de redistribución del ingreso, de ampliación de los servicios públicos (particularmente la educación), tiene por objeto hacer frente a la creciente demanda de los sectores populares y ganarlos para un modelo desarrollista. Pero el mismo carácter de este modelo hace que el Gobierno DC sea incapaz de enfrentar los problemas de fondo, de reemplazar efectivamente la incapacidad estructural de la burguesía, de recuperar para el Estado el área estratégica de la economía, de ampliar efectivamente la participación y, en suma, de echar las bases para un desarrollo independiente. No obstante, sus reformas aumentan la movilización de masas, en los niveles directamente implicados: los sesenta son los años de las grandes movilizaciones campesinas, estudiantiles, del fortalecimiento de la unidad sindical.

c) El fracaso de la experiencia reformista hace que los grupos recién incorporados a la vida política (juventud, obreros, pobladores, campesinos) se vuelven en alguna medida hacia la posibilidad de un proceso revolucionario. Al mismo tiempo, la imposibilidad de encontrar por parte de la burguesía nacional y las capas medias, suficiente estabilidad para su desarrollo en el Gobierno DC hace resurgir la posibilidad del Gobierno de derecha. Se llega así al esquema que describimos al comienzo de este artículo.

d) Por lo demás, un gobierno de izquierda no aparecía en Chile como un hecho inconciliable con la tradición del país. De una parte, la izquierda tenía una larga experiencia de lucha consecuente dentro de la democracia y por su expansión: había participado en gobiernos en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial y hasta 1948. Era de suponer que las condiciones nacionales e internacionales que originaron la ruptura del Frente Popular y la ilegalización del PC habían variado sustancialmente. Se contaba con una institucionalidad fuerte, que gozaba de un alto grado de consenso, y con una tradición democrática en el país. En suma, la posibilidad de una victoria electoral de la izquierda no sólo era fundada, sino coherente con una realidad, una lucha de largos años y una historia política del país.

e) El fracaso de la experiencia reformista entre el 1964 y 1970 se da también en el contexto de una situación internacional y latinoamericana marcada por un ascenso del proceso revolucionario e independentista. El triunfo de la Revolución Cubana pone a la izquierda del continente ante una nueva situación.⁴ Se demuestra la posibilidad concreta de que el movimiento revolucionario llegue al poder y lleve a cabo transformaciones de fondo en la sociedad, en un continente en que el predominio imperialista parecía incontrarrestable. Los años que le siguen son un período de intensa actividad de masas, política y militar, en casi todos los países: una lucha por la liberación de América Latina ve incorporarse en todas partes nuevos sectores de cam-

⁴ José M. Insulza, "La Democracia Cristiana y la Unidad Antifascista", *Resistencia Chilena*, No. 9, mayo de 1977.

pesinos, intelectuales, clase media radicalizada. Y a pesar de que las experiencias armadas van todas al fracaso, el resultado final es un desplazamiento general del continente hacia una posición de mayor independencia, marcado por el surgimiento de regímenes progresistas de muy distintos signos ideológicos, pero con la unidad general de una política nacionalista.

f) Sin duda, esta situación de América Latina tuvo su repercusión en la situación en Chile, a pesar de que en nuestro país, el proceso iniciaba mucho antes (baste recordar que la izquierda estuvo a punto de llegar al Gobierno con Allende en 1958, meses antes de la Revolución Cubana). En particular, incidió en la atención que la nueva política imperialista daba a la experiencia reformista de Frei, a la cual se ve como el mejor elemento para impedir un triunfo electoral de la izquierda. De allí el apoyo prestado al Gobierno DC, cuyo programa coincide con el nuevo modelo de dependencia.

g) El carácter reformista de la experiencia de Frei, su vinculación al imperialismo y el hecho de que haya llegado al poder como una alternativa a la izquierda, hacían extraordinariamente improbable un entendimiento con ella. La Democracia Cristiana nace y se desarrolla en Chile con una doble perspectiva: de una parte, su componente social-cristiano, reformista, progresista, la empuja a proponer determinados cambios de fondo en la sociedad; de otra, su ideología anticomunista y su vinculación al capitalismo americano y europeo occidental, la hace asumir posiciones alternativas, antagónicas al avance de la izquierda.⁵

El Gobierno de Frei vio, pues, enfrentados radicalmente a la izquierda y la Democracia Cristiana. Dicho antagonismo se expresó tanto en los niveles institucionales, a través de una cerrada oposición parlamentaria, como en la lucha de masas en todos los niveles. Ello no significa que la izquierda no buscara interlocutores en la DC, particularmente cuando el descontento en sectores de ese partido se hacía evidente. Pero a nivel de organizaciones políticas no hubo entendimiento, sino antagonismo, incluso cuando la derecha comenzó a dar signos visibles de recuperación. De un lado, la percepción de la DC sólo como "nueva cara del imperialismo" omitía su componente popular, su representatividad nacional de sectores medios y su carácter democrático. De otra, el anticomunismo y la tozuda ligazón a una política de garantías a la derecha, hacía poco interesante cualquier diálogo.

En todo este contexto, era difícil suponer que existieran condiciones subjetivas para buscar acuerdo o alianza. Por más que ello fuera posible en términos de los intereses de clase puestos en juego, tal coincidencia *no encontraba equivalente alguno* en el terreno político donde ambos sectores llegaron a la lucha electoral claramente enfrentados.

Dos errores no hay que cometer (y se cometen con frecuencia cuando se analizan esos años). El primero sostener que había posibilidad real de un acuerdo UP-DC en 1970; peor aún, que hubo gestiones para lograrlo. Ni lo uno ni lo otro es efectivo. El segundo decir que si tal acuerdo no existió fue sólo por ceguera y sectarismo: en el clima de esos años, en la historia reciente, por el rol que cada uno de los actores jugó en esa historia y por la forma en que se dio en Chile la lucha política de esos años, ese acuerdo no aparece co-

mo natural. Lo natural parecía más bien que la izquierda aprovechara la posibilidad que se le ofrecía para tomar el Gobierno por la vía democrática, culminando una línea que había seguido por largos años.

h) Por último, tiene también importancia el elemento ideológico, es decir la forma en que la izquierda percibía el proceso que pretendía llevar a cabo en aquel período. Se ha discutido mucho, en torno a la experiencia chilena, acerca de las diversas vías posibles al socialismo. Se ha prestado en cambio poca atención al modelo político, es decir al tipo de hegemonía obrera que se pretendía imponer. En esto no había discrepancia entre las dos "vías". En ambas el Gobierno de la Unidad Popular era una primera fase, en la cual una política nacional, antimonopolística debía acumular fuerzas para que la alianza, encabezada por la clase obrera, tomase de modo definitivo el poder del Estado. No se trataba de un proceso ininterrumpido, en que a través de la expansión del sistema democrático, el proletariado impone su hegemonía al conjunto de capas y clases de la sociedad. El modelo de avance al socialismo —en cualquiera de sus formas, poder dual o apoyo al Gobierno— conducía, en algún momento, a una ruptura, a una nueva fase en que la dirección obrera se expresaba plenamente en el poder del Estado.

Lo anterior se vincula también a una cierta concepción acerca de la relación entre democracia y socialismo que era generalmente difundida en la izquierda chilena.⁶ Como ya hemos dicho, la izquierda chilena aceptaba la democracia como una realidad en la cual se movía, había combatido largas batallas por su profundización y desarrollo, pero no la insertaba como un elemento necesariamente presente en su modelo de socialismo. La paradoja aquí es que la elaboración teórica de la clase que más consecuentemente se ha batido en toda la historia de Chile por el desarrollo de la democracia, no prestara suficiente atención a esas conquistas, las mirara casi como un elemento dado, ajeno, a fin de cuentas táctico.

Es posible que en la contradicción evidente entre la concepción teórica y la acción práctica hubiera predominado finalmente ésta última. Pero el hecho concreto es que la insuficiencia en este sentido hizo pagar altos precios en el terreno de la lucha ideológica. Nadie respondió derechamente la pregunta de si la izquierda entregaría el poder si era derrotada en las elecciones de 1976. A fines de 1973 la respuesta era claramente positiva para cualquiera que viera la realidad. Pero entretanto, la adhesión a esquemas "ortodoxos", abstractos, que no tomaban en cuenta nuestra realidad, impedía ver la ligazón concreta que existía entre el proceso democrático y la transición socialista. De allí nacieron precisamente las concepciones de ultraizquierda que niegan valor al gobierno popular ("gobierno dentro del Estado burgués"); pero tampoco en las posiciones más consecuentes, en los partidos obreros, esta cuestión estaba absolutamente clara. La actitud prácticamente vergonzante ante la democracia, que se cuidaba y se defendía, pero no se asumía como propia, es una de las insuficiencias teóricas y políticas más graves de la alternativa de izquierda.

Desde el punto de vista político, esta concepción, o más bien esta ausencia de concepción acerca del rol

⁵ Véase José M. Insulza, *La revolución democrática y nacional en América Latina*, No. 17, julio-agosto de 1978.

⁶ Un interesante análisis de las concepciones de democracia antes y durante el gobierno de la UP, en Tomás Mouletto, "Democracia, Socialismo y Proyecto Nacional Popular" (en M.A. Pérez (ed.), *Futura Institucionalidad de la Paz en Chile*, Santiago, 1977, Cisec, pp. 19-37).

de la democracia, creaba un vacío. La izquierda tenía claro un cierto modelo de transición hacia el poder, pero en caso alguno tenía clara su noción del nuevo Estado, menos aún el rol y las posibilidades de acción de las distintas clases dentro de él. También en este sentido se pagó un tributo ideológico excesivo: la noción más difundida en el país era que la toma del poder abriría paso a una forma de dictadura popular, en que la dirección obrera asumía el rol fundamental. No decimos que este fuera un concepto oficial; si decimos que era la noción más compartida frente a la cual nunca se planteó una alternativa.

Un modelo de este tipo, que supone una interrupción, un salto entre revolución democrática y revolución socialista, tiene que dar lugar, necesariamente a una concepción tautológica de la alianza. Los sectores de centro, la pequeña y mediana burguesía cambian de rol en la segunda fase, en que una vez liquidado el poder de los monopolios y el imperialismo, se enfrenta la tarea de construcción socialista. Esta concepción impregnaba de línea ideológica general del proceso, aunque sea posible argumentar que tuvo poca expresión práctica. Ella no sólo incidía en la percepción de la forma de alianza con los sectores medios, sino incluso en la percepción acerca del rol de los distintos componentes de la propia Unidad Popular.

3. ¿ESTABA EL GOBIERNO DE LA UNIDAD POPULAR CONDENADO AL FRACASO?

CUANDO se analiza el Gobierno popular, tanto por quienes fueron sus partidarios, como por quienes quieren sacar de él lecciones útiles a otros procesos, se parte casi siempre de una afirmación general: la experiencia UP y su derrota no invalidan la posibilidad de una vía pacífica al socialismo. En nuestras auto-críticas la afirmación adquiere más especificidad: la vía elegida era correcta; la derrota fue producto de los errores e insuficiencias de nuestra acción, pero no de la concepción, que puede conservar aún validez.

Errores hubo, por cierto, y en cantidad. La discusión a fondo que en la UP se ha hecho de muchos de ellos⁷ nos evita repetir aquí ese análisis detallado. Baste recordar los temas más salientes en este aspecto. Un proceso revolucionario que se da el lujo de carecer de unidad interna, de tener una dirección obrera insuficiente, de ser incapaz de reprimir los excesos anárquicos de la ultrazquierda, de ser débil con la subversión fascista, de tener una inadecuada política de alianza y de menospreciar el problema de la fuerza, difícilmente podría tener éxito, aún cuando teóricamente su línea haya sido acertada. Repetimos que todos estos elementos se han formulado en la auto-crítica de la UP. Sólo algunos de ellos bastan y sobran para explicar la derrota.

De allí que la duda acerca de si la estrategia era o no válida difícilmente puede ser resuelta con un criterio objetivo de verdad. Sin embargo, más allá de los errores, queda en pie una pregunta inquietante: hasta que punto la estrategia elegida tomaba suficientemente en cuenta la fuerza que el enemigo era capaz de poner en juego en contra de la experiencia revolucionaria chilena.

No nos referimos tanto aquí al hecho de que la gran burguesía y el imperialismo hayan sido capaces de forjar la alianza con las capas medias que nosotros fuimos incapaces de realizar. Nos referimos más bien a la fuerza inicial, a la capacidad de combate de la burguesía y a la decisión y fuerza del imperialismo, en el contexto latinoamericano y mundial de esos años. Hemos dicho muchas veces⁸ que nuestra derrota fue primero política, luego militar. Con ello queremos decir que el enemigo desplegó iniciativas que fueron mejores que las nuestras, para crear una mayoría a su favor. No fue puramente por nuestras fallas que esa mayoría se fue generando. Fue también el producto de una acción efectiva de nuestros adversarios a la cual no tuvimos fuerza suficiente para replicar.

Quienes sostienen que la causa principal de la derrota debe ser buscada más en la fuerza del enemigo que en nuestras fallas e insuficiencias, tienen en este sentido un buen argumento. A partir de él sostienen, sin embargo, que la UP debió prever el enfrentamiento y forzar la marcha, preparándose para el enfrentamiento militar y aprovechando sus momentos de alza para obtener nuevas victorias políticas. "En 1971, y hasta su extinción, el proceso no tuvo más alternativa que buscar una legitimación precaria en las urnas o una definitiva legitimación en las armas. Ambas conllevaban riesgo. Un riesgo insoslayable"⁹. Al hablar de legitimación en las urnas, el párrafo en cuestión se refiere principalmente a la posibilidad de convocar un prebiscito después de las elecciones municipales de 1971 (momento más favorable) pero no descarta la posibilidad de haberlo convocado después.

No creemos francamente que pueda ponerse la disyuntiva en esos términos. En las condiciones de la política de hoy, y particularmente en Chile donde la política era un fenómeno de masas, con una amplísima participación ciudadana, la posibilidad del "salto al poder" está indisolublemente ligada a la cuestión de la mayoría política. Y esa mayoría política no puede tener la precariedad de un simple 51⁰%, cuando del otro lado no están sólo los votos, sino los condicionantes económicos internos y externos y la inclinación de las Fuerzas Armadas contra el cambio. En la política de hoy, no puede analizarse la correlación de fuerzas sobre la base de factores puramente internos, y ver si se cuenta con uno o dos votos más para vencer; cuando la correlación internacional de fuerzas es desfavorable — y lo es por definición en América Latina, continente dominado por el imperialismo americano — la única forma de asegurar estabilidad al proceso desde el punto de vista político, es contando con una mayoría políticamente suficiente. Creemos que, en el caso de Chile, ello habría inhibido también grandemente la posibilidad de una intervención militar. Por algo los militares se mueven contra Allende cuando cuentan con mayoría activa en contra del Gobierno.

En suma, lo verdaderamente *inoslayable* para defender el proceso revolucionario y hacerlo avanzar, era contar con una correlación de fuerzas interna tan favorable, como para contrarrestar la fuerza de la burguesía y el imperialismo de manera real. Tal correlación suponía formas de alianza mucho más amplia que las que se dieron. El resolver esta cuestión depende, y volvemos

⁷ Entre los numerosos trabajos auto-críticos cabe destacar el libro de Jaime Gazmuri ya citado; la serie de artículos aparecidos en la *Revista Internacional* 1977, que culminan con el de Corvalán ya citado; el informe de Luis Corvalán al Pleno del PC en 1977; y el libro de Carlos Altamirano, *Dialéctica de una derrota*, Siglo XXI, México, 1977.

⁸ Véase el documento del Comité Central del Mapu OC, *Las Tareas del Pueblo* en la *Hora Presente*, febrero de 1974. En el mismo sentido, René Castillo, "Carta desde Chile", en *Revista Internacional*, No. 7, julio de 1974.

⁹ Altamirano, op. cit., p. 220.

al tema, no sólo de la buena voluntad, sino del proyecto político que se ofrece.

Se unen aquí las dos vertientes de la autocrítica: no cabe duda de que no todos en la UP compartían el mismo proyecto, y difícilmente estaban en condiciones de ofrecerlo a otros. Pero también es cierto que un proyecto que no resolvía plenamente los problemas ideológicos y políticos para la participación de los sectores medios, difícilmente puede esperar su concurso. En uno u otro caso, no era "tirándonos el salto" militarmente o con un resultado electoral milimétricamente favorable, que se resolvía esta cuestión crucial.

En todo caso, ella seguirá abierta. Para nosotros es claro que, aunque no hubiéramos cometido ningún error —cosa imposible por lo demás—, había frente a nuestro Gobierno una fuerza nacional e internacional que no tuvimos suficientemente en cuenta. Por otra parte, es también justo decir que las fallas graves de conducción y desarrollo del proceso debilitaron grandemente nuestra posibilidad de formar un bloque político, social y militar estable para enfrentar esa amenaza. No tiene sentido discutir hasta la eternidad si fracasamos por la estrategia en su conjunto o por las "desviaciones" en torno a ella. Lo concreto es que la experiencia fue al fracaso por la suma de ambos tipos de factores y que la historia de los tres años de la UP, si no cuestiona la vía escogida, al menos, le pone requisitos enormemente más exigentes, en términos de correlación de fuerzas, para su éxito.

4. LAS NUEVAS CONDICIONES DE NUESTRA ACCION POLITICA

SOSTENIAMOS al comienzo que la autocrítica y la revisión de nuestra experiencia sólo tiene sentido si sirven para indicar los cambios que es necesario introducir en nuestra actividad actual y futura. Sin embargo, no es la autocrítica el único factor de cambio en nuestra estrategia. El elemento central es que, a cinco años de la experiencia UP, vivimos condiciones nacionales e internacionales radicalmente diversas de aquéllas en que aquélla se dió.

Nos asiste el temor de que a veces no se tome conciencia suficiente de este hecho. En muchas de nuestras formulaciones parece existir la noción implícita de que la estrategia válida para hoy es esencialmente la misma de ayer, despojada de sus errores y adaptada en alguna medida a los nuevos tiempos. Se habla, por ejemplo, de la necesidad de "reactualizar" el programa, como si bastasen algunos cambios para que ese programa, confeccionado en 1970, adquiriera plena vigencia para los problemas actuales de Chile. Se da así la paradoja de que nuestra línea general propone un Frente Antifascista amplio, que estamos dispuestos a llevar adelante incluso más allá de la caída del fascismo, en la reconstrucción del país, a través de una alianza política estable; y cuando se formulan ideas para el programa de ese Frente, los parámetros son más o menos los mismos de diez años atrás.

De allí la importancia, cuando se habla de renovar nuestra acción, de tomar adecuadamente en consideración los cambios profundos que la experiencia fascista de estos años ha traído para el país y las condiciones generales en que se desenvuelve nuestra acción.

a) El primer dato es que el fascismo *no es* un fenómeno transitorio en la vida del país. Con lo cual no queremos decir que se quede en el poder para siempre, pero sí que los cambios que ha introducido en Chile en estos años tienen permanencia, han alterado de modo negativo la vida misma de toda la sociedad. No se pue-

de seguir pensando, como lo planteaban algunas opiniones de izquierda hasta hace poco, que el fascismo "ha abierto un paréntesis" en la historia de Chile, pero que luego los chilenos lo echarán fuera y "reemprenderán el camino democrático". Chile no volverá a ser el mismo de antes del fascismo. Son demasiadas las huellas que éste ha dejado en la economía, en la política, en todas las formas de convivencia.

Tampoco es plenamente efectivo que el régimen fascista "ha hecho retroceder a Chile treinta años". Si se refiere a los niveles de explotación, a la falta de seguridad, a los derechos sindicales, la frase podría tener alguna validez. Pero *nunca* antes hubo en Chile, ni hace treinta, ni cuarenta ni cien años, el tipo de estado policial que hoy existe, el nivel de concentración económica y articulación con el capital transnacional, el desprecio tan generalizado por la vida y los derechos humanos.

El Fascismo es pues un fenómeno inédito y duradero. Es forzoso tomar cuenta de esa situación, examinarla cabalmente, y a partir de ella sacar nuestras conclusiones programáticas y políticas.

b) Tampoco es el estado fascista un modelo irracional. El ha sido creado para servir un proyecto social determinado, que se busca aplicar por su intermedio. Si la burguesía chilena tira por la borda el Estado democrático que existía hasta 1973, ello no es por un capricho, sino porque ese Estado ya no le sirve para ejercer su proyecto de dominación. En la medida en que era reflejo de una situación socio-económica, el Estado chileno había pasado a ser expresión creciente de las contradicciones de clase que agitaban a toda la sociedad; era, también, expresión del poder popular ascendente, expresado en el Gobierno Popular. Recuperar su hegemonía significó para la burguesía monopólica destruir ese Estado y crear otro. No cualquiera, sino uno que le permitiera realizar un proyecto social basado en la reacumulación de la riqueza, la eliminación de las formas de organización antagonicas a ella y la plena incorporación a un sistema capitalista transnacional. No hay en Chile una dictadura ciega o incoherente —por brutal o irracional que sea su expresión represiva—. Hay un Estado fascista con un proyecto social determinado, que hoy busca formalizarse para cumplir mejor su objetivo.

c) El Estado fascista ha significado la presencia preponderante de las Fuerzas Armadas en el Gobierno del país. Por más que se hagan las diferencias debidas entre el conjunto de los cuerpos armados y la camarilla gobernante, no cabe duda de que la presencia de ellos como garantes del sistema es una característica política central de esta fase. La política ha dejado de ser un "asunto de civiles" y, por consiguiente, la cuestión militar se presenta hoy con una relevancia y con características diversas de diez años atrás.

d) La dictadura ha destruido de modo sistemático todas las formas de expresión política en el país; ha disuelto los Partidos, reprimido e ilegalizado las organizaciones sindicales, eliminado toda función relevante para los cuerpos intermedios. Paralelamente, ha llevado a cabo toda una labor de desprestigio de la función política, que más de una huella ha dejado en la conciencia de muchos, particularmente en las capas medias. Como consecuencia de toda esta acción, el nivel de actividad política ha descendido, no sólo desde el punto de vista objetivo, sino también subjetivo. A pesar de la falta de consenso existente en el país para el régimen actual, éste cuenta a su favor la despolitización de amplias capas de la población, que aun hoy día mantienen una actitud pasiva.

e) A pesar de lo anterior, la Junta no ha podido ocultar su crisis política, producto del rechazo que su política económica, su acción represiva y su actitud de rechazo a toda forma de participación provoca en la inmensa mayoría de la población. Esta oposición auna hoy sectores que hasta poco tiempo atrás, y en particular durante el Gobierno Popular, fueron antagonicos. El signo central de este movimiento opositor es de carácter democrático.

f) Por último, la situación internacional, y en especial aquella de América Latina, es radicalmente diversa de la década pasada. En efecto, mientras el ascenso del Gobierno de Allende corresponde a uno de los puntos altos de una corriente general de democratización e independencia en el continente, la implantación del fascismo forma parte de un diseño de reacción imperialista que abarcó a toda la región. Y aunque el fascismo como solución de los monopolios transnacionales y el imperialismo a su crisis de dominación, ha demostrado ser más precario de lo que en un comienzo se pensó, aún pasarán años antes de que él desaparezca de vastas regiones de nuestro continente, en especial del Cono Sur. Ello da a nuestra acción un marco más desfavorable que en el pasado y obliga a una consideración más cuidadosa de los factores de fuerza internacional, que como antes dijimos, tienen una fuerte incidencia en la situación interna.

En el contexto que hemos descrito de modo somero y esquemático, la Unidad Popular ha debido enfrentar la tarea primero de reorganizar el movimiento popular y luego de ponerlo en acción contra el fascismo. Si miramos lo realizado durante los cinco años transcurridos, no cabe duda de que se han obtenido éxitos de importancia. Desde un punto de vista diverso, si tenemos presentes las condiciones que actualmente crea la crisis política de la dictadura, tenemos aún grandes insuficiencias, que impiden aprovechar cabalmente esas circunstancias. Es precisamente la superación de esas insuficiencias lo que exige un esfuerzo de renovación de la Unidad Popular.

En la base de esa renovación está la política amplia de unidad democrática con que la UP ha trabajado en estos años. Es la puesta en práctica consecuente de esa política lo que ha permitido derribar una serie de barreras que dividían a las fuerzas democráticas, aislar a la dictadura y abrir las perspectivas de un entendimiento más amplio.

La experiencia de estos años de resistencia ha hecho también variar en mucho una serie de concepciones en la izquierda. A modo de ejemplo, mencionaremos sólo tres:

a) La relación entre la acción democrática y su articulación ideológica se ha hecho mucho más coherente. Si la izquierda daba por sentada la democracia y a veces la sometía a una crítica esquemática y negativa, hoy día la valora como una conquista política que es necesario recuperar. Ello quiere decir que hoy más que nunca se percibe la necesaria relación que existe entre la lucha por la democracia y la lucha por el socialismo, que sigue siendo nuestro objetivo de clase. Para desarrollar su batalla anticapitalista la izquierda debe dar, necesariamente, una batalla antifascista, por la conquista, desarrollo y expansión de la democracia.

b) La magnitud de la embestida reaccionaria, la fuerza material del enemigo, el apoyo desmbozado del imperialismo, el costo enorme en vidas humanas que significó la derrota, ha recuperado para la izquierda el valor de la unidad y la ha hecho adoptar un criterio más realista en cuanto a la evaluación concreta de las correlaciones de fuerza. Nadie cree hoy —nadie ra-

zonable— en una pura alternativa de izquierda para salir de esta situación y reconstruir la patria. Lo que ayer era el talón de Aquiles de la izquierda (nuestra rigidez ideológica para concebir la alianza) desaparece para dar lugar a una actitud abierta que es nuestra mejor arma política. Hoy es claro que nunca lo fue antes, que si no hay aún unidad política y programática de las fuerzas opositoras, no es por nuestras omisiones, sino más bien porque nuestra acción persistente en este sentido no ha recibido la respuesta que merece.

c) El carácter plural de la resistencia democrática ha dado lugar a una mucho mayor aproximación entre actores de signo ideológico diverso, y a un reconocimiento acerca del rol que todos estos actores pueden jugar en la formulación de la línea y en la conducción del proceso. El papel cumplido por la Iglesia Católica en defensa de los derechos humanos y en la promoción de la actividad democrática le ha significado un mucho mayor ascenso en los sectores populares y ha constituido el marco en el cual muchos cristianos se han incorporado a la acción política. Hoy existe en el movimiento popular una mucho mayor disposición a considerar el rol de los cristianos en el proceso revolucionario como un aporte autónomo, no sólo en la acción, sino también en su conducción. El componente cristiano del movimiento democrático constituye un factor que incide en algún modo en el tipo de estrategia, en la fijación de los métodos y objetivos del conjunto del movimiento popular.

Los ejemplos nos sirven para ilustrar el desafío que enfrenta, desde el punto de vista ideológico, político y programático, la Unidad Popular. La consideración de los errores del pasado, el cambio radical en la situación del país y la propia experiencia de cinco años de resistencia, deben ser la base sobre la cual nuestra coalición construya una línea renovada. La necesidad de construir esa línea es hoy evidente. De una parte se nota la ausencia de una alternativa coherente que sea capaz de canalizar la voluntad antifascista de la mayoría. Hace ya tiempo señalamos de modo tajante que la alternativa no es Pinochet o el caos, sino que existe una alternativa democrática para Chile. La demora en construirla sirve sólo para afirmar la tesis de la dictadura. Por otro lado, la propia Unidad Popular no adquirirá la unidad interna y el dinamismo que requiere, mientras no cuente con un instrumento político sobre el cual basarlos: de allí la importancia que hemos dado a la cuestión programática dentro de la propia unidad de izquierda y también dentro del conjunto del movimiento democrático.

5. VIGENCIA DE LA UNIDAD POPULAR

SI DE una parte se postula la necesidad de construir una nueva alternativa democrática, en el cual tengan un rol fundamental las experiencias de estos años; y de otra se pone el énfasis en el carácter amplio y cualitativamente diverso que debe tener la alianza antifascista, cabe preguntarse entonces y muchos se lo preguntan, —aunque nunca en nuestros organismos colectivos— cual es el grado de vigencia que conserva la UP.

El argumento más fuerte de quienes desde el campo democrático cuestionan la Unidad Popular, es que ella es mirada más como una alianza de gobierno pasada que como una coalición política hoy vigente. Más aún, el recuerdo de esa experiencia divide a la oposición democrática de modo tajante.

No alcanzamos a entender bien por qué la desaparición de la UP eliminaría ese antagonismo. El hecho real es que en el momento más crítico del país, las fuerzas democráticas estuvieron divididas y enfrentadas

entre sí. Las consecuencias de esa división deben necesariamente pesar por mucho tiempo en nuestras relaciones. Debemos asumir este factor negativo con realismo, pero no se ve por qué la disolución de uno de los antagonistas pueda hacer retroceder la historia.

En cuanto a que la UP sea cosa del pasado, nos parece una objeción válida en la medida en que existen los problemas que hasta aquí hemos señalado. Es claro que si la UP no toma debida cuenta de la nueva situación y continúa haciendo del pasado su principal punto de referencia difícilmente superará esas dificultades.

Por nuestra parte pensamos, sin embargo, que nuestra coalición puede y debe jugar aún un papel fundamental en la lucha por la democracia y el socialismo en Chile, que ese rol es insustituible y exige ampliar y mejorar nuestra unidad interna.

Para sustentar nuestra afirmación valgan las siguientes razones:

a) En las condiciones actuales de Chile, la lucha democrática consecuente requiere de la clase obrera como un aporte principal. Ninguna clase social en el país está en condiciones de desplegar la autonomía de acción y la capacidad de lucha del proletariado. Lo cual no pretende negar el rol, también protagónico, que otras capas y clases deben jugar en esta fase y en las venideras. Pero es claro que el tipo de estructura social que el fascismo ha generado en el país no les da condiciones suficientes para una acción autónoma capaz de alterar la situación.

Con todos sus defectos, la Unidad Popular es el instrumento en el cual se expresa lo fundamental desde el punto de vista numérico y lo más consciente desde el punto de vista cualitativo, de la clase obrera. Hay por cierto otros componentes. Pero a estas alturas del proceso su fusión con los intereses del proletariado es ya irreversible. No es posible concebir un vehículo mejor para expresar esa fuerza, motor insustituible de la revolución democrática.

b) La afirmación anterior encuentra expresión práctica en la historia de estos últimos cinco años. Más allá de sus graves insuficiencias, es la Unidad Popular —más precisamente los partidos que la componen— la que ha llevado el peso de la resistencia antifascista. Otros sectores se han agregado más adelante a esta resistencia y desempeñan en ella un rol fundamental. Pero es evidente que si el fascismo hubiera alcanzado su objetivo declarado de destruir al movimiento popular, ni la Democracia Cristiana ni otros sectores democráticos de centro habrían tenido el espacio político para desarrollar su oposición, ni la fuerza para resistir, por sí solos, la embestida fascista. La reapertura del proceso político en Chile, contra el diseño original fascista, es producto principal de nuestra resistencia y un título más que suficiente para avanzar nuestras propuestas al país.

c) En tercer lugar, ni el grave retroceso sufrido, ni las imposiciones de la lucha inmediata, han cancelado nuestro objetivo histórico de construir el socialismo en Chile. Hoy concebimos esa construcción como fruto de un proceso ininterrumpido de ampliación y profundización de la democracia, al cual deberán necesariamente agregarse otras fuerzas. Pero, hoy por hoy, es en la Unidad Popular donde se encuentran las fuerzas fundamentales que están por el socialismo en Chile. Es a ellas a quienes corresponde forjar desde hoy unitariamente su proyecto histórico.

d) Por último, las razones de vigencia actual que hemos dado no significan, en modo alguno, una desva-

lorización de lo que ha sido nuestra historia común, que también es un factor fundamental de nuestra unidad presente y futura. Tenemos un patrimonio común que son nuestras realizaciones, nuestra lucha, nuestros esfuerzos por llevar adelante el proceso revolucionario primero, y luego por resistir a la dictadura fascista que ha arruinado al país. Supimos, en el momento más oscuro, asumir nuestra responsabilidad común de convertirnos en columna vertebral de una oposición democrática que crece y se amplía día a día. Decir que muchos cuadros, obreros, campesinos, intelectuales, jóvenes, murieron luchando por la Unidad Popular, no es una frase retórica, sino una constatación de una verdad material, que forja entre nosotros lazos permanentes. Nos une, pues, también una *fuerza moral* que una parte importante del pueblo sigue haciendo suya.

Esa fuerza, esa vigencia, debe sin embargo, expresarse en la práctica, a través de una conducción y una línea renovadas. Que ello sea posible depende, al menos, de la solución de las cuestiones que planteamos a continuación.

6. LA UNIDAD POPULAR COMO ALIANZA ESTRATEGICA

EN LOS primeros años de la Unidad Popular, el carácter táctico de nuestra política de alianzas se traspasaba, ocasionalmente, al seno de nuestra propia organización. Más de alguna vez se hizo referencia a eventuales contradicciones entre sus componentes, que deberían surgir a medida que la transición socialista avanzaba a su culminación. La atribución original de representaciones de clase a cada uno de sus componentes ("partidos de la pequeña burguesía", "de clase media", etc.), se encontraba en la base de estas suposiciones.

Pensamos que hoy estas limitaciones han quedado atrás: los componentes de la UP lo son a título pleno; nos hemos acostumbrado —y es un hábito sano— a vernos como aliados permanentes. No siendo iguales, partimos todos de la base de que perseguimos un objetivo común: el derrocamiento del fascismo, su remplazo por un nuevo sistema democrático y el avance hacia el socialismo. Por ello definimos la Unidad Popular como una alianza estratégica; ella no se agota en una fase determinada, sino que aspira a concretar, en su integridad, un objetivo histórico. De lo cual se desprenden algunas consideraciones y algunas exigencias:

a) Lo primero que salta a la vista es el carácter algo difuso de nuestro proyecto. Difuso porque, a pesar de lo avanzado en la discusión acerca de la nueva institucionalidad democrática y, en algunos aspectos, en el terreno económico, se nota aún la ausencia de algunas definiciones básicas acerca del modelo general de sociedad al cual aspiramos. Algunos rechazan esta por estéril o abstracta; de allí la tendencia a considerar el programa a elaborar como un programa de gobierno, lo cual peca —una vez más— de tacticismo o, al menos, de falta de realismo.

Por nuestra parte, pensamos que tal discusión sólo no es estéril, ni abstracta, sino que es lo que se espera de nosotros cuando se habla de "alternativa". Se trata, primero que nada, de definir las características esenciales de una nueva organización política, económica y social, el modo específico en que pensamos debe producirse el tránsito hacia esa sociedad, las clases o grupos que deben darle origen y la forma en que sus intereses se articulan en ella. En otras palabras, se trata de definir un *proyecto social común*.

La discusión de este proyecto social tiene, por cierto, una serie de implicancias teóricas y políticas de fondo. De algunas de ellas se ha hablado ya y se han avanzado además algunas opiniones. El que la discusión se haya producido hasta ahora en otras sedes y no haya aún sido abordada en la UP nos parece negativo. Al fin y al cabo, sólo se pide que una alianza que se define como estratégica tenga. . . una línea estratégica.

b) Lo dicho no excluye la elaboración de un programa de la UP. Por el contrario, le pone nuevo énfasis. En ese programa político debemos ser capaces de diseñar nuestra estrategia de desarrollo, nuestras propuestas institucionales para la construcción del nuevo Estado y las necesarias medidas de tránsito del fascismo a la democracia antifascista:

Lo fundamental de ese programa —que, repetimos, no concebimos como un detallado programa de gobierno— es que se funde en la nueva realidad del país y recoja las lecciones de estos años y los aportes que provienen de otros sectores de la sociedad. Ello supone evitar, de la partida, dos limitaciones que comunemente se auto-imponen:

● La primera es describir el programa como una “readecuación del programa de la UP”. Ya nos hemos referido a ella. Para nosotros el programa de 1970 *no está vigente*, no porque nadie lo haya desahuciado formalmente, sino porque las circunstancias son radicalmente diversas. Hablamos de un nuevo programa, fundado en las enseñanzas que nos ha dejado nuestra historia, en las nuevas condiciones del país y, por cierto, en nuestros ideales que siguen siendo los mismos de ayer.

● La segunda es contraponer el programa de la UP con el programa del Frente, persistiendo en la división artificial entre la UP y el país. La Unidad Popular debe ser capaz de abandonar la lógica puramente interna con que estructura su discurso político. Debe ser capaz de proponer un proyecto general para todos los chilenos, aceptable incluso para quienes no participan en su diseño inicial. Más aún, debe hacer efectiva esa participación desde el comienzo: nuestro programa debe desarrollarse en diálogo con todas las fuerzas democráticas, único modo de asegurar el éxito de nuestra convocatoria.

c) En tercer lugar, se nos plantea la necesaria relación de nuestros proyectos y nuestro programa, con nuestro objetivo histórico de construir el socialismo en Chile. Ciertamente es que hoy el objetivo aparece lejano. Pero algunos de los problemas políticos que nos plantea están muy presentes en nuestra actividad diaria. Nada sacamos, ni dentro de nosotros mismos ni respecto de nuestros aliados, con postergar o intentar postergar el debate (“pongámonos ahora de acuerdo para derrocar a Pinochet y lograr la democracia, después veremos”). De una parte los posibles aliados quieren “ver ahora”, y de otra, más importante, lo que hagamos

ahora repercutirá después en nuestro modelo socialista. Más aún si concebimos el socialismo no como un cambio de etapa, sino como una transición que queremos producir a través de una expansión y profundización del sistema democrático que es hoy nuestro objetivo inmediato.

d) Proyecto social democrático, programa político, objetivo socialista, son todas cuestiones actuales que dicen relación con los dos principales problemas que, a nuestro juicio enfrentamos hoy: *renovar la UP como una alianza estratégica y ofrecer al país una alternativa a la dictadura*. Es útil enfatizar, aunque de pasada, que concebimos esa alternativa desde la partida en amplia alianza con otras fuerzas democráticas. No nos referimos en detalle aquí a nuestra política hacia esos sectores, porque compartimos y creemos acertada la seguida hasta ahora en el período fascista y porque las definiciones mayores van, desde luego, incorporadas en la elaboración del proyecto y el programa a que nos hemos referido.

e) La renovación ideológica y política que proponemos debe ir necesariamente acompañada de una renovación orgánica y de una mayor capacidad de acción. Nada sacamos con elaborar un programa si la UP mantiene el bajo nivel de funcionamiento que tiene, como colectivo, en el interior de Chile. Esta alza en el funcionamiento está ligada a los problemas hasta aquí examinados, en la medida en que su solución debe aumentar nuestra capacidad de dirección. Lo cual no quita la necesidad de desarrollar un *plan táctico* de lucha, en el terreno político y de masas y de discutir a fondo nuestros problemas orgánicos.

Si la UP es capaz de renovarse en todos los sentidos que hemos indicado, será posible afirmar su vigencia con mucho mayor fuerza que hoy. Estaremos también en condiciones de abordar otras cuestiones políticas que últimamente han sido puestas al centro de la discusión. Nos referimos concretamente a las propuestas de “reformulación” avanzadas por algunos partidos. Si esa reformulación consiste simplemente en juntar partidos o pedazos de partidos entre sí con un mero afán cosmético, nos parece, como hemos dicho muchas veces, que no soluciona ningún problema de fondo. Hay que evitar, claro está, la proliferación de partidos. Pero nuestra propia historia como UP demuestra que la dispersión al interior de los partidos es a veces más negativa que la existencia de grupos más pequeños, pero internamente homogéneos.

Creemos, no obstante, que es posible hacer esfuerzos para llegar, entre los partidos de la UP, a formas de unidad cualitativamente superiores. Pero la forma de avanzar por ese camino —que puede llevar incluso a cambios estructurales— consiste en llevar adelante la discusión de fondo, política, teórica y programática, que es la única forma de descubrir las verdaderas coincidencias y las posibilidades reales de un mayor acercamiento.

de la izquierda cristiana

“activar el proceso de convergencia socialista”

segundo pleno del comité central

1 *Nuestra decisión fundamental: asumir como propia la responsabilidad del derrocamiento de la dictadura.*

La situación política chilena se caracteriza hoy por dos rasgos fundamentales:

a) Los problemas del país se agravan. La mantención de la dictadura impone a Chile como nación y, en particular, a la mayoría de los sectores populares perjuicios cada vez más grandes. Estos se traducen en la liquidación de las expectativas de desarrollo del país, en la quiebra de la unidad nacional y en la persistencia de una situación permanente de represión y de extrema miseria para una parte importante del pueblo chileno.

b) Los sectores que expresan su oposición a la dictadura -pese a su fuerza potencial- no logran configurar un movimiento capaz de derrocarla y generar un nuevo gobierno. Contribuye a ello tanto la falta de un acuerdo entre la Democracia Cristiana y la izquierda como las limitaciones de dirección de esta última. La ausencia de conducción política del movimiento popular es uno de los factores que más ayuda a la dictadura. Ello le permite superar muchas de las contradicciones y problemas que, necesariamente, su modelo provoca.

En ese contexto, romper el “inmovilismo” ha pasado a ser el desafío más importante que las fuerzas de izquierda y la oposición en general enfrentan. Por nuestra parte, sin dejar de tener en cuenta nuestras limitaciones iniciales, tenemos la DECISION FUNDAMENTAL DE ASUMIR EN PLENITUD, desde ahora, como responsabilidad propia el derrocamiento de la dictadura. Esto significa, -entre otras cosas- que no esperaremos que la Unidad Popular resuelva su crisis de dirección para desarrollar las iniciativas de activación y movilización social que hoy resultan impostergables y que el pueblo de Chile reclama.

2 *Sólo comprendiendo los cambios producidos por la dictadura en la sociedad chilena es posible encarar correctamente la lucha.*

Resulta cada vez más evidente el hecho de que la dictadura impulsa un proyecto global de dominación. Este se expresa en todos los aspectos de la vida del país. Tiene una perspectiva estratégica y se articula en forma coherente en sus modelos económicos, políticos y de inserción internacional.

El sector clave en el surgimiento e implementación de este proyecto ha sido el conjunto de los grupos financieros nacionales ligados al proceso de transnacionalización. Factor determinante para dar viabilidad a este esfuerzo es la mantención de los sectores que en la actualidad componen el alto mando de las Fuerzas Armadas.

Después de casi siete años de dictadura, es posible advertir un conjunto de transformaciones muy importantes en la estructura productiva, en la composición social y en los elementos que integran la ideología dominante de la sociedad chilena. En consecuencia, las estrategias y los Programas impulsados por la Unidad Popular antes de 1973 no constituyen ya instrumentos plenamente adecuados para dar solución a los problemas planteados por la dictadura.

En el plano de la estructura productiva industrial se ha registrado un significativo desmantelamiento de sectores y ramas, se ha cerrado toda viabilidad a la complementación subregional con el retiro de Chile del Pacto Andino y se ha anulado el rol activador del Estado en nuestro desarrollo.

En el sector agropecuario, la reforma agraria ha sido desarticulada sin dar lugar a una recomposición homogénea del antiguo latifundio y su correspondiente organización social. Junto a éste, que sigue predominando en la zona sur del país, encontramos en la zona central un nuevo tipo de empresa agrícola, de corte capitalista moderno. En superficies medianas funciona sobre la base de una creciente mecanización y tecnificación, que produce con miras a la exportación. Este nuevo tipo de propiedad agrícola capitalista ocupa escaso número de trabajadores -la mayoría de ellos en forma estacional- dislocando la fuerza social del antiguo inquilino. El viejo latifundio ha sido reemplazado también por un nuevo tipo de propiedad agrícola, vinculado estrechamente al sector financiero y a la economía urbana.

El sector financiero, por su parte, ha pasado a ser el que comanda la economía chilena, determinando su carácter predominantemente especulativo. Esto explica que, a pesar de que el proceso de concentración económica ha generado enormes excedentes, haya caído en estos años la tasa histórica de inversión productiva del país. Es necesario considerar el hecho de que este sector constituye el segmento más internacionalizado de nuestra economía. Debido a esto, el modelo económico

de la dictadura se coloca al servicio de esquemas mundiales de acumulación y división productiva, hace depender el funcionamiento de la economía chilena de los créditos de la banca privada internacional y corta toda expectativa de desarrollo autónomo del país.

Naturalmente, los cambios registrados en la estructura productiva tienen su reflejo en la estructura de clases. Chile es un país que ha visto reducirse drásticamente el crecimiento porcentual de su población económicamente activa. Una inmensa masa de cesantes y subocupados ha sido situada en los márgenes del sistema. Se pretende marginalizar en forma indefinida a un tercio de los chilenos para los cuales no hay espacio, ni en el modelo ni en el país. La clase obrera urbana, —trabajadores industriales, de la construcción y mineros— ha sido jibarizada. Esto afecta a sectores que desempeñaron un rol muy dinámico en la lucha social en el pasado.

En el campo también se ha producido una reducción de los porcentajes de la mano de obra. A ello se suma un cambio sustancial en las relaciones de producción.

En las capas medias se manifiestan, igualmente, importantes cambios y reacomodos. La reducción de los aparatos estatales y la caída de la demanda de trabajadores industriales especializados, desplaza a una gran masa de chilenos hacia actividades de servicios, provocando la aparición de nuevos sectores medios, muy pauperizados y debilmente organizados.

Por último, la clase dominante experimenta hoy, asimismo, significativas mutaciones. Junto al proceso de concentración del poder económico en manos de unos pocos grandes grupos financieros, se verifica la presencia de una pequeña y mediana burguesía, vinculadas a las actividades de exportación e importación y al suministro de servicios y productos suntuarios destinados a los restringidos sectores de más alto ingreso.

Transformaciones igualmente importantes se verifican en el contenido de la ideología dominante, en las ideas que intenta difundir y afianzar la dictadura. Aunque ésta no está en condiciones de imponer la visión global de una sociedad autoritaria al servicio de una minoría, puede, sin embargo, con márgenes variables, imponer algunas construcciones ideológicas que tienden a legitimar los intereses materiales de quienes la apoyan. Entre ellas es posible señalar: el intento de descalificar la actividad política y la capacidad del pueblo para ejercer la democracia; la exaltación de la competencia y el éxito individual como mecanismos destinados a sustituir la solidaridad de personas y grupos; la promoción del consumo desmesurado de bienes suntuarios; la presentación de la inversión extranjera y las empresas transnacionales como los agentes principales del progreso y el desarrollo; el intento de desvalorizar la iniciativa pública en áreas esenciales para la satisfacción de necesidades básicas del pueblo —educación, salud, vivienda— y la exaltación de un concepto de eficiencia, funcional al sistema de libre mercado y libre explotación, que deja ociosos grandes recursos productivos y subordina la resolución de los problemas más angustiosos de las mayorías a las pautas del éxito financiero.

El dominio casi absoluto sobre los medios de comunicación social que la dictadura militar ejerce, ha permitido a ésta difundir persistentemente esas ideas. Resulta indispensable tenerlas en cuenta en el trabajo del movimiento popular. Hay que demostrar que ellas ocultan el egoísmo y la inmoralidad de los sostenedores de la dictadura y el carácter antinacional, antidemocrático y antipopular del modelo que tratan de imponer.

3

La crisis de la Izquierda

Frente a las regresivas transformaciones producidas en la sociedad chilena y ante el proceso de creciente personalización del poder político en manos de Pinochet, las fuerzas de izquierda hemos exhibido graves insuficiencias. Nos mostramos incapaces —hasta la fecha— de proporcionar una conducción política a la lucha por derrocar a la dictadura. En 1976 se inició un período caracterizado por el desfase entre la recuperación del movimiento popular y el agravamiento de los problemas de la dirección superior de la izquierda chilena.

Desde ese año, en efecto, nuestro pueblo ha venido revitalizando a través de distintas instancias, las organizaciones que lo expresan. En un primer momento se rearticulaban las organizaciones sindicales, llegando a constituir direcciones nacionales para plantear sus reivindicaciones. En el campo estudiantil, múltiples expresiones orgánicas han dado cauce a las exigencias de reestablecer la libertad de pensamiento, a las demandas de autonomía de las universidades y del movimiento estudiantil, y el rechazo de los planes y programas de la educación oficial. Algo más tarde, los pobladores y campesinos han empezado a reestructurar también sus organizaciones naturales y a levantar plataformas reivindicativas en relación a sus agudos problemas.

El rechazo a la dictadura se ha extendido también a importantes sectores medios. Fracciones de los colegios profesionales, organizaciones de empleados y pequeños productores, han presentado críticas sustanciales a la política oficial y a la demanda de un tratamiento más favorable.

A esto deben agregarse las condiciones de política internacional que ha enfrentado Pinochet. Esta no puede haber sido más desfavorable: ruptura de relaciones con Bolivia; retiro del Pacto Andino; expulsión del Movimiento de los No Alineados; abierto conflicto con Argentina —todavía no resuelto— que tuvo al país al borde de la guerra a fines de 1978; expulsión del Embajador chileno en Perú; suspensión de relaciones diplomáticas con países tan importantes como México, Italia, Suecia; condena abrumadora en la Asamblea General de Naciones Unidas, durante cinco años consecutivos; la inusitada cancelación —en pleno vuelo— de la invitación que Filipinas había formulado a Pinochet.

En síntesis, este cuadro de recuperación del movimiento popular desde su base en una línea de rechazo a la dictadura, unido a la mantención de su aislamiento internacional, suministra un cuadro material muy favorable para iniciar un proceso de resistencia efectiva que conduzca a la liquidación del régimen actual.

Pese a ello la iniciativa política de la izquierda ha ido declinando, hasta configurar una situación que permite hablar con propiedad de una crisis de la izquierda. Esta se expresa, principalmente, en la Unidad Popular. Y ello, precisamente, porque ésta constituyó —en el pasado— su expresión orgánica más significativa. En la actualidad, la Unidad Popular se encuentra virtualmente paralizada. Su Comité Político Exterior no puede reunirse desde hace dos años y esta situación amenaza con extenderse al interior de Chile, como una consecuencia tardía de la división del Partido Socialista.

Consideramos que esta situación, ha llegado ya a un límite que impone, por razones políticas y éticas, a las diversas organizaciones de la izquierda chilena, la realización de todos los esfuerzos encaminados a superarla.

Bloqueadas las instancias orgánicas unitarias, se torna para la Izquierda Cristiana una exigencia inaplazable

zable el impulsar con autonomía todas aquellas iniciativas políticas encaminadas a romper el inmovilismo y reactivar la lucha contra la dictadura.

Al asumir -desde ahora- como nuestra propia responsabilidad orgánica y política el desatar las ofensivas que conduzcan a la reactivación de las luchas de nuestro pueblo, lo hacemos en un contexto que liga las cuestiones tácticas con las estratégicas, los problemas de hoy con las expectativas de mañana, el combate contra las formas actuales de injusticia y dominación con las exigencias de perfilar una alternativa para Chile. La tarea política de hoy se concreta, así, en dos esfuerzos centrales: la formulación de un proyecto histórico que exprese el tipo de sociedad por el cual opta el movimiento popular chileno y la puesta en marcha de una gran movilización de masas que, sobre la base de las organizaciones sociales que se da nuestro pueblo, inicie las acciones encaminadas a cercar el régimen de Pinochet.

Por nuestra parte, emplearemos todas las formas de lucha que la tradición cristiana ha considerado legítimas para enfrentar a las tiranías.

4 *Las contradicciones fundamentales que se plantean entre la dictadura de Pinochet y el conjunto del pueblo chileno.*

Entre la dictadura de Pinochet y el pueblo chileno se plantean, en forma permanente, diversas insalvables contradicciones. Las tres más importantes son:

- El conflicto entre el carácter autoritario y represivo del modelo político y las aspiraciones de democracia, libertad y respeto a los derechos humanos de la inmensa mayoría de los chilenos.
- El conflicto entre el carácter concentrador del modelo económico que permite la extrema opulencia de algunos pocos y la extrema miseria y explotación a que están condenados los trabajadores.
- El conflicto entre el carácter desnacionalizador de un modelo que debilita todas las bases de independencia y soberanía efectiva del país y la gran voluntad de afirmación nacional y de búsqueda de un desarrollo con independencia y control sobre las riquezas fundamentales del país que anima a la mayoría patriótica.

En la actualidad, la voluntad de resolver estas contradicciones en favor del pueblo chileno pasa por la liquidación del régimen implantado después del golpe de estado de 1973. Esto a su vez, hace más urgente la tarea de derrocar a la dictadura, para abrir cauce a un proceso continuado de democratización y cambio social.

Asumir el objetivo democrático exige tomar conciencia de la incompatibilidad que hoy se verifica en Chile entre la democracia y el capitalismo.

Si bien las ideas liberales florecieron junto al capitalismo, la institucionalidad democrática surgida en torno a él fue siempre estrecha y reservada a una minoría. La ampliación de las libertades ha sido un resultado de la lucha popular. En el capitalismo desarrollado la ampliación democrática, en sus dimensiones económicas y sociales, pudo verificarse debido al mayor desarrollo de las fuerzas productivas. En el capitalismo periférico dependiente, en cambio, la coexistencia de la democracia política y la democracia económica es mucho más volátil y frágil. La democracia queda limitada a la expresión política, muchas veces formal. Sólo efectuando transformaciones estructurales -tanto en las formas de propiedad y participación, como en la función directriz del estado para modificar el modo de acumulación

y el patrón de producción, se podrá sustentar una democracia amplia.

En el caso chileno, semejante incompatibilidad entre democracia y capitalismo resulta particularmente válida. En nuestro país, fue la propia burguesía la que definió la incompatibilidad entre ambos procesos, al optar por la implementación de un régimen político autoritario y antidemocrático para asegurar la supervivencia de los patrones de desarrollo capitalista. Por esto, no existe en Chile una burguesía nacional disponible para la empresa democrático-liberal. Quienes han buscado una derecha democrática para asociarse con ella, acabarán por rendirse a la evidencia de que ésta no existe.

En este contexto, el único proyecto que a los partidarios del capitalismo les resulta posible proponer es el de democracia restringida. Conviene detenerse en la lógica de esta opción: probablemente ella conlleva una retórica de modernización, reforma y apertura democrática. Semejante fórmula encontrará, sin embargo, la imposibilidad de estabilizarse tanto por la función fiscalizadora que mantendría una cúpula militar no renovada como por la contradicción no resuelta entre los objetivos democráticos y las pautas fundamentales del modelo económico vigente, aún si consideráramos la posible introducción de enmiendas parciales en el funcionamiento de éste. Por ello nos parece claro que los Partidos democráticos que se embarquen en esta aventura terminarán por negar su propia esencia e hipotecar el apoyo de los sectores populares que hoy expresan.

5 *Un proyecto democrático, nacional y popular*

La supuesta incompatibilidad entre socialismo y democracia es una consigna ideológica de los grupos dominantes. Dentro de nuestra visión estratégica en cambio, democracia y socialismo son dos vertientes que confluyen.

Sólo con base económica socialista se puede dar sustento material a la democracia. Sólo el socialismo puede permitir la estabilidad, la profundización y ampliación de la democracia. Como lo dijimos en nuestro Primer Congreso, la "vinculación profunda entre democracia y socialismo es el factor que asegurará en el futuro un proceso constante y sostenido de traspaso de la riqueza y el poder político en favor de la mayoría del pueblo chileno".

Participación, autogestión y mayor igualdad pueden producirse y sostenerse únicamente en una economía y una cultura que avancen al socialismo.

Un nuevo proyecto político debe expresar en primer lugar los intereses presentes y futuros del pueblo chileno. Su fuerza nace de la legitimidad que ganará entre los más vastos sectores sociales.

Pero, al mismo tiempo, es un proyecto popular cuyo propósito es propender a una mayor igualdad económica, social y política, y a elevar la organización de participación de los grupos pobres y oprimidos en la conducción del estado y la sociedad.

No es un proyecto sólo de la clase obrera. Tal proyecto aislaría al proletariado y, por ende, constituiría un error. Las clases pobres, en general, deben luchar por un proyecto que represente, auténticamente, los intereses fundamentales de la gran mayoría del país.

Proponemos una estrategia popular. Dentro del bloque social que abra paso a la democracia, lucharemos por la hegemonía de las clases pobres y oprimidas en un marco de pluralismo. Sólo conquistando esa hegemonía se logrará avanzar hacia una sociedad más

justa. Pero la hegemonía no es una condición que se negocia en forma previa a la articulación de una alianza. Es una posición que se conquista.

Sabemos que el proceso de creación de una nueva sociedad se confunde con el proceso de liberación y de predominio de la clase obrera y los trabajadores.

Pero, también tenemos en cuenta que la actual estructura social de Chile, el proletariado, en su definición más estricta no alcanza al 25% de la población. Existen, simultáneamente el campesinado, los trabajadores por cuenta propia, los empleados públicos y privados y una gran cantidad de chilenos cesantes.

En las economías capitalistas periféricas la estructura productiva engendra un sector social urbano que se articula en torno a actividades terciarias y a servicios variados. Son ellos una gran mayoría dispersa. También la evolución de las fuerzas productivas modernas impulsan la automatización y la administración computarizada. Ello conlleva la expansión de las actividades de servicios a costa de una contracción proporcional del trabajo obrero.

Por tanto, un nuevo proyecto político debe expresar no sólo los intereses reivindicativos inmediatos de la clase obrera, sino los intereses permanentes de todo el conjunto de las clases y capas explotadas, oprimidas y marginadas. Más concretamente, la racionalidad básica del proyecto descansa sobre las exigencias de satisfacer de manera inmediata las necesidades mínimas de los sectores pobres y desocupados del campo y la ciudad, aun antes de su incorporación al mercado regular de trabajo.

La búsqueda de alianzas entre el movimiento popular y el resto de los sectores sociales debe tomar en cuenta el carácter prioritario de los objetivos descritos y, con ello, la necesidad de extender al máximo la eficacia de las motivaciones morales de solidaridad en la conducta política de los sectores comparativamente privilegiados, circunstancia ésta que se ve favorecida en la actualidad por la amplitud cada vez mayor que presenta la lucha por la defensa de los derechos humanos en nuestro país y en todo el mundo.

Un nuevo proyecto político debe proponer una visión de Chile y asumir los intereses superiores de la nación.

Este proyecto político es capaz de dar respuesta a los principales problemas nacionales porque asegura la unidad interna de su pueblo, garantiza un desarrollo económico autónomo y pujante, y porque afianza la fortaleza de las instituciones democráticas, base del respeto y prestigio internacional.

Un proyecto nacional ofrece una respuesta a los problemas de seguridad nacional. La fundamenta en la unidad del frente interno y en un frente externo resguardado por la diplomacia de un gobierno democrático legítimo, por la economía de un pueblo participante y por la solidez de unas fuerzas armadas respetuosas del orden institucional y unidas con su pueblo.

En el bloque de fuerzas que sustenta la construcción del proyecto político nacional, democrático y popular tienen que participar amplios grupos de la oficialidad y los soldados democráticos de las fuerzas armadas chilenas.

Su participación en este bloque supone la erradicación del fascismo y el reemplazo de los conceptos de la actual teoría de la seguridad nacional. Esta se afirma en la represión, la violación de los derechos humanos y la subordinación a intereses militares externos.

Ideológicamente, la participación de estas fuerzas pasa por un proceso de reconstrucción de una doctrina de la seguridad nacional que, verdaderamente, resguarden los intereses de la nación, su pueblo y su territorio.

6 *El proceso de convergencia socialista: instrumento para desatar una nueva dinámica*

En torno de estas ideas constitutivas de las bases de un nuevo proyecto histórico para la sociedad chilena, se ha ido produciendo en el último tiempo un rico y variado debate entre diversos sectores de la izquierda chilena. El apunta, en último término, a la exploración de nuevos estilos para hacer política y de nuevos cauces orgánicos para emprender la realización de dicho proyecto. A partir de la Declaración de la Ciudad de México, suscrita en mayo de 1979 por el MAPU, el MAPU Obrero y Campesino y por nuestro Partido, esta perspectiva ha dado lugar a exploraciones más concretas en lo que se ha denominado "Convergencia Socialista". Importantes y representativos grupos y seminarios de estudio se han ocupado, en el exterior y en el interior de Chile, de ampliar los fundamentos teóricos y orgánicos de esta propuesta.

Creemos que hoy existen condiciones para formular en términos muy precisos nuestra posición en torno a este tema.

La IZQUIERDA CRISTIANA expresa su disposición a participar y activar el proceso de convergencia socialista. Considera que éste no puede ser entendido como una suma o fusión de algunos de los Partidos que integran la Unidad Popular. Tal perspectiva, por lo demás, reduce su proyección y alcance más profundo. Para nosotros la convergencia socialista es, principalmente, un proceso de coordinación de fuerzas que apuntan a los objetivos comunes de activar la movilización popular orientada al derrocamiento de la dictadura y de estructurar el proyecto histórico que afiance los objetivos de la democracia y el socialismo.

Estamos convencidos que el desencadenamiento de esta dinámica política puede llegar a interpretar a sectores muy amplios del movimiento popular y a diversas fuerzas políticas de izquierda. En tal perspectiva trabajaremos. Con todo, este esfuerzo requiere de un impulso inicial que debe producirse a la brevedad posible.

Dada la actual situación de la izquierda, pensamos que la responsabilidad de dar este impulso corresponde a los partidos que suscribimos la Declaración de México, así como a importantes sectores independientes de izquierda. Muchos de éstos ya han expresado su opción por este camino y han participado con valiosos aportes en la lucha popular y en los diálogos hasta ahora realizados.

Formulamos por lo tanto un llamado a las direcciones superiores de los partidos MAPU OC Y MAPU, para constituir, en el más breve plazo, un comité de enlace para el desarrollo de las luchas populares contra la dictadura que, a lo menos, pueda abordar en el periodo próximo las siguientes tareas:

a) La elaboración de un completo diagnóstico acerca de la realidad política, económica, social, militar e internacional de Chile en la actualidad.

b) La preparación de las bases de un proyecto democrático, popular y nacional para Chile, que abra perspectivas a la formulación de una alternativa amplia y unitaria que surja de las fuerzas democráticas chilenas.

c) La constitución en el interior de Chile, a partir de nuestras propias fuerzas, pero en la perspectiva de

una convocatoria muy amplia, a las organizaciones sociales y populares existentes de un frente de movilización y resistencia. Particularmente nos parece este esfuerzo en los sectores sindical, estudiantil, poblacional y campesino. A nuestro juicio, contamos allí, con una base inicial de representación significativa. El esfuerzo en cada uno de estos campos debe apuntar a la definición de plataformas especializadas, de carácter nacional y local. A partir de allí debe buscarse una articulación de las diferentes demandas, de tal manera de hacerlas confluir a un cuestionamiento global de la dictadura misma.

d) Concertar acciones comunes con la Democracia Cristiana que aseguren la más amplia movilización de los sectores democráticos.

e) Continuar con los esfuerzos encaminados a favorecer la normalización de la Unidad Popular.

f) Preparar en conjunto iniciativas que ayuden a elevar el nivel y calidad de la solidaridad internacional.

g) Estimular todas las iniciativas encaminadas a fortalecer la convergencia socialista.

Entendemos la convergencia socialista como una iniciativa que no pretende el aislamiento del Partido Comunista o la división de la izquierda. Nos damos cuenta que frente a problemas como el debate contemporáneo en torno a las modalidades de democracia y socialismo, las concepciones sobre hegemonía al interior de la izquierda, el enjuiciamiento de situaciones y procesos internacionales concretos, hay distintas opiniones entre el Partido Comunista y nosotros. Las entendemos como algo natural tratándose de organizaciones distintas. Pensamos que es conveniente no eludir la confrontación de esas diferencias sino, al contrario, expresarlas mediante una discusión franca, fraternal y creadora.

Nuestra disposición, apunta fundamentalmente, a la máxima unidad posible en función de los intereses superiores de los trabajadores y el pueblo chileno.

El movimiento popular tendrá que seguir buscando la concertación de todas las fuerzas políticas y sociales que se oponen a la dictadura y se proponen derribarla. En este marco, vemos las relaciones con la Democracia Cristiana en torno al desarrollo de acciones comunes concretas, de carácter amplio, en todos los frentes sociales en que ello sea posible. Por lo demás, una línea propiciando la movilización social ha sido ya públicamente planteada por la dirección de la Democracia Cristiana. En una perspectiva estratégica nos parece que el conjunto del movimiento popular debe tomar en cuenta la presencia significativa en ese partido de sectores sociales y corrientes de opinión que pueden llegar a considerar con seriedad una perspectiva a la vez socialista y democrática. Nuestra decisión de impulsar el proceso de activación de la lucha popular contra la dictadura no depende, sin embargo, de la posibilidad de lograr acuerdos previos con la Democracia Cristiana.

7 *La nueva significación de los cristianos en las luchas de liberación de América Latina y Chile*

Uno de los rasgos principales del proceso político

contemporáneo en nuestro Continente es la creciente presencia de los cristianos en las luchas de los pueblos por alcanzar su liberación. En los 14 años que median entre la muerte de Camilo Torres y el brutal asesinato de Monseñor Romero, la significación de lo cristiano en la búsqueda de una sociedad nueva y mejor pasa del testimonio profético al compromiso de masas. Más de 800 sacerdotes y religiosas han sufrido la muerte, el desaparecimiento, la tortura o la prisión. Nombres de cristianos como Néstor Paz y Luis Espinal en Bolivia, Henrique Pereira en Brasil, el sacerdote campesino Rutilio Grande en El Salvador, el Comandante Sandinista Gaspar García Laviana en Nicaragua, Juan Alsina y Arturo Riveros en Chile, están en la lista de los mártires más puros, y ejemplares que nuestros pueblos han visto desaparecer en estos años. Formas nuevas de reflexión religiosa que, como la Teología de la Liberación, intentan una interpretación y una práctica de la fé y de los valores cristianos desde una perspectiva de los pobres y los oprimidos; formas nuevas de expresión orgánica, como las comunidades cristianas de base, de las que sólo en Brasil hay 90.000, constituyen el reflejo orgánico de las bases populares de la Iglesia, que se estructura sobre la base de la fraternidad, la solidaridad, la participación y la autoeducación. Estas tendencias se refuerzan y amplían, con la incorporación militante de cristianos a movimientos populares. En algunos países, como el nuestro, ello se ha expresado en la formación de partidos que reconocen una inspiración cristiana.

Este fenómeno determina una ampliación de las vertientes del pensamiento revolucionario y fortalece las perspectivas de una conjunción de democracia y socialismo. No es extraño, entonces, verificar que en los dos procesos de liberación más importantes con que los pueblos de América Latina abren esta década, Nicaragua y El Salvador, el aporte de compromiso y de lucha de los cristianos, sea no sólo importante, sino decisivo. Si siempre fue cierto que del comportamiento de las masas de inspiración cristiana dependía buena parte del resultado de los procesos revolucionarios en el continente, hoy entramos en una etapa en que la radicalización cada vez más amplia del pueblo cristiano viabiliza, fortalece y amplía las perspectivas del socialismo latinoamericano.

La IZQUIERDA CRISTIANA DE CHILE, que como organización ha sido fruto de este proceso y ha crecido y madurado con él, ratifica su decisión de expresar en el seno del movimiento popular chileno los valores y el compromiso de aquellos cristianos que entienden que en la lucha por derrocar a la dictadura y en los esfuerzos por construir una sociedad más justa y fraternal, se realiza políticamente "una opción preferente por los pobres".

La IZQUIERDA CRISTIANA llama a los religiosos, a los integrantes de comunidades de base, a los miembros de los movimientos sociales de la Iglesia, a quienes han trabajado por la vigencia de los derechos humanos y la solidaridad con los pobres y oprimidos, a considerar la necesaria dimensión política de la lucha y su ingreso a nuestro partido.

¡¡¡ POR LA LIBERACION POPULAR!!!

*Segundo Pleno del
Comité Central de la
Izquierda Cristiana de Chile*

MARZO DE 1980

manifiesto del mapu a los trabajadores y al pueblo

un camino para chile

segundo pleno nacional en la clandestinidad

LA DICTADURA HA CAMBIADO A CHILE, ES HORA DE UNA NUEVA ACTITUD DE LOS CHILENOS.

Han pasado más de seis años de Dictadura y como nunca antes las injusticias, la arbitrariedad y el abuso son el pan de cada día para los chilenos. La Patria está herida y dividida en dos desiguales partes. Con miles de sus hijos asesinados, con cerca de un millón en el exilio, con un tercio de su población cesante.

Diez grupos económicos -no más de 200 personas - se han apoderado de las mayores empresas, de los Bancos y Financieras. Sólo los poderosos, los Generales los gerentes, los ejecutivos y los protegidos del régimen comparten aquella abundancia.

Los trabajadores, quienes producen la riqueza, están excluidos de la vivienda, de la cultura, de la salud y hasta de su libertad para protestar y luchar contra tan inmensa ignominia. El Plan laboral les ha hecho sufrir en carne propia y en la de sus hijos, la prepotencia patronal amparada en los mandarines del Ministerio del Trabajo, en los dirigentes amarillos que les han impuesto y en los Tribunales corrompidos e inservibles.

Los jóvenes se estrellan contra una vida mercantilizada, implacable y egoísta. El único sentido que se les ofrece a su existencia es el de consumir y consumir. Sin embargo, el trabajo es inexistente o mal pagado. Los estudiantes saben que un día se acabará el dinero para los estudios y que éstos son peor que mediocres y orientados a domesticarlos. Los campesinos viven cotidianamente la amargura de perder sus tierras o de no poder explotarlas. Los Profesionales, los artistas e intelectuales están condenados a la marginación y subutilización de sus capacidades si no quieren venderse al CNÍ o aceptar condiciones indignas para el ejercicio de sus profesiones.

El país ha sido saqueado. El cobre y el petróleo están en venta. Las tierras y bosques del Sur se entregan a la voracidad de los modernos piratas japoneses, árabes y norteamericanos.

Vivimos en una sociedad donde la única motivación válida es el lucro y el dinero. No hay protección ni derechos para los ciudadanos, siempre expuestos al peligro del abuso, el encarcelamiento, la relegación, el destierro o la muerte. Se domestican las conciencias con la autocensura y las leyes restrictivas a la Prensa y la Cultura;

se atomiza la organización sindical con el Plan Laboral; se dictan normas indignas para atraer capitalistas extranjeros; se busca la aniquilación del pueblo Mapuche con la Ley Indígena; con la Carrera Docente se pretende someter al profesorado; se acaban los sistemas previsionales y los dineros son entregados a los patrones y banqueros; las Fuerzas Armadas son sometidas a un verdadero plan de desnacionalización y fascistización ideológica; se busca crear una educación superior elitista con la Ley de universidades; se privatiza la Salud, dejando a miles sin ese derecho.

En palabras cortas, la dictadura avanza en su plan de domesticación del país y echa las bases para que vuelva a funcionar en gloria y majestad el capitalismo dependiente, con su secuela de injusticias y explotación, pero esta vez marcado por el signo de la brutalidad y el salvajismo.

El sueño burgués de "ponerse a nivel internacional" aparece como una cruel realidad que se sostiene sobre las miserias del pueblo. Hoy tenemos nuestros propios "Padrinos" con sus mafias criollas, se inauguran lujosos clubes privados, se prostituye a decenas de adolescentes para atender "ejecutivos jóvenes", Gerentes e inversionistas extranjeros; la corrupción administrativa atraviesa los más altos niveles; el barrio alto se puebla de palacetes; se gastan millones en traer tenistas y cantantes para divertir a una burguesía sedienta de despilfarro, las tiendas se saturan de whisky y perfumes mientras los cesantes, los perseguidos, los humillados de siempre pasean con su miseria a cuestas.

Esta es la "patria" que enorgullece a la burguesía y a los chovinistas. Contra todo esto decimos ¡Basta!

Nos anima una gran sed de justicia. Odiamos la maldad, la explotación, el robo de nuestras riquezas, el pisoteo de la dignidad de los ciudadanos. Odiamos al dictador y su corte de lacayos que bajo la bayoneta vienen condenando a Chile.

¡Pinochet pagará sus crímenes!

El anhelo de justicia que alimenta nuestra pasión revolucionaria lo perseguirá hasta el mismo Paraguay, el día que una su destino a los de Somoza.

Ese mismo sentimiento está latente en miles de hombres y mujeres. A veces con impotencia y otras

convirtiéndose en acción y rebeldía. ¡Chile no puede seguir siendo engañado! Nuestro país es la patria de un Lautaro, de un Manuel Rodríguez, de un Recabarren y de un Allende. Chile ha sido el suelo de grandes gestas patrióticas y revolucionarias y eso late en lo profundo de la conciencia popular.

Ese Chile heroico que ha sabido vencer y anteponerse frente a enemigos poderosos reclama una nueva actitud de los chilenos. Reclama una voluntad organizada, unitaria y decidida de miles que convierta en fuerza incontenible la indignación de millones.

¡Para ver amanecer en Chile, la tiranía deberá ser derrocada!

AMERICA LATINA RESISTE

En nuestro Continente ya no reina la paz de los cementerios. Se están esfumando los negros años de la última década. En el umbral de los 80, los pueblos latinoamericanos han reemprendido la marcha.

Las tiranías del Continente, hijas de la CIA y del Pentágono, ya no se sienten tan seguras y empiezan a hablar de democratización y de normalización. Por su parte, regímenes supuestamente democráticos y liberales empiezan a "proteger la democracia" de las masas que claman por justicia. Esa es la nueva orden de la Casa Blanca: "Democracias", pero que sirvan para seguir explotando; que excluyan a los movimientos populares.

Para los pueblos americanos las cosas empiezan a ponerse claras. Lo que a los yanquis les importa no es la democracia ni los Derechos Humanos, sino la estabilidad de sus negocios y las ganancias que éstos dejan.

Las luchas de Centroamérica han puesto el dedo en la llaga. El irrefutable triunfo Sandinista del pueblo de Nicaragua y las no menos estimulantes luchas del pueblo Salvadoreño son sin duda los dos momentos más significativos de este repuntar americano. Con los triunfos de Nicaragua y los combates de El Salvador, América toda se siente comprometida en la común voluntad de resistir la dominación extranjera. Particularmente, los que creemos en los destinos revolucionarios de nuestros pueblos.

Pero también en Bolivia, Perú, Ecuador y Brasil, bajo distintos signos y características, soplan vientos de libertad y lucha democrática.

El "patio trasero" está revuelto y el Tío Sam intranquilo. La sonrisa de Carter no logra ocultar los intentos de intervenir militarmente en Nicaragua, las provocaciones contra Cuba y las maniobras intervencionistas en El Salvador. Todos estos hechos dan cuenta de cuáles son los reales intereses en juego y de cuál es el rol que siguen jugando los Estados Unidos.

Nuestra lucha en Chile se nutre de los avances de Centroamérica y El Caribe en la búsqueda de su libertad. ¡Una gigantesca ola de confraternidad y solidaridad latinoamericana estimula la gesta de cada uno de nuestros pueblos!

A PINOCHET HAY QUE QUITARLE LA FIRMEZA QUE LE DA NUESTRA PROPIA DEBILIDAD

Chile está en peligro. La Dictadura está transformando este país a su imagen y semejanza, o más bien a imagen y servicio de las grandes multinacionales a cuya estrategia e intereses han subordinado la economía y la vida nacional.

Cada uno siente en su vida diaria esta realidad. Las "siete modernizaciones" son el camino a través del cual quieren instalar su modelo de sociedad en aspectos vitales de la vida de la Nación. Ellas son la "orden del día" del Ministerio de Economía, de *El Mercurio* y del Diego Portales.

Imponer cada medida a los chilenos a lo largo de estos años no ha sido tarea fácil para la tiranía. Hacer avanzar la transformación regresiva de la sociedad les ha traído costos. Han debido pagar el precio del aislamiento político y social, del repudio universal.

Hoy en día no les basta con imponerse a nivel de la estructura social del país con el Plan Laboral, la Reforma Previsional, la Carrera Docente y otras hijas de la tiranía. No les basta con seguir imponiendo por Decreto y a la fuerza su paquete de medidas. Necesitan también de una salida para romper con su aislamiento político e internacional respecto de Europa, de sectores norteamericanos y de numerosos sectores de la clase dominante chilena que en el curso de estos años han ido abandonando el pacto inicial del 11 de septiembre de 1973. Buscan una salida que estimule la entrada de capital extranjero, atenúe sus contradicciones internas y quiebre el bloque opositor.

Por eso algunos dirigen cantos de sirena hacia la Democracia Cristiana. Y empiezan a hablar de "democracia", de "institucionalización" y hasta de "apertura".

Curiosa apertura la del régimen. Después de la Negociación Colectiva se despide trabajadores en casi todas las industrias; se inicia el expediente de las relegaciones para detener la lucha social; se despide a decenas de profesores en la Universidad. Después de la frustrada "Conquista del Pacífico" que el tirano iba a realizar, Cubillos es obligado a hacer las maletas en medio de rumores sobre un triunfo de los "duros". Después de las amables tertulias de Fernández con los representantes más derechistas de la oposición, Pinochet niega que vaya a existir apertura o diálogo con los políticos.

Sin duda hay incoherencias y contradicciones en el Gobierno en torno a cómo enfrentar la salida política. Pero más allá de ellas, el esfuerzo central de la Dictadura y de los verdaderos amos que se escudan tras las FFAA, es imponerse de manera perdurable, más allá del propio Pinochet.

El Movimiento popular tiene la tarea de hacer zozobrar el esquema de institucionalización y las "modernizaciones", introduciendo en ellos elementos de ruptura y quiebre, trancándole sus eslabones fundamentales. Con habilidad y creatividad debe ir provocando de este modo contradicciones, ajustes y reajustes crecientes y precipitados que desgasten y sumerjan a la tiranía en una crisis profunda.

Para ello, para luchar contra la institucionalización de la dictadura, llamamos a concretar la voluntad unitaria de nuestro pueblo en un Acuerdo Democrático entre la izquierda y la Democracia Cristiana.

Llamamos a la Democracia Cristiana a ser definitivamente consecuentes con ese pueblo que se reconoce en sus filas y que ha sufrido junto a sus hermanos los padecimientos del hambre y la psecución. Consecuencia es hoy decir que no aceptaremos una transición sin que se restituyan previamente los derechos democráticos básicos y se elija una Asamblea Constituyente. Que no hay Democracia posible si se pretende excluir las organizaciones gremiales y políticas del pueblo. Que no hay Democracia mientras se mantenga la actual realidad económica y social.

Tenemos que tenerlo claro de una vez: la fortaleza de Pinochet reside en nuestra debilidad, en la falta de una alternativa práctica Nacional y Popular, en la pasividad y resignación que aún persiste en la mayoría de nuestro pueblo. Como al Sha de Irán, Bokassa, Idi Amin o Somoza, otro gallo le cantará a Pinochet cuando estalle, ávida de libertad y justicia, la indignación silenciosa y latente del pueblo chileno.

LA NACIENTE RESPUESTA POPULAR SE EMPANTANA CON LA CRISIS DE LA IZQUIERDA Y LA FALTA DE CAMINOS EFICACES

Durante casi 7 años las organizaciones políticas populares hemos luchado duramente por sobrevivir y reorganizarnos. Los nombres de Carlos Lorca, Chino Díaz, Miguel Henríquez, Carlos Ortúzar son un testimonio palpable de una época de heroísmos mudos que no será olvidada. La tiranía nos ha hecho pagar un duro precio por la obstinación de nuestro compromiso revolucionario, pero no logró destruirnos. Esa victoria pertenece a todo el pueblo.

Junto a la izquierda, desde fines de 1977, comienzan a levantarse las primeras manifestaciones abiertas de lucha popular de masas. Ellas se gestan largamente en la clandestinidad. En los frentes más avanzados surgieron los Comités de Base Unitarios, como los Comités de Resistencia, que articularon a los sectores más decididos del movimiento popular y desarrollaron las primeras experiencias de resistencia. Es el caso de la Huelga de El Teniente de 1977. Junto a ellos, se formaron diversas organizaciones más específicas de defensa de los Derechos Humanos, Sociales y Políticos: las bolsas de cesantes, los Comedores, las Agrupaciones de presos políticos y de familiares de las víctimas de la represión. Por otra parte, comenzaron a reactivarse los lugares con mayor tradición histórica y, con particular combatividad, el movimiento estudiantil y sindical.

Así, de pronto Chile vio nuevamente a sus hijos recuperando dignidad y confianza. Y se salió a la calle los 1º de mayo y en Septiembre, se gestaron heroicas huelgas de hambre, se reconstruyó la organización juvenil y estudiantil y se reactivaron los sindicatos. Se reprodujeron las huelgas de Vianda por todo el territorio. Las distintas clases y sectores explotados y marginados empezaron a hacer sentir su voz en un país en que parecía que ya no existían.

A pesar de ello, el movimiento popular antidictatorial se topa con enormes dificultades. Es preciso interrogarnos con severidad y descarnadamente por qué, a seis años y medio de dictadura y existiendo lucha del pueblo, aún no surge una alternativa. Por qué no se levanta aún una fuerza capaz de poner en jaque a Pinochet, de abrir un camino eficaz para derrocarlo y capaz de practicarlo. Por qué ese movimiento popular que surge presenta algunos síntomas de empantamiento.

Influye en ello el hecho que aún las organizaciones de masas que se han reconstituido son todavía insuficientes, débiles y poco extendidas. Subsiste todavía el miedo a los esbirros de Pinochet y nuestro pueblo ha cambiado su forma de pensar, sus intereses y valores. Todavía las organizaciones sociales y políticas no interpretan fielmente esa nueva manera de ser de las mayorías.

Influye también y de manera más radical, el que la izquierda permanece todavía, en gran medida, enfriada en sus propios problemas, escasamente presente en las luchas concretas que las masas han comenzado a dar, en crisis y paralizada por el predominio que aún ejerce una línea y un sentido común equivocado y capitulante.

Una izquierda que no ha sabido superar su divorcio con lo que las masas sienten y piensan. Que se mantiene mayoritariamente ajena, anclada al pasado, con un lenguaje gastado, impotente con sus recetas tradicionales. Una izquierda que sabe copar espacios legales y superestructurales pero que no sabe combatir a la represión en las calles y en los frentes; que hace muchos "encuentros", pero poca lucha. Aún el sectarismo, el burocratismo y el cuoteo dividen y parcelan, aún se siembra la cizaña y se excluye a muchos que desean honestamente participar y aportar.

Durante años las fuerzas principales de la UP han equivocado el camino. Se creó la ilusión que la Dictadura "caería por su propio peso" o por "las presiones internacionales". Se desestimó a la UP como instrumento para impulsar la lucha independiente del pueblo y se la redujo a un pedestal para emitir declaraciones y llamar a la Democracia Cristiana a una alianza que la directiva de la DC rehúye. Equivocado camino que creyó que la Dictadura caería mágicamente producto de un "consenso mayoritario"; que ingenuamente desconfió lo único realmente importante: la lucha cotidiana, su conducción real, el desarrollo del movimiento popular y el incremento de sus fuerzas.

Sobre la base de su propia fuerza, de levantar y llevar adelante una alternativa, de ser capaz de mostrar un camino eficaz de lucha, de fortalecer su propia unidad, de su capacidad de mellar a la Dictadura, la izquierda podrá atraer realmente a otros sectores y concretar alianzas duraderas. Pero se ha querido poner la carreta delante de los bueyes. ¡Llamar sin fuerzas propias, convocar sin poseer alternativa! ¡Negociar sin fuerza y poder! La mejor forma de fracasar es en el llamado. Es claro que lo DC ha sabido aprovecharse de ello; sin contaminarse públicamente, ha mantenido la ambigüedad bajo cuerdas, buscando dilatar y dividir.

Tal situación ha provocado reacciones en distintos sectores de la izquierda. Las antenas se han venido sensibilizando y surgen síntomas de alerta y de renovación. Intentos de respuesta vinculados a la lucha y aspiraciones del pueblo que deben ser recogidos, sintetizados, expresados y transformados en grandes líneas de acción. En el seno mismo de la UP cobra cada día más fuerza la posibilidad de un nuevo eje que busque en una dirección renovada y revolucionaria.

Es necesario enfrentar crudamente esta realidad. Basta ya de seguir con la política del avestruz. Hay que definirse frente al país y su futuro y los caminos de avance para hoy. ¡Es indispensable fortalecer, ampliar y multiplicar nuevas trincheras de lucha popular! ¡Es necesario dar un salto en la unidad y renovación de la izquierda, impulsando a fondo la Convergencia Socialista!

LA LUCHA CONTRA LA DICTADURA ES POR LA DEMOCRATIZACION TOTAL DEL PAIS.

Acabar con la tiranía y hacer justicia es nuestro anhelo. Pero esta motivación íntima de la lucha de todos los días también se nutre de una gran fe en el mañana. No queremos un amanecer efímero. Ya es mucha la sangre derramada y es mucho el esfuerzo realizado y a realizar, como para contentarnos con una primavera controlada y rápidamente eliminada por los mismos que hoy gozan del poder a sus anchas.

Queremos Democracia y Libertad plenas. Queremos un Chile que enorgullezca a sus hijos; más justo, solidario y con un desarrollo económico al servicio de los hombres.

El capitalismo chileno mostró su incapacidad para garantizar una democracia real. Cuando el pueblo quiso acceder a controlar las riquezas y el gobierno, éste mostró sus mañas. Cuando llegó la hora de plasmar plenamente la democracia, los burgueses se hicieron antidemócratas y sacaron el Ejército y destruyeron todas las Instituciones.

Para la tarea demoledora, la gran burguesía y el Pentágono recurrieron a los Pinochet y los Contreras y hoy, a sólo seis años de que se sentaron en la democracia, vuelven a la carga. Quieren convencernos que Democracia es sinónimo de control y represión. Que libertad es la posibilidad de elegir entre un TV color y uno blanco y negro.

Contra esa farsa el pueblo debe levantar su propuesta Nacional. Con realismo y voluntad libertaria. En nuestra Patria, Revolución es cada día más Democratización.

Nuestra definición es clara: Luchamos por la democratización total del país. El poder debe residir en las mayorías, en su voluntad y sus consensos; las instituciones del Estado deben ser definidas por y para quienes sirven: el Pueblo Chileno. El Gobierno debe ser elegido libremente y para darle firmeza y realidad a la democracia, el poder económico y militar también debe ser democratizado.

Nuestra lucha se encamina hacia un alzamiento nacional cívico y militar del pueblo chileno contra la opresión y por la democracia. El destino de nuestro esfuerzo actual es crear las condiciones y las fuerzas para que una verdadera avalancha democrática eche por tierra a la Dictadura y sus Leyes y Decretos. A la manera que en nuestra Patria sea posible. Con la razón y la fuerza.

Nuestra lucha se propone la creación de un Gobierno de Emergencia Nacional de carácter Provisional. Su labor será iniciar la gran tarea de la democratización. Su fuerza radicará en la consecuencia de su acción y en la movilización democrática del pueblo.

Esta es la salida que proponemos para el país.

La base de esta salida es posible si desde la lucha popular surge un poderoso movimiento con voluntad de ser gobierno y con un claro compromiso por provocar los cambios.

En esa perspectiva, todas las fuerzas democráticas deben ir confluyendo hacia una nueva y gran unidad del pueblo. Más amplia. Donde se expresen todos los trabajadores y la juventud, donde aporten marxistas, cristianos y progresistas de todas las procedencias.

La UP tiene que salir de la sobrevivencia estéril y marchar con realismo y audacia en esta dirección. En ella están representadas las más importantes fuerzas populares que deberán ganarse un lugar de privilegio en el compromiso por la democratización.

Pero compañeros, esta perspectiva que proponemos se hace sal y agua, sólo un buen deseo, si no sabemos qué hacer hoy, en concreto.

¡El pueblo chileno tiene aún un camino que recorrer para alcanzar sus objetivos!

MULTIPLICAR LAS TRINCHERAS DE LUCHA POPULAR

A estas alturas de la vida ya está claro que las cosas no cambiarán por sí solas o por milagro divino. La

experiencia nos dice todos los días que sólo la lucha, la lucha creciente y cada vez más radical, basada en nuestras propias fuerzas, sólo ella podrá liberarnos. Todo lo demás es ilusión y así lo viene entendiendo el pueblo.

Por eso las fuerzas democráticas, los trabajadores, la juventud y todos los sectores sociales se están organizando. Cada día está más claro también que de nada sirven los Programas y los llamados si no se cuenta con un pueblo organizado, con experiencia y disposición para hacerlos realidad. Sin fuerza real a la Dictadura no la sacamos. No hay posibilidad de ser alternativa y de vencer sin contar con la base material para ello.

La reconstrucción del movimiento popular y su renovación en la lucha es la tarea más vital para los patriotas verdaderos. Frente a este imperativo nadie podrá sustraerse sin traicionar el futuro de Chile y el de sus hijos. Todos sufrimos el mismo flagelo y debemos enfrentarlos con decisión.

Chile clama por Justicia y por el respeto de los Derechos Humanos. La brutalidad y la arbitrariedad ha ido demasiado lejos. Los chilenos no estaremos tranquilos hasta que no se disuelva el CNI, no se sepa qué pasó con los desaparecidos, no se identifique y castigue a los torturadores y asesinos. Chile no descansará mientras no se limpien los Prontuarios y listas negras, mientras no vuelvan todos los exiliados.

¡La explotación de que están siendo objeto los trabajadores debe terminar! La cesantía debe terminar. Los sueldos de hambre, el PEM, los cierres de empresas y los despidos deben terminar. Hay que ponerle fin a la política económica del imperialismo en Chile. Chile debe recuperar su Cobre, sus bosques y su Petróleo.

Chile y su pueblo también claman y necesitan Libertad y Democracia. Los chilenos queremos pensar, participar y decidir libremente nuestro destino. Queremos elegir una Asamblea Constituyente y el Gobierno que más nos plazca. Queremos tener derechos y deberes objetivos. Queremos una Justicia que haga justicia.

¡Estas son las batallas que comprometen a todos los chilenos!

La marea de esta lucha ya está comenzando y los primeros pasos se hacen sentir. Fruto de los combates que se libran han surgido cientos de organizaciones históricas y nuevas: Sindicatos, Comités de Vivienda, Comités de Participación, Centros Juveniles, Decales, Talleres, Centros de Alumnos, Comités de Salud, de Derechos Humanos, Agrupaciones Culturales, Comités de resistencia, etc.

Estas son las trincheras de la lucha popular, donde el pueblo se está reencontrando, educando y luchando. Estas son las trincheras que tenemos que ampliar, multiplicar y fortalecer. Mientras más sectores agrupen, mientras más capacitados estén y más experiencia posean, más firme e irreductible será el cimiento y el potencial del movimiento democrático.

Reconstrucción unitaria y amplia de las organizaciones de base en torno a los intereses de la gente. Con creatividad e imaginación, estimulando la participación de todos y sin imponer decisiones desde arriba. Con amor por la libertad. En guerra contra el sectarismo.

Renovación en las formas de organización, los métodos de lucha y los estilos políticos del movimiento popular. Haciéndolo más democrático, corrigiendo el superestructuralismo y la política de cúpula. Terminando con los prejuicios. Aprendiendo de la acción cotidiana.

na a reencontrar las formas más adecuadas para luchar contra esta dictadura.

Reorganización en la lucha para darle una nueva dimensión al combate popular. No bastan los discursos. Necesitamos hechos, acciones concretas, como la toma de sitios en La Granja, la Huelga "ilegal" de El Teniente, las movilizaciones callejeras de los obreros de Good-Year y las compañeras de Salomé. Tenemos que incrementar la lucha concreta en todas partes.

Los Comités de Vivienda de Ochagavía se unieron y presentaron su Pliego al Ministerio de Vivienda; al mismo tiempo se realizó un encuentro de 1500 pobladores del decanato Caro y La Bandera. En Vicuña Mackena se realizó en el verano un encuentro de trabajadores en Lucha. En Santa Rosa, grupos juveniles se han movilizado agitando en las micros las huelgas de la zona. El encuentro juvenil de la zona Sur-Cordillera terminó con un mitin de 500 jóvenes. En Valparaíso, los pescadores realizaron un acto de solidaridad con sus compañeros a los cuales se les quemó sus casas para expulsarlos. En Maipú, 12 sindicatos se reunieron para agruparse en una federación territorial. He aquí expresiones concretas de esa lucha popular.

¡He allí la clave del avance popular!

Con nuestra fuerza y unidad y desde una valiente lucha reivindicativa, tenemos que resquebrajar las "camisas de fuerza" que la tiranía nos ha puesto, tales como el Plan Laboral. Nosotros tenemos que ocupar los espacios que nos abren, rebalsarlos y crear otros nuevos.

Para asumir esta gran tarea, el MAPU llama a:

- Un gran esfuerzo de los militantes populares por sacarse las camisetas reencontrándose así con los sentimientos y aspiraciones reales que motivan a nuestro pueblo. ¡A terminar con los prejuicios sectarios y los afanes hegemónicos! ¡A respetar la autonomía de las organizaciones populares de masas!
- Democratizar las organizaciones Nacionales de masas, como las Federaciones y grupos sindicales, buscando expresar realmente a las organizaciones de base y superar la impotencia superestructural. Llamamos también a que las organizaciones de base se reagrupen y coordinen creando sus propias instancias superiores. ¡A impulsar la reorganización popular democrática!
- Organizar y coordinar todas las dinámicas y expresiones de resistencia y lucha democrática en las zonas populares para hacernos fuertes allí donde somos más; donde se encuentran las fuerzas productivas y los brazos productores, los dormitorios y lugares de vida del pueblo. ¡A crear zonas populares de resistencia!
- Impulsar las más diversas formas de protesta y lucha, sin prejuicios y dando cauces concretos a la pregunta de muchos: ¿Qué hacer y cómo hacerlo? Vemos indispensable para esto que los trabajadores, los jóvenes, los pobladores, los estudiantes, las mujeres intercambien sus experiencias de lucha de manera que detecten las formas y métodos más eficaces de lucha.
- Seguir desarrollando en el seno de cada organización de masas, de cada movimiento de lucha, en cada conflicto, el reencuentro y coordinación de los dirigentes y participantes de base más conscientes. Hay que dotar al pueblo de dirección política clara, audaz y perseverante. Hay que multiplicar comités de lucha populares en la base.

CONVERGENCIA SOCIALISTA EN LA LUCHA POPULAR

El pueblo repudia el partidismo chato que hace tabla rasa de las nuevas realidades. Pero necesita vanguardias. Vanguardias que desde el seno de los sindicatos y organizaciones populares le aporten con el ejemplo, con la consecuencia y la perseverancia, con la educación política y con la dirección política.

Vanguardias, pero no administradores de organismos de masa. Vanguardias y no inventores de organismos de masas fantasmas. Vanguardias y no aparatos militares externos. Vanguardias concretadas en hombres y mujeres luchadores, respetuosos de las decisiones del pueblo, sensibles a sus problemas, impulsores de luchas concretas.

Ese tipo de vanguardia en Chile no existe. Nadie podría arrogarse la dirección del movimiento democrático. Ni siquiera la DC a pesar de los espacios y medios con que cuenta. Ni la UP a pesar de su raigambre histórica.

Todavía no se superan los problemas de fondo. Todavía no sacamos las lecciones de la derrota de 1973. A pesar del gran anhelo unitario del pueblo, cunde el divisionismo y las fuerzas políticas del pueblo se fraccionan y desgastan en estériles peleas internas. Un ejemplo de ello es la lamentable división del hermano Partido Socialista de Chile.

Sin embargo, en la resistencia y lucha cotidiana, se han ido destacando diversos compañeros, más conscientes y consecuentes. Sin enarbolar el carnet de ningún partido han contribuido y encabezado los movimientos reales de lucha popular. Estos compañeros están presentes entre la militancia de izquierda, entre tanto independiente, entre los cristianos comprometidos, entre los más jóvenes, entre los nuevos dirigentes sociales que han surgido, entre los más activos de la Resistencia.

En los propios partidos se ha hecho conciencia de la crisis que se vive. El llamado y el esfuerzo por la Renovación va encontrando eco. Y este eco viene brotando desde la entraña del movimiento popular, de la mujer y el hombre de izquierda cuya referencia es la palabra y el ejemplo del compañero Salvador Allende. Este eco toma cuerpo en las fuerzas políticas de izquierda de tradición socialista y revolucionaria. Y no podía ser de otro modo.

Todos sectores con grandes campos de identidad común. Todos socialistas en su visión del Socialismo como objetivo Nacional y Popular; en su visión de los problemas nacionales, en su autonomía internacional, en su ideal libertario y democrático, en su ligazón con lo mejor de la historia de Chile y en su consecuencia política.

Este eco que recién se inicia es el mejor síntoma. Los partidos no están condenados a la mera supervivencia lineal.

Hoy el problema de la dirección política de la lucha adquiere plena urgencia. El fortalecimiento de las trincheras populares y la acción eficaz contra la tiranía van a imponer con cada vez más dramatismo la necesidad de un cauce y referente para los que están luchando. Un referente que parta de la mejor tradición histórica de las fuerzas socialistas y que interprete y exprese las fuerzas de hoy.

Ha llegado el momento de unir en medio de la desunión. Unir a los que tenemos aspiraciones comunes, buscamos resolver problemas similares y estamos dis-

puestos a entregarnos por entero para dar un impulso definitivo a la lucha popular y democrática. Ha llegado el momento de buscar la Convergencia Socialista.

Llamamos a la Convergencia de todos aquellos que se sienten parte de una identidad histórica socialista y a todos aquellos que impulsan la lucha popular. Convocamos a militantes e independientes, a marxistas y cristianos. En particular, hacemos un llamado a los socialistas y la Izquierda Cristiana, con quienes ya venimos avanzando en conjunto en este terreno.

Buscamos la unidad. Pero entendemos que este es un proceso complejo. No Bastaría un Congreso de Unificación o un Programa común acordado por las cúpulas partidarias, si en la base de nuestros partidos y en el mismo movimiento popular no ha madurado una práctica y una voluntad comunes de converger y no hemos sido capaces de impulsar al unísono la lucha cotidiana.

Es en la lucha, en el esfuerzo por impulsarla, donde nos reconoceremos y ampliaremos nuestros acuerdos profundizándolos y fusionando nuestras visiones y fuerzas.

Aspiramos a que de este proceso convergente surjan las bases de un nuevo partido, capaz de liderar la lucha de nuestro pueblo. Conscientes que hay todo un camino que recorrer para hacer realidad esta aspiración, proponemos hoy la creación de un MOVIMIENTO SOCIALISTA.

Un Movimiento Socialista que se genere en el impulso de la lucha popular de masas, que por sus iniciativas y acciones se convierta en un real dinamizador del conjunto de las fuerzas democráticas, que signifique un paso de superación de la actual atomización de las fuerzas socialistas y que sea algo más que la pura suma de algunos partidos, que sea una superación de todos ellos e intérprete de los nuevos sectores que han surgido en estos años. Constituir este movimiento requiere un gran esfuerzo unitario.

Para asumir esta segunda tarea proponemos:

- Crear Comités de Iniciativas de la Convergencia Socialista en todos los frentes incorporando el máximo de sectores para dar una respuesta política acertada al quehacer concreto de la gente que está luchando.
- Desarrollar encuentros por la Convergencia Socialista para gestar una organización mínima común en los campos sindical, estudiantil, juvenil.
- Realizar experiencias de formación política común y editar revistas y folletos de la Convergencia.
- Impulsar Jornadas de Lucha Socialistas que busquen dinamizar y crear hechos políticos que aporten al desarrollo de la lucha popular.
- Preparar y realizar un gran Encuentro Nacional de la Convergencia para con él dar el primer paso más decidido en la conformación del Movimiento Socialista.

Este es el camino que proponemos a la Patria. Estas son las tareas a que convocamos. Lo hacemos sin oportunismo ni vacilaciones. Este es nuestro mejor aporte como Mapucistas al gran esfuerzo creativo de nuestro pueblo por emanciparse. En ello, el MAPU pondrá hasta la última gota de su energía.

Estamos seguros que mientras más avance la lucha, mientras más nos alejemos de la frustración, la impo-

tencia y la derrota, y nos acerquemos con confianza al futuro, el Socialismo se hará necesario y deseable para nuestro pueblo. Un Socialismo como fruto de la voluntad de un pueblo organizado y consciente. Profundamente Nacional. Donde la Participación, la Libertad y la Justicia sean plenas.

Con este norte histórico marchamos. La democratización de Chile frente a la Dictadura, la nacionalización de Chile frente al imperialismo y la socialización de Chile frente a la explotación del hombre por el hombre. ¡Estas son las necesidades de nuestra Nación para alcanzar plenitud y felicidad!

¡SOLO LA LUCHA DEL PUEBLO DARA PAN,
TRABAJO Y LIBERTAD!

¡FUERA PINOCHET ASESIONO, ABAJO LA DICTA-
DURA!

¡A UNIRSE Y PARTICIPAR EN LA LUCHA POPU-
LAR!

VENCEREMOS

M A P U.

Marzo, 1980. Santiago de Chile.

Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA

número 6, mayo 1980

- SERGIO BUFANO. Izquierdistas esos brujos
ERNESTO LÓPEZ. Argentina; los militares en cifras
RUBÉN S. CALETTI. Peronismo revolucionario
JORGE BERNETTI. El pensamiento vivo de Galimberti
RICARDO NUDELMAN. Sobre el conflicto de hegemonías
OSCAR GONZÁLEZ. IS: el descubrimiento de América
EMILIO DE ÍPOLA. Presencia de Poulantzas en América Latina
HECTOR BEJAR. La izquierda latinoamericana ayer y hoy
OSCAR DEL BARCO. Sobre la crisis del marxismo. Respuesta a Paramio y Reverte

SUSCRIPCIÓN por 6 ó 12 números

México \$ 200 ó \$ 400

Europa US\$ 20 ó US\$ 40

Sudamérica US\$ 16 ó US\$ 32

América Central y Norteamérica US\$ 15 ó US\$ 30

Controversia: Apdo. postal 20-619, México 20, D.F.

Conferencia de prensa en la clandestinidad

Partido Comunista de Chile

Con ocasión del 58.º aniversario del Partido Comunista de Chile, que se cumplió el 2 de enero recién pasado, dirigentes del Partido ofrecieron una conferencia de prensa en el interior del país. La dictadura amenazó a los medios informativos asistentes con tomar serias represalias en caso de publicarla o difundirla. Entregamos a continuación la información proporcionada por asistentes a dicha conferencia de prensa.

Vamos a presentar a dos compañeros dirigentes del Partido: el compañero Pedro Veas y el compañero Manuel Chacón. Se va a dar por iniciada leyendo una introducción a la conferencia; el primero que va a hablar va a ser Pedro Veas. Buenas tardes.

Pedro Veas. En primer término, queremos saludar a cada uno de ustedes y agradecerles personalmente, como asimismo al medio periodístico que representan, por la deferencia que han tenido de asistir a esta conferencia de prensa. Las condiciones materiales de ella no son las mejores y nos vemos en la necesidad de adoptar algunas medidas especiales para evitar dificultades, tanto a ustedes como a nosotros; nuestro deseo es tener algún día encuentros más abiertos, amplios y directos con la prensa, pero ello no es posible ahora debido a la persecución de que seguimos siendo objeto por el actual régimen.

Nos ha parecido importante convocar esta conversación debido a que estamos próximos a cumplir 58 años de vida política y, en especial, porque este cumpleaños nos encuentra abocados de lleno a una lucha intensa junto a las demás fuerzas democráticas tras el objetivo de poner término a la dictadura y abrir paso a un régimen democrático popular muy amplio.

Este objetivo responde a nuestra tradición de partido democrático. Desde que fuera fundado, en 1922, su preocupación central ha consistido en organizar al pueblo para defender y mejorar sus condiciones de vida y hacer conciencia de la necesidad de que tanto la clase obrera como los demás sectores populares mayoritarios tienen derecho a regir los destinos políticos del país.

Es inobjetable el carácter nacional del Partido, su arraigo y extracción proletaria, popular. Su defensa intransigente de las riquezas nacionales, del patrimonio estatal, cultural y social, echan por la borda todas las calumnias en orden a una injerencia extranjera en nuestra conducción. Nadie más chileno y patriota que

Recabarren, Elías Lafertte, Juan Chacón Corona, Luis Corvalán, entre tantos dirigentes y militantes que han tenido y tiene el Partido.

Pensamos que el problema más urgente de nuestro pueblo es cómo terminar con la noche negra de la represión y la falta de libertades de todo tipo que se arrastra desde septiembre de 1973 hasta hoy. Este y no otro es el problema número uno de Chile: cómo terminar con el fascismo, con la dictadura. Para ocultar o distraer la atención de los sectores mayoritarios de la opinión pública sobre este asunto central se abre paso hoy a una campaña que pretende poner en el centro la cuestión de la proscripción del Partido en el futuro político de nuestra nación. Creemos que este problema no lo decidirán las actuales autoridades espurias, tampoco un plebiscito o constitución impuesta por este régimen. Lo resolverá el pueblo, lo decidirá la lucha de masas y, en especial, el rol que juegue en la vida social y política la clase obrera. Así ha sido en los 58 años de vida del Partido y lo será también en el futuro. Por lo demás, la existencia y actividad, la influencia que juega el Partido en la vida nacional no se ha detenido con las persecuciones de antes ni de ahora. En los 6 años de fascismo no ha cesado un día nuestra actividad y hoy nos encontramos en un buen nivel de organización a lo largo del país, ligados estrechamente a nuestra clase, a nuestro pueblo y a las demás fuerzas políticas de izquierda.

Lo que nos preocupa realmente a nosotros es la conformación de una oposición mayoritaria al fascismo, el agrupamiento y acción conjunta de las fuerzas democráticas, que pensamos deben ponerse definitivamente de acuerdo, al menos, para poner fin a este régimen y, ojalá también, para establecer un gobierno pluralista que abra camino a un régimen nuevo de realizaciones en bien del progreso nacional, del mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo, de efectiva independencia nacional, respecto al saqueo que están haciendo los monopolios extranjeros, de rescate del patrimonio estatal, de amplias reformas a la justicia y al régimen político; éste es el anhelo de la inmensa mayoría de los chilenos.

Esto sería a modo de introducción. Estamos a disposición de ustedes para las preguntas.

¿Qué nivel político representan las personas que acaban de presentar?

Pedro Veas. Nosotros somos miembros de la Dirección del Partido, miembros de la Dirección en el interior, ése es el nivel nuestro.

Me gustaría que nos explicara por qué caracterizan ustedes la dictadura del régimen de Pinochet como fascista.

Manuel Chacón. El golpe de Estado que dieron las Fuerzas Armadas en el país el 11 de septiembre de 1973 corresponde a la confabulación de las fuerzas del imperialismo, de la CIA, en concreto, y de la oligarquía financiera de este país. En Chile, en el transcurso de su vida republicana se habían ido conquistando, paso a paso, una serie de conquistas que favorecían al pueblo; el país vivía un régimen democrático que nosotros caracterizamos como burgués o formal; con todo, él permitía la expresión de la clase obrera y de las grandes mayorías para ir configurando el sistema democrático que conocimos hasta 1973. A partir de entonces, a partir del golpe de Estado, se ha instaurado un régimen de fuerza en que, en lo fundamental, esta fuerza, la del imperialismo, a través de la CIA y la oligarquía financiera, dejaron de lado toda apariencia de democracia en este país e instauraron un régimen de fuerza. Un régimen de fuerza que, en lo fundamental, va en contra de los intereses de nuestro pueblo, se abrió un período de una represión violenta, como jamás lo tuvo nuestro país.

Esta situación ha llevado a que, en nuestro país, en este momento, se contabilice más de 2 500 desaparecidos, por los cuales el régimen no responde; se ha instaurado una represión generalizada a todos los sectores democráticos y se ha pretendido gobernar el país al margen de la voluntad de nuestro pueblo. ¿Qué otra cosa sino fascismo es esto? Dado que el fascismo instaurado en Alemania nazi tenía las mismas características en cuanto a su composición de clase, tenía también un solo objetivo: derrotar al pueblo, derrotar a la clase obrera, infringirle la derrota más grande, de tal manera que no pudiera levantar la cabeza. Esto es lo que ha intentado hacer el régimen actual, por lo tanto, calificarlo de fascismo, en estas condiciones, es lo que corresponde.

¿Qué es lo que piensa el Partido sobre la transición? Los sectores políticos comentan las medidas que podría adoptar el gobierno. Me gustaría saber la posición del Partido Comunista con respecto a la transición. ¿Es aceptable, de alguna manera, las medidas que tomaría el gobierno o sería un avance hacia la transición democrática, un tipo de medidas que, en cierta manera, limitara los poderes del régimen?

Manuel Chacón. Nosotros consideramos que lo principal para que haya un real proceso de transición hacia la democracia es que el pueblo, la clase obrera, los partidos políticos, es decir la base social y política de este país, puedan expresar libremente su decisión. Por lo tanto, un período de transición lo vemos vinculado a la eliminación, a la derrota del actual régimen. No creemos que el actual régimen pueda presidir un período de transición, muy por el contrario, para abrir la transición en nuestro país debe haberse producido un encuentro de las grandes mayorías nacionales, haberse terminado con toda la legislación represiva y de excepción que se mantiene, darse posibilidades de amplia participación popular; es necesario que los partidos políticos puedan expresarse libremente y no como se hace actualmente, como en el caso de 12 personalidades vinculadas al gobierno del Presidente Allende, quienes por el solo hecho de haber emitido una opinión en favor del reagrupamiento de las fuerzas populares, de buscar el consenso, han sido llevadas a los Tribunales de Justicia.

En estas condiciones, con medidas represivas, con la imposibilidad de expresión de las fuerzas sociales y políticas del país, no es posible realizar una transición. Creemos que una real transición sólo podrá llevarla a cabo la mayoría de nuestro país cuando logre el consenso necesario, cuando haya sido capaz de abatir al actual régimen y dar pasos seguros hacia la instauración de un nuevo régimen democrático, cuando se den posibilidades de que en la gestión y en la elaboración de una nueva constitución pueda haber una amplia participación de todos los sectores políticos. Mientras esto no ocurra, no creemos que pueda darse paso a un proceso de transición y todo lo que en ese sentido haga el régimen no será más que una mascarada.

¿Qué vinculaciones tiene actualmente el Partido con la Iglesia Católica?

Manuel Chacón. Nuestras relaciones con la Iglesia Católica se desarrollan en los propios lugares de encuentro en que católicos y no católicos trabajamos; fundamentalmente en la base social en que juntos estamos en la defensa de los derechos de los trabajadores, en la defensa de las víctimas de la represión, en la defensa en general de los derechos humanos. Nuestra valoración de lo que la Iglesia Católica ha hecho en estos 6 años de dictadura es muy positiva. Consideramos que la Iglesia Católica ha estado a la altura de la misión que ella misma se impone. No hay, ni por asomo, de nuestra parte algún criterio de aprovechar este tipo de relaciones para, como dicen los enemigos de ellos y de nosotros, aprovechamos de la Iglesia Católica. Muy por el contrario, consideramos que son los hechos los que vinculan a los hombres y a las diferentes tendencias y en este aspecto valorizamos el papel jugado por la Iglesia Católica en defensa de lo que le es propio, en defensa de lo que ellos proclaman como su doctrina cristiana. En esta lucha conjunta de los valores humanos nos hemos encontrado con la Iglesia Católica y para nosotros es un gran honor poder decir que, en gran medida, hemos coincidido con la Iglesia Católica en la denuncia y en la defensa de los crímenes que se han cometido. La verdad es también, y no podemos dejar de expresarlo, que este tipo de relaciones se pudiera vincular también, como está sucediendo en muchas partes, a los grandes y graves problemas que tiene que resolver el conjunto del pueblo de Chile y entre los cuales, sin duda, los creyentes forman una importante legión en nuestro país.

¿Por qué razón se dijo en la introducción que el Partido está en un buen momento de organización?

Pedro Veas. Se dijo eso porque es bueno a esta altura, después de 6 años y varios meses de represión, que ustedes saben las características que ha tenido, su crueldad, su dureza, su carácter general que ha abarcado a todo el pueblo, a las fuerzas de izquierda y, entre ellas, al Partido, decir y explicar con la responsabilidad que nosotros tenemos acá y que nos ha dado el partido, que nuestra organización, después de los primeros golpes sufridos el 73, 74, 75 y 76 se ha venido —especialmente en los últimos tres años— fortaleciendo, mejorando sus vinculaciones orgánicas, reorganizando aquellas direcciones intermedias o de base que fueron sucesivamente liquidadas; y esto incluso en el nivel de Dirección, en cuanto a equipo de Dirección en el interior del país.

Por eso ahora podemos afirmar que estamos en el mejor momento en cuanto a organización en estos 6 años y pico; es decir, una organización que, podemos afirmar, se extiende a todo el país, a todo lo largo y ancho del país. Podemos afirmar que hemos adquirido buena experiencia de trabajo clandestino. Inme-

diatamente de sufrir los golpes que diversos Comités Regionales, Comités Locales, Comisiones Nacionales han sufrido en este período de represión, se ha podido, a no mucho andar, reconstituir, incorporar nuevos cuadros y poner en pie de actividad y de trabajo permanente a estos organismos. Ese era nuestro objetivo al hacer ese alcance general en la introducción.

En relación con la pregunta anterior, ¿se puede saber cuántos militantes tiene el Partido Comunista?

Pedro Vea. Es una pregunta bastante delicada. Ustedes comprenderán que no estamos en situación de poder entregar cifras, porque todavía no es el momento indicado; probablemente cuando haya condiciones más adecuadas podamos dar cifras. Podemos decir sí que la cantidad de militantes del Partido a través del país, para las necesidades nuestras de actividad política, de dirección política de la lucha de masas, de dirección de trabajo ideológico entre nuestro pueblo, es bastante considerable. No es la que deseáramos; tenemos la pretensión de alcanzar cifras mayores aún, pero hemos alcanzado una cantidad que, si se pudiera hacer las comparaciones con partidos que en otros países y en otros momentos sufrieron golpes, represiones tan duras como las nuestras: España, Portugal, Paraguay, Uruguay mismo hace poco, podríamos decir que, por los antecedentes que manejamos, nuestro Partido se ha recuperado mucho más rápidamente, y como decía al comienzo, tenemos una militancia que es capaz de cumplir las tareas que en este momento tenemos trazadas. Nuestra ambición es, indudablemente, llegar mucho más lejos.

Manuel Chacón. Sobre eso mismo podríamos decir, sin falsa modestia y sin querer tampoco disminuir en absoluto la presencia en la vida nacional de los demás partidos, que, sin lugar a dudas, el Partido Comunista de Chile es el Partido más organizado, es el Partido que profundiza en los estudios del futuro del país, que entrega proposiciones concretas, como lo ha sido el documento entregado últimamente por nuestro compañero Secretario General, Luis Corvalán, "Nuestro Proyecto Democrático". Y que, por lo tanto, es un Partido de influencia en nuestro país, del cual no se podrá ni se puede desentender para la solución de los problemas que encarará el nuevo régimen democrático que proponen las fuerzas opositoras y democráticas de este país.

Se habla aquí, en este momento, de un período de transición o algo del gobierno democrático o régimen democrático. Sin embargo, no queda claro quiénes serían, digamos, los componentes principales de las fuerzas llamadas democráticas que llevarían al trastoque o al cambio del actual régimen.

Manuel Chacón. En nuestro país, a 6 años de dictadura, se ha ido conformando una nueva correlación de fuerzas. Podemos decir, en forma categórica, que la mayoría de los chilenos cuestiona la política de la Junta; que en el año 1979, como en ningún otro año, la oposición ha avanzado en la coordinación de sus fuerzas; que existe entre las fuerzas opositoras al régimen un amplio debate que permite crear el consenso para saber qué hacer una vez que caiga la dictadura. La mayoría de los chilenos desea que llegue pronto el día en que todas las fuerzas opositoras y democráticas lleguen a un entendimiento.

El consenso, a nuestro juicio, ha dado pasos muy positivos en el presente año. Esto significa que existen condiciones objetivas para desarrollar un amplio entendimiento de las fuerzas opositoras. El futuro gobierno de transición lo concebimos compuesto por todas las fuerzas opositoras y democráticas; creemos

que todas las fuerzas sociales y políticas deben estar incluidas en el futuro gobierno de transición, y cuando nos referimos a las fuerzas sociales y políticas hacemos expresa referencia también a que no sólo participen los civiles, sino que en el futuro gobierno de transición deben participar también los militares que estén por llevar al país a este nuevo régimen democrático.

Por lo tanto, es el conjunto de las fuerzas opositoras y democráticas, el conjunto de las fuerzas que derroten la dictadura, las que, a nuestro juicio, deben componer el futuro gobierno de transición y democrático. Esta sería la forma más estable de producir un gobierno de transición. No se nos escapa que existen problemas para ello y que bien pudiera no darse esa situación y que en el período de transición pudieran gestarse diversos gobiernos de facto o provisionales. Esa es en líneas generales nuestra posición.

Dentro de este período de transición o hacia la transición, la nueva democracia o el nuevo gobierno, ¿qué papel va a jugar el Partido Comunista en relación a la Democracia Cristiana?

Manuel Chacón. La Democracia Cristiana es un partido de amplia gravitación en la vida nacional; forman parte de él sectores importantes, sectores medios de nuestra población y trabajadores. Puesto que ellos también han sido golpeados por la dictadura, puesto que ellos también se dan en lo fundamental como objetivo la creación de un régimen democrático, nuestro interés, digo, es buscar y hacer todos los esfuerzos por el entendimiento con la Democracia Cristiana. Esto lo hemos venido planteando no sólo desde el momento que se produjo el golpe, sino que mucho antes, incluso en el período pre-golpe planteamos a la Democracia Cristiana la necesidad de entendernos para mantener el régimen democrático, y si nos remontamos aún antes, con la Democracia Cristiana y con las demás fuerzas democráticas de este país trabajamos en conjunto por la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia, por dar pasos adelante en la Constitución, en el mejoramiento del régimen democrático, como fue en concreto la Ley Electoral que terminó con el cohecho en este país.

Nuestra posición de hoy y de siempre es buscar la unidad de los más amplios sectores y, por supuesto, con la Democracia Cristiana. Sin embargo, tenemos que reconocer que las posibilidades de entendimiento con la Democracia Cristiana no siempre han sido fáciles, pero ante el imperativo que hoy tenemos de terminar con la dictadura y de consolidar mañana el régimen democrático, creemos que este entendimiento es imprescindible. La Unidad Popular y la Democracia Cristiana, más todas las fuerzas democráticas, constituyen la mayoría de este país. Creo que nos quedamos cortos si decimos que constituyen más del 75% de la población chilena.

El entendimiento con la Democracia Cristiana, por tanto, constituiría el hecho más importante en la lucha contra la dictadura. No propiciamos un acuerdo entre el Partido Comunista y la Democracia Cristiana, propiciamos que tal acuerdo se realice entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana.

Existen problemas, pero creemos que si ellos y nosotros ponemos en primer lugar las coincidencias y las posibilidades de consenso para constituir tal régimen democrático, las dificultades pasarán a segundo plano.

Toda vez que esas dificultades no están enfocadas a lo fundamental, si ellos y nosotros estamos de acuerdo en que debemos constituir un régimen democrático, creemos que eso es lo fundamental. No estamos,

por tanto, con quienes —y aprovechando que se nos hace esta pregunta—, como don Patricio Aylwin, que, en una entrevista de hace unas dos semanas en la revista "Hoy" ha planteado que las dificultades para un entendimiento entre ellos y nosotros son de tal envergadura que lo hacen imposible. Creemos que esa no es una posición correcta. Si ellos y nosotros, lo volvemos a decir, estamos por construir un régimen democrático, no vemos los inconvenientes para buscar las coincidencias y el consenso entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana. Decimos esto de don Patricio Aylwin, aun cuando valoramos todo lo que él ha hecho en la Comisión de los 24 sobre estudios constitucionales, en lo cual, sin duda, él ha tenido un papel destacadísimo y donde los mayores esfuerzos se han hecho por buscar las coincidencias. En esa línea estamos, en esa posición estamos y de allí también que aprovechemos para decir que valorizamos como positivo todo el trabajo que ha realizado el Grupo de los 24 y, dentro de él, sin duda, su presidente y el señor Aylwin.

Podría juntar varias preguntas, digamos: dentro de las relaciones del actual consenso, lo que está buscando dentro de las fuerzas democrática, ¿existe algún tipo de relación con el MIR por ejemplo? La segunda, ¿cuál sería el análisis que hace el Partido Comunista con respecto al momento actual y a sus relaciones conceptuales con la Democracia Cristiana? Y la tercera, ¿cuáles serían las proposiciones concretas para el período de transición y cómo se califica el actual período?

La última, por favor, cuáles serían las medidas concretas en el período de transición y los puntos básicos del acuerdo, y cuál sería el acuerdo con que se entraría a tallar con las otras fuerzas políticas y posteriormente para el establecimiento de otro régimen en el país.

Manuel Chacón. Las relaciones con el MIR: nosotros no tenemos en el país relaciones con el MIR. En verdad, como ustedes saben, en el período del gobierno de la Unidad Popular nuestras relaciones con ellos fueron difíciles, estuvimos en contra de las posiciones de ultrazquierda que ellos planteaban. Sabemos que el MIR ha sido reprimido brutalmente por la dictadura y desde ese punto de vista hemos expresado, en diversas oportunidades, nuestro rechazo a tales métodos de represión en contra de ellos. Nuestra política, nuestra acción práctica se desarrolla a través de la lucha de masas, de la acción de las masas, y si bien nos planteamos dirigir la clase obrera y al pueblo en sus luchas, no valoramos en la misma condición que lo hace el MIR, las acciones individuales o de terrorismo en que el MIR lamentablemente se ha embarcado. Esta situación nos lleva, por tanto, a tener discrepancias muy profundas con el MIR; sin embargo, aspiramos a que el MIR, en un proceso autocrítico, pueda superar sus posiciones y desde ese punto de vista, y en esas condiciones, sin duda que estamos por su incorporación al conjunto de las fuerzas democráticas. Creemos que lo fundamental en este momento es buscar el entendimiento de los chilenos, de la inmensa mayoría tras el propósito del que ya hemos hablado en esta entrevista.

En cuanto a un análisis de la situación actual y las coincidencias con la Democracia Cristiana —y yo agregaría con otras fuerzas—, sin duda que lo más relevante de la situación actual es que se ha creado en nuestro país una fuerza opositora mayoritaria que se abre paso al consenso. Esto está determinando que se vaya creando una correlación de fuerzas más favorable a la institucionalidad democrática del país.

1979 ha sido un año de intensa lucha de nuestro pueblo, ha habido una lucha incesante contra el Plan

Laboral, se ha empezado a desarrollar en nuestro país movimientos de la clase obrera que han adquirido la categoría de huelgas. Creo que un hecho muy importante de 1979 fue la reconquista por el movimiento sindical del derecho a reunión, lo cual ha permitido que el movimiento sindical empiece a expresarse cada día con más fuerza, ha habido lucha por el rescate de los derechos humanos y en contra de la represión. Ejemplar, desde todo punto de vista ha sido la lucha que han desarrollado los familiares de los desaparecidos, la huelga de hambre que protagonizaron conmovió a todo nuestro país y tuvo amplia repercusión en el exterior.

Se ha avanzado en el consenso, en la búsqueda de la coincidencia. Las declaraciones de la Democracia Cristiana, las propias declaraciones del señor Frei, las declaraciones de la Unidad Popular, la de septiembre de este año, en que hace un llamado para producir un acuerdo de convergencia democrática, las proposiciones que ha hecho nuestro compañero Luis Corvalán en su artículo "Nuestro Proyecto Democrático", todo esto indica que el año 1979 ha sido un año de rico debate político, en que junto a las acciones de masas, la oposición al régimen se ha ido generalizando. Creemos que en esta situación nuestro Partido ha jugado un papel importante, tanto en el debate en el seno de la UP, como en el conjunto de la oposición.

Por otra parte, pensamos que los problemas de la Junta y del régimen tienden a agudizarse. Terminamos el año 79 con una nueva condena internacional contra el régimen, aprobada en las Naciones Unidas; terminamos el año 79 con un cambio de gabinete que, sin duda, no es expresión de la unidad interior del régimen, sino como se ha expresado en diversos órganos de publicidad, más bien están indicando una acentuación de las contradicciones al interior del régimen. Los problemas económicos se han hecho más intensos en contra del pueblo de Chile, la deuda externa —según las informaciones de hace dos días— terminará este año en más de 8 300 millones de dólares, siendo esta deuda externa casi un millón más alta que la que teníamos al finalizar 1978. El año 79 ha sido un año en que nuevamente la inflación se ha enseñoreado en Chile, perjudicando principalmente a los sectores más modestos y a los sectores medios del país, agravando la situación de los sectores medios y bajos de nuestra población. Es decir, no es verdad que los problemas económicos hayan sido resueltos y que el país tenga ante sí la perspectiva de un futuro esplendoroso como dicen los representantes del sector económico del gobierno y el propio señor Pinochet. Se ha producido, además, un debate político que nosotros estamos por seguir desarrollando entre las fuerzas opositoras.

Se quiere, a través de El Mercurio, realizar un debate en que el centro de la cuestión sea la exclusión de los comunistas. Sin duda que le ha ido mal a El Mercurio; por el contrario, está cada día más claro que no se podrá, como ya decíamos, visualizar una salida democrática en el país sin los comunistas. Creemos que todos estos hechos son positivos y que lo que en este momento corresponde hacer es elevar todavía mucho más las acciones de masas, la solidaridad con los conflictos, seguir la lucha contra el Plan Laboral. El Plan no es otra cosa que la expresión del modelo económico que se quiere imponer, la expresión de ese modelo hacia la organización y la lucha de los trabajadores. Estamos convencidos de que el Plan Laboral, en definitiva, será derrotado, puesto que él no sólo atenta contra los intereses de los trabajadores directamente involucrados, sino contra todas las capas y sectores populares de nuestro país. No otra cosa significa que sectores de comerciantes y aun de industriales hagan presente

la necesidad de entregar un mayor poder de consumo a los trabajadores con el objeto que ellos, a su vez, puedan mejorar el rendimiento de sus empresas y del comercio. Creemos que de ninguna manera el régimen está consolidado, y que cada día que pasa surgen más y más posibilidades de que él pueda ser derrotado. Para esto, nosotros, los comunistas, nos empeñaremos a fondo, junto a nuestros partidos aliados de la Unidad Popular, junto a la Democracia Cristiana y todas las fuerzas opositoras.

En el terreno de las coincidencias para un consenso, lo que ya se ha logrado a nuestro juicio no es poco. Desde luego existe consenso en torno a importantes cuestiones relativas al nuevo régimen democrático que necesita el país. Entre ellos podría mencionar los siguientes: existe acuerdo —así se desprende de todas las declaraciones— en que el futuro del régimen democrático se asiente sobre la base de que la soberanía reside en el pueblo. Este es un primer acuerdo de consenso. Un segundo acuerdo de consenso es que la nueva Constitución que el país se dé, debe surgir del debate democrático en una Asamblea Constituyente, y que este proyecto de Constitución sea sometido a plebiscito. En esto están de acuerdo todas las fuerzas opositoras. Hay acuerdo en incorporar a la Constitución los Derechos del Hombre, contenidos en la Declaración de las Naciones Unidas. Creemos que hay consenso en que debe modificarse el sistema electoral que conocimos, haciendo que haya elección simultánea de Presidente de la República, del Parlamento y de Regidores, y que en cuanto a la elección del Presidente, ésta sea por mayoría absoluta de votos. De no alcanzarse esta mayoría en la primera elección, dar paso a la idea de la segunda vuelta.

Sin embargo, con ser importantes éstos, aún quedan no pocos y fundamentales problemas que resolver. Por ejemplo, abrir debate y ponernos de acuerdo en qué hacer con el problema de la propiedad de los medios de producción. Sin embargo, creemos que hay un debate que se está desarrollando por nuestra parte; proponemos un sistema, un régimen de cinco áreas de propiedad: un área de propiedad social, un área de propiedad mixta, un área de propiedad privada, un área de propiedad cooperativa y la quinta área de autogestión o de trabajadores. Creemos que esta proposición puede abrirse paso y convertirse en un acuerdo de coincidencia de todas las fuerzas antifascistas y democráticas. Se necesita todavía que nos pongamos de acuerdo en un problema que es fundamental: el de la participación popular. Creemos que la participación popular debe extenderse a todos los órganos de administración del Estado y a las empresas y servicios. Esta participación debe ser, a nuestro juicio, de dos tipos: directa y a través de representantes. Planteamos la participación de las federaciones y organizaciones sindicales en los organismos previsionales a través de sus representantes, en los problemas de higiene y seguridad industrial, en los organismos de la vivienda, etc.

Las Juntas de Vecinos, a nuestro juicio, deben tener autoridad en el sector correspondiente, deben ejercer sus derechos allí y contribuir al desarrollo de la comunidad. Creemos que éstos no son problemas difíciles de resolver, sobre todo cuando en nuestro país ha habido ya una anterior experiencia de participación y no se nos olvida, por ejemplo, que la Ley de Juntas de Vecinos fue hecho en los tiempos del presidente Frei, que ella constituyó un avance en este aspecto y que ahora se trata de dotarlas de la autoridad correspondiente para ejercerla en el correspondiente radio de acción.

Creemos que hay que ponerse de acuerdo todavía en otros problemas, todo lo que dice relación al sistema presidencial, todo lo que dice relación al sistema parlamentario y todo lo que dice relación al Poder Judicial.

Respecto del Parlamento, proponemos que exista una sola Cámara, pero no estamos cerrados a considerar la existencia de dos Cámaras; en todo caso, en lo que hacemos cuestión sí, es que debe haber un sistema expedito para la generación de las leyes. En este aspecto consideramos que mantener un Parlamento bicameral, como el que conocimos, sería funesto. Debemos agilizar el despacho de las leyes.

Somos claramente partidarios, categóricamente partidarios, de que en el Poder Judicial debe producirse una transformación a fondo, puesto que el Poder Judicial, como nunca en estos 6 años, ha perdido su aureola de corrección, de independencia de que estaba investido. Como nunca, hoy día el Poder Judicial, principalmente la Corte Suprema, ha estado al servicio del régimen; por lo tanto, consideramos que debe ser profundamente reformado. En este aspecto, proponemos la constitución de un órgano superior que ejerza superintendencia sobre la administración de justicia y que sea elegido en forma democrática.

Planteamos sobre el régimen de partidos que debe haber un régimen de pluripartidismo e incluso de respeto a los partidos de oposición, que ellos cuenten con todas las posibilidades de desarrollarse, con la única limitante de que no atenten en contra de la soberanía popular. Por esto es que somos decididos en cuanto a pronunciarnos sobre la proscripción del fascismo. Creemos que el fascismo debe ser proscrito de la vida del futuro régimen democrático, puesto que él siempre —como lo ha demostrado en el pasado e históricamente en el mundo— está en contra de los intereses populares, atenta contra la soberanía, los derechos democráticos y las libertades públicas. Sabemos que éste es un tema que se presta a una mayor discusión, pero realmente consideramos que no se podrá afirmar un régimen democrático en el futuro si dejamos sueltos y en la calle a los grupos o individuos que, profesando y actuando como fascistas, atenten en contra de la convivencia democrática. Estas son algunas cosas en las cuales todavía tenemos, sin duda, que ponernos de acuerdo.

Por último, ¿qué piensan ustedes de las Fuerzas Armadas?

Manuel Chacón. En primer lugar, creo que hay que hacer una diferencia. Nosotros, desde luego, no confundimos a las militares con los fascistas, ni siquiera con los culpables del golpe y de la represión de estos años. Con esto no queremos plantear que las Fuerzas Armadas estén libres de pecado. Decimos que no es verdad que las Fuerzas Armadas dieron el golpe e implantaron el régimen de terror y sangre porque se les pidió la civilidad, como dice El Mercurio y el señor Pinochet. Creemos que esta forma de plantear el problema sólo tiene el objetivo de cargarle la mata a los militares, a las Fuerzas Armadas y de descargar a una minoría de civiles de la responsabilidad que tienen en la generación del golpe. Fue la CIA, junto con los grupos oligárquicos de este país, los que promovieron el golpe, los que indujeron a las Fuerzas Armadas a traspasar el deslinde de la Constitución. Existe sí un grupo reducido de militares y también un grupo de civiles que son totalmente culpables de los crímenes contra el pueblo, contra la Constitución y contra el interés de todo nuestro pueblo. Estos son los fascistas, sus nombres son bien conocidos: Contreras y compañía y, por qué no decirlo, el señor Pinochet también.

Entendemos que, en general, las Fuerzas Armadas fueron llevadas a esta situación y aún cuando pueden oponerse a cumplir órdenes cuando éstas van en contra de la institucionalidad, creemos que no es en el conjunto de las Fuerzas Armadas donde están los reales culpables del golpe. Mienten los que dicen que los comunistas somos partidarios de la degollina de las Fuerzas Armadas. No. Creemos que debe haber justicia, que quienes indujeron a las Fuerzas Armadas a salirse de la Constitución deben ser procesados y condenados, sean éstos militares o civiles, pero no estamos porque esta justicia se aplique al conjunto de las Fuerzas Armadas. En estas condiciones, nosotros creemos que debe abrirse un nuevo proceso, que las Fuerzas Armadas deben hacer ellas mismas un gran esfuerzo para reencontrarse con el pueblo de Chile. Deben hacer este esfuerzo porque es, entre otras condiciones, la única manera de producir la reconciliación de los

militares y el pueblo de Chile, y nosotros, comunistas, en este aspecto, les tendemos la mano.

Estamos porque se produzca en las Fuerzas Armadas un proceso que las lleve a insertarse en la vida institucional y democrática del país. Creemos que la primera medida debe ser la vuelta de las Fuerzas Armadas a sus cuarteles, pero esto no lo entendemos como una simple vuelta. Por el contrario, consideramos que deben volver también a producir una democrática convivencia con el pueblo y que en las Fuerzas Armadas existen y existirán elementos técnicos de gran valor que pueden contribuir al desarrollo y al progreso de nuestro país.

Le asignamos, por tanto, importantes tareas vinculadas al desarrollo económico y social del país.

UN ENCUENTRO SOBRE LA PROBLEMÁTICA DEL URUGUAY

Un proceso de reactivación socio-política está madurando en nuestro país. Variados índices confirman que a diversos niveles, los uruguayos comienzan a manifestar su descontento y la voluntad de cambios en su crítica situación.

Este proceso se expresa también, y de manera amplificada, en diferentes instancias que han pausado la actividad de los uruguayos en el exterior.

Sin embargo, fuerza es reconocer que esta reactivación ha evolucionado hasta ahora a la par de las sinuosidades del proyecto de remodelación continuista del régimen. Es que la reorganización de las fuerzas de oposición no sólo se encuentra enfrentada a los duros embates de la represión, sino también a las propias limitaciones que surgen de una

serie de problemas estratégicos cuya magnitud se ha visto incrementada a lo largo de estos últimos años.

Avanzar hacia la concreción de proyectos de cambios para el Uruguay y establecer una vinculación entre ellos, que favorezca a la oposición en la correlación de fuerzas contra la dictadura, implica el desarrollo de un campo de trabajo teórico-político que permita dar pasos hacia la dilucidación de los problemas estratégicos vigentes, lo cual debe necesariamente comprender el análisis de las evoluciones y retrocesos experimentados en estos años por la organización social en su globalidad.

En tal sentido llamamos a la realización de un encuentro sobre el tema:

DICTADURA, DEMOCRACIA Y SOCIEDAD EN EL PROCESO URUGUAYO

que tendrá lugar en París, los días 21 y 22 de Junio de 1980.

21 de Junio: Presentación de los diversos materiales elaborados por los participantes.

22 de Junio: Discusión o intercambio sobre aquellos puntos que hayan retenido la atención del conjunto de los participantes, en base a un puntaje que se concretará al final de la primera jornada.

Organización del Encuentro

Circulación previa entre los participantes de los puntos analíticos de las distintas exposiciones.

Presentación (aconsejada) de los materiales por escrito antes del 10 de Junio para asegurar su reproducción y difusión.

Participación en los gastos

Para concretar estas medidas los participantes deberán ponerse en contacto con algunos de los organizadores.

Invitamos a todos los compañeros que comparten esta iniciativa, así como a las organizaciones políticas y publicaciones, a co-participar en la preparación y organización del encuentro.

Colectivo de Redacción de "DIALOGO"

C. Ruchman - B. Postale No. 42
75622 Paris CEDEX 13

Núcleo de Militantes "27 de Junio de 1973"